



A.M. Silva

EL DESPERTAR

de *Olívia*

A.M. Silva

EL DESPERTAR

de
Olivia

Título: *El despertar de Olivia*

© 2019, A.M. Silva

De la maquetación: 2019, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2019, Alexia Jorques

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Saludos, querido lector:](#)

[Biografía](#)

Agradecimientos

Gracias a Paco y a Pablo, mis amores. Sin vosotros sería imposible ver mi sueño convertido en realidad.

Gracias también a Lector Cero, en especial a Montse Martín, mi correctora, por su profesionalidad y por sus sabios consejos. Eres la mejor.

Y, por último, gracias a todos los lectores que me acompañan en esta gran aventura. Sus mensajes de ánimo y agradecimiento me alientan a seguir escribiendo.

*A menudo encontramos nuestro destino por los caminos que tomamos
para evitarlo.*

Jean de La Fontaine

Sinopsis

Olivia es una chica tranquila y algo tímida que cree haber encontrado la felicidad en los brazos de Bryan, un hombre guapo e inteligente con el que, por fin, verá su sueño hecho realidad.

Matthew es un soltero empedernido de treinta y cuatro años que ha conseguido compaginar las dos cosas que más le apasionan: el deporte de aventuras y el trabajo.

Un regalo envenenado de sus mejores amigas provoca que el camino de Olivia se cruce con el de Matthew, y este encuentro hará que sus vidas den un giro de ciento ochenta grados.

Ninguno de los dos estaba preparado para lo que sucedería pero, si quieren ser felices, tendrán que enfrentarse a sus miedos, a las manipulaciones y a las mentiras que les rodean. Y, lo más importante, deberán quitarse la venda de los ojos y aprender a ver con el corazón.

¿Podrán superar las adversidades para vivir una verdadera historia de amor?

Si quieres reír, amar y temblar de pasión tendrás que adentrarte en las páginas de *El despertar de Olivia*.

Capítulo 1

Olivia Young no tenía la seguridad de estar haciendo lo correcto. Temía verse arrastrada por las locuras de sus amigas. Las conocía muy bien. Se habían hecho inseparables en Infantil y, diecinueve años después, todavía seguían juntas. Habían compartido travesuras, secretos, alegrías, lágrimas y algún que otro novio, lo que provocó enfados en el grupo. Pero, gracias al poder de la amistad, habían conseguido superar los obstáculos y mantenerse unidas.

Por eso, y a pesar de ir en contra de su naturaleza tranquila, Olivia se enfrentó a sus padres y a su prometido, y se dejó llevar por lo que le pedía el corazón, además de por lo que le suplicaban sus amigas, Lesley, Nicole y Cameron. Tres chicas de veintidós años, como ella, pero con personalidades totalmente diferentes. Ellas eran impulsivas, alocadas y un poco irresponsables, en fin, jóvenes llenas de vida y con ganas de disfrutar todas las experiencias que se les presentasen por el camino.

Olivia era lo opuesto a sus amigas. Era tranquila, algo tímida y poseía un carácter conciliador. Hacía lo que fuera con tal de evitar las peleas y el mal rollo. Ella todavía no se había dado cuenta de que ese carácter había sido moldeado desde pequeña por la estricta educación que le habían impuesto sus padres. Pero, por primera vez en su vida, algo la había impulsado a pelear por lo que quería porque, en realidad, nunca había deseado algo con tanta fuerza.

Se casaba dentro de tres semanas, el veintiséis de mayo, con el hombre de su vida. Un hombre guapo, atento, inteligente, perfecto. Se llamaba Bryan Hayes, y era reportero deportivo en una importante cadena de televisión en Burbank, una ciudad de Los Ángeles. Llevaban tres años juntos. Lo había conocido en una fiesta en la casa de unos amigos de sus padres y había sido un flechazo. Él le llevaba siete años, detalle que no le importó; al contrario, esto fue justo lo que más la atrajo. Olivia era mucho más madura que los chicos de su edad y con él no se sentía fuera de lugar.

Con motivo de su inminente boda, sus amigas le habían preparado su despedida de soltera nada menos que en la ciudad del pecado, en la ciudad donde todo era posible, Las Vegas. Tres días de juerga, alcohol y sexo, menos para Olivia, porque ella jamás traicionaría al hombre de su vida. Hombre que

se estaba retorciendo de ira por su viaje. A él no le gustaban sus amigas, tenía miedo de que ellas interfirieran en sus planes. Pero como sus días de libertad estaban contados, había optado por permitirle esta última escapada. A Bryan le divertía que ella pensara que iba porque así lo había decidido, pero nada más lejos de la realidad.

Él controlaba hasta el aire que respiraba y, una vez casados, se encargaría de ponerla en el camino correcto.

—Olivia, tus amigas te esperan abajo —le dijo su madre al entrar en la habitación.

—Ya estoy terminando.

Olivia corría de un lado a otro, comprobando si había metido todo lo necesario. Todavía le costaba creer que se iba con sus amigas, en contra de la opinión de su novio y de su progenitora. Los dos, como siempre, se habían puesto de acuerdo para oponerse a su criterio. Bueno, su madre, en realidad, con lo que estaba disconforme era con que le llevara la contraria a su futuro marido.

—No te vayas a comportar como tus amigas. Ellas están solteras y tú te casas en tres semanas. No lo olvides, Olivia, intenta que no tengamos que avergonzarnos de ti —le pidió su madre.

—No te preocupes, mamá. No haré nada que pueda comprometer mi futuro con Bryan. Lo amo demasiado —dijo para tranquilizarla.

Roxana, su madre, era la típica ama de casa entregada a su hogar, a su marido y a educar a sus hijos, Olivia y Isaac, de veintidós y veinticinco años, conforme a unas estrictas normas de buena conducta que, a la vez, estaban influenciadas por la opinión ajena. Esta había estado siempre por encima de las necesidades de sus hijos y de las suyas propias.

Mientras su madre la ayudaba a terminar de preparar la maleta, sus amigas la esperaban impacientes en el coche.

—Nicole, ¿has conseguido lo que te pedí? —preguntó Lesley, la más alocada de las cuatro, con expectación. Tal vez por eso el carácter de Olivia le provocaba sentimientos encontrados. La adoraba, pero su bondad la hacía sentir peor persona.

—Sí, he tenido que sobornar al amigo de mi hermano —dijo con una sonrisa de suficiencia al pensar en lo fácil y placentero que había sido convencerlo.

—Esto es una locura, no creo que debamos seguir con ese plan —comentó Cameron con verdadera preocupación.

Ella pensaba como las demás. Olivia no debería casarse tan joven y mucho menos con el cerdo de Bryan. No había tenido el valor de contarle que lo había visto besándose con otra; tampoco a las demás, porque seguro que se irían de la lengua. Su amiga estaba cegada de amor y lo único que conseguiría con la verdad era apartarla del grupo. Sin embargo, esto no justificaba lo que tenían intención de hacer.

—Hay que emplear un tratamiento de choque para que Olivia abra los ojos de una puñetera vez —afirmó Lesley con total convicción.

Las tres se quedaron en silencio, lidiando una batalla ética consigo mismas. Todavía no eran conscientes de la gravedad de lo que estaban dispuestas a hacer y aún menos de las consecuencias que podrían acarrear sus actos.

—¿Qué caras son estas? Parece que vamos a un velatorio —dijo Olivia entrando en el coche tras haber dejado sus pertenencias en el maletero del SUV de Lesley.

Ellas acallaron la voz de sus conciencias y dibujaron una sonrisa de circunstancia en sus caras.

—Tened cuidado, chicas. Nada de hacer el viaje de vuelta por la noche y, por favor, parad en Barstow para descansar. ¡Ah, Olivia, llámame en cuanto pongas un pie en el hotel! —alecciona Roxana a las chicas.

Olivia puso los ojos en blanco y sus amigas hicieron oídos sordos a sus palabras. Subieron la música a tope y pusieron rumbo a Las Vegas por la I-15 N.

Dos horas después, y haciendo una excepción al cumplimiento de las normas de Roxana, decidieron detenerse en Barstow Station.

—Deja el móvil, Olivia. No vas a llamar a Bryan, nos has prometido que estos tres días serían solo para nosotras —la regañó Nicole al tiempo que le cogía el aparato.

—Tengo que llamar para decirle que va todo bien. Me lo ha pedido —se defendió Olivia.

«Más bien me ha exigido que lo llamara antes de salir de casa, durante el trayecto, al llegar al hotel, antes de acostarme, al levantarme. Resumiendo, que le haga un informe detallado de mis actividades, pero eso no se lo voy a contar. Intentaré hacerlo a escondidas», pensó Olivia para sus adentros.

—Ya está. ¿Ves que simple? —le dijo Nicole tras enviar un mensaje de cuatro palabras al pesado del prometido de su amiga.

Olivia miró con resignación la pantalla que le enseñaba. No estaba mal,

aunque ella hubiera añadido un te quiero y un te echo de menos.

«Tengo que darles la razón en esto. Es mi despedida de soltera, mi última escapada antes de ser una mujer casada. No está bien que él me controle de esta manera. No puedo relajarme, es como tenerlo a mi lado».

—¡Qué ganas tengo de llegar! Nos lo vamos a pasar de puta madre, chicas. Pero antes tenemos que ponernos de acuerdo en algo —informó Lesley—. Yo me tiraré a los morenos, ya sabéis que son mi perdición. Ahora poneos vosotras de acuerdo, no quiero que nadie cace en mi territorio —concluyó. Quería así garantizar sus posibilidades, porque de las cuatro era la menos agraciada. Sin embargo, lo que le faltaba en atractivo lo superaba con su ingenio.

—Yo con los castaños de ojos verdes —se apresuró en decir Nicole.

—Qué fácil me lo habéis puesto chicas. Ja, ja, ja. Yo me quedaré con todos los demás —dijo Cameron pensando en sus infinitas posibilidades.

—No tan rápido, guapa. Falta Olivia —añadió Lesley. Había que empezar a plantar la semilla en la mente de su amiga y esta tenía que florecer muy rápido, porque ya no les quedaba mucho tiempo.

—Ni hablar. Yo jamás traicionaría a Bryan. Además, ¿no crees que ya somos mayorcitas para estos juegos? —afirmó Olivia categórica.

—Pues yo considero más inmaduro el hecho de que hayas tenido tu primera relación sexual sin usar preservativo ni tomar la píldora. Podrías haberte quedado embarazada a los diecinueve. Así que deja de ser aburrida y entra en el juego —dijo Nicole contrariada.

Solo de pensar en esa posibilidad le entró un escalofrío. Su amiga tenía razón, en muchas cosas era más inmadura que ella. Pero la idea de traicionar a Bryan era impensable. Durante los tres años de noviazgo jamás había mirado a otro hombre, él era todo lo que siempre había soñado. Y por nada en el mundo pondría en juego su futuro con él. Su matrimonio sería feliz. Había deseado toda su vida ser importante para alguien y lo había conseguido con él.

—No le hagas caso a Nicole, ya sabes cómo es con ese tema. Solo pedimos que fantasees un poco. Si no estuvieras comprometida, ¿cuál sería tu prototipo? —insistió Lesley dispuesta a llevar su plan hasta las últimas consecuencias.

Su mente se llenó de imágenes de Chris Hemsworth en su última película, *Thor: Ragnarok*. Por alguna razón que no podía explicar, había algo en él que la ponía a cien. Lo consideraba jodidamente *sexy*.

—Rubio, treinta y cuatro años, ojos azules y complexión fuerte —dijo

Olivia sin pensarlo.

—Pero si es un viejo —gritó Nicole horrorizada.

Para su amiga el límite estaba en veintiséis, veintisiete como mucho. Los que superaban esa edad los consideraba vejestorios.

Tras un rato de discusiones, como si estuvieran decidiendo el destino de la humanidad, decidieron que pondrían Las Vegas patas arriba hasta encontrar al hombre que encajara con las fantasías de Olivia.

Entre risas y llenas de expectativas volvieron a la carretera cantando a pleno pulmón *Love Me Like You Do* de Ellie Goulding.

Mientras Olivia y sus amigas seguían con su viaje, Bryan acudía a la casa de su amante, con la que llevaba cuatro años. Una morena explosiva que compartía sus mismos gustos sexuales.

—No sé por qué te casas con esa mojigata. Estoy segura de que ella no te hace esto —dijo la chica con desparpajo a la vez que introducía uno de sus testículos en la boca y lo chupaba con la intensidad necesaria para volverlo loco de placer.

«Por supuesto que no, para eso te tengo a ti. La función de Olivia en mi vida no es otra que proporcionarme un matrimonio perfecto de cara a la galería y con ello poder conseguir mis objetivos en la empresa. El viejo ha mostrado su predilección por aquellos que tienen una familia tradicional, y yo pienso ganarme su admiración y, además, el puesto de presentador principal. Por eso me caso con esa mosquita muerta, por eso la escogí. La estoy moldeando a mi gusto y, después del matrimonio, mi madre me ayudará a convertirla en una esposa perfecta. Sumisa, silenciosa y que agradezca las migajas que le iré dejando como premio por su buen comportamiento. Casi me da pena».

Estos eran los planes de Bryan para Olivia. Sin embargo, había un plan mucho mayor que el suyo que había puesto en marcha una fuerza invisible mucho más poderosa: el destino. Esa fuerza en la que muchos no creen pero a la que, en un momento u otro, a lo largo de la vida tienen que hacerle frente.

Matthew Cleveland era un soltero empedernido de treinta y cuatro años que amaba su estilo de vida y estaba dispuesto a defenderlo a toda costa de las artimañas de su padre para emparejarlo. Su progenitor era el dueño de una importante cadena de televisión en Los Ángeles, y desde que había perdido a su hermano gemelo de un paro cardíaco hacía dos años estaba obsesionado

con cambiarle el estado civil. Según su progenitor, le podía pasar lo mismo en cualquier momento y, antes de que sucediera, quería ver a su único hijo y heredero casado y con hijos. A pesar del amor y respeto que le profesaba, no estaba dispuesto a ceder. Todavía le quedaban unos años de aventura viajando por el mundo.

Su móvil sonó y lo sacó de sus cavilaciones.

—Hola, hermano. Steve y yo nos vamos a Las Vegas esta tarde. ¿Te apuntas? —le preguntó su amigo Bruce nada más descolgar.

—Hola. ¿Vais por trabajo? —inquirió antes de aceptar la invitación.

—Sí, un magnate del petróleo que acaba de comprar un casino nos ha invitado para hablar de negocios mientras disfrutamos de un fin de semana de lujo con todos los gastos pagados. ¿Qué me dices?

—Estoy dentro. ¿A qué hora salimos?

—Te recojo a las cinco. Vamos en el *jet* de la empresa —le comunicó.

Era justo lo que necesitaba hasta que tuviera otra expedición en marcha. Este año le estaba costando más de la cuenta encontrar el sitio ideal. El año pasado había hecho *rafting* en el tramo conocido como Commercial Suicide, en el río Zambeze, uno de los más salvajes de África. Había sido una aventura brutal, por eso la siguiente tendría que ser superior. Sus seguidores no se contentarían con menos.

Matthew no perdió tiempo y preparó su maleta con una sonrisa llena de intenciones en los labios. No era un hombre que cada día estuviera con una mujer diferente, pero desde que lo había dejado con Samantha, hacía un mes, no había estado con nadie más. Y, como decían las malas lenguas, Las Vegas era la ciudad del pecado y él pensaba pecar mucho este fin de semana.

Un par de horas después, sus amigos pasaron a recogerlo. Los dos eran socios en una importante empresa informática. Se habían conocido en la universidad y desde entonces habían forjado una sólida amistad. Los consideraba los hermanos que nunca tuvo.

—¿Qué tal van las cosas con tu viejo? —preguntó Steve una vez instalados en el avión camino al estado de Nevada.

—Sigue igual. Empecinado en convertirme en un hombre de provecho —se desahogó fastidiado.

—Creo que tu padre tiene razón. Ya va siendo hora de que te sientes cabeza. No está tan mal, amigo. Ivaine y Paul son lo mejor que me ha pasado en la vida —confesó su amigo, que llevaba cinco años felizmente casado y acababa de estrenarse como padre.

—No, gracias. Estoy muy bien así —respondió con seguridad.

Mientras su padre siguiera siendo el presidente de la cadena de televisión, él pensaba continuar disfrutando de su libertad. Tal vez de forma inconsciente había condicionado su soltería a la dirección de la compañía. Su viejo esperaba que lo sustituyera cuando se jubilase y Matthew había aceptado de buen grado su destino, le encantaba ese mundillo. Sin embargo, mientras ese día llegaba, su progenitor le había dado carta blanca para vivir la vida como le apeteciera. Estaba tranquilo, pues sabía que el día que lo convocara, su hijo no le defraudaría.

—Entonces no te molestará saber que tu ex está saliendo con otro y que luce un anillo de compromiso con un pedrusco de dimensiones exorbitantes —dijo su amigo Bruce.

—En lo más mínimo. Hemos cortado justo por eso, ella quería que avanzásemos en la relación y yo quería que siguiéramos como estábamos. Hemos sido sinceros el uno con el otro.

Llevaban un año y medio juntos y estaba encantado. Le gustaba estar con ella, era divertida y nunca se quejaba de sus constantes viajes. Él amaba el deporte de aventura y gracias al apoyo de su padre había podido compaginar su afición con el trabajo, porque sus locuras alrededor del mundo se convertían en documentales para un programa de la cadena. Además, había sabido sacar partido de su notoriedad creando su propia marca de equipamientos y ropa deportiva, un emprendimiento que le había reportado millones de dólares.

Lo único que le molestaba de su ruptura era que sería otro idilio más que terminaba por el mismo motivo. Ellas le decían que estaban de acuerdo con una relación exclusiva que nunca llegaría al altar. Sin embargo, a la primera de cambio le pedían que les pusiera un anillo en el dedo.

—Creo que yo seré el siguiente en convertirme en un hombre respetable. He conocido a una chica que me tiene encandilado —comentó Bruce.

A Matthew se le encogió el estómago al ver la cara atolondrada de su amigo.

«Lucharé lo que haga falta, pero nunca pondré esa cara», pensó al tiempo que cogía la copa de champán que le ofrecía la azafata.

—Qué escondido lo tenías. ¿La conocemos? —preguntó Steve con curiosidad.

—Sí, y no me pegues un puñetazo cuando te diga quién es —respondió arrepentido de haber abierto la boca.

—¡Joder! No me puedo creer que te hayas liado con la sobrina de mi esposa. ¡Estás loco, es una cría! —gritó Steve al acordarse de las miraditas que su amigo dedicaba a Nimue, una chica de veinte años protegida y cuidada por todo un clan escocés. Su amigo era hombre muerto.

—Esta vez has metido la pata hasta el fondo, amigo mío. Nunca imaginé que la crisis de los cuarenta te afectaría tan pronto —dijo Matthew sin poder evitar la oportunidad de provocarlo.

—Menudo amigo estás hecho —contestó Bruce indignado—. El amor no tiene edad. Ojalá te pase lo mismo.

—Imposible, jamás me fijaría en una chica tan joven. Me gustan las mujeres hechas y derechas —afirmó con seguridad.

Matthew lo tenía claro. A él le gustaban las mujeres de carrera, las que sabían lo que querían y que no dependían de él ni en el plano económico ni en el emocional. O, tal vez, había escogido este tipo de mujer para mantenerse alejado del compromiso.

Una duda repentina lo asaltó.

—Mi mujer te va a matar y después me matará a mí —dijo Steve con un amago de sonrisa.

Todavía no lo sabían, pero pronto descubrirían que sus palabras eran premonitorias. Cuando su esposa se enterara de que su sobrina estaba embarazada de dos meses no iban a encontrar un sitio sobre la faz de la tierra donde esconderse.

Los amigos prefirieron brindar y dejaron el ajuste de cuentas para la familia de la futura novia.

Capítulo 2

Casi cinco horas después, las chicas llegaban a su destino. A pesar de que no era la primera vez que visitaban Las Vegas, no pudieron evitar sorprenderse con el notable contraste del paisaje. Atrás había quedado la desolación del desierto de Mojave y delante de sus ojos, como si hubiera salido de la nada, se encontraba un enorme oasis de cemento y modernidad que desentonaba por completo con el marrón ocre predominante de alrededor. Sin embargo, ahí estaba, seductora y enigmática, la ciudad del pecado. Bueno, ya no era conocida como tal, ahora era la capital del espectáculo.

Las chicas se encontraban eufóricas. Para ellas era como estar en un mundo de fantasía, un Disney World para adultos. Incluso Olivia se había dejado contagiar. Hacía mucho tiempo que no sentía la libertad corriendo por sus venas.

—Todavía no me habéis dicho dónde nos vamos a hospedar —dijo Olivia.

Al aceptar el regalo de sus amigas también había aprobado sus condiciones, entre las que se incluían no llamar ni recibir llamadas de su prometido, participar en todas las actividades programadas, y vestirse con la ropa que decidieran sus amigas. O sea, estaba metida en un buen lío.

—Ya lo verás, estamos llegando —comentó Lesley al girar a la izquierda, en dirección a South Las Vegas Blvd.

Olivia se quedó boquiabierta al ver que su amiga entraba en el estacionamiento del lujoso Hotel Wynn.

—¿Nos alojaremos aquí? Es demasiado, ¿no? —preguntó incrédula, mirando a su alrededor sin perder detalle.

Tanto Olivia como sus amigas venían de familias acomodadas. Sus padres nunca les habían negado nada, lo habían tenido todo en bandeja. Sus únicas responsabilidades en la vida eran seguir los cánones impuestos por la sociedad y sacar buenas notas, algo que cumplieron a rajatabla. En realidad, unas más que otras. Lesley y Nicole, a pesar de las buenas notas, seguían sus propias reglas.

—No, no es demasiado. Es lo que nos merecemos y es lo que tú te

mereces. La mejor despedida de soltera del mundo —concluyó Nicole.

Las amigas miraban todo a su alrededor con los ojos repletos de entusiasmo. Cada una desde su propia perspectiva.

—¡Dios! Este sitio es una pasada. Necesitaríamos por lo menos un mes aquí para poder disfrutar de todo eso —añadió Cameron eufórica.

—¿Qué tenéis planeado para esta noche? —preguntó Olivia.

—Un espectáculo de acrobacias acuáticas y aéreas en una enorme piscina montada en el Wynn Theater —le respondió Nicole sin acordarse del nombre de la actuación.

—El *show* se llama Le Rêve, que significa «El sueño». Según la crítica está considerado como uno de los mejores de Las Vegas —le explicó Cameron.

—Y después nos divertiremos en el casino del Wynn—añadió Lesley que, justo en este instante, veía cómo se acercaban al mostrador del hotel tres hombres elegantes, guapos y con aire de triunfadores.

Los observó con atención y descartó al moreno, porque un anillo de casado brillaba en su dedo anular. Siguió con su escrutinio y una sonrisa se dibujó en sus labios. Uno de ellos era la fantasía personificada de su amiga Olivia. No podía creer en su suerte.

Se apartó del grupo y se aproximó a ellos con discreción. Cualquier información podía ser útil para poner en marcha el plan que habían orquestado.

Lo que Lesley ignoraba era que los tres ya se habían fijado en ellas.

Matthew estaba distraído contestando los mensajes en su móvil mientras esperaba que sus amigos gestionaran la reserva. De repente, el sonido de unas risas femeninas le llamó la atención. Levantó la mirada y vio a cuatro chicas muy jóvenes acercándose al mostrador. Calculaba que deberían de tener entre veinte y veintitrés años como mucho. Decidió que no le interesaban y apartó la mirada.

Pero una voz suave y caliente entró en su sistema y le provocó una corriente eléctrica que recorrió todo su cuerpo. Volvió a centrar su mirada en ellas y buscó a la dueña de esa voz tan envolvente. Se quedó prendado con lo que vio y por más que lo intentó fue incapaz de apartar los ojos de la chica. Su pelo era de un brillante color castaño y le caía sedoso por los hombros. Siguió bajando la mirada por el contorno de sus senos, que la ajustada camiseta de algodón blanca dejaba entrever; eran como a él le gustaban, ni pequeños ni

demasiados grandes. Su mirada continuó recorriendo su cuerpo, y casi se atragantó al detenerse en las redondeces de su trasero. Bajó un poco más y se deleitó con sus largas y torneadas piernas, expuestas por el corto pantalón vaquero que llevaba. Su entrepierna reaccionó de una manera poco adecuada para el momento y tuvo que moverse por la incomodidad que sentía. Sin embargo, nadie le había preparado para el impacto que recibiría su corazón al verle la cara. Su sonrisa inocente, sus ojos de un azul verdoso y ligeramente rasgados. Era un ángel, un ángel con un cuerpo pecaminoso.

—Matthew, ¿me estás escuchando? —preguntó Bruce impaciente al no tener su atención.

Matthew siguió atento al grupo de las chicas, empapándose de su ángel, de su Olivia, así se llamaba. Su escucha había sido productiva, y ya sabía su nombre, el número de su habitación y que asistiría al espectáculo Le Rêve esta noche.

Bruce siguió la mirada de su amigo y comprendió qué era lo que le tenía abducido. Y vaya si lo entendía. Una diosa con cara de ángel. En este momento decidió hacer todo lo posible para propiciar un encuentro entre los dos. Esa era su venganza por la falta de apoyo que había recibido de él en el avión. Pretendía que se tragara sus palabras. Con una sonrisa en la cara se preparó para hacer la reserva. Por supuesto, su decisión iba a tener que ver con dónde se encontraran las chicas, él también había escuchado esa parte de la conversación.

—¿En qué mundo estás, amigo mío? Llevo rato intentando llamar tu atención —dijo Bruce con inocencia a la vez que le daba un ligero tirón en el brazo.

—Estaba observando el local y, verdaderamente, hace honor al precio y a la fama que tiene —justificó Matthew tras carraspear.

«Joder, no sé qué mierda me ha pasado. Nunca nadie me ha atraído a este nivel. Siento como si me hubiera absorbido el alma, y también cierta parte de mi cuerpo, parte que se ha puesto dura como una roca y que sufre aprisionada entre mis pantalones. Llevo demasiado tiempo sin sexo. Seguro que este es el motivo por el que me encuentro así».

—Ya —dijo Bruce y se dispuso a concluir los trámites.

Minutos después observó que una de las chicas se apartaba del grupo. Era el momento propicio para acercarse a ella. Pero antes de hacerlo pidió información sobre el campo de golf; eso mantendría a sus amigos entretenidos, porque eran muy aficionados a ese deporte.

—Hola.

—Hola —respondió Lesley. No podía creer en su suerte.

—Perdona mi atrevimiento, pero mi amigo se ha quedado prendado de tu amiga, la de pelo castaño. ¿Crees que tiene alguna posibilidad? —preguntó de forma directa. Si se presentaba otra ocasión emplearía un abordaje más sutil. No obstante, esta podría ser su única oportunidad.

—Eso de «mi amigo» ya está muy visto. Y no, tú no tienes posibilidades —respondió Lesley con fastidio.

Bruce se sintió ofendido en su orgullo masculino y, sin poder evitarlo, preguntó:

—¿Y se puede saber por qué? Soy considerado uno de los mejores partidos del país —contrató vanagloriándose de su estado de soltero de oro. A pesar de estar enamorado y con un pie en el altar, no le había sentado nada bien ser rechazado así, tan bruscamente.

—No lo dudo, guapo, pero no eres el tipo de mi amiga. El único que tendría alguna posibilidad con ella es ese de allí —apuntó con el dedo—. El rubio fornido.

—Pues estamos de suerte. Es justo él el que está interesado —comentó más relajado.

—¿Y por qué no se ha acercado él? —preguntó Lesley desconfiada.

—Es que es muy tímido para estas cosas —dijo y miró a su alrededor para controlarlos. Si Steve lo pillaba hablando con la chica pensaría cosas que no eran y eso a él no le beneficiaba en absoluto. Necesitaba tenerlo de su lado con la que se avecinaba.

—Pues estamos apañados. Olivia no levantará un dedo para acercarse a él —le comentó Lesley al tiempo que miraba de soslayo a sus compañeras, que estaban firmando la reserva. Justo en este instante, Nicole miró en su dirección. Y ella tuvo que hacer señas para que permaneciera donde estaba, no le convenía que Olivia los viera juntos.

—Mira, tiene que parecer una casualidad. Hay que sincronizar nuestros encuentros. ¿Me sigues?

—Sí, te sigo. Toma mi tarjeta. Cuando sepáis a dónde vais a ir, me llamas, y apareceremos como por arte de magia —concluyó Bruce despidiéndose con la mano.

Con cautela se acercó a sus compañeros. Ellos no se habían dado cuenta de su movimiento, estaban entretenidos ultimando los trámites para el uso del campo de golf. Bruce apoyó un brazo en el mostrador y una sonrisa de

satisfacción surcó sus labios. Estaba seguro de que estos tres días iban a ser muy entretenidos.

—Por aquí todo arreglado. A instalarnos y a prepararnos para la noche, os voy a enseñar quién es el rey del *blackjack* —dijo Steve haciendo alusión a la suerte que había tenido las tres últimas veces que había jugado en Las Vegas. En realidad, su suerte se debía a su habilidad para contar cartas.

—No te pases, hermano, o nos prohibirán la entrada en el casino —le previno Bruce.

—No se fijarán en mí, ellos están pendientes de las grandes apuestas. Yo solo me divierto ganando pequeñas e irrisorias sumas.

Matthew, ajeno a la conversación de sus amigos, buscaba con la mirada a su ángel. Al no encontrarla, una desagradable sensación de pérdida lo invadió.

Lesley guardó la tarjeta con discreción y controló las ganas que tenía de pegar saltos de alegría. Las dudas que tenía sobre su plan acababan de evaporarse. Estaba segura de que lo que había sucedido era una señal para que no se echara atrás. Hacía lo correcto.

—¿Quién era el hombre con el que estabas hablando? —preguntó Nicole en voz baja tras poner una distancia prudencial de Cameron y Olivia.

—No te lo vas a creer, acabamos de conseguir un aliado. El guaperas se llama Bruce y es amigo del clon de Thor. Y lo más increíble es que me ha dicho que su amigo está coladito por Olivia —explicó Lesley entre susurros.

—¡Joder! No estoy segura de que debamos llevar esto a delante —comentó Nicole con el peso de la conciencia atormentándola.

—No digas tonterías. ¿No te das cuenta de que lo que acaba de pasar es una señal del destino? Todo va a salir bien, ya verás —afirmó Lesley con seguridad, ahora nadie le impediría llegar hasta el final.

Las chicas eligieron dos habitaciones dobles y la distribución no fue casual. Olivia se quedó con Nicole y Lesley con Cameron. Su propósito era tener a Cameron controlada. Lesley sabía que podía manejar a Nicole a su antojo, sin embargo, con Cameron la cosa era diferente. Sus dudas podían transformarse en una negativa rotunda, por eso debía estar cerca de ella para seguir persuadiéndola.

Una vez instaladas, empezaron a seleccionar los modelitos que lucirían esa noche. Olivia era la única que no tendría ni voz ni voto. Resignada, se sentó en el borde de su cama y esperó a que sus compañeras decidieran su

vestuario.

—Chicas, son las siete y el espectáculo comienza a las nueve y media. Si queremos comer algo antes hay que darse prisa —comunicó Nicole que, conociéndose bien, sabía que con el estómago vacío no había quien la aguantara.

—Pues a ponerse divinas —dijo Cameron recogiendo sus cosas para, acto seguido, salir de la habitación. Lesley la seguía con su armario a cuestas, había llevado dos maletas gigantes abarrotadas de ropa.

Tres cuartos de hora después, Olivia se miraba en el espejo y exclamaba horrorizada:

—Ni loca salgo así. Estoy prácticamente desnuda —dijo al contemplar su reflejo en el espejo.

Llevaba un vestido de corte evasé de red en color negro, con adorno de parches florales; tenía un forro del mismo color que apenas le llegaba a la mitad del muslo. Se dio la vuelta y observó su espalda: una abertura en la parte alta del vestido dejaba apreciar su piel a través de la tela. Bajó la mirada por sus piernas y, debido a que su trasero era respingón, el forro en la parte de atrás se veía todavía más corto. Por más que la red intentaba cubrir sus piernas, la transparencia de la tela se lo impedía. Se sentía desnuda.

—No seas exagerada. Estás preciosa y no te vas a cambiar —ordenó Nicole mirándola con admiración.

Era la más guapa de las cuatro, incluso sin sacar partido de sus atributos conseguía destacar. Sin embargo, esta noche estaba rompedora, su belleza provocaría que las demás se volviesen invisibles.

Olivia siguió mirándose en el espejo. Intentaba estirar el forro del vestido, por si este se alargaba y le cubría un poco más de piel, sin éxito.

—Déjalo ya, Olivia, o vas a acabar rompiendo la tela. ¡Anda, vámonos! Las chicas nos esperan impacientes en el pasillo —dijo Nicole cogiendo de su bolso el móvil confiscado de Olivia. Le sacó varias fotos mientras esta seguía haciéndole caso omiso. Escogió una donde su mirada se veía salvaje y se la envió a Bryan con el siguiente mensaje:

«El hotel es una pasada y estamos pasándolo fenomenal. Besos».

Por supuesto que Olivia no hubiera escrito eso, pero tampoco hubiera escogido este vestido, así que esperaba que su prometido estuviera retorciéndose de rabia en estos momentos. Sintióse victoriosa apagó el

aparato y volvió a guardarlo en su bolso.

Lo que no sospechaba Nicole era que una semillita había sido plantada en lo más profundo del corazón de su amiga.

«Me siento tan diferente. No es solo por el vestido, o más bien por la falta de él, es por el pelo, nunca lo había visto tan brillante. Mis ojos también están impresionantes, la sombra ahumada y las capas y capas de rímel han hecho que adquirieran un tono verdoso. La imagen que me mira a través del espejo es la de una mujer segura de sí misma y muy muy sensual. Me gustaría ser esa chica», pensó Olivia antes de apartarse del espejo para seguirla.

—¡Joder! No es justo que estés tan guapa. Esta noche no pillaremos nada —se quejó Cameron en broma nada más verlas salir de la habitación.

—Deja de exagerar. Vosotras también estáis bellísimas —dijo Olivia con sinceridad.

Todas estaban espectaculares, principalmente Lesley. La seguridad que emanaba a cada paso que daba siempre había impresionado a Olivia. Era como si estuviera por encima de todos los demás. No en plan soberbio, era más bien como si absorbiera el ambiente, lo descifrara y lo dominara a su antojo.

Antes de salir de su habitación, Lesley había enviado un mensaje a Bruce para decirle cuáles eran sus planes para esta noche. Así que no era de extrañar que sus caminos se cruzasen en el ascensor.

En la cama de un exclusivo club *swinger*, sudoroso y oliendo a sexo, Bryan escuchó el pitido característico de las notificaciones de su móvil. Por fin Olivia se había dignado a seguir sus instrucciones. Lo cogió con una sonrisa de suficiencia en los labios pero, al ver la foto, la sonrisa se borró de su cara.

—Maldita sea. ¿Cómo te atreves a vestirte así? —gritó a la imagen poseído por la furia.

No perdió el tiempo leyendo el mensaje que acompañaba a la foto y marcó su número. Le diría un par de cosas que le quitarían las ganas de vestirse como una puta para el resto de su vida. Además, no pensaba tolerar que continuara en Las Vegas. Le exigiría que cogiera un vuelo de inmediato.

—¿Qué le ha pasado a tu princesita, se ha rebelado en Las Vegas? Eso suele pasar —dijo la chica con sorna y muerta de la risa.

—Cállate. Recoge tus cosas ahora mismo y vete, ya no te necesito —bramó fuera de sí al escuchar la voz de la operadora informándole que el

teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura.

La despampanante mujer se levantó hecha una furia, se vistió y salió de la habitación pegando un portazo. No entendía por qué todavía seguía con ese impresentable. Por primera vez sintió pena de la chica y deseó con todas sus fuerzas que se diera cuenta del energúmeno con el que se iba a casar.

Bryan caminó de un lado a otro de la habitación intentando aplacar su rabia. No tenía que haber consentido que se fuera con sus amigas, eran todas unas putas y la iban a estropear. Tenía que encontrar una manera de apartarlas de la vida de Olivia.

Esas locas se habían tomado muchas molestias con la despedida, algo planeaban, estaba seguro. Él no lo iba a permitir, iría a recogerla. Pero, claro, antes tenía que averiguar dónde estaba. La muy zorra de Lesley no se lo había querido decir, y su prometida no sabía el nombre del hotel donde se hospedarían. Su suegra era su única esperanza.

—Hola, Roxana. ¿Qué tal estas? —preguntó Bryan con voz serena.

—Hola, hijo. ¿Has sabido algo de Olivia? He intentado llamarla, pero tiene el teléfono apagado.

—Me ha pasado lo mismo, no consigo hablar con ella —le contestó sin poder esconder su mal humor.

—Hablaré con las demás madres. Te llamo cuando tenga noticias —dijo y colgó, dejándolo con las ganas de pedirle que también averiguara dónde estaban hospedadas.

Bryan no tuvo otro remedio que tragarse la ira y esperar.

Ya se encargaría de hacérselo pagar cuando volviera.

Capítulo 3

Bruce sonrió tras leer el mensaje que acababa de recibir en su móvil. Las chicas saldrían dentro de diez minutos y pensaba coincidir con ellas en el ascensor. Por hoy estaría bien. Sería como pasarle la miel por los labios.

—¡Por Dios! Daos prisa, que me muero de hambre —exclamó Bruce tras mirar el reloj por tercera vez consecutiva. Como tardaran un minuto más no coincidirían.

—Ya estoy —dijeron al unísono sus compañeros.

Los tres salieron de la habitación y caminaron decididos en dirección a los ascensores. Nada más doblar el pasillo se toparon con cuatro criaturas espectaculares. Y a pesar de que para algunos de ellos fueran frutos prohibidos, no pudieron dejar de mirarlas con admiración y hasta con un incómodo deseo.

«No me puedo creer lo que tengo delante de mis ojos. Es mi ángel. Aunque con ese vestido escandaloso que deja sus estilizadas y preciosas piernas al descubierto más se parece a una diablesa dispuesta a torturarme. Mi corazón se dispara a mil por hora y siento una oleada de calor que se expande por mi cuerpo. ¡Dios, está preciosa! ¿Por qué tiene que ser tan joven? La de cosas que podría hacer con ese cuerpo, con esa boca deliciosa. Joder, mi *amiguito* ya se ha despertado».

Ellos las saludaron con un escueto «buenas noches» y las chicas les correspondieron con una genuina sonrisa. Se colocaron a uno y otro lado para esperar a que uno de los cuatro ascensores se abriera. Unos segundos después, el que estaba más cerca de ellas abrió sus puertas y de él salieron dos muchachos con un grave estado de embriaguez. Uno de ellos se detuvo delante de Olivia y, de forma inesperada, se arrodilló a sus pies y le cogió la mano.

—Eres la mujer que llevo esperando toda mi vida. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó a la vez que le besaba la mano.

Las chicas se lo tomaron a broma y se partieron de la risa, pero a Olivia no le hacía ninguna gracia, así que intentó soltarse.

—Lo siento, pero tú no eres el hombre de mi vida. ¿Puedes hacer el favor de soltarme la mano? —pidió con educación.

—¡Qué cruel eres! Acabas de romperme el corazón —exclamó y la envolvió por las caderas, pegando el rostro a su vientre.

Olivia se asustó e intentó apartarlo tirándole del pelo con todas sus fuerzas.

—Suéltame, idiota —gritó azorada y miró a sus amigas para pedir auxilio, pero las encontró riéndose como hienas.

Matthew, que hasta entonces observaba todo sin dar crédito, empezó a verlo todo rojo cuando el chico colocó las manos en su trasero. Sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre él y, cogiéndole con brutalidad por las muñecas, la liberó de su agarre.

—Suéltala, imbécil. ¿No ves que la estás asustando? —dijo con dureza.

«Miro a mi salvador y me quedo con la boca abierta. Pero si es Thor. Mi corazón pega saltos en mi pecho y lo demás deja de existir. Ya no siento rabia, ya no siento las desagradables manos en mi culo. Ahora lo que siento es una intensa y posesiva mirada azul sobre mi cuerpo. Evaluando los daños, como si le importara, como si fuera suya. Noto como si me estuviera tocando por todas las partes, incluso ahí abajo. Incómoda, junto las piernas. ¡Dios!, ¿qué mierda me está pasando? Nunca he experimentado nada igual».

—Gracias —pronunció Olivia con un hilo de voz.

Matthew la miró y las ganas de abrazarla y de besarla lo asaltaron con una violencia abrumadora. Faltó poco para que dejara que sus instintos asumieran el control. Todo esto era nuevo para él y, fastidiado por lo que la muchacha le hacía sentir, se apartó sin decir nada.

Justo en este momento, otro ascensor se detuvo y abrió sus puertas.

—Entremos, ya hemos perdido demasiado tiempo —dijo Matthew empujando a sus amigos dentro del cubículo a la vez que pulsaba el botón de la primera planta.

Antes de que las puertas se cerraran, su mirada se encontró con la de Olivia y, en esta fracción de segundo, pudo ver cómo la decepción se apoderaba de sus preciosos ojos.

—¡Joder, Matthew! ¿Se puede saber qué diablos te ha pasado ahí afuera? ¿Por qué has tratado así a la chica después de haberla salvado? —preguntó Bruce intentando controlar la risa.

Él sabía muy bien lo que le estaba pasando a su amigo, lo había sentido en sus propias carnes no hacía mucho tiempo. Primero huyó, luego se rindió al deseo y, por último, le entregó su corazón a una chica diecisiete años más joven que él. Lástima que su amigo no tuviera la oportunidad de llegar a la

tercera fase, porque era muy probable que no volviera a verla después de este fin de semana.

—No me ha pasado nada. La aparté del imbécil ese y fin de la historia —protestó Matthew malhumorado.

«Eso no es verdad. Lo que me ha pasado es que perdí el control, por poco no le rompo la cara al impresentable ese. Cuando vi que le tocaba el culo, la furia se apoderó de mí, pero cuando vi su cara de pánico, tuve ganas de molerle a palos. Nunca había sentido tanta ira. Por eso fui frío con ella, la estaba culpabilizando de mi descontrol y de lo que me hacía sentir», admitió para sí mismo.

—Olvidémonos de lo sucedido y disfrutemos de la noche —dijo Steve que desde que Bruce le había comunicado que estaba liado con la sobrina de su mujer no hacía otra cosa que pensar en cómo salir de esta indemne.

La noche siguió su curso, pero Matthew no conseguía relajarse ni disfrutar del ambiente festivo. Sus ojos no dejaban de buscar entre el gentío a la chica que le había abducido los sentidos.

Olivia rechazó cualquier intento de sus compañeras de hablar sobre lo que había sucedido media hora antes. El inmenso vacío que se había instalado en su corazón tras recibir la mirada de frialdad de su superhéroe, bueno, más bien de su clon, todavía seguía allí.

—Chicas, daos prisa. No quiero perderme nada del espectáculo —solicitó Cameron tras terminar su sándwich y su refresco *light*.

Las amigas se habían decantado por la cafetería que estaba situada en el casino del hotel, y mientras comían observaban el exótico ambiente. Desde las abuelitas que jugaban sin parar a las máquinas tragaperras, pasando por los que tenían la mirada puesta en la gran pantalla pendientes de las semifinales de la NBA y dispuestos a gritar como posesos a cada jugada, hasta las camareras que desfilaban en bañador por el casino sirviendo bebidas gratis por doquier. A cada una de las chicas esa sobredosis de estímulo le provocaba una reacción diferente. Todas estaban excitadas y deseosas de perderse en el frenesí electrónico y sexual que flotaba en el ambiente. Todas, menos Olivia, ella lo único que quería era salir corriendo de allí para meterse en su habitación y cerrarla con siete llaves.

—Tranquila, vamos bien de tiempo, con media hora de antelación es más que suficiente —dijo Lesley terminando de saborear su tarta de chocolate a la vez que devoraba con los ojos al camarero.

Olivia soltó un suspiro y dejó su hamburguesa por la mitad. El incidente del ascensor la había dejado sin apetito.

Faltaban veinte minutos para la hora prevista cuando las amigas por fin se dirigieron al recinto. La mayoría de los espectadores ya se encontraban debidamente sentados. El espectacular anfiteatro se encontraba abarrotado.

En el centro, difuminada por la providencial nube de humedad, se encontraba la piscina. Las cuatro tomaron asiento y al hacerlo se percataron de lo cerca que estaban.

—¿De quién fue la brillante idea de comprar entradas en la *splash zone*? —preguntó Lesley de malhumor.

—Estamos en la tercera fila y solo las dos primeras pertenecen a esa zona. La mujer de la agencia me dijo que las vistas desde aquí son inmejorables y que, como mucho, nos podrían caer cuatro gotas —explicó Cameron entusiasmada sin hacer caso al tono irritado de su amiga.

—Espero que tengas razón, porque no me apetece salir de aquí como un pato mojado —dijo Lesley no muy convencida.

El *show* empezó y ellas miraron hipnotizadas la onírica historia de amor y pérdida representada en la gigantesca piscina circular, de donde emergía un versátil escenario que subía y bajaba mientras los artistas bailaban, saltaban, nadaban y buceaban como si no necesitaran oxígeno para vivir. Les pareció fascinante ver que el elenco que daba vida al vertiginoso espectáculo de acrobacias aéreas y acuáticas conseguía hacer que caminar sobre el agua pareciera un juego de niños.

—¡Dios! No tengo palabras. Es maravilloso —dijo Olivia extasiada una hora y media después—. Es como si colocásemos la historia de Romeo y Julieta dentro de *La Divina Comedia* y luego trasladásemos todo a un mundo subacuático.

—Lo que más me ha impresionado han sido las inmersiones desde el alto de la cúpula. Justo cuando pensaba que no podían saltar desde más alto, lo hacían —comentó Nicole.

—Y el efecto de las luces de colores que bailaban sobre el agua en todas las direcciones. ¡Flipante! ¿Os habéis fijado en la ropa y en el maquillaje de los bailarines? —inquirió Cameron.

—Es mágico, parece que estás en un mundo de Oz. ¿Sabíais que ha sido creado y diseñado por Franco Dragone, el fundador del mundialmente conocido Cirque du Soleil? —añadió Lesley impresionada.

—Muchísimas gracias, chicas. Solo por ver este espectáculo ya ha

merecido la pena estar aquí. Jamás lo olvidaré —dijo Olivia abrazándolas emocionada.

—Ahora viene lo mejor. ¡Fiesta! ¡Fiesta! —gritó Cameron mientras ejecutaba un bailecito con las manos.

Las cuatro decidieron probar suerte en el casino antes de ir a la discoteca. Antes de entrar, y de manera disimulada, Lesley envió otro mensaje a su cómplice para revelar su posición.

—Siento que hoy es nuestro día de suerte —comentó guiñándole un ojo a Nicole, que había estado pendiente de su último movimiento.

—¿Probamos en la ruleta? —preguntó Cameron indicando una mesa que, en ese momento, apenas estaba concurrida.

Todas estuvieron de acuerdo y decidieron que Olivia sería la que haría los honores de la primera jugada. Ella intentó resistir alegando mala fortuna pero, tras enterarse de que el precio de la apuesta mínima era de quince dólares, aceptó el desafío.

Miró la ruleta con expectación y cuando se detuvo en el número que había elegido, gritó entusiasmada.

—¡He ganado! ¡He ganado! No me lo puedo creer. Es la primera vez que me toca algo —dijo a la vez que pegaba saltos de alegría y abrazaba a sus compañeras.

Olivia llevaba muchos años conteniendo sus emociones, primero por la opresora educación de sus padres y después por las exigencias de su novio. Ahora, con la excusa de su despedida de soltera, estaba dejando salir a flote una parte de ella de la que no era consciente de que existía.

—Voy a seguir jugando —informó Olivia.

La fortuna la acompañó y con cada jugada sus fichas fueron creciendo. En este momento ya no estaban solas, varias personas rodeaban la mesa y conmemoraban con ellas cada victoria.

Cinco jugadas después, y con un botín de novecientos sesenta dólares en fichas, decidió hacer caso a su amiga Cameron y puso fin al juego.

—Chicas, ahora os toca a vosotras. Yo invito —dijo mientras les enseñaba su premio.

—Mejor nos lo bebemos en la discoteca. Estoy seca y me muero por bailar —comentó Lesley un poco decepcionada por no haber recibido ningún mensaje de Bruce.

No le hizo falta insistir mucho para convencerlas. No había terminado de cerrar la boca y ya estaban poniendo rumbo a la discoteca XS, considerada

una de la más sofisticadas del mundo.

Por el camino se detuvieron en varias ocasiones para hacer fotos, motivos e inspiración no les faltaban. Todo era mágico en el Wynn. Desde el elegante, colorido y a la vez tranquilo *lobby* a sus bellísimos jardines con esculturas de flores naturales que impregnaban el ambiente con su fragancia, pasando por sus impresionantes pasillos cubiertos de alfombras y mosaicos con motivos de mariposas, libélulas y flores. Sin duda era un mundo de color, lujo y fantasía que atrapaba a los visitantes y les inducía a creer que sus deseos se harían realidad.

Con la tarjeta de memoria llena dieron por terminada su sesión de fotos y se dirigieron a la discoteca. La cola era larga, pero como huéspedes del hotel las chicas podían acceder al local por una fila preferente.

—¡*Wow!* —exclamó Olivia.

Había escuchado hablar de este club, y al entrar pudo comprobar que era tal y como se lo habían descrito; sensual y lleno de curvas ondulantes inspiradas en el cuerpo humano. Los colores —dorado, cobre y bronce sobre un fondo negro— daban un aire sofisticado al local. Lo único que no le gustaba era que estuviera abarrotado. Desvió su mirada al sistema de iluminación láser y después a las enormes pantallas que estaban distribuidas alrededor de la piscina. El efecto era impresionante y estaba pensado para despertar los sentidos. Era imposible no sentirse sensual y poderosa.

—Cerca de la pista de baile están las zonas privadas, y es allí donde nos vamos a quedar —dijo Lesley con la seguridad de quien siempre consigue lo que quiere.

—Estáis locas. No me puedo creer que hayáis pagado un pastón por el servicio de botella en mesa.

—¿Quién ha dicho que hemos pagado? —añadió Nicole guiñando un ojo a Lesley.

Olivia tembló al escuchar estas palabras. Sabía muy bien que eso significaba pasar toda la noche evitando a un pulpo borracho y sobreexcitado que se creería con el derecho de tocarla por estar disfrutando de sus exclusivos privilegios.

—¡Ni hablar! En eso no voy a participar. Quiero disfrutar de la noche y no estar huyendo de ningún baboso.

—Ya veremos —afirmó Lesley más decidida que nunca a llevar su plan hasta las últimas consecuencias.

«“Ya veremos” y una mierda. Ese puente no voy a cruzar», pensó Olivia

e intentó relajarse para no estropear su noche antes de tiempo.

Matthew estaba de un humor que ni él mismo se soportaba. Acababa de perder diez mil dólares y todo por culpa de una chica con cara de ángel a la cual no era capaz de sacar de sus pensamientos.

—Amigo mío, no sé dónde tienes la cabeza, pero es mejor que la recuperes o te van a desplumar —dijo Steve sin entender cómo era posible que hubiera terminado perdiendo si tenía la partida prácticamente ganada.

—Mejor dejamos el juego para mañana. Hoy la fortuna no está de mi lado —comentó Matthew para justificarse.

—Aquí hay mucho ambiente, seguro que encontramos algo más interesante —añadió Bruce considerando si era un buen momento para localizar a las chicas. No estaba seguro, quería que su ausencia hiciera que su amigo la deseara más.

Los tres salieron del casino y Matthew conjuró su desventura. Se sentía débil por culpa de los sentimientos que la muchacha le estaba provocando, eso no era normal. Necesitaba una mujer con curvas de infarto para devolverle la sensatez.

—Este es uno de los mejores *nightclub* del mundo, ¿qué os parece si entramos a comprobarlo? —preguntó Bruce deseando pasárselo bien.

Para él estar comprometido y enamorado hasta la médula no significaba que no pudiera divertirse. Solo tenía que tener cuidado y no pasarse de la raya, algo pelín complicado de conseguir en un club de Las Vegas donde se respiraba lujuria. Sería una prueba de fuego para él.

—Yo no pienso ponerme en esa cola ni muerto —se quejó Matthew sacudiendo la cabeza de forma rotunda.

—No hace falta, somos clientes vips. —Sonrió Bruce con suficiencia.

—Yo paso, amigos. Quiero repasar el contrato y prepararme para la reunión de mañana. Divertíos sin mí —comunicó Steve que, desde que se había casado, ya no se sentía cómodo frecuentando estos ambientes sin estar acompañado de su mujer.

El local estaba lleno y nada más entrar sintieron la energía lasciva que lo envolvía. Conscientes del interés que despertaban en el público femenino, y en el masculino también, por más que se empeñaban en negarlo, rodearon la pista con pasos seguros y se dirigieron a una de las codiciadas cabinas vips. Mientras lo hacían, regalaban sonrisas *sexys* impregnadas de promesas pecaminosas.

—¿Esas de allí no son las chicas del ascensor? —preguntó Bruce sin poder ocultar su satisfacción.

Al final había decidido no actuar esta noche. Sin embargo, el destino había tomado su propia decisión, y contra su fuerza no podía luchar. Ni lo pretendía.

—Vamos a saludarlas y a invit... —Bruce se quedó con la palabra en la boca al ser interrumpido por su amigo.

—Ni se te ocurra. No me apetece pasar la noche escuchando idioteces —dijo Matthew entre dientes. Él necesitaba una buena noche de sexo, con una mujer de verdad. Una que supiera lo que quería y que no tuviera problemas para pedirlo.

Una vocecita en su interior le gritó que esa niña lo único que le traería serían dolores de cabeza.

—Estás muy equivocado, amigo mío. Las chicas de veinte de hoy en día nos dan una vuelta y media. Hay que quitarse prejuicios y abrir la mente. Te sorprenderías —dijo Bruce pensando en su novia y en lo mucho que su vida había cambiado desde que la conocía.

—No, gracias. No necesito una niñata para sentirme más joven. Estoy feliz con mi edad y no tengo ningún complejo por las arrugas que me están saliendo ni por las canas que se multiplican a diario en mi cabeza.

—Eres un capullo de mierda. Si no fueras mi amigo, te rompería la cara. Además, eres un cínico, tú no tienes arrugas y mucho menos canas —dijo indignado. Las palabras de su amigo iban dirigidas hacia él. De los tres, él era el único que tenía canas y alguna que otra arruga—. Y, para que te enteres de una puñetera vez, no estoy con Nimue por ninguna crisis de los cuarenta. Simplemente he dejado que el amor entre en mi vida. Deberías probarlo, seguro que cambiaría esa cara de amargado que tienes.

Matthew sabía que, en el fondo, su amigo tenía razón. Luchar contra ese poderoso sentimiento lo estaba convirtiendo en una persona cínica. Sin embargo, no quería experimentar esa clase de amor, quería seguir disfrutando de su libertad.

—Olvidémonos del tema. Y ya que estamos aquí, disfrutemos de la noche. ¡Ah!, me había olvidado, tú no puedes —dijo Matthew con una sonrisa burlona en la cara.

Estaban acostumbrados a esa clase de bromas, ninguno se las tomaba en serio, o eso aparentaban.

—Imbécil. Ya veremos quién ríe el último.

Ahora más que nunca, haría que Matthew se tragara cada una de sus palabras. Y por la manera en que miraba a la chica, ese día no tardaría en llegar.

Con la decisión tomada y una sonrisa torcida en los labios envió un mensaje a Lesley.

Capítulo 4

—¡Dios mío! Esto es el paraíso —exclamó Nicole sopesando sus opciones.

A su derecha tenía a un dios nórdico con pinta de jugador de fútbol americano; a su izquierda, un chico trajeado que estaba más bueno que el sándwich de mantequilla de cacahuete con mermelada; y justo delante de sus ojos, moviendo las caderas de forma sensual, se encontraba un morenazo que parecía salido de un videoclip de reguetón.

—¿Dónde crees que vas, guapa? —preguntó Lesley cogiéndola del brazo al ver su intención.

—¡Joder, Lesley, es que está tan bueno! —dijo hipnotizada por los sensuales movimientos de su cadera.

—Sí que está bueno, pero es mío. Tú céntrate en los tuyos —replicó Lesley y, sin perder tiempo, caminó en su dirección, reproduciendo sus pasos de baile con la misma intensidad.

Olivia miró a su amiga y un rubor le subió por sus mejillas. Verlos bailar era más excitante que sus encuentros sexuales con Bryan. Se quedó lívida con el curso de sus pensamientos y en el mismo instante apartó la mirada. Ella amaba a Bryan y el sexo con él era maravilloso. «Si vamos a ser honestas, no siempre llego al orgasmo», le gritó su mente sin contemplaciones.

Desconcertada, decidió ir a por algo de beber. No le quedaba la menor duda de que ese ambiente promiscuo era el que le estaba provocando esas sensaciones.

Mientras Olivia se marchaba, Lesley interrumpió su baile al sentir que su móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón. Lo cogió y con una sonrisa triunfante en los labios miró en dirección a las exclusivas cabinas. Volvió la mirada a sus amigas y vio que Olivia caminaba rumbo al bar. Este era el momento que estaba esperando. Sin decir nada a su acompañante, salió corriendo para alcanzarla.

—¡Olivia, espera! —gritó por el temor de perderla de vista entre la multitud.

Ella seguía su camino indiferente a los gritos de su amiga, gritos que eran sofocados por el intenso ruido. No obstante, Lesley estaba dispuesta a

poner su plan en acción y, sin preocuparse por las protestas de los demás, fue abriéndose paso como una apisonadora.

Olivia consiguió llegar hasta la barra. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca para hacer su pedido, Lesley la interrumpió:

—¡Uff, por fin te alcanzo! Te he llamado varias veces, pero no me has oído —le dijo poniéndose a su lado.

—Hay demasiado ruido y tengo la sensación de que a cada minuto esto se llena más —protestó Olivia disgustada.

—No seas pesada, estamos rodeadas de tíos buenorros —replicó Lesley a la vez que se apoyaba sobre la barra para ofrecer al camarero que se aproximaba una visión privilegiada de su escote.

—¿Qué os sirvo, preciosas? —preguntó el chico de origen asiático al otro lado de la barra.

Olivia lo miró y le quedó claro que lo de «preciosas» iba dirigido a las tetas de su amiga, ya que él no había apartado la vista de su canalillo.

—Para mí un agua mineral —se apresuró a decir Olivia.

—De eso nada, guapa. Ya beberás toda el agua que quieras cuando llegues a tu casa —contestó con determinación y, curvándose más sobre la barra, se preparó para su próximo movimiento.

—Shiro... Me gusta este nombre para ti, te pega. —Minutos antes había escuchado cómo lo habían llamado y de manera automática miró su significado en internet. Siempre iba un paso por delante.

—¿Sabes cuál es su significado? —preguntó y, por primera vez, la miró a la cara.

—Guerrero samurái. Ahora, por favor, mi guerrero, ponme algo con carácter, algo que me domine y que tome las riendas de mi cuerpo y de mi mente —concluyó con voz melosa.

Olivia observaba con la boca abierta el descaro de Lesley. El chico la miraba como si fuera una diosa. Estaba segura de que, en ese momento, sería capaz de besar el suelo que pisaba. No entendía cómo su amiga conseguía subyugar así a los hombres.

—Y para ella algo *light*, no le van las emociones fuertes.

Shiro, con una sonrisa atontada en la cara, se dio la vuelta y se puso a preparar las bebidas. Estaba dispuesto a triunfar esta noche, y si la chica quería guerra, él estaría encantado de dársela.

Unos minutos después regresó con dos copas en las manos, un *zombie* para su ligue y un *Rosemerry punch* para su compañera. Tras entregarles los

cócteles y coquetear un poco más con Lesley, se lanzó a la piscina y le pidió su número de teléfono. Ella, con todo su descaro, le pidió un bolígrafo y lo apuntó en su antebrazo.

El chico se estremeció con su contacto y una oleada de placer se propagó por su cuerpo. Esta iba a ser la jornada más larga de su vida.

Las dos, con sus respectivos vasos en las manos, iniciaron el camino de vuelta pero, antes de llegar a las pistas donde se encontraban las demás, Lesley le pidió a Olivia que la acompañara a los servicios. Había llegado la hora de actuar.

—¿Quieres entrar primero? —preguntó y, sin esperar la respuesta, le quitó la bebida de las manos.

Olivia, que también sentía la necesidad de vaciar su vejiga, no protestó y entró en el primero cubículo vacío que encontró, proporcionando así a Lesley la oportunidad que necesitaba para poner su plan en marcha. Por un instante le entraron dudas, sin embargo, enseguida acalló la voz de su conciencia. Ella estaba segura de que lo que iba a hacer era por el bien de su mejor amiga. No era fácil para ella ver cómo Olivia caminaba al matadero, no podía aceptar que ella no se diera cuenta del cafre que era Bryan. No la amaba, no la respetaba, y estaba segura de que sería una desgraciada casándose con él.

—Es por tu bien, amiga —dijo con voz susurrante mientras abría el compartimento secreto de su anillo y le echaba la media pastilla que, horas antes, había machacado hasta convertirla en un polvo.

Se sentía como Lucrecia Borgia, solo que su intención no era quitarle la vida, sino devolvérsela. Removió la bebida con la pajita, dando golpecitos en los cubos de hielo para que el polvo bajara y se diluyera con el líquido de color rosáceo.

Olivia salió del servicio y, con una sonrisa inocente, Lesley la dejó a cargo de los cócteles para atender así sus necesidades. Antes de cerrar la puerta miró con satisfacción cómo su amiga se llevaba a la boca la pajita y la succionaba con voracidad. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás.

Al salir del servicio, Lesley invitó a las chicas a dar una vuelta, necesitaba estar en el sitio oportuno.

—Te dije que no las invitaras —gruñó Matthew al ver que las chicas se acercaban porque Bruce las llamaba con las manos.

—No seas gruñón. Asume de una vez por todas que te gusta. Te prometo que no te lo voy a reprochar —dijo con un cierto deje de sorna en la voz.

Matthew le enseñó el dedo corazón. Lo que le faltaba, hacer de niñera de cuatro crías que ya deberían estar dormidas en sus respectivas camas. Enojado miró su copa vacía y decidido la llenó con el costoso champán. Se la llevó a los labios y de un solo trago remató su contenido. Repitió el gesto otras dos veces más.

Las muchachas se aproximaron risueñas y los saludaron con dos besos. No obstante, Matthew ignoró a Olivia y la dejó en evidencia delante de todos. La decepción que brotó en los ojos de la chica lo desarmó y le hizo sentirse un cabrón de mierda. Fastidiado por su comportamiento abandonó el reservado, necesitaba despejar su mente.

—No le hagas caso, Olivia. Así te llamas, ¿verdad? —le dijo Bruce para consolarla—. No va contigo. Ha tenido un mal día, ya verás cómo vuelve y se disculpa.

¡Claro que volverá!, caviló Bruce para sus adentros. Conocía a Matthew desde hacía mucho tiempo y nunca le había visto actuar así. Si antes tenía alguna duda, ahora lo tenía claro. Esta chica le afectaba de una manera que ninguna otra había conseguido. Lo que había empezado como un juego por su parte para hacer que su amigo se tragara sus palabras estaba tomando otro cariz.

—No pasa nada. No le demos más importancia de la que se merece. Hemos venido aquí para divertirnos, ¿no? —contestó Olivia y empezó a mover su cuerpo al ritmo de la excitante música electrónica que dominaba el ambiente en este momento.

Sus amigas la miraron con extrañeza. Con excepción de Lesley, que conocía perfectamente a qué se debía su ausencia de timidez. Con una sonrisa en los labios se unió a ella y empezó a contorsionarse de forma sensual.

El plan de Lesley iba sobre ruedas y se sentía pletórica. Por fin iba a conseguir que su amiga saliera del caparazón. Estaba segura de que necesitaba vivir otras experiencias para darse cuenta de la locura que estaba a punto de cometer. Sin embargo, ese no era el motivo principal de la aversión de Lesley hacia Bryan. Ella guardaba un secreto, un secreto que no había tenido el valor de compartir con ninguna de sus amigas, porque tenía miedo de que ellas no la creyesen debido a su carácter abierto.

A veces se sentía culpable por su cobardía. Tal vez si hubiera abierto la boca y hubiese contado lo que sucedió aquella noche, Olivia no estaría a punto de tirar su vida a la basura, ni ella hubiera tenido que actuar de forma tan drástica.

Ya habían pasado cuatro meses, pero aquella fatídica noche todavía seguía viva en su memoria. Estaban en la fiesta de graduación de Olivia y Nicole. De las cuatro, solo ellas dos habían terminado la carrera. Esa noche Bryan se había ofrecido como chófer para que las chicas pudieran festejar sin preocupaciones de pasarse con el alcohol, y así lo habían hecho, con excepción de Olivia. Las demás no eran capaces de dar un paso sin enredarse con sus propias piernas.

Después de la fiesta, Bryan se dispuso a llevarlas a casa, dejando a Lesley deliberadamente para el final. Y antes de que esta pudiera abrir la puerta del coche, se abalanzó sobre ella, asaltándole la boca con ímpetu. Sus manos se colaron en su escote y entre sus piernas. Él se sentía victorioso. Por fin iba a conseguir lo que llevaba meses deseando: follarse a la mejor amiga de su futura esposa. No porque la desease demasiado, su interés iba mucho más allá. Pero para su frustración vio, impotente, cómo ella lo empujaba y salía del coche de manera impetuosa. Era como si su beso la hubiera liberado del potente estado de embriaguez en el que se encontraba. Estaba preparado para seguirla y meterla otra vez en el coche. No obstante, el ladrido de un perro y las luces encendidas de la casa de enfrente sirvieron para disuadirlo. Con una mueca de disgusto en la cara arrancó el coche y salió a toda pastilla. Ya la pillaría en otro momento.

Al día siguiente, Lesley despertó sintiéndose fatal, no podía dar crédito a lo que casi había pasado. Todavía no sabía cómo había logrado salir del estado de borrachera en que se encontraba para reaccionar a tiempo. El cabrón de Bryan estaba dispuesto a abusar de ella enfrente de su casa, en plena calle.

Estaba indignada, pero para algo iba a servir esta mala experiencia: por fin iba a poder desenmascararlo ante su amiga. Lo iba a hacer esa misma tarde, habían quedado para comer en su casa.

No obstante, se quedó con las ganas. El muy cretino, en cuanto la vio poner un pie en la casa de su amiga, la arrinconó en la cochera y, con las manos rodeándole el cuello en una clara amenaza, le exigió que mantuviera la boquita cerrada. Alegó que lo único que iba a conseguir era hacerse daño y hacérselo a Olivia.

Lesley tuvo miedo de que nadie la creyera y decidió mantenerse en silencio. Esa misma tarde tuvo que presenciar cómo él le pedía matrimonio.

Lo único que podía hacer era desear que ella abriera los ojos a tiempo. Pero eso no había sucedido y por eso hoy se encontraban en esta situación.

—¡Joder, chicas! No sé qué me pasa, es como si estuviera poseída por

algo. Tengo ganas de bailar, de gritar, de reír y, lo que es peor, tengo un calentón. Ja, ja, ja, ja. Si Bryan estuviera aquí, me lo follaría ahora mismo, delante de todos —dijo y, sin más, se dirigió a las pistas, dejándose caer en los brazos del primer chico guapo que pilló por el camino.

—¡Putá mierda! Lo has hecho, ¿verdad? La has drogado —preguntó Cameron preocupada.

—No grites. ¿Quieres que se entere toda la discoteca? —le recriminó Lesley—. Y sí, le he puesto en la bebida media pastilla, como habíamos acordado. No me miréis con esas caras. Está perfectamente —afirmó sin apartar los ojos de ella. En ese momento tenía un buenorro de pelo largo pegado a su espalda.

Las chicas asintieron con la cabeza sin estar muy convencidas. Se arrepentían de haberse dejado llevar por Lesley, ellas estaban acostumbradas al alcohol y a otras sustancias nada aconsejables, pero Olivia no. Temían su reacción.

—No la dejaremos sola. Vámonos —dijo Cameron a la vez que tiraba de las dos.

Las amigas se dejaron guiar pero, antes de alcanzar a Olivia, Lesley vio a Matthew caminar hacia ella como un toro enfurecido.

—Esperad. Mirad quién se está acercando. —Las tres se detuvieron y observaron cómo Matthew despachaba al chico que bailaba con ella y ocupaba su lugar—. Vámonos, dejemos que Olivia viva un poco. Para eso hemos planeado este viaje, ¿no? —dijo Lesley con un tono triunfal.

Las tres se dieron la vuelta pero, excepto Lesley, ninguna se alegraba de lo que habían hecho.

Matthew pegó el cuerpo de Olivia al suyo y respiró profundamente, intentando calmar su ira. Cuando la vio bailando con el chico de forma tan sensual algo dentro de él rugió y le exigió que actuara de inmediato. Ella tenía algo que lo volvía primitivo y ahora que la tenía en sus brazos se sentía ridículo por su actuación; sin embargo, no pensaba soltarla.

—Me gusta la manera en que tu cuerpo se encaja con el mío —susurró en su oído mientras su mano se deslizaba por su vientre.

Olivia se estremeció al escuchar la voz de Matthew. Su cuerpo ya no le pertenecía y no era capaz de pensar con claridad. Nunca se había sentido así antes, era como si, de repente, cada partícula de su ser hubiera despertado a la vida. Su piel reaccionaba a cada pulsación del sonido como si estuviera

conectada con la música, tenía la sensación de que, cuando la canción alcanzara su punto álgido, ella explotaría en un haz de luz.

Un mordisco en la oreja la trajo de vuelta y la transportó a otra vorágine de sensaciones.

—No sé qué me has hecho, pero me vuelves loco —le dijo Matthew con voz queda a la vez que su mano se deslizaba por su vientre hasta detenerse en su monte de Venus, mientras su erección le presionaba el trasero.

Olivia gimió y movió las caderas en busca de un alivio al dolor pulsante que empezaba a taladrar su entrepierna.

—Hace mucho calor... me quemo —murmuró ella presa de una necesidad avasalladora.

—Puedo hacer que te sientas bien. Solo tienes que pedírmelo —le dijo con voz ronca al tiempo que le hincaba los dientes en el hueco de su clavícula.

Olivia no era capaz de procesar sus palabras. Su cuerpo asumió el control dejando su cerebro como un mero instrumento decorativo.

—Sácame de aquí —suplicó con voz débil.

—¿Estás segura, Olivia? Esto no es un juego —preguntó mirándola a los ojos tras haberla posicionado frente a él.

«Dios, si esto es un sueño, por favor, que no me despierte nunca. No puede ser cierto que Thor me esté mirando así. ¡Qué guapo es! Y qué calor tengo. Siento como si una lengua de fuego se pasara por todo mi cuerpo. Sin saber por qué muevo la cabeza de forma afirmativa y, al instante, la lengua de mi ídolo invade mi boca con ímpetu. Mi cabeza da vueltas y una necesidad desconocida hace que corresponda a su beso con la misma intensidad. Lo siguiente que soy capaz de asimilar es el frescor de las sábanas tocando mi piel ardiente».

—Eres preciosa, Olivia. Me gustaría ir lento y disfrutar de cada pedacito de tu cuerpo, pero no creo que sea capaz de aguantar ni un minuto más sin estar dentro de ti —dijo Matthew con la voz áspera por el deseo.

—No quiero que vayas lento. Por favor, te necesito, te necesito aquí —dijo Olivia abriendo sus piernas y tocando su sexo.

«¿Hostia bendita? ¿Alguna vez he deseado a una mujer como lo hago en este momento? Estoy seguro de que la respuesta es un no rotundo. Ver a Olivia estirada en la cama y abierta para mí me está volviendo loco. No sé si podré contenerme, mis ansias por ella son desmesuradas y tengo miedo de hacerle daño. Por fin mi deseo vence la batalla y me posiciono entre sus piernas. Gruño cuando mi polla toca su carne satinada y caliente. Dios, está tan

mojada. No puedo aguantar y de una sola estocada me hundo en su cuerpo. Ella suelta un gemido placentero y clava sus uñas en mi espalda como una gata salvaje. La pasión me domina y me transporta a un nivel de lujuria inigualable».

—Hola, Bryan. He conseguido la información que me pediste.

Bryan pegó un salto de la cama y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación mientras escuchaba a su suegra. Por fin sabía dónde estaba Olivia.

—¿Vas a ir detrás de la noviecita descarriada? —preguntó con voz suave intentando esconder la rabia que ardía en sus entrañas. Cada vez era más difícil actuar como si no le importara ser la otra.

—Por supuesto que sí. Estoy a punto de conseguir lo que quiero y nada ni nadie se va a interponer en mi camino —dijo con voz dura al tiempo que volvía a la cama. Descargaría en el cuerpo de su amante toda la ira contenida.

Capítulo 5

A la mañana siguiente Olivia se despertó en su cama, sola y desorientada. Lo último que recordaba era que estaba enfadada con Thor por cómo la había tratado y que, fastidiada, había empezado bailar con su amiga Lesley. Después, un angustioso vacío.

Por su malestar y la sequedad de su boca se pudo hacer una idea de la borrachera que había pillado la noche anterior. Aunque no le hacía falta beber demasiado para encontrarse en este estado. Molesta consigo misma por dañar a su cuerpo se levantó de golpe y al hacerlo maldijo en voz alta. Su cabeza iba a explotar. Además, al dar los primeros pasos sintió agujetas por todo el cuerpo. Más que bailar parecía que había estado haciendo gimnasia toda la noche, incluso su entrepierna estaba dolorida.

—Hola, chicas. Antes de que vuelva a beber así en mi vida, por favor, pegadme un tiro —dijo Olivia al reunirse con sus amigas, que estaban todas en el saloncito.

—¡Buenas tardes, bella durmiente! —saludó Lesley con entusiasmo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntaron Nicole y Cameron al unísono.

El tono de preocupación en la voz de sus dos amigas no pasó desapercibido a Olivia y, tras vaciar la botella de agua, las miró con desconfianza.

—¿Qué? ¿Bailé desnuda en la barra? —preguntó entre risas a la vez que abría otra botella.

Las tres se miraron con aprensión, por sus cabezas sobrevolaba la culpabilidad. Esa no era la respuesta que esperaban de Olivia, no contaban con que su amiga no se acordara de nada. Ellas habían consumido las mismas pastillas, pero ninguna había tenido esa reacción. Además, a Olivia solo le habían suministrado la mitad.

—Me estáis poniendo nerviosa. Decidme de una vez qué he hecho —dijo Olivia mirándolas expectante.

Las chicas se bloquearon y no fueron capaz de contestarle. ¿Qué podrían decirle? Te hemos drogado y pasaste la noche con el clon de Thor. No, desde luego, eso no. Lesley salió de su torpor y contestó:

—Nada. Bebiste un poco más de la cuenta y luego te entró sueño.

Todas soltaron el aire que estaban reteniendo y se miraron con alivio. Por más que el remordimiento las estuviera consumiendo, reconocer lo que habían hecho significaría perder la amistad de Olivia para siempre.

—Habré bailado antes, ¿no? Porque tengo agujetas hasta en las pestañas —se quejó Olivia haciendo una mueca de dolor al sentarse.

Lesley soltó una carcajada, pero Cameron y Nicole se pusieron coloradas desde la raíz del pelo hasta la punta de los pies.

—Sí, sí... Bailaste como una profesional —dijo Lesley intentando contener la risa. Ella hubiera dado lo que fuera por una noche salvaje con alguien como Matthew.

Olivia las miró y no se creyó nada. Estaba segura de que había hecho el ridículo. Por eso Lesley estaba intentando contener la risa, para no humillarla todavía más. Eran su familia y las quería muchísimo.

Su dolor de cabeza fue en aumento y, tras tomar el zumo de naranja y la pastilla de ibuprofeno que Cameron le había ofrecido, volvió a la cama.

Horas más tarde se despertó con el insistente sonido del teléfono. Se levantó y se alegró al constatar que su cabeza ya no le dolía.

—Maldito aparato —dijo Nicole en un susurro a la vez que se acercaba a la cama para cogerlo.

—Tranquila, me encuentro bien —comentó Olivia adelantándose a su amiga.

—Sí. Dime.

—¿Podría ponerme con la señorita Olivia, por favor? —preguntó una voz de mujer con un tono profesional.

—Soy yo —dijo Olivia con el corazón en la mano. Algo en su interior le decía que era Bryan.

—El señor Hayes se encuentra en recepción y solicita permiso para subir a su habitación.

Olivia contestó con un débil sí. Su corazón estaba a punto de salirse por la boca. Debería de haberlo llamado como le había exigido. Era la primera vez que pasaba por alto una promesa. Desde que había llegado a esta ciudad su comportamiento no estaba siendo el usual.

—¿Qué pasa, Olivia? ¿Por qué estás tan pálida? —preguntó Cameron con inocencia. Ella y Lesley habían ido a la habitación de su amiga para ver cómo estaba y no se habían marchado.

—Bryan. Bryan está aquí —dijo y se lanzó al cuarto de baño. Se lavó

los dientes, la cara y se sujetó el pelo en una coleta. No le daba tiempo de hacer nada más. Volvió al salón y se quedó mirando la puerta con expectación.

—¿Qué dices? No me puedo creer que ese gilipollas venga hasta aquí para fastidiarnos la fiesta —dijo Lesley al verla entrar en la habitación.

—No te pases, Lesley. Bryan es mi futuro esposo y lo amo —contestó Olivia molesta.

Ella ya no sabía qué hacer para que sus amigas se llevaran bien con su prometido. Nunca lo habían aceptado, pero desde que se comprometieron, la cosa fue a peor. Principalmente con Lesley, los dos eran incapaces de esconder su aversión.

—¡Buah! ¿Hasta cuándo va a durar tu ceguera, Olivia? —refunfuñó Lesley.

Olivia estaba preparada para rebatir, sin embargo, el toc-toc en la puerta la detuvo. Tras un instante de indecisión corrió a abrirla y, a pesar del semblante iracundo de Bryan, se lanzó en sus brazos.

—¡Estas aquí! No me lo puedo creer. Te he echado mucho de menos —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

No obstante, su alegría se desvaneció al no verse correspondida. Bryan estaba como una estatua de mármol, frío e inmóvil. Olivia se tragó el nudo que tenía en la garganta y se apartó de él.

—No creo que me hayas echado de menos. No has contestado mis llamadas ni te has dignado a llamarme como habíamos pactado —dijo dando un paso al lado para poder adentrarse en la estancia.

Ignoró a sus compañeras a propósito y dejó que sus ojos barrieran la superficie en busca de alguna cosa fuera de lugar. Como encontrara algún vestigio de fiesta privada en la habitación suspendería la boda de forma temporal, solo para darle una lección. Su mirada retornó a Olivia y se sintió poderoso al ver lo afectada que estaba. Así le gustaba, sumisa y doblegada a su voluntad.

—Prepara tus cosas. Te vienes a casa conmigo —dijo sin poder ocultar el tono autoritario.

Tenía que controlar su ira. No podía echar todo a perder revelando su verdadera naturaleza. Eso lo dejaría para después del matrimonio. Una cosa era manipularla para conseguir lo que quería y otra era mostrarse violento.

Olivia lo miró con la boca abierta. Él siempre había sido correcto, nunca había empleado ese tono con ella. Por alguna razón que no podía explicar, algo se removió en sus entrañas. Era un sentimiento de pérdida, como

si seguirlo significara prescindir de algo primordial para su vida. No quería irse y, una vez más, le llevaría la contraria.

—Lo siento, Bryan, pero no me puedo ir contigo. No después de todo lo que se han gastado las chicas para que mi despedida de soltera fuera inolvidable. Te pido que seas razonable —dijo con voz conciliadora.

Bryan se quedó congelado con las palabras de Olivia. No podía dar crédito. La mosquita muerta de su prometida estaba desafiándole. Estaba seguro de que la culpa era de las guarras de sus amigas, él sabía que no debería de haber permitido que las acompañara a Las Vegas. Su madre siempre le decía que una manzana podrida en el cesto contaminaba a las demás y por eso debía extirparse. Si le hubiera hecho caso, ahora no estaría en esta situación.

Lo único que le tranquilizaba era saber que faltaba poco para la boda y que, tras el matrimonio, la vida de su prometida solo le pertenecería a él.

Ese pensamiento le produjo una dulce sensación de placer.

Mientras Bryan estaba perdido en sus cavilaciones, Olivia esperaba impávida su reacción.

Pasados unos minutos, y a pesar del semblante enfurecido de su prometido, Olivia decidió reforzar su postura. No obstante, Lesley hizo acto de presencia y la dejó con la palabra en la punta de la lengua.

—Chicas, vamos a mi habitación para que ellos puedan hablar con tranquilidad. —Miró a Olivia—. Si necesitas algo solo tienes que gritar y estaremos aquí en un plis plas —dijo mirando a Bryan en una clara señal de advertencia.

Tras cerrar la puerta, Nicole y Cameron la miraron exigiendo explicaciones. No podían entender por qué ella había dejado el camino libre para que Bryan se saliera con la suya.

—Tenemos que volver a entrar, Lesley. No podemos permitir que ese gusano se la lleve —comentó Nicole de forma rotunda.

—Calla y entra. Ya os explicaré todo —dijo Lesley a la vez que las empujaba hasta el interior de su habitación.

Una vez dentro, Lesley compartió con ellas su reflexión.

—Nos conviene que Olivia se vaya —dijo sin rodeos.

—¿Qué? Estás loca —gritó Cameron indignada.

Lesley le pidió que bajara la voz y empezó a explicarles la gravedad de la situación.

—No os habéis dado cuenta, pero tenemos un problema gordo entre

manos. Olivia no se acuerda de lo que pasó ayer, y nosotras sabemos muy bien lo que ha estado haciendo toda la noche con el macizo del Thor. ¿Podéis imaginar cómo se sentirá cuando Matthew le diga que quiere repetir? Porque estoy segura de que ese no tardará en tocar a su puerta.

Al final, sus amigas se dieron cuenta del problema. Por la palidez estampada en sus caras eran conscientes de la gravedad de sus actos.

—¡Dios mío! Eso es una locura. Olivia jamás nos perdonará —dijo Cameron hundida en el arrepentimiento.

—A lo hecho, pecho. Y ya que ella no se acuerda de nada lo mejor es que no vuelva a ver a Matthew nunca más. También creo que deberíamos marcharnos y olvidarnos de esta historia para siempre. Es inútil luchar contra de la ceguera de Olivia —dijo Lesley al tiempo que soltaba un suspiro lastimero—. Solo espero que cuando se despierte no sea demasiado tarde.

—Pero ella ha dicho que no se quiere ir —comentó Nicole.

—No seas boba. Sabemos lo manipulador que es Bryan. Me juego el cuello que justo en este momento la estará ayudando a preparar las maletas —concluyó con seguridad Lesley.

Ellas se miraron a la cara, sin embargo, no fueron capaces de mantener la mirada. Ahora eran conscientes de la putada que le habían hecho a su amiga y, probablemente, ese acto cruel las separaría para siempre.

Mientras ellas digerían su culpabilidad, Bryan utilizaba su poder de persuasión, tal y como había previsto Lesley.

—Olivia, cariño. No es que no quiera que te quedes con tus amigas, es que no soporto más estar lejos de ti. Por favor, vente conmigo. Te necesito... —dijo poniendo cara de perro apaleado. Sin embargo, en su interior estaba a punto de vomitar por tanta ñoñería.

Bryan se sentó en el sillón y tiró de Olivia para que se sentara en su regazo. A continuación, empezó a dejar un reguero de besos; empezó por su boca y fue bajando con estudiada premeditación. Mientras se entretenía con su cuello, su mano aprovechaba para desabotonar los botones de su pijama, exponiendo así sus pechos a su hambrienta lengua.

Bryan sonrió victorioso al escuchar el gemido de su prometida. Qué fácil era engatusarla. Llegaba a ser patética.

—A preparar las maletas, preciosa. Ya tendremos tiempo de seguir por donde íbamos —le dijo interrumpiendo sus caricias y forzándola a levantarse.

—Las chicas no se lo van a tomar bien.

—No te preocupes, yo hablaré con ellas. ¡Anda, date prisa!

Olivia se fue a la habitación cabizbaja, sentía una opresión en el pecho. Por primera vez era consciente de la manipulación de su prometido y, también por primera vez en su vida, tuvo ganas de rebelarse. Algo dentro de ella estaba intentando salir, intentando romper con la educación y con los valores que le habían sido transmitidos por sus progenitores. Siempre había pensado que su vena sumisa formaba parte de su naturaleza y que era feliz así. No obstante, se sentía miserable por haber cedido tan rápido a la voluntad de Bryan.

«Dios, ¿qué me está pasando? No sé explicarlo, pero creo que no soy la misma persona que era ayer. Hasta los besos de Bryan me supieron diferentes. Y cuando me apretó los pezones no pude evitar soltar un gemido de dolor o de asco, no estoy segura. Solo quería que me soltara, que apartara su boca de mi piel. Tal vez sea buena idea volver a casa».

Olivia recogió sus pertenencias y las metió en la maleta de forma desordenada. Sus actos reflejaban a la perfección sus sentimientos. Por más que ella hubiera borrado de su mente la noche que había pasado con Matthew, esa noche había quedado marcada a fuego en su cuerpo. No serviría de nada que su cerebro la hubiera bloqueado, los cambios ya estaban en marcha y, antes o después, se enfrentaría a ellos.

Un murmullo en el salón liberó a Olivia de sus cavilaciones y como alma en pena salió de la habitación para dar la cara ante sus amigas. Nada más entrar se sorprendió al ver que ellas charlaban amistosamente con su prometido. Los miró intentando buscar algún signo de ira contenida. Al no encontrar nada, se armó de valor para disculparse.

—Chicas. Lo siento mucho, pero...

—No te preocupes. Bryan nos ha explicado cuál es el verdadero motivo que lo ha traído hasta aquí. Y es una putada, tenéis que demandar a esa florista —dijo Lesley haciéndose la indignada. Por supuesto, no se había creído su excusa de mierda.

Olivia la miró sin entender nada. ¿Florista, demandar? ¿Qué diablos le había contado Bryan? Él, que conocía a Olivia como la palma de su mano, intervino de manera inmediata.

—¿Qué te había dicho, Olivia? Tus amigas no han puesto ninguna objeción a nuestra partida. —Se aproximó, la abrazó y le susurró al oído: «Sígueme la corriente».

Olivia tragó con dificultad, no le gustaban las mentiras.

—No pongas esta carita. De verdad que lo entendemos. Y para que no te

quede ninguna duda, hemos decidido acompañarte —dijo Cameron.

Lesley miró la escena con amargura. En el fondo, ella no era tan diferente a Bryan, ambos estaban mintiendo y manipulando a Olivia.

Los dos coches tomaron dirección a Los Ángeles y sus ocupantes hicieron el viaje de vuelta en el más absoluto silencio. Cada uno ensimismado en sus pensamientos.

Capítulo 6

Mientras Olivia ponía tierra de por medio, Matthew se despertaba en la gigantesca cama de su lujosa *suite* e inmediatamente se dio cuenta de que estaba solo. Agudizó su sistema auditivo, nada, el silencio era sepulcral. Su lado de la cama estaba frío, lo que significaba que su ángel lo había abandonado hacía tiempo. Algo dentro de él protestó; con una mueca de disgusto, se levantó y se dirigió a la ducha.

Antes de meterse bajo el agua se miró en el espejo y contempló las marcas de uñas grabadas en su espalda. Por si le quedaba alguna duda de que la noche anterior no había sido un producto de su imaginación, allí estaba la prueba. Su sonrisa se ensanchó y su polla se despertó ansiosa por repetir la experiencia.

«Joder, Olivia. ¿Por qué me has abandonado en mitad de la noche? Mira cómo estoy por ti, ángel. No te creas que te voy a dejar escapar».

Matthew se rio del rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Jamás había ido detrás de una mujer y menos de una de veintidós. Llevaba doce años teniendo relaciones de conveniencia, relaciones que permitían que su corazón saliera indemne. Ahora, después de una sola noche, estaba deseando lo contrario. Sería una putada del destino que la mujer que le hiciera cambiar de estado civil fuera tan joven y, encima, la tuviera que perseguir él.

«Putá mierda, ¿en qué estoy pensando? Se me ha ido la olla por completo», dijo en voz alta mientras pasaba la mano por el espejo del cuarto de baño para quitar el vaho.

Tras afeitarse, y con la toalla todavía atada a la cintura, se dirigió a la habitación. Antes de vestirse cogió su móvil en busca de algún mensaje o llamada interesante. Lo más preocupante para él fue constatar que el único mensaje que deseaba recibir era uno de su ángel.

Justo en este instante, el aparato cobró vida e hizo que su corazón pegara un salto. Su esperanza se esfumó al ver de quién se trataba.

—¿Qué quieres?

—Buenos días para ti también. ¿Qué te pasa? ¿Se te han pegado las sábanas al cuerpo o te ha agotado la energía de la juventud? —dijo Bruce con

sorna.

—Vete a la mierda —contestó molesto.

—Tranquilízate, hombre, era broma. En quince minutos nos vemos en el campo de golf. Desayunaremos allí. ¿Ok?

Bruce cortó la llamada sin esperar la respuesta. Se sentía pletórico. Ya no tendría que aguantar el cachondeo de su amigo. Ahora él también tenía munición para atacar y vaya si lo iba a hacer.

Matthew terminó de arreglarse sin muchas ganas. Sabía lo que se le venía encima. Además, su cuerpo le pedía ir en otra dirección. Necesitaba tenerla en sus brazos. Era tontería seguir negándolo, quería estar con ella y la diferencia de edad entre ambos empezaba a darle exactamente igual. Su deseo era irracional.

Una vez que localizó a sus amigos en el restaurante, se dirigió a ellos con pasos decididos y con una clara señal de advertencia estampada en la cara. No iba a consentir que se burlaran de él.

Los primeros minutos los pasaron en armonía disfrutando del succulento desayuno. Con el apetito saciado y las energías recuperadas, sus amigos empezaron con el ataque.

—Bruce me ha comentado que has pasado la noche con Olivia —dijo Steve y, tras su silencio, le lanzó una mirada inquisitiva.

—Suéltalo de una vez, tío. Estamos deseando conocer los detalles. ¿A que no es tan malo estar con una cría? —preguntó Bruce soltando su primera pullita.

Matthew gruñó dominado por la rabia, pero prefirió ignorarle.

—No hay nada que comentar. Meteos en vuestros asuntos —espetó en tono seco.

—Hombre, no seas capullo, solo queremos ayudar. Y para que veas que digo la verdad, te voy a dejar el teléfono de su mejor amiga, Lesley —dijo Bruce y, acto seguido, le envió un wasap con el número.

Matthew se llevó la mano al bolsillo al sentir la vibración del móvil. Eso pareció apaciguar su carácter. Sus amigos, al presenciar el cambio en sus facciones, decidieron darle una tregua. Dentro de unos minutos disputarían un partido por equipos y perder no formaba parte de sus planes.

La mañana pasó sin mayores percances y el grupo de Matthew fue el vencedor. Para su disgusto, la victoria le ató a una serie de acontecimientos sociales que lo mantuvieron ocupado todo el día. Cuando por fin consiguió escaquearse para intentar localizarla, el sol se había escondido en el

horizonte. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde y que la encontrara antes de que se perdiera en la loca noche de Las Vegas.

Tras varios intentos sin que su amiga cogiera el teléfono, decidió acercarse a la recepción del hotel. Al comprobar que era la rubia que se lo comía con los ojos, probó suerte. Y lo que descubrió, lo dejó desolado: Olivia ya no estaba en el Wynn, lo había abandonado al mediodía.

Un sentimiento de pérdida lo dominó. No podía entender por qué se había ido sin decirle nada. No después de la noche que habían compartido. Por primera vez en su vida, no sabía cómo actuar. La mujer del mostrador lo sacó de su trance.

—Mi turno termina dentro de media hora. ¿Te apetece un *tour* por Las Vegas? —le preguntó con descaro.

—Tal vez otro día. Gracias —dijo y se fue sin mirar atrás.

Cabizbajo e impotente, se metió en el ascensor. Tal vez fuera lo mejor. ¿Dónde tenía la cabeza para pensar que podía tener algo con Olivia? Se había dejado dominar por sus instintos más primarios, porque otra explicación no era capaz de encontrar. No la conocía, no sabía cuáles eran sus gustos, no sabía su apellido y ni dónde residía, no sabía nada.

«Dios, es que soy gilipollas. Lo único que sé de ella es que tiene un cuerpo que me vuelve loco y que, cada vez que está cerca, mi mente se colapsa y mi corazón se dispara. ¿Y qué? Eso no la convierte en la mujer ideal. Es mejor que la olvide, dadas las circunstancias no volveré a verla. Así que no tiene sentido que siga dedicando un solo minuto de mi preciado tiempo a pensar en ella».

Ya en su habitación, y con las ideas claras, borró el número de Lesley de su agenda. Se sintió aliviado de haber podido liberarse de ese embrujo.

El fin de semana había terminado y con él cualquier pensamiento que Matthew hubiera podido haber dispensado a Olivia. Era como si ella nunca hubiera existido.

Otra casualidad que los unía. Ambos habían olvidado esa noche de pasión.

Habían pasado dos semanas desde la precipitada interrupción de la despedida de soltera de Olivia. Todavía le seguía sorprendiendo el comportamiento de sus amigas, habían aceptado con mucha facilidad las excusas de Bryan. Además, estaban de lo más raras. Si no estuviera tan ocupada tal vez intentaría llegar hasta el fondo del asunto.

Los preparativos de la boda la estaban volviendo loca, mejor dicho, la que la estaba volviendo loca era Hillary, su futura suegra y, lo que era peor, con el beneplácito de Bryan. Por eso, en lugar de estar con sus amigas en un centro comercial disfrutando de una succulenta hamburguesa con patatas fritas, estaba en un restaurante pijo de comida de diseño decidiendo si las flores que decoraban el plato eran comestibles o no. Tras unos segundos de duda, y teniendo en cuenta la minúscula ración de pescado, decidió que eran la guarnición. Y haciendo uso de la salsa que estaba distribuida de forma milimétrica alrededor del plato, empezó su aventura degustativa.

«Oye, no está nada mal. Pero sería estupendo si fuerais más generosos con la cantidad», pensó al tiempo que se llevaba a la boca el último trocito de lenguado.

Tan concentrada estaba en los sabores que le costó entender la conversación que ambos estaban manteniendo sobre ella.

—Estás de cachondeo, ¿no? —explotó al comprender lo que le decía su futura y queridísima suegra a su prometido.

—Olivia, no le hables así a mi madre. Si ella cree que es conveniente para nosotros que tú te integres y participes en sus círculos, lo harás sin rechistar —la regañó Bryan en tono bajo conteniendo la furia que circulaba por su sangre.

—No va a funcionar. No soporto a esas pijas estiradas que se creen mejor que los demás —proclamó sin darse cuenta de que sus palabras automáticamente incluían a su suegra.

—¿Ves cómo tenía razón, Bryan? Esta niña malcriada tiene mucho que aprender hasta que pueda convertirse en la esposa adecuada para ti —dijo a su hijo e ignorando a su nuera se levantó y se fue.

—¿Has visto lo que has provocado? ¿No ves que mi madre solo nos quiere ayudar? —la reprendió elevando la voz sin preocuparse por estar llamando la atención de los demás comensales.

—Pero, Bryan, yo no puedo...

—Nada de peros. Para que un matrimonio funcione tiene que haber compromisos y sacrificios por ambas partes. Me has decepcionado, Olivia —dijo y se levantó.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Con mi madre, intentaré apaciguarla. Espero que este episodio no se repita. También espero que la próxima vez que la veas te disculpes como es debido —añadió entre dientes y se dirigió a la salida dejándola sola y

desconsolada.

Olivia miró a su alrededor muerta de vergüenza y por las miradas de reproche dirigidas hacia ella le quedaba claro que todos los presentes habían escuchado la conversación y, como era de esperar de un público tan esnob, la habían juzgado y condenado sin darle derecho a defensa.

El camarero se aproximó a su mesa y por un instante ella creyó que le pediría que se retirara y que no volviera a poner un pie en el establecimiento. Sin embargo, el amable hombre le comunicó que la cuenta había sido liquidada y le preguntó si necesitaba algo más. Olivia fue incapaz de pronunciar palabra y negó con un movimiento de cabeza. Compungida comprobó cómo sus lágrimas se deslizaban por sus mejillas y caían sobre el impoluto mantel de lino. Como un autómatas, se secó la cara con el dorso de la mano y, con la moral por los suelos, se levantó y se dirigió hacia la puerta de salida.

Una vez en la calle se quedó parada delante del restaurante sin saber a dónde ir. Su mirada se dirigió al taller que estaba a pocos metros del restaurante. Hillary había dejado su coche allí para que le reparasen uno de los faros delanteros. Por eso Olivia los había acompañado. Bryan había utilizado este contratiempo como medida persuasiva para que cancelara los planes que tenía con sus amigas y se fuera con él. Su propósito estaba muy cerca de cumplirse.

Después de la boda, su mujercita jamás estaría a solas con ellas.

Olivia seguía parada en medio de la calzada, sola y sin saber qué rumbo tomar. Su mirada volvió al taller y justo en este instante vio que Bryan salía acompañado por su madre. La distancia no le permitía apreciar sus facciones, pero ella estaba segura de que la estaba mirando con desprecio.

Tras perder el coche de su prometido de vista, Olivia pensó en llamar a alguna de sus amigas para que la recogiera. Sin embargo, no se sentía con fuerzas para escuchar sus reproches. «Ya te he dicho miles de veces que Bryan es un capullo integral», «Tu suegra es tan mala que cuando respira envenena el aire», o la frase favorita de sus amigas: «Estás ciega, Olivia, ¿cuándo vas a despertar?». No, Olivia no lo podría soportar, no en estos momentos. Ahora lo único que necesitaba era estar sola para poder poner en orden sus pensamientos.

Cerró los ojos para apartar el dolor e impedir que las lágrimas siguieran deslizándose por sus mejillas. Al hacerlo, un lugar vino a su mente y decidida cogió su móvil. Abrió la aplicación que siempre utilizaba para moverse en

taxi por Los Ángeles y después de unos segundos ya tenía la posición del coche más cercano a su localización y el tiempo que tardaría en recogerla. El servicio también le ofrecía el coste aproximado y la duración del trayecto. Y, dadas las circunstancias, prefirió pagar un poco más para no tener que compartir el viaje con otro usuario. Una vez aceptó la operación, los veinticinco dólares con sesenta y siete centavos fueron descontados de la tarjeta de crédito que tenía almacenada en el dispositivo.

Casi una hora después bajó en la playa de Santa Mónica, justo a la altura del *pier*. Empezó a abrirse paso entre la multitud que transitaba por el paseo marítimo en busca de sitios emblemáticos como el Palisades Park —con sus dos kilómetros y medio de longitud repletos de árboles y palmeras—, la señal de tráfico que representaba el fin de la Ruta 66 y que se encontraba al lado de la feria, la marisquería Bubba Gump —inspirada en la película *Forrest Gump*—, o el famoso parque de atracciones Pacific Park. Caminaba ajena a todo y paso a paso se fue alejando de la intensa actividad del muelle.

Toda su atención estaba puesta en el mar, en el ruido de las fuertes olas que rompían en la orilla formando una espesa espuma blanca. Sin preocuparse por su carísimo vestido de firma, regalo de cumpleaños de su prometido, se sentó en la arena y tiró su bolso y sus sandalias a juego a un lado de forma displicente.

Sus lágrimas volvieron a deslizarse libremente por sus mejillas. No era solo por la patética escena del restaurante, los últimos días habían sido un auténtico calvario. De repente pasó de ser la hija perfecta, la nuera perfecta, la prometida perfecta, a ser un completo desastre. Nada de lo que les había gustado hasta el momento parecía ser apropiado, hasta su risa les molestaba.

Olivia había intentado ignorar el cambio de actitud de su prometido en las últimas semanas. No obstante, hoy había sido la gota que colmaba el vaso. Todo su cuerpo se tensó al recordar sus palabras: «Para que un matrimonio funcione tiene que haber compromisos y sacrificios por ambas partes. Me has decepcionado, Olivia». Empezó a temblar y una risa nerviosa explotó en su garganta. Le parecía ultrajante que él le hubiera dicho estas palabras. Ella era la única que estaba cediendo y suportando los despropósitos de su queridísima madre y de su esnob suegra. Ni su vestido de novia era como ella había soñado, por no hablar de los de las damas de honor, que eran espantosos. Lesley, incluso, había amenazado con que iba a tunear el suyo, ojalá lo hiciera. Le encantaría ver a todos con la boca abierta en la ceremonia.

Su llanto se intensificó y le empañó la visión. Sus lágrimas ya no eran de

amargura, sino de rabia. Rabia en estado puro, contra todos los que habían estado pisoteándola en estos últimos días pero, sobre todo, contra de ella misma, por permitírsele.

Olivia no entendía lo que le estaba pasando, nunca había albergado este tipo de sentimientos hacia nadie. Sin embargo, sentía que algo había cambiado en su interior, algo progresivo e imparable que le impedía exonerarlos de toda la culpa como había estado haciendo a lo largo de su vida cada vez que se encontraba en una situación conflictiva.

A pesar de lo dolida que sentía, una parte de su alma le pedía paz y le reclamaba que, por última vez, mirara hacia otro lado y que atribuyera el comportamiento de todos ellos al estrés provocado por los preparativos de la boda. Esa pequeña parte de su corazón estaba intentando convencerla de que tras la boda todo volvería a la normalidad.

Más calmada y con las emociones aparentemente bajo control, se levantó y siguió su camino por la orilla. El fuerte oleaje atrapaba su mirada y no pudo evitar comparar sus sentimientos con las olas. Venían y regresaban sin control y por más que ella se apartaba de la orilla no podía evitar que una ola le empapara el bajo del vestido.

A ella le pasaba lo mismo: por más que lo intentara no conseguiría impedir que la ola que se estaba formando en su interior se rompiera con virulencia en cualquier momento.

Después de una larga caminata se dio cuenta de que no faltaba mucho para la puesta de sol. La gente ya había empezado a recoger sus pertenencias para macharse a casa. Decidió hacer el camino de vuelta y, una vez alcanzó el centenario muelle, se juntó con los demás en busca de un lugar privilegiado para presenciar cómo el sol se convertía en una enorme bola anaranjada que iba recortándose contra el perfil de las típicas casetas de madera de los vigilantes de la playa, hasta perderse en el horizonte. Sin duda, un atardecer digno de ser visto.

Cuando el espectáculo terminó, Olivia cogió su móvil y vio asombrada que estaba repleto de llamadas de Roxana. En un acto de rebeldía deslizó el dedo por la pantalla y dejó atrás las fastidiosas notificaciones. Su objetivo ahora era la aplicación de taxi que había utilizado con anterioridad. Una vez tuvo su transporte asegurado, apagó el teléfono y se dirigió con lentitud hacia el sitio donde la recogerían.

Olivia sabía que eran sus últimos minutos de tranquilidad. Cuando llegara a su casa tendría que dar muchas explicaciones.

Poco después se bajó del taxi y aliviada vio que el coche de Bryan no estaba aparcado delante de su puerta. Teniendo en cuenta su manera de actuar en los últimos días, no le hubiera extrañado. Seguro que había ido con el cuento a su madre, por eso la había llamado miles de veces.

Estaba rebuscando en su bolso las llaves para abrir la puerta cuando, de repente, esta se abrió de forma intempestiva. Al otro lado se encontraba su enfurecida madre echando espuma por la boca.

—¿Se puede saber dónde estabas? Llevamos horas llamándote —gritó Roxana.

—Me he quedado sin batería —contestó sin ganas de darle más explicaciones. Esperaría a ver qué le decía ella.

—A mí no me metas en tus líos, Roxana. Te he dicho que dejaras a la niña en paz y que no te metieras donde no te llaman —dijo su padre sin apenas apartar la mirada de la pantalla—. En una semana será una mujer casada y Bryan sabrá cómo dirigir su matrimonio.

Olivia parpadeó y volvió a la realidad. Por un instante había pensado que su padre se estaba poniendo de su lado. Qué ilusa. Ambos idolatraban a Bryan y lo que él decía iba a misa. Su padre, Peter Young, nunca había estado presente en su vida. Su trabajo en Styles & Young, empresa familiar dedicada a la distribución de suministros eléctricos, siempre había sido su prioridad. Ahora empezaba a darse cuenta de que su madre seguía sus instrucciones como un soldado, con disciplina y acatando todas sus órdenes sin cuestionarlas.

A Olivia no le gustaba el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. ¿Estaba ella a punto de repetir el mismo patrón?

—Todavía no me has dicho dónde estaba —insistió su madre en voz baja.

—Estaba en Santa Mónica, en la playa, necesitaba estar sola para aclarar las ideas —contestó Olivia en un tono débil. Se sentía agotada.

—Bryan me ha contado el encontronazo que has tenido con su madre y espero que hayas recuperado la razón y que te dejes de tonterías. Hillary está cuidando todos los detalles para que vuestra boda sea perfecta, se merece respeto y consideración —le comunicó en susurros y miró de soslayo a su padre.

—Mamá, no me apetece seguir con este tema. Me voy a mi habitación. Buenas noches —dijo y se fue sin dar a su madre la oportunidad de un contrataque.

Olivia se metió en la ducha con la esperanza de que el agua caliente le

relajara los agarrotados músculos y le permitiera dormir para olvidar todo lo sucedido. Sin embargo, una vez acostada y relajada, lo que no la dejaba dormir era el hambre, su estómago se retorció por la falta de alimento. Pero ella prefería este pequeño mal a la posibilidad de encontrarse con su madre en la cocina y tener que volver a escuchar sus recriminaciones.

Se acordó de su móvil, se levantó y, después de recuperarlo del pozo sin fondo que era su bolso, lo encendió. Como lo había imaginado, las decenas de llamadas eran de su progenitora. Le dolió y sintió que su corazón se encogía por la traición. Bryan no se había interesado en saber cómo estaba ni cómo había llegado a casa. Su única preocupación había sido llamar a Roxana para contarle lo sucedido y que ella se encargara de seguir con los reproches que él había tenido que interrumpir para consolar a su madre.

«No quiero seguir dándole vueltas a lo ocurrido. Estoy segura de que todo volverá a la normalidad después de la boda», se dijo una y otra vez para intentar reafirmarse.

El cansancio la venció y se entregó a los brazos de Morfeo.

Capítulo 7

Mientras Olivia dormía el sueño de los inocentes, Bryan se arreglaba para encontrarse con su amante. Nada mejor que una noche de sexo desenfundada para conmemorar su victoria.

Hubo un momento en el día, justo después de dejar sola a Olivia en el restaurante, que pensó si el sacrificio de casarse con ella le compensaba. Llegó a plantearse abandonarla en la iglesia, se lo merecía por el desplante que le había hecho a su madre. Sin embargo, tras tranquilizar a Hillary y dejarla en su casa volvió al trabajo, y el universo quiso que justo en este momento su jefe, William Ford, compartiera ascensor con él. Lo felicitó por la inminente boda y le preguntó si a su compañera no le molestaba que estuviera siempre de viaje. Bryan llevaba meses esperando esta oportunidad y, a sabiendas de la importancia que el viejo daba a la familia, atacó con fuerza. Por la reacción del presidente de la cadena, no le quedaba la menor duda de que el puesto que tanto ansiaba sería suyo.

En este momento, abandonar a Olivia en el altar dejó de ser una opción.

Se casaría dentro de una semana y su mujercita seguiría al pie de la letra sus órdenes.

Con una sonrisa cínica en los labios cogió las llaves del coche y la bolsa con la sorpresa que le tenía preparada. Esta noche la haría gritar de placer.

Desde que había vuelto de Las Vegas hacía dos semanas, Matthew se sentía nervioso e inquieto. Como no empezara a planear otra aventura urgentemente se volvería loco. No podía quitarse de la cabeza las imágenes de la apasionante noche de sexo que había tenido con Olivia. Y aunque intentó borrar esos recuerdos en los brazos de otras mujeres, tampoco había tenido éxito. Solo ella era capaz de proporcionarle el alivio que su cuerpo necesitaba. Había estado tentado de pedirle a su amigo el teléfono de la tal Lesley, ya que él lo había borrado de su móvil. Pero su orgullo se lo impidió. Ella lo había abandonado sin decirle nada y eso era demasiado para la vanidad de cualquiera. Para su alivio su padre entró en su despacho y le liberó de sus contraproducentes pensamientos.

—¿Vienes a comer? Te invito —dijo su padre con una genuina sonrisa.

«¡Sí, claro! Cada vez que Robert le decía eso significaba que había olvidado la cartera en casa y le tocaría a él pagar la cuenta», pensó para sus adentros.

—Creo que si usaras tu posición como presidente de la empresa no te sería difícil conseguir un plato de comida —rebató Matthew en tono burlón antes de devolverle la sonrisa.

—Así es más divertido.

Matthew admiraba a su padre. Era increíble cómo conseguía ser un tiburón en los negocios, y campechano con su familia y sus allegados.

Una vez en el restaurante, los dos se decidieron por comida italiana y entre tema y tema su padre sacó a relucir su preferido.

—Ayer me encontré en el ascensor con Bryan, no sé si sabes quién es —le preguntó Robert de forma displicente.

—Me suena que es uno que trabaja como reportero deportivo —respondió Matthew acordándose perfectamente del tipo. Había coincidido con él en alguna que otra ocasión y no lo soportaba. Su prepotencia y sus aires de grandeza le sulfuraban la sangre. Sin embargo, prefirió guardarse su opinión.

—Sí, ese mismo. Es un chico estupendo y se casa el próximo fin de semana. Me ha invitado y había pensado que podrías acompañarme —dijo y volvió su atención a la comida.

—Papá, sabes que soy alérgico a las bodas —le respondió con un tono más áspero de lo que pretendía.

—No entiendo cuál es tu problema con el matrimonio. Ya tienes treinta y cuatro años y va siendo hora de que sientes la cabeza —le recriminó con un deje de irritación en la voz.

—Por favor, no sigas con ese tema. Comamos en paz.

Padre e hijo se centraron en la comida, cada uno perdido en sus pensamientos. Pero el tema estaba lejos de ser olvidado. Robert era más terco que su hijo y no descansaría hasta que lo viera casado y con una docena de niños; bueno, en realidad, se conformaría con uno o dos.

Tras la conversación con su padre en el restaurante, la inquietud de Matthew alcanzó límites insoportables. No era capaz de concentrarse en nada. En su mente bailaban imágenes de la boda de Bryan y por más que se empeñaba en ponerle cara a su novia no era capaz de hacerse una idea de su aspecto. ¿Qué clase de mujer se casaría con un hombre así? Las palabras de su padre también lo atormentaban. Y, para rematar el día, empezó a fantasear con

una boda, la suya con Olivia.

Decidió dar la jornada por terminada. Correría por la playa o practicaría un poco de surf, seguro que eso haría que recuperara el juicio.

El día de la boda había llegado. A las cinco de la mañana, Olivia ya estaba en pie, los nervios no la dejaban seguir en la cama. Todo había sido repasado y revisado hasta la extenuación, su suegra era una obsesa del control. Y debido a la desavenencia en el restaurante, decidió dejarla a su aire esta semana. Tenía la certeza de que cuando volviera de la luna de miel apenas la vería, ya que su suegra tenía una intensa vida social. Intentaría ser diplomática hasta que ella se olvidara de la absurda idea de integrarla en su círculo de amigas. Usaría la psicología inversa para librarse de ella. Una sonrisa se formó en sus labios, había dejado sus dudas atrás y estaba segura de que su vida de casada sería perfecta. Bryan y ella serían muy felices.

Las horas pasaron y el movimiento en la casa de sus padres pasó a ser frenético. Los regalos y las flores no paraban de llegar y sus progenitores ya no sabían dónde colocarlos. El timbre volvió a sonar y su madre le pidió a gritos desde la cocina que abriera la puerta. Salió disparada de su habitación y al mirar por la mirilla vio a sus tres amigas.

—Buenos días. ¿Ya has desayunado? —preguntó Lesley exaltada nada más verla.

—Iba a hacerlo ahora —contestó Olivia levantando las cejas de forma interrogativa.

—Bien. Pues arréglate, que vamos a llevarte a tu último desayuno de soltera —dijo Nicole.

—Técnicamente ya soy una mujer casada desde el miércoles —rebatía poniendo una sonrisa soñadora en la cara—. Además, mirad cómo está esto. —Abrió la puerta de par en par para que ellas pudieran apreciar el caos—. No paran de llegar, no puedo dejar a mi madre sola.

—No te preocupes, ven con nosotras. Pediré a mi madre que venga a echarle una mano a la tuya —dijo Cameron.

—No sé, chicas. ¿Adónde queréis ir? —inquirió no muy convencida.

—¿Te suena de algo la 805 de West Manchester Boulevard? —preguntó Cameron poniendo morritos.

—Ya me habéis convencido. Pasad. Estaré lista en un minuto —dijo y salió disparada hasta su habitación.

Media hora después, y tras acordar que había otra tienda cerca recién

inaugurada, las cuatro se encontraban cómodamente sentadas en una soleada terraza en el centro comercial Westfield Century City, delante de una caja extragrande de Randy's Donuts repleta de rosquillas de todos los colores y sabores.

—Madre mía. ¡Qué bueno está esto! —alabó Olivia a la vez que se chupaba los dedos impregnados de Nutella.

—Prueba el de coco. Es orgásmico —añadió Nicole gimiendo en voz alta y atrayendo las miradas curiosas.

—Habla más bajo, nos están mirando —pidió Olivia con un susurro.

—Que miren. A lo mejor pillamos cacho —comentó Lesley pasando la lengua de forma provocativa por la cobertura de su donut.

Lesley y Nicole se reían a carcajadas y Olivia sentía que sus mejillas ardían por la vergüenza. En realidad, las palabras de sus amigas no le provocaban ninguno pudor, lo que no le gustaba era tener todas las miradas puestas en ella.

—Por favor, chicas. Estamos en un sitio público —volvió a pedir en un intento de controlarlas.

—Si tú llevaras tres semanas sin sexo como yo, no me estarías reprimiendo —protestó Nicole.

Olivia se puso roja como un tomate y casi se atragantó con el sorbo de café que acababa de llevarse a la boca.

—¡Huy, huy, huy! Creo que alguien tiene mucho que contarnos —dijo Cameron que hasta ahora se había mantenido al margen.

—No sé a qué te refieres —respondió Olivia sin atreverse a mirarla.

Por más vergonzoso que fuera admitir ante sus amigas que llevaba mucho tiempo sin hacer el amor con Bryan, ella sabía que no tenía escapatoria, las conocía demasiado bien y no se dejarían engañar. Lo mejor era acabar con esto lo antes posible. Sin embargo, no les contaría que sus intentos de seducirlo desde que habían vuelto de Las Vegas no habían servido de nada.

—Olivia, desembucha. No nos iremos de aquí hasta que no nos cuentes todo —le dijo Lesley.

—Bryan y yo no... Nosotros no... Ya sabéis... Desde que volvimos de Las Vegas... Bueno, la semana anterior tampoco habíamos hecho nada —balbuceó abochornada por compartir algo tan íntimo.

—¿Por qué? ¿No estáis bien? Si es así tal vez no deberías de casarte hoy —comentó Cameron compungida.

—¿Qué excusa te ha dado esta vez el cabrón de Bryan? —preguntó

Lesley de forma despiadada. Pero cuando vio que sus ojos se llenaban de lágrimas, se arrepintió y decidió morderse la lengua. Total, no serviría de nada.

Olivia la miró con pesar. Le dolía saber que su amiga jamás se llevaría bien con él.

—No hay ningún problema entre nosotros. Bryan quiso que nos preserváramos estas semanas para que la luna de miel fuera especial y yo lo he aceptado. Ahora cambiemos de tema, no quiero seguir hablando más sobre esto.

Las chicas se vieron obligadas a callar. Hoy era un día muy importante para su amiga y no querían herirla con lo que de verdad pensaban. Después de lo que había pasado en Las Vegas habían asumido su destino.

Estaba ciega y no había nada que ellas pudieran hacer para que despertara.

—Bien. Pues cómete otro donut, que vas a necesitar mucha energía esta noche —dijo Cameron con seriedad haciéndolas estallar en una sonora carcajada.

El tema quedó zanjado y las amigas siguieron el desayuno entre risas y recuerdos. Ellas lo vivían como si de una despedida se tratara, en el fondo intuían que después de este día nada sería como antes.

El camino de vuelta a casa lo hicieron en un introspectivo silencio, cada una presa de sus propios fantasmas.

Al fin había llegado el gran momento y Olivia sentía que el corazón iba a estallarle en el pecho. Su padre le apretó la mano con suavidad dándole el valor que necesitaba para dar los primeros pasos. En su cabeza resonaban las palabras de Hillary: «Sonríe a cada instante, camina despacio y no mires a los invitados, dirige tu mirada hacia Bryan, que te estará esperando al final del pasillo».

«Ya, qué fácil parecía todo en los ensayos. Pero en tiempo real, con el vestido de novia puesto, los zapatos de tacón torturándome los pies, el peinado tirando de mi pelo hasta el punto de que creo que hay alguien colgado del velo y, lo que es peor, los centenares de invitados observándome y diciéndome lo guapa que estoy a cada paso, no es tan sencillo».

Más que andar despacio, lo que Olivia deseaba en esos momentos era salir corriendo para que esta tortura se acabara lo más rápido posible. Respiró hondo un par de veces y volvió a repasar las instrucciones de su suegra.

A partir de ahí, los recuerdos de Olivia se hicieron borrosos, era como

si su mente se hubiera desconectado de su cuerpo, que asumió el control como un autómeta.

—Olivia, ¿estás bien? Llevo un rato hablándote y parece que no has escuchado nada de lo que te he dicho —la voz de Bryan la liberó del trance.

—Perdona. ¿Qué me decías?

—Te estaba preguntando si no te has olvidado nada. Vamos con un poco de retraso y no nos dará tiempo de volver —le respondió y después se abrazó a su madre para despedirse.

Los novios y los familiares más cercanos habían decidido hospedarse en el hotel donde se había celebrado el convite. Había sido idea de Hillary y, por una vez, Olivia y ella se habían puesto de acuerdo.

—No, está todo —le contestó y se dirigió hacia su familia para hacer lo mismo.

Despedirse de ellos había sido fácil, lo duro fue hacerlo de sus amigas. Principalmente por las palabras de cariño que le habían dedicado. Las de Lesley, además de cariñosas, fueron inquietantes: «Prométeme que no vas a aceptar menos de lo que tú te mereces. Prométeme que si te encuentras sin salida te acordarás de que puedes contar con nosotras para lo que sea. Te quiero mucho, amiga». Olivia no pudo evitar que la tensión contenida durante todo el día se manifestara en ese momento en forma de lágrimas. Después de la catarsis su amiga salió con algo sexual y escandaloso haciéndola reír y recobrar la compostura.

Tras otra ronda de abrazos bajo la impaciente mirada de Bryan, consiguieron por fin poner rumbo al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, LAX, como era conocido por los californianos, donde cogerían un vuelo hasta Hawái.

Dos días después, mientras Olivia empezaba a disfrutar de su luna de miel, Matthew recibió una alarmante noticia.

—Matthew, tienes que venir urgentemente, tu padre no se encuentra bien. Le dolía el pecho y he llamado al doctor Montgomery, que ya viene de camino con la ambulancia. Pero, mientras marcaba tu número, se ha desmayado. No sé qué hacer —dijo Rosario, el ama de llaves de su padre de forma atropellada.

—Tranquilízate, Rosario —le pidió mientras intentaba controlar el pánico, necesitaba tener la mente fría para poder pensar con claridad. La vida de su padre podía depender de su rápida actuación—. Comprueba si respira y si tiene pulso —ordenó a la vez que cogía las llaves del coche.

Su corazón volvió a latir cuando escuchó la respuesta de Rosario. Le explicó cómo tenía que actuar al tiempo que esperaba el ascensor. Nada más entrar en la metálica caja rectangular la conexión se cortó y sintió un dolor en el alma, era como si hablar con el ama de llaves de su padre le mantuviera cerca de él.

La angustia le sobrepasó y no pudo evitar dejarse llevar por el pánico. Su tío había muerto de un paro cardiaco súbito hacía dos años. Su chófer había llamado a los servicios de emergencia al instante pero, cuando llegaron, ya era demasiado tarde. Eso le hizo pensar en Rosario, ella tampoco sabía lo que tenía que hacer. A partir de ahora, todas las personas que trabajaran para su padre tendrían que aprender a hacer una reanimación cardiopulmonar. Tal vez debería de extender el curso básico a todos los trabajadores de la empresa, incluido él mismo.

Los quince minutos que le separaban de la casa de su padre se hicieron interminables. En ese corto espacio de tiempo, toda su vida pasó delante de sus ojos. Y en todos sus recuerdos Robert había estado a su lado, apoyándolo, dándole fuerzas. Como cuando se cayó de la bicicleta y se fracturó el codo y el radio; le tuvieron que operar y ponerle dos agujas percutáneas; hasta ahí nada que otros niños no hayan pasado, pero el dolor que sintió en el momento que le sacaron las agujas le traumatizó hasta el punto de que ya no era capaz de volver a montar. Fue su progenitor quien, con dedicación y paciencia, consiguió quitarle el miedo. Le enseñó que las caídas solo servían para que uno aprendiera a levantarse y hacerse más fuerte y más sabio. Este recuerdo le provocó un vuelco al corazón y sus ojos se humedecieron por la emoción.

«Papá, espera, que ya estoy llegando», pronunció con la voz ahogada por las lágrimas.

Al entrar en la calle donde vivía su padre pudo divisar a lo lejos cómo dos sanitarios metían una camilla en la ambulancia. Por un momento, su mente se quedó en blanco y frenó bruscamente, los bocinazos que se oyeron le hicieron reaccionar. Al volver su mirada a la casa de su progenitor vio impotente que el coche marchaba a toda velocidad. Un temblor invadió su cuerpo, obligándolo a aparcar en el primer sitio disponible que encontró.

«Dios, por favor, no te lo lloves todavía. Me quedan muchas cosas por vivir con él. Le tengo que llenar la casa de nietos. ¿Por qué he sido tan egoísta? Haré lo que sea con tal de tenerlo conmigo más tiempo».

Se empezó a torturar con la imagen de un féretro siendo colocado en un coche fúnebre. Su respiración se hizo laboriosa y tuvo que respirar varias

veces para controlarse. Necesitó toda su fuerza de voluntad para recuperar la compostura.

«Eso no va a pasar, Robert es un luchador y no va a permitir que la muerte se lo lleve tan pronto. Y yo tampoco», dijo en voz alta y volvió a poner el vehículo en circulación con dirección al Reagan, el hospital donde trabaja el doctor Montgomery cuando no estaba pasando consulta.

Capítulo 8

Matthew aparcó como pudo y con pasos apresurados se dirigió a recepción. Tras pronunciar el nombre de su padre, la recepcionista le comunicó que el doctor Montgomery le estaba realizando una serie de pruebas al señor Ford, pero que el doctor Gutiérrez le daría todas las explicaciones pertinentes. Acto seguido, con una sonrisa serena, le informó de cómo llegar a su consulta. A pesar de estar más tranquilo, pues sabía que su progenitor seguía vivo, le costó centrarse en sus palabras, ya que las ganas de echar a correr lo dominaban.

Sin perder más tiempo e intentando no olvidar las indicaciones de la enfermera, cogió el ascensor a la cuarta planta y siguió el pasillo de la derecha hasta la sala 1-S. La puerta estaba cerrada y, tras dar dos toques para anunciar su presencia, la abrió. Un médico muy joven lo miró sin mostrarse sorprendido por su intromisión.

—Hola. Soy Matthew Cleveland, hijo de...

—Sí, claro. Siéntese. Soy el doctor Gutiérrez y de momento le puedo decir que su padre está fuera de peligro. Ha sufrido una angina de pecho y en estos momentos le están realizando una batería de pruebas —informó con firmeza y seguridad tras interrumpirlo.

—Pero ¿cuál es la gravedad de la situación? —preguntó Matthew sin estar contento con la respuesta.

—Como le he dicho antes, su padre ha sufrido una angina de pecho, pero sin los resultados de los exámenes pertinentes no le puedo precisar hasta qué punto las arterias están comprometidas. —Pareció dudar por un instante y continuó—: Hay una sala de espera al final del pasillo, prometo mantenerle informado de cualquier novedad. De todos modos, el doctor Montgomery hablará con usted y con su padre —concluyó con un amago de comprensión.

—Gracias —le respondió Bryan y abandonó cabizbajo la consulta.

Saber que su padre estaba fuera de peligro lo había tranquilizado. Sin embargo, no conocer el alcance de la enfermedad coronaria le dejaba con un enorme vacío en el pecho. Siguiendo el consejo del doctor Gutiérrez se dirigió a la sala de espera, de momento no le quedaba más remedio que esperar. Sea

como fuere, las cosas cambiarían a partir de ahora. Su padre ya no podría estar al frente de la compañía como antes, esto supondría una excesiva carga de estrés para él. Había llegado la hora de que cumpliera su parte. Ahora que lo pensaba, siempre había habido un acuerdo velado entre ellos, como si su padre le hubiera dicho: Hijo, si tú sigues mis instrucciones para convertirte en el futuro presidente de la cadena, yo te dejaré vivir la vida como más te plazca hasta el momento en que te toque relevarme.

Presentía que su vida iba a cambiar de forma drástica.

Su móvil sonó, sacándole de sus cavilaciones.

—Hola. ¿Ya has decidido dónde va a ser la próxima aventura? Estaba pensando en acompañarte —dijo Bruce con entusiasmo.

—No habrá más viajes de aventuras, por lo menos por un tiempo. Mi padre acaba de sufrir una angina de pecho.

—Joder, macho. ¿Por qué no me has llamado? ¿Cómo se encuentra?

—Está fuera de peligro, pero todavía no lo he visto. Le están haciendo varias pruebas médicas para precisar el alcance de la enfermedad —contestó Matthew con un tono cansado.

—¿Dónde lo han llevado?

—Al Regan, lo atiende el doctor Montgomery.

—Bien, es un médico de renombre. Ahora mismo estoy en San Diego, pero cuando llegue a Los Ángeles me pasaré por ahí —comentó con preocupación—. Si necesitas algo, llámame.

—Gracias.

—Tu padre es un hombre fuerte, seguro que la enfermedad está en el inicio y bastará con tomar unas pastillas y tener unos hábitos saludables —añadió insuflándole ánimos.

Sus amigos estuvieron pendientes de él. Bruce, tras hablar con Matthew, llamó a Steve, que de inmediato se fue al hospital y se quedó con él hasta que el doctor Montgomery apareció para ponerle al tanto del estado de Robert.

—Hola, doctor Montgomery. ¿Cómo se encuentra? ¿Ya puedo pasar a verlo? —preguntó Matthew con impaciencia.

El doctor Montgomery era el médico de su padre desde hacía muchos años y entre ellos había surgido una buena amistad. Él era uno de los invitados estrella de su progenitor, estaba presente en todas las reuniones familiares importantes.

—Tranquilo, Matthew, Robert se encuentra bien. Mientras le bajan a planta acompáñame a la consulta, que te voy a poner al tanto de su afección —

dijo el doctor a la vez que le hacía una seña con la mano para indicarle el camino. Antes de acompañarlo dirigió una mirada cómplice a Steve, que seguía sentado en la sala de espera.

El médico le explicó que tanto el electrocardiograma como los análisis de sangre mostraban signos de alteración coronaria. Y debido a estos resultados le someterían a un cateterismo a la mañana siguiente. Al ver su reacción, el doctor trató de tranquilizarlo explicándole que era un procedimiento de diagnóstico invasivo complejo, pero que el riesgo para el paciente era relativamente bajo y que las molestias ocasionadas por la intervención serían mínimas. También le comentó que la intervención se realizaría con anestesia local y que los catéteres se introducirían a través de la ingle. Matthew escuchaba todo con atención; sin embargo, las únicas palabras que quedaron registradas en su mente fueron «riesgo mínimo» y «anestesia local». Tras darle toda la información pertinente y responder a todas sus preguntas, el doctor le indicó que podía pasar a ver a su padre. Matthew no necesitó nada más para levantarse y agradecerle el trato dispensado a su progenitor.

Instantes después entraba en la habitación y encontraba a su padre charlando en voz baja con una enfermera de mediana edad y de muy buen ver. Cualquiera diría que estaba ligando.

—Hola, papá. ¡Qué susto me has dado! ¿Cómo te encuentras? —preguntó Matthew atrayendo su atención.

Su padre le dijo algo a la enfermera que Matthew no fue capaz de entender, pero por la sonrisa que se formó en la cara de la mujer prefería no imaginarlo. Una vez terminado lo que fuera que estuvieran haciendo, se retiró bajo la atenta mirada de su progenitor.

—Veo que estás muy bien. Si hasta flirteas con la enfermera —comentó Matthew con una sonrisa a la vez que arrastraba una silla para sentarse lo más cerca posible de él.

—Hola, hijo. Se llama Margaret. ¿A que es un nombre bonito? —dijo poniendo una sonrisa bobalicona en los labios—. Robert y Margaret, mira cómo riman.

Matthew lo miró con la boca abierta. Desde la muerte de su madre nunca le había visto con ese brillo en los ojos. ¿Estaba realmente bien?

Robert soltó una carcajada.

—Estoy perfecto, hijo. Y no me mires con esa cara que, de momento, no se me ha ido la cabeza. Lo que pasa es que cuando crees que te estas

muriendo, tu vida pasa delante de tus ojos y te das cuenta de que no has vivido lo suficiente y que todavía te quedan miles de cosas por hacer.

—¿Y has decidido empezar por conquistar a la enfermera? —inquirió con una mezcla de sentimientos, todos ellos egoístas.

—Es un buen punto de partida, ¿no crees? —replicó desafiante.

—Sí. Perdona si te ha parecido que pensaba lo contrario. Es que he pasado una tarde infernal sin saber qué te pasaba. He hablado con el doctor Montgomery y me...

—Voy a estar bien, hijo —lo interrumpió su padre. Es una intervención segura y, si Dios quiere, no encontrarán nada grave. Va a salir todo perfecto —dijo con seguridad, y Matthew se sintió avergonzado por su debilidad. Él era el que tendría que estar animándolo, no el revés.

—Claro que sí. La semana que viene ya estarás dando guerra en la compañía —dijo Matthew tragándose el nudo que se había formado en su garganta.

—De eso nada. Ha llegado la hora de que te hagas cargo de la empresa. Tranquilo, no desapareceré de la noche a la mañana, te nombraré presidente y seguiré en el consejo de accionistas hasta que te encuentres capacitado para lidiar con esa jauría.

—No hablemos de eso ahora. Lo único que me importa es tu salud, pero estate tranquilo que, llegado el momento, no te defraudaré.

El tema de la empresa se quedó aparcado a un lado y Robert se dedicó a narrar a su hijo lo sucedido. Según sus palabras, tras una comida copiosa empezó a sudar y a sentir una incómoda pesadez en el estómago. La sensación fue en aumento y le afectó también al pecho, donde se hizo insoportable. En ese momento, Rosario llamó al doctor Montgomery. Mientras lo hacía le vino a la cabeza la muerte de su hermano y no pudo evitar que el pánico lo dominara. Estaba seguro de que acabaría como él.

Matthew lo escuchó con el corazón encogido. A él le había pasado lo mismo. Por un instante pensó que su padre tendría el mismo destino que su tío. De repente, algo irrumpió en su mente.

—¡Joder! Me he olvidado de Steve, ha venido a hacerme compañía y lo he dejado en la sala de espera —soltó una maldición antes de llamarlo por el móvil.

—Dile que pase a verme.

Media hora más tarde su amigo se fue y su padre insistió para que él hiciera lo mismo. Matthew intentó convencerlo, pero cuando se encabezonaba

con algo no había manera de persuadirlo. Él también había heredado esa misma cualidad. Así que llamó a la enfermera a través del botón de emergencias para preguntarle si era recomendable que su padre se quedara solo. Margaret contestó con prontitud:

—No se preocupe, Matthew. Su padre está monitorizado, con cualquier alteración saltaría la alarma. Además, estoy de guardia esta noche y estaré pendiente de él todo el tiempo —dijo con tono profesional.

Mientras escuchaban la respuesta, Matthew observó sin dar crédito la cara de satisfacción de su progenitor. Le costaba creer que le estaba echando solo para estar a solas con la enfermera.

—Ve a descansar, hijo. Tienes peor aspecto que yo —añadió con cariño.

—Buenas noches, papá. A primera hora de la mañana estaré aquí.

Cuando ya estaba cruzando el umbral de la puerta, la voz de su padre lo detuvo:

—Te quiero, hijo.

—Yo también —le respondió con la voz embargada por la emoción.

La última vez que se habían dicho esas palabras Matthew tenía veinte años y acababa de perder a su madre en un accidente de coche. Un conductor borracho se cruzó en su camino, segándole la vida a los cincuenta y un años.

Matthew le hizo una seña con la mano a modo de despedida y salió al frío pasillo. Se sentía aturdido por la ola de sentimientos que lo embargaba. El miedo a perderlo, la responsabilidad que le vendría encima como presidente de la compañía, el claro interés de su padre por la enfermera y los dolorosos recuerdos de su madre acababan de colarse en sus pensamientos. Sin duda, necesitaba descansar.

A mitad de la noche, Matthew se despertó y ya no consiguió conciliar el sueño. Se sentía muy solo en su enorme cama *king size*. Por primera vez en su vida le gustaría tener alguien especial a su lado. Unos brillantes ojos azules se colaron en su mente.

Matthew se levantó, se sirvió una dosis de su selecto *whisky* Chivas Regal de veinticinco años y se dirigió a la ventana panorámica de su ático. Se acercó al cristal y miró hipnotizado el centenar de puntos dorados que daban a la ciudad un aire fantástico. Mientras saboreaba el exquisito líquido ambarino de su copa, su mente se trasladó a Las Vegas, a una noche en concreto.

«¿Dónde estás ahora, Olivia? ¿Qué hay de tu vida? ¿Piensas en mí como yo pienso en ti? Claro que no, me dice esa molesta voz que habita mi cabeza. Tal vez debería dejar el orgullo de lado y buscarla. Sí, lo haré. Cuando la

situación se tranquilice, te buscaré».

Con este pensamiento consiguió alejar el inmenso vacío que le absorbía el alma. Tras tomar el último trago de su copa, volvió a la cama y se dejó envolver por el sueño.

A la mañana siguiente, Matthew se levantó con la certeza de que la intervención de su padre saldría bien. Tras una ducha rápida y su chute diario de cafeína se dirigió al hospital donde se encontraba. Al llegar lo encontró hablando de forma animada con el doctor Montgomery.

—Buenos días, papá; doctor Montgomery —los saludó mientras se acercaba para comprobar su aspecto.

—Buenos días, hijo. Hice bien en enviarte a casa, tienes mejor cara —comentó con una sonrisa satisfactoria en los labios.

—Buenos días, Matthew. He venido a decirle a tu padre que ya está todo preparado para el cateterismo. En unos minutos se lo llevarán a la sala de hemodinámica.

—Quédate tranquilo hijo, esto será pan comido —dijo intentando aparentar calma. Pero Matthew lo conocía bien y no le pasaba desapercibido su gesto de rascarse el entrecejo, clara señal de su nerviosismo.

—Estoy tranquilo, sé que todo saldrá bien —le respondió con seguridad.

Pasados unos veinte minutos se llevaron a su padre y Matthew se dirigió a la sala de espera. A pesar de su confianza, no podía evitar ser asaltado por el miedo, sus pensamientos lo traicionaban. Por suerte, sus amigos aparecieron para tranquilizarlo y hacerle la espera más llevadera.

Dos horas después, su padre era trasladado a la unidad coronaria con un pronóstico favorable. Durante la prueba le habían detectado una obstrucción de la arteria derecha; acto seguido le hicieron una angioplastia y le pusieron dos dispositivos estent. El doctor Montgomery le explicó a Matthew que, a pesar de no haber encontrado ninguna otra lesión y que su recuperación era óptima, su padre debería quedarse en observación veinticuatro horas. Una vez pasadas las horas protocolarias, pasaría a planta y, si todo seguía según lo previsto, sería dado de alta en las próximas setenta y dos horas.

La recuperación siguió su curso sin sobresaltos y el día del alta llegó. Después de una interminable pero importante charla con el doctor Montgomery sobre los cuidados que había que tener tras la angioplastia y a la colocación de los estents, a su padre no se le ocurrió otra cosa que preguntar:

—No fastidies. ¿Tendré que esperar cinco días para practicar sexo?

—Por Dios, papá. ¿Cómo puedes pensar en eso ahora? Ni que fueras un

adolescente en plena efervescencia hormonal —dijo sin dar crédito.

Se escuchó una risita de mujer seguida de unos pasos apresurados. Matthew miró en dirección a la puerta a tiempo de ver cómo la enfermera Margaret salía como una flecha.

El doctor Montgomery soltó una carcajada y contestó a Robert:

—Mucho me temo, amigo mío. En tu cita del viernes no podrás más que charlar —dijo el doctor controlando la risa.

—Cita. ¿Qué cita? —preguntó Matthew sin entender nada.

—Tu padre ha pasado las dos horas que ha durado la intervención conquistando a mi enfermera y convenciéndola para que cenase con él. Y vaya si lo ha conseguido —dijo con admiración, como si estuviera orgulloso de la hazaña de su paciente y amigo.

—Estoy que alucino —comentó Matthew con una sonrisa—. Así que tienes una cena romántica con Margaret...

—Meg para los amigos —añadió su padre con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya veo —dijo Matthew moviendo la cabeza con incredulidad.

El médico volvió a recalcar los cuidados a seguir y tras consensuarlo con Robert le remitió a un programa de rehabilitación cardíaca. Matthew se sintió aliviado, con la colaboración de su padre todo sería más fácil. Los cambios en su vida a partir de ahora serían significativos.

«Por lo menos él tendrá una enfermera particular velando por su salud. Porque está claro que a mi padre le ha dado fuerte con la tal Meg, en caso contrario no hubiera montado todo este espectáculo. O sea, que dentro de poco tendré una madrastra».

Matthew se estremeció con ese pensamiento. Sus sentimientos eran encontrados: por un lado, estaba feliz por ver a su padre ilusionado y lleno de ganas de vivir; pero, por otro, temía los cambios que esa posible relación pudiera ocasionar en sus vidas.

«¿Y si solo está deslumbrada por los millones de mi padre?». Matthew se sintió mezquino por sus conjeturas.

«Por supuesto que eso no pasará. El viejo no ha llegado a la cima del mundo por ser un idiota iluso».

Capítulo 9

Al tiempo que Matthew llevaba su progenitor a casa, la noticia de su intervención se hacía viral, y las especulaciones sobre si él seguiría siendo el presidente de la compañía no se hicieron esperar. Muchos temían el posible relevo.

No obstante, para una persona en especial esta circunstancia sería crucial en su vida.

—Bryan, no lo cojas. Seguro que no es nada —pidió Olivia con fastidio al ver que su esposo se bajaba del barco al que habían acabado de subir.

—Ve tú, es del trabajo y seguro que es importante —dijo dejándola sola con los demás excursionistas.

Olivia miró derrotada cómo se alejaba su marido. La verdad es que nada estaba saliendo como ella había esperado. Bryan no era el mismo de antes, a veces creía que estaba deseando que su móvil sonara para no tener que darle conversación. Era como estar casada con un extraño. Además, los tres encuentros sexuales que habían tenido resultaron degradantes. Él no la besaba, la humillaba y la usaba como si fuera una muñeca hinchable. Las palabras de su amiga Lesley resonaron en su cabeza y a cada instante se hacían más fuertes. Sus amigas habían visto la verdadera cara de Bryan y habían intentado abrirle los ojos, pero ella estaba obsesionada con un hombre que no existía, un hombre que había idealizado. Cualquier persona con un mínimo de sentido común y de amor propio hubiera cancelado la boda. En las últimas semanas le había quedado claro que su opinión no le importaba nada, había podido ver lo egoísta y desconsiderado que era; sin embargo, prefirió poner excusas a tener que enfrentarse a la verdad. Se avergonzaba de su cobardía. Si no hubiera huido de la realidad, ahora mismo no estaría casada con un imbécil.

«Es cierto lo que dicen: El peor ciego es aquel que no quiere ver. Y yo he estado demasiado tiempo ciega, es hora de acabar con esta farsa», pensó con tristeza y buscó en sus recuerdos el momento exacto en que su mundo empezó resquebrajarse.

En estas últimas semanas había vivido tantas situaciones humillantes que no estaba segura. Pudo haber sido cuando él le dijo que vivirían en su piso de

soltero y que la decoración no se tocaría, ya que había sido obra de su queridísima madre; o puede que fuera cuando le indicó que su vestuario no era adecuado y que debería renovarlo antes de la boda; o, también, el día que le dijo que se reía como una hiena. Dios, qué tonta había sido.

Ahora tendría que armarse de valor para pedir el divorcio. Su familia no la apoyaría y, conociéndolos como los conocía, tenía la certeza de que le quitarían el apoyo económico que le habían brindado hasta el momento. Por suerte, nunca había sido una persona despilfarradora y disponía de una considerable cuenta de ahorros. Y gracias a que su suegra exigió que se casara en régimen de separación de bienes, podría seguir disfrutándolos. No iba a ser fácil enfrentarse a todos, pero ella era demasiado joven para condenarse a una vida desgraciada.

De repente sintió que las lágrimas bajaban por sus mejillas. Su dolor no era por la pérdida de un gran amor, su dolor era por haber permitido que la situación llegara a ese punto.

El brusco amarre del barco en el muelle la liberó de su ensimismamiento y provocó que fuera consciente de que el paseo había acabado. Respiró hondo y con pasos decididos se dirigió al hotel.

La decisión estaba tomada y no había vuelta atrás. Haber aceptado su error hizo que se sintiera más liviana.

Al llegar a la habitación se detuvo delante de la puerta. Su mano temblaba y su corazón estaba a punto de salirse por la boca. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para no salir corriendo. Una vez dentro, no dio crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué haces? —inquirió Olivia.

—Termina de recoger tus cosas que volvemos a Los Ángeles —respondió a la vez que metía en una de las maletas abiertas sobre la cama otro puñado de ropa. La tiraba de cualquier manera, sin preocuparse siquiera en separar lo que era de cada uno.

Olivia sintió que era una buena oportunidad para marcar distancia entre ellos, así tendría tiempo para poner sus ideas en orden antes de soltar la bomba.

—Deja mis cosas, no iré contigo —dijo al tiempo que empezaba a devolver sus pertenencias al armario.

—¿Qué tontería estás diciendo? Claro que vuelves conmigo. Acabo de recibir una noticia importante del trabajo y debo de estar allí —comunicó entre dientes.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin pensar, atendiendo su insana curiosidad.

—Parece ser que al presidente de la empresa le ha dado un infarto y están diciendo que su hijo lo sustituirá —dijo frenético mientras seguía de un lado a otro recogiendo sus cosas.

«Pobre hombre. Parecía en perfecto estado de salud el día de mi boda. Además, fue encantador conmigo. Incluso llegó a preguntarme si no tenía una hermana gemela para presentársela a su hijo. Me hizo mucha gracia su comentario y lo único que se me ocurrió decir en aquel momento fue: “Si su hijo se parece en lo más mínimo a usted, yo misma me ofrezco para casarme con él”. Dios mío, qué vergüenza», pensó Olivia y deseó con todo su corazón que se recuperara.

—¿A qué estás esperando, Olivia? Recoge tus trapos de una puñetera vez —gritó fuera de sí.

El corazón de Olivia latió desbocado en su pecho; sin embargo, no iba a permitir que la amedrantara. Su decisión estaba tomada y no había vuelta atrás.

—Me voy a quedar, Bryan. Ya te lo he dicho —replicó con firmeza sin dejar de mirarlo a la cara.

Él se aproximó de manera peligrosa y, por un momento, Olivia pensó que le iba a pegar.

—Haz lo que quieras. De todos modos, eres una inútil. No sé por qué me casé contigo —dijo mirándola como si ella fuera un ser repugnante.

—Lo mismo te digo —le contestó sin apartar la mirada ni un milímetro.

Por un instante disfrutó de su desconcierto. Seguro que pensaba que ella jamás sería capaz de contestarle de esta manera.

—Esto no se va a quedar así. Cuando vuelvas a casa, hablaremos —amenazó y salió de la habitación pegando un portazo tan brutal que por poco no tiró la puerta al suelo.

Olivia se sentó en la cama, tenía las piernas flojas y las manos temblorosas. Todavía no podía creer que hubiera sido capaz de enfrentarse con él sin derramar una sola lágrima. De repente empezó a reír como una loca. Había conseguido dar el primer paso, y ahora que la Olivia que estaba adormecida dentro de ella había despertado, jamás volvería a permitir que nadie dirigiera su vida.

Al día siguiente, Olivia decidió hacer uso de los *tours* diarios que proporcionaba el hotel. Esa había sido su idea inicial; sin embargo, su

exmarido —sí, exmarido, así lo consideraba ya—, no había estado de acuerdo. En realidad, si hubiera dependido de él ahora no estaría allí. Con la erupción del volcán Kilauea el cuatro de mayo, Bryan había intentado cancelar el viaje, pero como habían pagado por adelantado y la zona afectada estaba lejos de la isla que habían elegido, la agencia solo les devolvía el cincuenta por ciento, así que no le quedó más remedio que seguir con lo planeado. Ahora lo agradecía, iba a disfrutar al máximo.

Y eso hizo. Los cuatro días siguientes en Maui fueron los mejores en la vida de Olivia. Había visto playas de arena blanca, negra y roja, había visto peces de todos los colores y también tortugas marinas a una distancia muy corta, en realidad, había nadado con ellas. Además, se había quedado prendada de los isleños, eran sumamente amables y aprovechaban cualquier oportunidad para charlar y compartir historias de la mitología polinesia. Tampoco podía dejar de mencionar la exótica cocina hawaiana, se había pegado más de un atracón. Resumiendo, ella se había entregado sin reservas a la isla.

No todo había sido fiesta, también hubo momentos de bajón donde lo único que quería era encerrarse en una habitación a oscuras y llorar a moco tendido. Pero no se rindió e intentó agarrarse a las maravillas que ofrecía la isla para salir a flote. Ni Bryan ni su familia se merecían que derramara ninguna gota de sufrimiento por ellos.

Su último día en el paraíso había llegado a su fin y a medida que el sol se ponía detrás de las palmeras las antorchas Tiki tomaban el relevo. Olivia tenía las sensaciones a flor de piel y cuando el sonido producido al soplar la caracola dio inicio a la ceremonia, no pudo evitar que las lágrimas bajasen por sus mejillas. Ese era un momento especial, Bryan y ella iban a celebrar con un luau de despedida su apasionante y feliz luna de miel. De repente le resultó insoportable estar allí. Tuvo que huir, ya que la opresión que sentía en el pecho no la dejaba respirar.

«Olivia, contrólate. ¿No te das cuenta de que ahora tienes más motivos para celebrar que nunca? Has despertado, Olivia, por fin vives en un mundo real. Por fin eres libre y puedes hacer lo que te dé la gana», se dijo a sí misma y con un par de respiraciones profundas consiguió apartar de su mente el pasado. No tenía sentido añorar algo que nunca había tenido. Iba a disfrutar al máximo de sus últimas horas en Maui.

Volvió a la playa y fue recibida con un *lei* de flores y un cóctel *Mai Tai* picante. Mientras disfrutaba de su bebida de bienvenida observaba cómo

sacaban el cerdo *kalua* del horno subterráneo. Todo era mágico y se dejó contagiarse por ese estimulante y exótico mundo, regado por música en vivo, bebidas, comidas típicas y una variedad de danzas polinesias que narraban historias a través de sus rítmicos movimientos. Nunca se había sentido tan viva.

El temido momento había llegado, el avión acababa de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, también conocido por su código IATA, LAX. Olivia no sabía a dónde ir, no tenía claro a quién quería enfrentarse primero, a su familia o Bryan. Ambas opciones eran malas. Así que prefirió dejar el drama para más tarde y se decantó por las únicas personas que se alegrarían con su decisión: sus amigas. Abrió el wasap del grupo y escribió un mensaje:

«Chicas, acabo de aterrizar, estoy en LAX. ¿Podéis venir a recogerme? Tengo mucho que contaros».

Se volvieron locas y llenaron el grupo de mensajes. Pero Olivia no pensaba contestarles en ese momento. Ahora tocaba pasar por los controles y recoger su equipaje.

Cuarenta minutos después, tiraba de su maleta y se dirigía a la puerta de desembarque. Al traspasarla divisó a sus tres amigas y no pudo evitar que un nudo se formara en su garganta.

—Dios mío, eres tú. De verdad que eres tú —dijo Cameron chillando y saltando sobre su amiga para aplastarla entre sus brazos.

—Creíamos que alguien había robado tu móvil y nos estaba gastando una broma pesada —dijo Nicole tomando el relevo a Cameron. Como la apretaran un poco más le romperían las costillas.

—Estaba a punto de llamar a la policía. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has venido sola? No me digas que un tiburón se ha comido a Bryan. No, por supuesto que no, demasiado bueno para ser verdad. Además, hubiera salido en las noticias —dijo Lesley con verdadero pesar al saber que su fantasía era imposible.

—¡Lesley! —gritaron al unísono Nicole y Cameron.

Ella sonrió y levantó las manos a modo de disculpa. Sin embargo, no le pasó desapercibido el amago de sonrisa que se formó en los labios de Olivia, era como si la idea no le disgustara del todo.

—Vamos por partes, chicas. Primero me gustaría saber si puedo quedarme con alguna de vosotras —dijo Olivia para sorpresa de sus amigas.

—¿Cómo? —preguntaron las tres ojipláticas.

—¿Puedo o no quedarme en la casa de alguna de vosotras? —volvió a preguntar.

—Claro. Puedes quedarte en mi casa, mis padres están de viaje —dijo Lesley a la vez que ponía en marcha su SUV.

—Otra cosa, chicas. De momento no le contéis a nadie que he llegado.

—¿Qué mierda está pasando, Olivia? Nos vas a volver locas con tanto misterio —soltó Nicole impaciente.

—Os contaré todo. Solo deja que lleguemos a casa primero —pidió y al momento se arrepintió. Lesley pisó a fondo en el acelerador—. A ser posible con vida —concluyó sujetándose con fuerza en el asiento.

Ella le lanzó una sonrisa diabólica e hizo volar su SUV. Minutos después aparcó el coche en el garaje de la casa de sus padres.

—Estás loca. Lo sabes, ¿verdad? —se quejó Olivia con la boca seca.

—Eso es porque estás acostumbrada a ir a cuarenta por hora en esa chatarra que tiene Bryan —rebatió Lesley con una sonrisa divertida en la cara.

Olivia estuvo a punto de defender el coche de Bryan, al fin y al cabo, era un clásico. Pero se acordó de su luna de miel y se calló.

Lesley la llevó al cuarto de invitados para que dejara sus pertenencias y después bajó a la cocina para coger refrescos y algo de picar. Una vez acomodadas en el acogedor salón, las tres la miraron de forma inquisitiva.

—Bien. A ver por dónde empiezo —reflexionó Olivia acojonada.

Sabía que era algo que tendría que hacer sí o sí. Era difícil salir de un matrimonio que había durado apenas una semana sin dar explicaciones a nadie. Además, eran sus mejores amigas, siempre se habían contado todo.

—Desde nuestro viaje a Las Vegas nada volvió a ser lo mismo. No sé cómo ni cuándo, pero algo empezó a romperse dentro de mí. Estas tres últimas semanas tanto Bryan como su madre y, cómo no, mis padres, me han estado humillando y haciéndome sentir que no era nadie. Estaba confundida. No sabía si siempre había sido así o si era yo que estaba tan ciega que no veía la realidad.

»Empecé a poner excusas a todos, justificando sus actos. Me autoconvencí de que era por el estrés provocado por los preparativos de la boda. Tenía la esperanza de que cuando pasara el enlace todo volviera a la normalidad o, por lo menos, Bryan volviera a ser el de siempre —dijo con la

voz embargada por la emoción.

—¿Por qué no nos has dicho nada? Te hubiéramos ayudado —comentó Cameron apenada.

—No os podía decir nada. Ni yo misma sabía lo que me estaba pasando.

—¿Y qué pasó en Hawái? ¿Os habéis peleado? ¿Por eso has regresado sola? —preguntó Nicole.

—No nos hemos peleado, la verdad es que apenas hablábamos. Era como estar casada con un desconocido. Creo que si le hubiera puesto una muñeca hinchable al lado no se hubiera dado cuenta de que no era yo. No me quiere y dudo que algún día me haya querido —añadió Olivia sin poder controlar las lágrimas que empezaron a caer sin su permiso.

«Jamás le contaré a nadie que en mi luna de miel Bryan me pidió que me diera la vuelta cuando estábamos haciendo el amor para no tener que mirarme a la cara. Dios mío, no había vuelto a pensar en eso, es demasiado doloroso. Tengo que olvidarlo, tengo que olvidarlo, tengo que olvidarlo». Olivia repitió esas palabras varias veces, hasta que consiguió encerrar el episodio en lo más profundo de su alma.

—Hijo de la gran puta. Debería de haber hecho más cosas para impedir que te casaras con ese gilipollas —explotó Lesley dominada por la rabia.

A Olivia le pareció extraño lo que acababa de decir. No entendía a qué se refería. Iba a preguntarlo, pero su amiga Cameron se le adelantó.

—¿Te ha puesto las manos encima? Dinos la verdad, Olivia.

—No, de verdad que no, chicas. Ni lo va a hacer, porque no le daré esta oportunidad. Voy a dejarlo —dijo tajante.

—¿Qué? Quiero decir, claro que vas a dejar a ese energúmeno. Es solo que no esperaba... ya sabes... esta reacción —comentó Nicole sin saber cómo decirlo sin hacer daño a su amiga.

—Ya, sé lo que quieres decir. La otra Olivia estaría llorando desconsolada y preguntando qué era lo que había hecho mal —dijo sin complejos. Las dos formaban parte de su personalidad. Ahora tocaba encontrar el equilibrio y entender que tener un carácter apacible no significaba ser idiota ni dejar que los demás la pisotearan.

—¿Estás segura de que eres Olivia? ¿No te habrá poseído un alienígena? —inquirió Cameron entre risas—. Estoy feliz de que, por fin, hayas despertado.

Capítulo 10

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Lesley.

—Primero tendré que hablar con Bryan. —Las chicas la miraron sin entender y ella se lo aclaró—. Él ya lleva aquí cinco días, por suerte lo llamaron del trabajo y tuvo que volver inmediatamente, pero yo me negué a acompañarlo. Necesitaba tiempo para pensar en todo lo que había pasado. Y tengo que contaros que fue la mejor decisión de mi vida. He pasado cinco días de ensueño en Hawái. Tenéis que ir, es increíble —dijo con entusiasmo.

Las tres la miraron con la boca abierta.

—¿Qué? —preguntó displicente.

—Es que estamos flipando contigo. Jamás hubiéramos imaginado que fueras capaz de actuar así. Nena, estoy orgullosa de ti —concluyó Lesley chocándole la mano.

—Ahora tendré que dejaros. Necesito informar a mis padres de lo sucedido y después me pasaré por el apartamento de Bryan para recoger mis cosas. Ya hablaré con él cuando no quede ni un alfiler mío en su casa. No vaya a ser que le dé por vengarse y decida tirar todas mis pertenencias a un contenedor de la basura —comentó Olivia con la certeza de que él sería capaz de hacer algo así o peor.

—No, no te dejaremos ir sola. Iremos contigo —añadió Cameron.

—Esperad, chicas. Vamos a pensar y a planearlo primero —interrumpió Lesley poniendo una cara maquiavélica—. Ya lo tengo. Nos dividiremos en dos grupos: Olivia y yo iremos al piso de Bryan a recoger todas sus cosas, y vosotras dos a la casa de Olivia a por los regalos de boda. Hay mucha pasta ahí para que se la dejes a tu madre. Porque estoy segura de que cuando se entere no te dejará coger ni las tarjetas de regalo —informó Lesley con seguridad.

—No, Lesley, no quiero nada que me recuerde este matrimonio —dijo Olivia con decisión.

—No seas tonta. Lo mereces por todo lo que has aguantado. Además, los vas a necesitar para tu nueva casa. Y lo que no te guste o no sirva para nada lo puedes vender —comentó Nicole, que estaba de acuerdo con su amiga Lesley.

—Tienen razón, Olivia. Esos regalos son tuyos —se unió Cameron.

—No los quiero. Creo que lo correcto es devolverlos —dijo Olivia con un leve tono de duda en la voz.

—De eso nada. La boda y el convite se celebraron por todo lo alto. Todos han comido y han bebido como unos cerdos hambrientos. Así que dejemos de perder el tiempo y al ataque —profirió Lesley pero, al ver su cara de disgusto, reculó—. Si eso te hace más feliz, podemos hacer un bazar con todo lo que no te sirva y donarlo para alguna parroquia del barrio.

La idea pareció satisfacer a Olivia, ya que la abrazó y le dio las gracias.

Su amiga Lesley era la más alocada de las cuatro, de ella se podía esperar cualquier cosa. Sin embargo, en momentos de crisis su sentido práctico imperaba y era capaz de actuar con sensatez.

Las chicas pusieron su plan en marcha, pero antes de hacerlo tuvieron que hacer algunos reajustes, como dejar a Nicole en su casa para que cogiera su coche y, el más complicado, convencer a la madre de Olivia para que les dejara la llave del trastero. Tuvieron que decirle que iban a catalogar y empaquetar los obsequios para facilitar el traslado al piso de Bryan. Su madre se lo tragó y con una sonrisa de alivio las dejó pasar. Las chicas le estaban quitando un molesto trabajo de encima.

Antes de entrar en el piso, comprobaron que no hubiera nadie. Su suegra también tenía la llave del apartamento y podía aparecer por allí en cualquier momento para abastecerles de comida o cualquier otra tontería que se le ocurriera. Olivia estaba segura de que nadie se había enterado de lo sucedido porque, de lo contrario, su teléfono estaría echando humo. Por eso había decidido volver un día antes, quería pillar a todos por sorpresa.

—Tengo algunas cajas en el armario del pasillo, pero no serán suficientes. Tendremos que utilizar bolsas de basura —comentó Olivia con el corazón en la mano.

Estaba siendo más difícil de lo que ella pensaba. Ver sus cosas metidas de cualquier manera y a toda prisa en simples bolsas negras le provocaba un intenso dolor. Era como si todo su pasado fuera una mierda, como si ella fuera una mierda. Se sentía tan pequeña, tan vacía.

—Dios, Olivia. ¿Qué te pasa? Estás temblando. —Lesley le quitó la bolsa de la mano y la llevó hasta la cama para que se sentara.

—Estoy bien. Solo necesito tiempo para asimilar todo. —Cerró los ojos y posó su torso sobre la sedosa colcha.

Lesley prefirió no decir nada y la dejó tranquila para seguir con su

frenética tarea y acabarla en el menor tiempo posible.

Unos minutos después, Olivia se unió a su amiga, que la recibió con una sonrisa. En silencio vaciaron el armario y transportaron todas las bolsas al coche. El otro equipo también había terminado su cometido. Ya era la una de la tarde y las chicas se morían de hambre, así que decidieron quedarse a comer en el McDonald's más cercano.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Olivia a sus dos amigas nada más verlas.

—Genial. Tu madre no se ha enterado de nada —contestó Nicole.

—Ha sido buena idea, Olivia. La mayoría de los regalos te serán de utilidad —añadió Cameron al tiempo que regaba con ketchup su porción de patatas fritas.

—Muchas gracias, chicas. No sé qué haría sin vosotras.

Ellas devoraron sus hamburguesas entre chistes y risas. Habían vuelto a ser como en los viejos tiempos. Bueno, casi. Olivia todavía tenía que desasirse de su indeseable marido, hablar con sus padres y alquilar una casa.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —preguntó Nicole.

—Antes de nada, tengo que alquilar un guardamuebles para meter todas mis cosas, después buscaré un agente inmobiliario, quiero instalarme lo antes posible. Necesito sentir que tengo una vida propia. —Sus últimas palabras fueron pronunciadas con voz débil—. Si consigo solucionar todo esto antes de las cinco, creo que iré a buscar a Bryan a la empresa. Allí estaré protegida, por si acaso le da un ataque de ira.

Sus amigas le dieron la razón y una vez más la acompañaron. Con el alquiler del trastero no tuvieron ningún problema, pero con la agente inmobiliaria la cosa se complicó. La ambiciosa mujer, al enterarse de que Olivia no tenía un empleo fijo ni nadie que la avalara, la despachó con crueldad.

—Aquí no encontrará nada que se adecúe a su situación. Le aconsejo que busque en los barrios bajos. Allí por dos duros le alquilarán una habitación.

Olivia abrió la boca un par de veces para contestarle, pero las palabras no le llegaban.

Su amiga Lesley, al ver que su amiga tenía la intención de irse sin decir nada, saltó sobre la yugular de la prepotente mujer.

—Mira, guapa, te aconsejo que te quites ese palo que tienes metido en el culo y cambies de actitud, porque mi amiga no es ninguna muerta de hambre.

Si no tiene trabajo es porque nunca lo ha necesitado. Así que si no quieres perder tu trabajo de mierda te sugiero que entres en la base de datos de la inmobiliaria y empieces a buscar algo que cumpla con sus exigencias —amenazó Lesley de forma intimidatoria.

La mujer pegó un salto en la silla y esta vez fue ella quien las miró con la boca abierta. Olivia puso los ojos como platos y observó a su amiga sin dar crédito. Esta le sonrió y le guiñó un ojo. Nicole y Cameron intentaron contener la risa.

—Perdone, señorita Olivia, hoy está siendo un día complicado. Buscaré algo con las características que ha especificado; sin embargo, al no tener nómina seguiré necesitando un aval —dijo la detestable mujer poniendo voz servicial.

—No te preocupes por eso, yo soy copropietaria de una de las empresas de mi padre y avalaré a mi amiga.

—Muy bien, me salen cuatro propiedades con las características que busca. Si le parece bien, podemos quedar mañana a las diez —propuso con una sonrisa falsa en la cara.

—De acuerdo, hasta mañana —dijo Olivia.

Las cuatro mantuvieron el tipo hasta alcanzar la calle. Una vez fuera del establecimiento, rompieron en una sonora carcajada.

—¡Joder, Lesley! Eso ha sido la hostia —dijo Nicole recuperándose de la risa.

—Madre mía. No sé si comerte a besos o enviarte a un loquero —dijo Olivia todavía sobrecogida por la actuación de su amiga.

—Ha sido una pasada, Lesley. ¿Habéis visto la cara que ha puesto la tipa? —inquirió Cameron.

—Es una perra resentida y alguien tenía que ponerla en su lugar —dijo Lesley con aire de suficiencia.

—Ojalá pudiera defenderme así —dijo Olivia con la mirada puesta en Lesley.

—¡Claro que puedes! Solo tienes que practicar. Bueno, en tu caso practicar mucho, muchísimo —contestó Lesley con burla y otra vez la risa se apoderó de las cuatro.

Olivia empezó a pensar en su encuentro del día siguiente. Después de la contestación de su amiga esa mujer era capaz de buscarle una casa al lado de un asesino en serie.

—A ver qué me enseña mañana miss simpatía.

—Nena, tienes mucho que aprender. No te vas a ver con esa perra loca mañana. Ahora mismo voy a llamar a mi madre para pedirle el teléfono de una amiga suya que es agente inmobiliaria —informó Lesley desarmando a Olivia otra vez. Siempre había sido así, su amiga estaba a años luz de ella.

—¿Y qué le digo cuando llame para pedirme explicaciones? —preguntó Olivia preocupada.

—Empieza a practicar como te ha dicho Lesley. Seguro que se te ocurre algo, Olivia —sugirió Cameron mientras las dos observaban cómo sus amigas pagaban el aparcamiento.

Con el sentimiento de victoria flotando en el aire se dirigieron a su próxima parada, Burbank, barrio donde estaba situada la cadena de televisión en la que trabajaba Bryan. Pero antes pasaron por la casa de Nicole para que esta pudiera dejar su coche, preferían ir las cuatro en el SUV de Lesley, era un coche imponente y se sentían poderosas en él.

Una vez en el estacionamiento de la empresa, las chicas le desearon suerte y Olivia agradeció una vez más su apoyo. Estaba segura de que sola no hubiera podido enfrentarse a todos los acontecimientos del día.

Tras pasar por los controles de seguridad, le entregaron un pase de visitante y Olivia cogió el ascensor hasta la planta de su exmarido, sí, eso sonaba de maravilla. A medida que se aproximaba, sus piernas empezaron a temblar.

«Dios, no voy a poder con esto. Mejor le mando una carta o le envié directamente el abogado. No, no seas cobarde. Piensas en cómo te ha tratado en Hawái. Sí, eso es. Practica, como te ha dicho Lesley. Joder, no puedo, no me viene nada a la cabeza».

El ascensor llegó a su destino y Olivia se vio obligada a dejar sus miedos e inseguridades atrás. Era un paso más hacia su libertad.

—Hola —saludó Bryan al verla asomarse por la puerta.

Su entrada no le pilló desprevenido, lo habían avisado de que su mujer estaba de visita.

—Hola —dijo Olivia con un tono cauto.

Bryan la invitó a sentarse y le ofreció algo de beber antes. Después preguntó sin esconder su disgusto:

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has adelantado el vuelo?

Olivia ponderó su respuesta. Todavía no tenía claro si darle la noticia de golpe o a cuentagotas.

—Tenía muchas cosas que hacer y he preferido volver antes —

respondió.

Bryan la miró con atención, había algo en su mirada que no le gustaba.

—Bien. Espero que hayas organizado todo, porque ya no me queda ropa limpia y la nevera está vacía —dijo como si ella fuera su chacha.

Toda la prudencia de Olivia se evaporó. Dios mío, ¿cómo he podido pensar que estaba enamorada de este energúmeno?

—He venido aquí solo para decirte que quiero el divorcio. Como nos hemos casado en régimen de separación de bienes y, por suerte, no nos ha dado tiempo a tener hijos, creo que no habrá ningún problema. Será un divorcio rápido y limpio —le dijo sin vacilar. Ni ella misma podía creer que todo ese discurso hubiera salido de su boca.

—¿Qué diablos estás diciendo? ¿Acaso estás loca? ¿Cómo nos vamos a divorciar si acabamos de casarnos? —bramó poniéndose de pie y apoyando las dos manos sobre el escritorio.

Olivia se levantó. Estar sentada en estos momentos dejaba a la vista su vulnerabilidad.

—Este matrimonio ha sido un error y no tiene sentido seguir fingiendo que todo está bien —añadió con firmeza, a pesar de sentirse intimidada por su mirada.

—¿Quién te crees que eres para decidir si este matrimonio debe de seguir o no? Solo se acabará cuando yo diga —profirió enfurecido.

—Estás equivocado, Bryan. Y si mis palabras no te han quedado claras, te enviaré a mi abogado para que te las explique —volvió a decir con firmeza—. Además, no sé por qué montas este drama, en Hawái dejaste muy claro que no me quieres.

Bryan la miró con odio. En ese momento tenía ganas de estrangularla lentamente. Disfrutaría viendo cómo ese brillo de superioridad se apagaba de sus ojos. Le costaba aceptar que de un día para otro todo se había ido a la mierda. En el fondo debería de estar aliviado de librarse de esa insípida. El motivo que lo había llevado a casarse con ella ya no existía. Matthew era el nuevo presidente y él sabía con seguridad que no le daría el puesto. Las noticias corrían y el nombre del siguiente presentador no sería el suyo. Pero ella estaba muy equivocada si creía que la iba a dejar salir airosa, antes la aplastaría como la mosquita muerta que era.

—Claro que no te quiero. ¿Qué hombre en su sano juicio podría querer una mujer tan insignificante como tú? Eres patética, Olivia. El único motivo que tenía para casarme contigo era porque necesitaba una mujercita idiota y

manejable para lucir ante el presidente de la empresa. Tenía más posibilidades de conseguir el puesto de presentador estando casado.

»Pero el viejo se ha retirado y ahora su hijo es el nuevo presidente. Ya no me sirves para nada más. Ni para follar. —Soltó una carcajada—. Acostarme contigo era un sacrificio y solo lo conseguía porque pensaba en mi amante —dijo con una saña desmedida.

A Olivia le fallaron las rodillas y tuvo que apoyarse en el borde de la mesa para no caerse. Le había quedado claro en los últimos días que él no la quería. Pero saber que durante estos tres años de relación él la despreciaba de esa manera y que nada de lo que habían vivido era real le estaba sangrando el alma. No era capaz de entender cómo había conseguido engañarla durante tanto tiempo.

«Dios, ¿cómo he podido estar tan ciega?».

La rabia se apoderó de ella y, sin pensarlo, lo abofeteó con todas sus fuerzas.

Su risa inundó la sala. Olivia observó, en estado de *shock*, cómo él pasaba el dedo índice por la gota de sangre que se había formado en su labio inferior para, a continuación, metérselo en la boca y saborearlo como si eso le excitara.

—Como vuelvas a tocarme te mato —le dijo y al instante la tenía cogida por el cuello.

Olivia usó las manos para intentar zafarse, pero su agarre era firme y no conseguía librarse.

—Suéltame. Me estás haciendo daño —suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

—De todas formas, ya no te necesito —dijo y la empujó con fuerza, provocando que se desequilibrara y se cayera de rodillas—. Fuera de aquí, no merece la pena que ensucie mis manos contigo. Espero no tener que volver a ver esa asquerosa cara que tienes.

Olivia sacó fuerzas de donde no tenía y se levantó con la cabeza en alto.

—No te equivoques, Bryan. La que pide el divorcio soy yo, la que no quiere volver a verte en la vida soy yo, la que ha tenido el peor sexo de su vida he sido yo. Así que métete toda esa mierda que me has dicho por donde no sale el sol —dijo Olivia con aparente firmeza mientras caminaba hacia la puerta. Antes de salir dando un portazo, le hizo una peineta.

Capítulo 11

La adrenalina corría por sus venas. Se sentía poderosa, por primera vez había sido capaz de devolver un golpe. Las lágrimas bajaron por sus mejillas y se mezclaron con la risa descontrolada que se había apoderado de ella. Sus amigas estarían orgullosas de su actitud.

La posibilidad de que él saliera del despacho para seguir agrediéndola hizo que prácticamente corriera hasta los ascensores.

Cuando llegó a la primera planta temblaba de la cabeza a los pies. Y los latidos de su corazón solo se ralentizaron cuando alcanzó el aparcamiento y vio el coche de Lesley. Allí sabía que estaría segura.

—Por Dios, Olivia. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué corrías? —indagó Cameron con aparente preocupación.

—¿Te ha pegado ese cabrón? —preguntó Lesley mirándola con escrutinio.

—Tranquila, chicas. Ha sido muy duro, pero he conseguido hacerle frente —dijo mirándose la mano, que ahora empezaba a dolerle horrores.

Ellas siguieron con el interrogatorio y Olivia les contestó sin ahorrar detalles. Cuando llegó a la escena que la cogía por el cuello, Lesley pegó un frenazo tal que, de no ser por el cinturón de seguridad, hubiera ido a parar contra el salpicadero. Al finalizar la narración de los hechos, sus amigas se quedaron con la boca abierta. Hubieran dado cualquier cosa por ver la cara desencajada de Bryan.

Una vez en la casa de su amiga decidió tomarse un descanso, necesitaba recuperar fuerzas para enfrentarse a su familia. Pero como no podía ser de otra manera, su exmarido se le adelantó y fue con el cuento a sus padres. Por lo furiosos que estaban intuía que la versión de los hechos que les había proporcionado no la dejaba en un buen lugar. Una vez más, sus amigas no la defraudaron, la protegieron y la mantuvieron oculta en la casa de Lesley. Lo único que hizo, más por descargo de conciencia que por otra cosa, fue enviarles un mensaje diciendo que estaba bien y que al día siguiente les daría todas las explicaciones necesarias.

—Te he preparado una sopa mientras te duchabas. Tómatela antes de que

se enfríe —ordenó Lesley acercándole la bandeja.

—Gracias. No sé qué haría sin vosotras —se desahogó Olivia con la voz embargada por la emoción.

—Para esto están las amigas —dijo Lesley con un nudo en la garganta.

Cada día que pasaba le pesaba más lo que le habían hecho en Las Vegas. A pesar de que a menudo intentaba justificarse diciéndose a sí misma que el cambio de Olivia se debía a la noche que había pasado con Thor y que, gracias a esa noche, su amiga había podido ver la verdadera naturaleza de Bryan. Lesley sabía que no era así, su ex solo se había mostrado como era cuando ya había conseguido lo que quería: llevarla al altar.

Se sentía feliz de saber que su amiga había tenido los ovarios suficientes para hacerle frente. Sin embargo, era tontería engañarse. Él solo la había dejado libre porque ya no la necesitaba, de lo contrario, seguiría en sus manos. Por lo visto, ellas no habían sido las únicas que tejieron un plan. Los astros también se habían alineado para ayudar a Olivia a librarse de ese energúmeno. La enfermedad del presidente de la empresa no podía haber sido más providencial.

Solo esperaba que ella jamás se enterara de lo que le habían hecho aquella noche. Estaba segura de que nunca se lo perdonaría.

Por fin Olivia pudo descansar la cabeza en la almohada. Habían pasado tantas cosas aquel día que le estaba costando trabajo procesarlo todo. En un acto involuntario se llevó la mano al cuello. Las chicas sabían lo que había pasado, pero ignoraban que ella había visto la muerte reflejada en los ojos de Bryan. Si él estuviera en un lugar donde pudiera deshacerse de su cuerpo sin dejar rastro, la hubiera matado sin pestañear, estaba segura. Un escalofrió le recorrió todo el cuerpo. Se acurrucó bajo la manta y se acordó de sus palabras: «Acostarme contigo era un sacrificio y solo lo conseguía porque pensaba en mi amante». En este momento se dio cuenta de que su confesión no le afectaba en lo más mínimo. Estaba más que claro que lo que había sentido por él nunca había sido amor.

Con este pensamiento revoloteando por su mente se dejó vencer por el sueño.

A la mañana siguiente, Olivia se despertó con la luz del sol inundando su habitación. Todavía aturdida y sin saber dónde se encontraba, se puso boca abajo y se tapó la cabeza con la sábana.

—Hay que levantarse, dormilona. Tus padres están aquí y han dicho que

no se moverán hasta que no hablen contigo.

Olivia se sentó de golpe en la cama y todo lo sucedido el día anterior le vino a la mente.

—Dios mío. Dime que esto es una pesadilla —protestó a la vez que pegaba una patada a la fina tela que le cubría para poder atender a sus necesidades fisiológicas.

—Lo siento, amiga. Hemos intentado todo para mantener a tus padres alejados, pero ya sabes cómo es tu madre —se justificó Lesley.

Olivia salió del cuarto de baño de la habitación y se sentó al lado de su amiga, que la esperaba sentada en su cama.

—No sé si estoy preparada para lidiar con ellos —dijo con un tono cansado.

—Si has podido con el gilipollas de Bryan, tu familia será pan comido —replicó insuflándole ánimo.

Olivia pidió a su amiga que los entretuviera mientras ella se preparaba, de lo contrario, su madre era capaz de buscarla por toda la casa. Se tomó su tiempo, se duchó, se lavó el pelo y después lo secó con esmero. Todo con el afán de evitar lo inevitable. Cuando su sesión de belleza llegó a su fin por falta de opciones, no le quedó más remedio que santiguarse e ir al encuentro de sus adorables progenitores.

Su padre fue el primero en verla, y nada más hacerlo se levantó como un poseso gritando y señalándola con el dedo.

—Te has vuelto loca. ¿Cómo has podido avergonzar así a tu familia? ¿Cómo has podido comportarte como una puta? —gritó soltando espuma por la boca.

Olivia los miró con la boca abierta. ¿Qué les habría contado el gilipollas de su exmarido? Buscó a su amiga con la mirada y descubrió que ya no estaba.

—No tengo ni idea de lo que Bryan os ha contado pero, sea lo que sea, es mentira. Y no hace falta que sientas lástima por él. Es un mentiroso que ha estado engañándome todo este tiempo. ¿Sabíais que tiene una amante? —preguntó usando esa información como munición.

—Déjate de inventar historias, Olivia. Bryan nos lo ha contado todo. Te pilló en plena faena. ¿Cómo has podido hacer eso? En tu propia luna de miel, en sus narices. No eres digna de pertenecer a esta familia.

—Es mentira. Yo nunca lo he traicionado. ¿No os dais cuenta de que Bryan es un mentiroso y un manipulador? —preguntó Olivia al borde de la

desesperación al darse cuenta de que las palabras de Bryan tenían más peso que las suyas.

—¿Entonces es mentira que Bryan tuvo que volver a Los Ángeles por una urgencia en el trabajo y tú te quedaste sola en Hawái? —inquirió su padre.

—Bueno, es cierto que me he quedado en Hawái, pero no por los mot...

—Dios mío, Peter, es verdad. Dios mío, cuando todos se enteren no vamos a poder levantar cabeza —la interrumpió su madre histérica.

Olivia miró incrédula la escena. ¿Cómo era posible que ellos, conociéndola como la conocían, no le otorgaran ni siquiera el beneficio de la duda? Ya la habían condenado y daba igual lo que dijera, no la escucharían. Un dolor le rompió el alma. Por más que hubiera imaginado que esta sería la reacción de sus padres, había albergado en su corazón la esperanza de que por una vez en la vida la pusieran por encima de las apariencias.

—Te voy a ser bien claro, Olivia. No aceptamos esta situación y exijo que encuentres la manera de reconciliarte con Bryan. De lo contrario, no verás ni un duro de mi dinero —amenazó Peter.

—Jamás volveré con Bryan —dictaminó Olivia en tono desafiante.

—Ya, a ver si sigues con esa soberbia cuando no tengas dinero ni para comprarte un bocadillo. Estás avisada, no volverás a pertenecer a esta familia mientras no arregles la situación con tu marido. —La miró con desprecio—. Me has decepcionado, Olivia. Has traicionado a tu familia y me avergüenzo de ser tu padre.

Su madre también la miró, solo que en su mirada había pesar; sin embargo, siguió a su padre sin pronunciar palabra.

Olivia se derrumbó en el sillón y pensó en lo irónico de la situación. Sus padres la acusaban de traicionar a la familia, pero la única traicionada era ella, primero por el hombre que pensaba que amaba y ahora por ellos. ¿Qué pensaría su hermano de todo esto? ¿También renegaría de ella? Seguramente que sí, no estaban muy unidos, la verdad era que no lo conocía. Se había ido a estudiar y a trabajar a Phoenix, Arizona, y regentaba una de las filiales de la empresa que su padre tenía allí. En los últimos siete años solo lo había visto en Navidad.

Su amiga se acercó a ella y la abrazó.

—He llamado a las chicas, no tardarán en llegar. ¿Cómo te encuentras? —preguntó con voz suave.

—La verdad es que no lo sé. No se puede lamentar la pérdida de algo que nunca has tenido. ¿Sabes?, creo que he pasado toda mi vida ignorando

todo lo que sucedía a mi alrededor solo para seguir fingiendo que tenía una familia que me quería, porque sabía que, si no seguía sus directrices, las cosas se pondrían feas. Creo que hice lo mismo con Bryan. Hasta que algo se rebeló dentro de mí y las migajas dejaron de ser suficientes —se desahogó Olivia con la voz entrecortada por la emoción.

—Me alegro de que por fin te hayas despertado, amiga. Nosotras somos reales, nuestra amistad es verdadera —dijo Lesley tragándose las lágrimas y acallando la voz de su conciencia, que le gritaba que ellas también le habían fallado.

Nicole y Cameron no tardaron en llegar y entre las tres intentaron distraerla llevándosela al centro comercial, donde pasaron el resto de la tarde fundiendo sus tarjetas de crédito. Olivia estaba agradecida. Con esa distracción había conseguido terminar el día con la sensación de que lo que había sucedido por la mañana pertenecía al pasado, a un pasado muy lejano y que, por más que intentara resurgir, ella estaría preparada para encerrarlo en lo más profundo de su mente.

Había soltado las cadenas que le impedían ser ella misma.

Ahora era libre para vivir la vida como le diera la gana.

Ajeno a las maquinaciones del universo, Matthew empezó otra jornada laboral como presidente de la compañía. Su padre tenía la intención de esperar hasta que se recuperara del todo, pero la noticia de su enfermedad se filtró a la prensa y no tuvo más remedio que convocar una junta directiva de urgencia para nombrarlo su sucesor y así tranquilizar a los accionistas.

En los ocho días que llevaba al mando no se había encontrado con ningún obstáculo que no hubiera podido solventar sin problemas. Ayer había nombrado al nuevo presentador del canal de deportes y de los tres nombres que su padre había dejado sobre la mesa escogió al que le pareció el más indicado, discrepando de esa manera del criterio de su padre, que inclinaba la balanza a favor de Bryan Hayes. Matthew lo conocía y sabía que daría problemas. Solo esperaba no tener que hacer uso de su poder para dejarle claro quién mandaba ahora.

El teléfono sonó y lo sacó de sus cavilaciones.

—Hola, papá. ¿Va todo bien? —preguntó con preocupación.

Por más que los médicos le habían dicho que la recuperación de su padre estaba siendo un éxito, él no conseguía dejar de preocuparse. Su mayor temor era que su padre se olvidara de tomar alguna medicina o que se saltara

la dieta. Si dependiera de él, hubiera contratado a una enfermera, pero su padre no quiso siquiera escucharlo.

—Claro que va todo bien. Solo te llamaba para recordarte de que hoy es mi cita con Meg y no estaré en casa —dijo sin poder ocultar su entusiasmo.

—Entonces me pasaré más tarde —informó de forma displicente.

—Mejor mañana, hijo. La noche promete ser larga —resaltó envanecido.

Matthew pensaba una respuesta adecuada para darle a su padre, sin embargo, no encontraba ninguna. Todo lo que dijera sonaría raro.

—Pues... pásatelo bien... en la cena —añadió controlando las ganas de reírse.

Matthew colgó el aparato con una sonrisa en los labios. Era increíble ver a su padre así después del susto que habían pasado. Meg había aparecido en el momento oportuno, ya que el afán de Robert por conquistarla le estaba motivando a tomarse en serio su salud.

El día pasó sin mayores inconvenientes y una hora antes de terminar la jornada Matthew decidió irse para estar un rato con su padre antes de su cita. Al bajarse en el ascensor hizo una pequeña parada en la planta de Bryan, quería comprobar cuál era el ambiente en la redacción. Pero, para su sorpresa, el reportero no se encontraba en su mesa. Aprovechó su visita para pasar por el despacho del productor ejecutivo del canal de deportes. Tras intercambiar unas breves palabras con él se despidió y retomó su camino.

Sin embargo, al pasar por delante de una de las salas de reuniones escuchó el nombre de Bryan y, sin poder evitarlo, su cuerpo se detuvo de inmediato. Había una mujer con él y parecían estar discutiendo. Su aversión al reportero no le permitió avanzar, agudizó sus sentidos para no perder detalle.

—¿No crees que esa pobre niña ya ha sufrido bastante? ¿Cómo has podido hacerle esto? —preguntó al enterarse de la mentira que él les había contado a los padres de Olivia.

—Esto no es nada comparado con lo que se merecía. Tenías que ver con qué aire de superioridad me ha pedido el divorcio —dijo Bryan furioso.

—Por favor, Bryan. Deja de ser cínico. ¿Cómo puede esto afectarte en tu orgullo masculino? Llevas engañándola desde que la conociste —comentó indignada por la crueldad de su amante.

—Cállate de una puñetera vez. No voy a aceptar sermones de una mujer

como tú.

—Eres un desgraciado. No sé por qué sigo contigo —le gritó perdiendo los papeles.

—¿Quién es la cínica ahora? Somos de la misma calaña, cariño. Hacemos lo que sea para conseguir lo que queremos —dijo Bryan con saña.

Matthew se quedó consternado con lo que había escuchado. ¿Qué le habría hecho ese desgraciado a su mujer? Si antes tenía alguna duda sobre su conducta, ahora acababa de quedarle claro qué tipo de persona era. No le quitaría el ojo de encima y a la primera oportunidad lo pondría de patitas en la calle.

El camino hasta la casa de su padre en Bel Air lo hizo sin poder sacarse de la cabeza la conversación que acababa de escuchar de forma accidental. Por la manera de hablar de la amante del reportero, quedaba claro que su mujer era una chica joven e inocente. Una chica que estaría desolada en estos momentos. Una rabia ciega corrió por sus venas. Si no estuviera en un puesto de tanta relevancia y sus actos no afectasen a su padre daría media vuelta con el coche y lo pondría en su lugar. Lo único que lo consolaba era que el reportero tenía los días contados en la empresa, porque estaba seguro de que no tardaría en meter la pata.

Al ver la casa de su padre respiró hondo e intentó olvidarse de todo.

Su padre lo recibió en batín, recién duchado y afeitado. Lo miró con diversión y lo invitó a pasar a su habitación para charlar mientras terminaba de arreglarse. Matthew lo primero que hizo, como de costumbre, fue comprobar las cajas de medicinas.

—¿Las has contado ya? —preguntó su padre sorprendiéndole con las manos en la masa.

—Estaba mirando para ver si alguna estaba a punto de acabarse, ya sabes, hay que pedir la receta con antelación —se excusó con aire inocente.

Su padre negó con un movimiento de cabeza. A continuación, entró en el vestidor y le dijo:

—Hijo, ¿crees que soy tonto? Desde que salí del hospital haces lo mismo todos los días.

—Es que me preocupo por ti.

—Ya lo sé, Matthew. Pero te estás pasando —dijo en tono ameno y

segundos después salió con un elegante traje gris de tres piezas—. Mira qué estampa tengo, nadie adivinaría mi edad. Estoy hecho un chaval —se vanaglorió mientras hacía un pase de modelos.

Matthew no pudo contener la risa al ver a su padre pavoneándose delante del espejo del armario poniendo cara de galán de cine.

—Estás muy elegante, papá. Meg no se te resistirá —dijo Matthew con admiración.

Su padre, a sus sesenta y siete años, seguía manteniendo una figura impecable. Él había heredado sus rasgos: cabello castaño y liso, aunque Robert ya los tenía casi blanco; los ojos azules; la complexión fuerte y fibrosa, la de Matthew reforzada y esculpida en el gimnasio; la nariz recta; el labio superior un poco más fino; e, incluso, la manera de entornar los ojos y fruncir el ceño cuando estaban perdidos en sus pensamientos era la misma.

—Por supuesto que no. Ahora vete, que tengo que preparar unas cositas —dijo con una mirada llena de intenciones. Intenciones que Matthew se negaba a imaginar.

—No te olvides de las recomendaciones médicas —decidió añadir y salió antes de que su padre le dijera algo que, seguro, lo dejaría traumatizado de por vida.

Capítulo 12

Todavía era temprano y a Matthew no le apetecía estar solo. En realidad, lo que quería era estar produciendo un documental de aventura, necesitaba la adrenalina para sentirse vivo. Tendría que encontrar lo antes posible una forma de compaginar su puesto de presidente de la compañía con su afición o en menos de dos años estaría peor que su padre. El sexo sería una buena opción si no fuera porque cierta chica con cara de ángel y cuerpo de diablesa se había adueñado de su mente. Desde que había vuelto de Las Vegas había estado con distintas mujeres, sin embargo, ninguna conseguía borrar el recuerdo de Olivia. Su piel, su olor, su sabor, los gemidos que emitía cuando tenía la cara enterrada en su entrepierna...

«Joder, me he puesto duro solo de pensarlo. Esto no es normal, tengo treinta y cuatro años, no dieciocho».

El móvil sonó liberándole de una situación embarazosa.

—Hola —contestó a su amigo Steve a través del manos libres del coche.

—¿Por dónde andas?

—En Bel Air, acabo de salir de la casa de mi padre —dijo sin apartar su atención del tráfico.

—¿Te apetece salir a tomar algo? Ya he llamado a Bruce y está disponible.

—Perfecto. ¿Dónde quedamos?

—Estamos en Beverly Hills. ¿Qué te parece si nos vemos en el The Honor Bar? —inquirió.

—*Ok*. Voy de camino.

El tráfico estaba más lento de lo habitual y Matthew tardó el triple de tiempo en llegar. Una vez en el destino, dejó su coche con el aparcacoches y fue en busca de sus amigos. El local era pequeño y no le fue difícil divisarlos en la barra, cada uno con un tubo de cerveza fresquita en la mano.

—Hombre, por fin. Empezábamos a creer que habías encontrado algo más interesante por el camino —dijo su amigo Bruce saludándolo con una palmadita en la espalda.

—Había un atasco de cojones —contestó Matthew más relajado tras

quitarse la corbata y metérsela en el bolsillo del pantalón—. ¿Pedimos algo de comer? Yo me muero de hambre —preguntó mirando la carta y después de dar un repaso decidió pedir un tubo de cerveza sin alcohol, patatas fritas condimentadas y un sándwich vegetariano.

—Unas aceitunas para picar. No tengo hambre —dijo Bruce, que no quiso contarles que había quedado con su prometida para planear la boda mientras cenaban juntos.

—Mi mujer me espera con la cena puesta, como coma algo fuera de casa, cierra el parque de diversiones —dijo Steve con una sonrisa pícaro en los labios.

Bruce soltó una carcajada y Matthew aprovechó para pincharle.

—No te rías tanto, Bruce. Dentro de poco formarás parte del club. Además, no te olvides de quién es familia tu futura esposa. Pelirroja y escocesa... Estás perdido, amigo mío —añadió Matthew con una sonrisa maliciosa.

A pesar de sus bromas, su amigo sabía que le deseaba lo mejor y que estaba muy feliz por su inminente boda. Principalmente por lo mal que lo había pasado cuando tuvieron que contarles a los padres de Nimue, que se iban a casar y que ella estaba embarazada de dos meses. La familia era escocesa y tuvieron que enfrentarse a un clan enfurecido, donde muchos querían matarlo, algunos querían que la chica abortara y otros tantos más querían castrarlo. Fueron momentos complicados, pero su novia mostró tener el carácter de una guerrera de las Highlands y puso a cada uno en su lugar.

A la vez que Matthew reflexionaba sobre la situación de su amigo, Bruce pensaba que nunca se libraría de sus burlas. Matthew disfrutaba torturándolo. Menos mal que no había compartido sus planes, si no estaría por los suelos. Su única esperanza era que algún día cupido le diera bien fuerte para poder devolvérsela doblada.

Ellos charlaban de forma animada mientras disfrutaban de la comida y de la bebida. Matthew les contó lo sucedido con el reportero y sus amigos pidieron su cabeza. También cómo iba la evolución de su padre y, por supuesto, su romance con la enfermera no se quedó en el olvido. Sus amigos brindaron por su padre y le sugirieron que aprendiera de él. Matthew les sonrió de forma enigmática y se preparó para la pregunta que había estado dilatando desde que había llegado.

—Bruce..., hmmm..., te quería pedir un favor —empezó dubitativo.

—Dime, hermano. Si está en mis manos, es tuyo —dijo de manera

sincera sin tener la más remota idea de la bomba que soltaría su amigo a continuación.

—¿Te acuerdas de la chica de Las Vegas, una tal Lesley? ¿Todavía tienes su número? —preguntó y esperó estoico su reacción. Esta no se hizo esperar y Bruce pegó un grito muy fuerte, como si se tratara de la victoria de los Lakers en la final de la NBA. En el bar se hizo el silencio y todos los presentes se giraron para mirarlo.

—Putá mierda. Cómo he esperado este día. Nuestro amigo, Matthew, el que jamás se liaría con una cría, je, je, je, je, está a punto de tragarse sus palabras. Cuánto me alegro, no tienes ni idea de lo feliz que me haces —dijo Bruce con regocijo y ajeno a las miradas curiosas—. Prepárate, amigo. Te voy a machacar.

—Solo quiero el teléfono de su amiga, no le estoy pidiendo matrimonio.

—Así se empieza, la pedida viene más adelante. Bienvenido al club —dijo Steve aprovechando para echar leña al fuego.

Después de dejar que Bruce descargara sobre él parte de su venganza, Matthew preguntó impaciente:

—¿Vas a darme el número o no?

—Por supuesto que te lo voy a dar, y ojalá te enamores hasta las trancas —pronunció con aires de victoria.

Matthew le sonrió de vuelta, ahora mismo nada de lo que le dijera le estropearía el día. Tampoco le preocupaba la posibilidad de caer enamorado hasta las trancas, desconocía ese sentimiento y no creía en el amor a primera vista. Así que las posibilidades eran muy pocas. De momento, lo único que le unía a ella era el sexo, eso sí, el mejor que había tenido en toda su vida. Lo demás, el tiempo lo diría.

Los amigos dieron por terminada la reunión. Sin embargo, antes de despedirse le hicieron prometer que les mantendrían informados. Momento que Matthew aprovechó para chincharles llamándolos marujas cotillas.

Esta noche Matthew se entregó al mundo de los sueños con una media sonrisa en los labios.

Olivia llevaba cuatro días en la casa de su amiga Lesley, dos de ellos bajo la protección de sus padres. El matrimonio se había quedado consternado cuando se enteró de lo ocurrido y, para sorpresa de Olivia, se pusieron de su parte. Pero a pesar de lo arropada que se sentía con ellos, estaba desesperada por tener su propio espacio. Necesitaba pasar su duelo sin tener que justificar

sus lágrimas a cada instante. Sí, lágrimas, porque por más fuerte que fuera había momentos en los que una mano despiadada le estrujaba el corazón.

—Olivia —gritó Lesley entrando en el salón con el teléfono en las manos—. Buenas noticias. Lorena acaba de llamarme para decirme que ha encontrado algo que te va a encantar. Tenemos que salir pitando porque ella ha bloqueado la oferta para que nadie más la vea.

Lorena era la agente inmobiliaria amiga de Abigail, la madre de Lesley. Era encantadora y se había indignado por el trato que había recibido Olivia por parte de su compañera de profesión. Pero la perra rabiosa, como la llamaba su amiga, había tenido su merecido. Olivia le dio plantón y cuando la llamó pidiéndole explicaciones, zasca, le devolvió su excusa de mierda empleando su mismo tono de cinismo.

—¿Qué te parece? —preguntó Lorena tras aparcar el coche delante de la coqueta casita situada en la 15th St. de Santa Mónica.

—Me encanta —dijeron las chicas al unísono.

—Eso que todavía no habéis visto el interior —añadió la agente inmobiliaria con entusiasmo a la vez que sacaba la llave del bolso y abría la puerta—. Esto es justo lo que necesitas, Olivia, una casa independiente, a tu medida y recién remodelada. —Cuando las tres ya estaban dentro, Lorena empezó su función—. Los electrodomésticos son de acero inoxidable. Mira, todavía están con el plástico. El mobiliario de la cocina también es nuevo. Piso laminado en toda la casa, ya sabes, es fácil de limpiar y no tienes que estar buscando un producto específico para cada zona.

»Hay aire acondicionado y calefacción. Y las ventanas son de doble acristalamiento. También tienes a tu disposición dos plazas de garaje, que es genial. La lavandería está en un sitio cubierto, y la lavadora y la secadora están sin estrenar. ¿Qué me dices? ¿A que es perfecta? —concluyó la mujer con una respiración profunda.

Ambas pestañearon saliendo del estado hipnótico al que las había sometido Lorena. La mujer había estado enseñándoles la casa sin parar de hablar ni un solo minuto.

—Chicassss, decidme aaaaaaaalgo...

—¡Me superencanta! Es perfecta —exclamó Olivia mirando el inmenso salón con cocina americana.

—Se la queda, Lorena. Puedes empezar con el papeleo —dijo Lesley con una sonrisa—. No vas a encontrar nada mejor, Olivia. Es ideal. La habitación tiene armarios empotrados y el baño también está completo. Si

compras un sillón y una cama, mañana mismo podrías mudarte.

Olivia sonrió ilusionada. Por primera vez tendría algo suyo, sin nadie para molestarla, y encima cerca de la playa. Una semana antes eso le parecería inverosímil.

—Bueno, ahora solo falta saber si puedo pagarlo —comentó Olivia temiendo escuchar el precio. Ella le había pedido a Lorena que le buscara algo entre dos mil y dos mil quinientos dólares. Pero tenía claro que la casa superaba su presupuesto.

—Ellos pedían tres mil doscientos dólares, pero he conseguido rebajarlo a tres mil. Les dije que era para mi ahijada y que no encontrarían una inquilina mejor y más responsable —explicó con un tono de suficiencia.

—Olivia, no pienses demasiado. Sé que puedes pagarla, no te olvides de que he sido yo quien te he ayudado a invertir tu dinero —le recordó su amiga.

Olivia quería esa casa, necesitaba algo cálido y acogedor para rehacer su vida. Y su amiga tenía razón. Había empezado a ahorrar cuando cumplió quince años. Entonces recibió un sustancial cheque de sus padres en lugar de los tradicionales regalos envueltos con papel y lazos de colores, que a ella le hacía especial ilusión romper para descubrir lo que había en su interior. Con el paso del tiempo había conseguido acumular una cantidad considerable, y esta se había multiplicado con las inversiones en bolsa que había realizado con la ayuda de su amiga Lesley, que era una experta en mercado bursátil. Así que no se lo pensó demasiado.

—Me la quedo. Ahora tendré que empezar a patearme la ciudad en busca de trabajo —añadió sin perder la sonrisa.

Lorena tramitó todo en tiempo récord. Al día siguiente, tras recibir los seis mil dólares, tres mil del alquiler y tres mil de la fianza, le hizo la entrega de las llaves a Olivia. Esta no podía contener la emoción y la envolvió en un fuerte abrazo.

—No llores, preciosa. Ya verás cómo todo irá bien —dijo Lorena secándole las lágrimas con la punta de los dedos.

Olivia y Lesley se reunieron con Cameron y Nicole para darles la sorpresa. A ellas les encantó nada más vieron la casa y rápido empezaron con las labores de limpieza. Una vez concluida la fastidiosa tarea fueron a buscar las cosas de Olivia que estaban en el depósito.

Ella no tenía ni idea de lo que le habían regalado, por eso cada vez que abría una caja soltaba un grito de alegría.

—Me parece que no podré donar nada, lo necesito todo —se quejó con

una mezcla de alegría y culpabilidad.

—¿Qué te había dicho yo? Te has ahorrado un pastón, nena —dijo Lesley contenta consigo misma.

Pasaron el día trabajando, pararon únicamente para devorar las hamburguesas y los refrescos que habían pedido a domicilio. Al final de la tarde ya tenían la cocina y el cuarto de baño listos. Además de la ropa de Olivia colgada y ordenada.

—Creo que por hoy es suficiente, chicas. Estoy molida, me duele hasta el alma —comentó Olivia tras sentarse en el suelo del salón con la espalda recta apoyada en la pared.

—Me están entrando ganas de independizarme —proclamó Cameron sentándose a su lado.

—A mí también. ¿Qué tal si nos venimos las tres a vivir contigo? —preguntó Nicole poniéndose en el suelo junto a sus amigas.

Olivia las miró como si les hubieran salido cuernos.

—Como digas que sí, te rompo este botellín en la cabeza —amenazó Lesley al acercarse a ellas con cuatro botellines de cerveza muy fríos. Los habían comprado esta mañana cuando fueron al súper a por los productos de limpieza.

Olivia soltó una carcajada.

—No pensaba decirlo. Lo siento chicas, pero necesito recuperar el tiempo perdido, necesito practicar todo el sexo que no he practicado antes, necesito andar desnuda por la casa, necesito privacidad para experimentar cosas pecaminosas. Como, por ejemplo, poner en marcha el juguetito que me regalasteis en mi despedida de soltera. Lo comprendéis, ¿verdad? —dijo y sus amigas se atragantaron con la bebida.

Olivia estalló en otra sonora carcajada. Esta vez hasta Lesley se creyó su mentira; bueno, no todo era mentira. Su libertad no tenía límites y pensaba aprovechar cada instante. Las chicas se recuperaron de la impresión y le siguieron el juego sugiriéndole miles de cosas pecaminosas que podría experimentar. Olivia las aceptó de buen grado, pero sabía que la mayoría de esas extravagancias jamás las probaría. Cada uno era como era y ella estaba lejos de ser como Lesley o Nicole; tampoco lo pretendía.

—Ahora en serio. Necesito encontrarme a mí misma. Necesito reconstruir mi vida —dijo y su mirada se perdió en ninguna parte del inmenso salón vacío.

Los dos días siguientes fueron frenéticos. Sus amigas trabajaron codo a

codo con ella. Incluso la habían asesorado a la hora de escoger la cama de matrimonio perfecta. Según Lesley, había que tener espacio suficiente para practicar orgías; la opinión de Cameron era que con que ambos pudiesen dormir con brazos y piernas estirados estaría bien. Nicole, más o menos en la línea de Lesley, excepto que ella se conformaba con un trío. Pero Olivia, de momento, se contentaba con poder hacer la croqueta sin estampar su cara en el suelo tras el primer movimiento.

Cuatro días después, la casa de Olivia estaba preparada para recibirla. Habían hecho un trabajo digno de un profesional de la decoración. Ella nunca podría agradecerse a sus amigas lo suficiente.

—Hay que apuntar este día en la agenda: miércoles 13 de junio. El primer día de Olivia en su nuevo hogar —comentó Cameron.

—Dios mío. No me lo puedo creer. Mi casita, mía, solo mía. No hubiera podido hacerlo sin vosotras. Os quiero muchísimo, sois las hermanas que no tuve.

Sus amigas la abrazaron y las lágrimas no se hicieron esperar.

—¡Huy, huy, huy! Nada de llantos innecesarios —dijo Lesley soltándose del abrazo comunitario—. La casa ha quedado chulísima, Olivia. Estoy segura de que vas a ser muy feliz aquí. Ahora toca celebrarlo. Podríamos montar una fiesta de inauguración o bien ir a una discoteca de moda, llena de tíos buenorros, para bailar hasta perder el sentido.

—Discoteca —dijeron las tres al unísono.

Aunque Olivia por razones diferentes: ella lo que no quería era que destrozasen su precioso y acogedor hogar.

—Pues discoteca será. Te dejaremos sola para que disfrutes de tu nueva casa —dijo Lesley a la vez que cogía el móvil sin mirar el número.

—Llámanos si necesitas algo —dijeron Cameron y Nicole a la vez.

Olivia vio que Cameron se montaba en el coche con Nicole y se iban. Pero Lesley seguía apoyada en la puerta de su SUV hablando por el móvil en un tono demasiado bajo para que ella pudiera escucharlo. Sea quien fuera que la estuviera llamando, no era de su agrado.

Capítulo 13

Matthew estaba que no podía creérselo. Llevaba una semana llamando a la tal Lesley sin que esta le contestara. Y justo hoy, que por fin se lo había cogido, había estado a punto de colgarle. Había tenido que amenazarla para que lo escuchara. Pero la amenaza solo había servido para que ella accediera a encontrarse con él. No entendía qué diablos pasaba. Solo esperaba que ella no le diera plantón.

No obstante, a medida que los minutos pasaban, a Matthew le iba quedando claro que no acudiría a su encuentro. Ya llevaba treinta y cinco minutos esperándola en el restaurante Brentwood y ni rastro de la chica. Estaba a punto de volver a llamarla cuando la vio entrar por la puerta del establecimiento. Se levantó para llamarle la atención y ella se dirigió a su mesa.

—Hola, Lesley. Gracias por venir —dijo Matthew tendiéndole la mano, mano que ella rechazó.

—Solo he venido porque has amenazado con contratar a un detective para que encuentre a Olivia —espetó Lesley sin poder creer en la mala suerte que había tenido.

Había recibido cuatro llamadas perdidas de un número desconocido; estaba distraída y había cogido el teléfono sin mirar quién era. Ahora estaba cara a cara con su karma y no había cómo escapar de esta situación, Olivia se enteraría de su traición y jamás la perdonaría, ni a ella ni a las demás. Había tardado en llegar porque estaba pensando en una manera de librarse de lo que estaba por venir. Pero solo había encontrado una manera de retrasar lo inevitable.

—Perdona, sé que no he actuado correctamente. Debes de estar pensando que soy un perturbado. Pero te prometo que soy una persona honorable. Está bien que quieras proteger a tu amiga. Responderé a todas tus preguntas y si entras en Google verás que no soy un asesino en serie ni estoy en busca y captura —dijo de broma para suavizar el ambiente.

Sin embargo, la chica se lo tomó al pie de la letra y le hizo un tercer grado. Después, no contenta, entró en el famoso buscador y comprobó su

veracidad. Él no le facilitó datos sobre la cadena de televisión ni sobre su padre, prefería dejar a su progenitor al margen. Su empresa de material deportivo era bastante conocida como para que ella tuviera toda la información necesaria y satisfacer así su curiosidad.

—Veo que eres un empresario de éxito y que tienes una reputación intachable. ¿Qué quieres de mi amiga? —preguntó Lesley sin rodeos.

—Tu amiga es ya mayorcita. Creo que si me das su teléfono ella misma podrá decirme si le intereso o no —respondió en tono áspero.

Lesley sabía que era inútil marear la perdiz. Él no se daría por vencido hasta que no hablara con Olivia. Había llegado la hora de hacer su última jugada.

—Te daré el teléfono de Olivia. Pero antes tendrás que escucharme sin interrumpirme —pidió y esperó a que él estuviera de acuerdo. Cuando hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, ella empezó el relato—: Sé que pasaste la noche con Olivia y, por lo visto, te gustó y quieres seguir conociéndola. Sin embargo, hay un problema, Olivia no se acuerda de nada de esa noche —dijo poniendo atención en su reacción.

—¿Cómo que no se acuerda de nada? ¿Ha sufrido un accidente y ha perdido la memoria? —El corazón de Matthew dio un vuelco. No podía ser, esto no podía estar pasando. Justo ahora que había decidido buscarla—. Quiero verla, por favor, permíteme verla —imploró con un tono desolado.

Lesley sintió su dolor y percibió que había algo más que una noche de sexo. Tal vez él fuera el destino de su amiga.

—No, tranquilo, no ha sufrido un accidente. Pero le han pasado cosas muy feas estas últimas semanas. Y si ella se entera de lo que te voy a contar, no lo soportará. Así que, por favor, si decides acercarte a ella no le cuentes nada. No hasta que ella se recupere y esté lista para superarlo.

Matthew no entendía nada y empezaba a perder la paciencia. ¿Qué cojones le intentaba decir esta chica?

—¿Quieres soltarlo de una puta vez?

Lesley respiró profundamente y, sin ser capaz de mirarlo a la cara, le dijo:

—Olivia no se acuerda de nada porque nosotras la drogamos.

Matthew sintió que la ira corría por sus venas. Eso no le estaba pasando. No podía ser cierto, él se hubiera dado cuenta. ¿Le estaban tomando el pelo?

—¿Qué es esto, una broma pesada? ¿Qué clase de amigas harían una cosa así? Me habéis tendido en una trampa, ¿es eso? —La mente de Matthew

le mostró infinidad de escenarios y ninguno era bueno—. Os habéis equivocado de persona. No voy a descansar hasta llegar al fondo de este asunto, y te puedo asegurar que vuestros actos tendrán consecuencias —dijo haciendo amago de levantarse.

—Por favor, no te vayas. Deja que te explique lo que pasó —pidió Lesley desesperada.

Matthew la evaluó y algo en su mirada suplicante le hizo relajarse en su asiento.

—Te sugiero que te des prisa, tengo cosas más importantes que hacer que escuchar a una chiflada.

Su lado racional le decía que saliera corriendo. Ese asunto no tenía buena pinta y acabaría con la mierda hasta el cuello.

—No queríamos que Olivia se casara. Su prometido es un desgraciado que la engañaba desde el día que la conoció, pero ella no era capaz de verlo. Por eso la drogamos. Queríamos que se soltara y que probara cosas nuevas. Estábamos seguras de que si lo hacía se daría cuenta de la locura que estaba a punto de cometer. Con lo que no contábamos era con que al día siguiente ella no se acordaba de nada —dijo Lesley nerviosa retorciéndose las manos.

—Dios mío, estáis completamente locas. ¿Tenéis idea de lo que le habéis hecho a vuestra amiga? La habéis puesto en peligro. Podría haber caído en las manos de un depravado —dijo enfurecido intentando apartar de su cabeza las grotescas imágenes que se reproducían sin control. Pero unas palabras pronunciadas por la chica consiguieron cambiar el rumbo de sus pensamientos—. ¿Por qué dices que está pasando por un momento difícil? ¿Ha llegado a casarse? —preguntó con pesar. Todas las posibilidades que podría tener con Olivia acababan de irse al carajo.

—Sí, pero se separó enseguida. Al final se dio cuenta de la verdadera personalidad de su marido. Si de verdad te gusta y estás dispuesto a conquistarla, no le digas que pasasteis la noche juntos. Ella no lo soportaría —dijo Lesley compungida.

—¿Es que no tienes escrúpulos o qué? ¿Crees que voy a conquistarla con engaños y mentiras? Si decido buscarla, iré con la verdad por delante —añadió con ganas de mandarla a la mierda.

—Si le dices la verdad lo único que conseguirás es provocarle un profundo dolor. Está intentando rehacer su vida, la vas a destrozar. Por favor, no lo hagas.

—¿Qué pasó? ¿Por qué se ha separado? —preguntó haciendo suyo el

dolor que veía reflejado en el semblante de la chica.

—Mejor que te lo cuente, ella. Cuantas más cosas sepas, más difícil será para ti justificarte después —dijo Lesley sintiéndose miserable—. Solo tienes dos opciones Matthew: olvidarte de Olivia para siempre o acercarte y esperar el momento adecuado para contárselo.

Lesley cogió una servilleta y apuntó el teléfono de Olivia. Luego deslizó el papel hasta su lado de la mesa y se levantó.

—Piensa bien lo que vas a hacer. Si te sirve de consuelo, me arrepiento muchísimo de lo que hice. Si pudiera volver atrás jamás le haría algo así. Lo siento, de verdad que lo siento —dijo apenada por la imagen de impotencia y derrota que se veía reflejada en el masculino y bello rostro de Matthew—. Si te quedas con la segunda opción, este viernes vamos al Lure Nightclub —añadió y se fue. Sus amigas todavía no lo sabían, pero ella había conseguido entradas para esa exclusiva discoteca.

Matthew cogió la servilleta con cautela, como si el inocente papel pudiera producirle una descarga eléctrica. Lo miró atentamente sin saber qué hacer. Si fuera un hombre listo lo tiraría en la basura de inmediato. Pero eso significaría que tendría que olvidarse de ella para siempre.

«No, no quiero olvidarla. Es mía», pensó, y su subconsciente le gritó que estaba más loco que sus amigas.

«Lo que me faltaba. ¿Desde cuándo he desarrollado este primitivo sentimiento de posesión?».

Matthew guardó en su cartera la arrugada servilleta. Algo dentro de él le decía que no debería de entrar en el juego de la tal Lesley, porque a ella lo único que le importaba era salvar su pellejo. No era una situación para tomarse a la ligera, necesitaba pensarla con detenimiento.

Dejó el *whisky* que había pedido y volvió al trabajo. Tendría que aparcar esa locura a un lado. Ser el presidente de una gran compañía no era una broma. Había muchas personas que dependían de su buen criterio para seguir trabajando. Él el primero, un movimiento en falso y las alimañas del consejo de accionistas caerían sobre su yugular.

Tras una jornada agotadora decidió ir a ver a su padre.

—Hola, hijo. No tienes buena cara —comentó su padre.

Si su padre supiera la tarde infernal que había tenido. No había podido concentrarse en nada. Lo único que podía pensar era si debería traicionar sus principios para tener la mujer que deseaba.

—Debo de estar incubando algo —dijo sin querer darle más

explicaciones.

—Te conozco muy bien, hijo. Dime qué pasa. Si es algo del trabajo debes contármelo, seguro que puedo ayudarte.

—En la cadena va todo bien. No te preocupes, papá. Ahora, cuéntame qué tal van las cosas con Meg —respondió Matthew con curiosidad. Al día siguiente de la cita con la enfermera su padre parecía un quinceañero. Y, por lo que se sabía a través de Rosario, seguían viéndose a diario desde entonces.

—Sobre eso quería hablarte. Le he pedido a Meg que se venga a vivir conmigo. Y antes de que digas nada, no te estoy pidiendo permiso.

—No esperaba que me lo pidieras. Pero eso no significa que tenga que estar de acuerdo con tu decisión. Creo que es muy pronto para dar un paso así, apenas os conocéis —dijo sorprendido y dolido por su postura defensiva.

—Perdona, hijo. Estoy un poco nervioso. A mi edad no hay tiempo que perder, el mañana es hoy —comentó con un tono reconciliador—. Espero que me apoyes, Matthew. Tu opinión es importante para mí.

—Claro que te apoyaré, papá.

—Gracias, hijo. Tú también encontrarás la persona adecuada.

Matthew salió de la casa de su padre con esas palabras resonando en su mente. Un mes atrás hubiera sido capaz de apostar su fortuna a que no se casaría antes de los cuarenta, que no se casaría por amor, que jamás se casaría con una cría de veintidós años. Y, de repente, de un día para otro, sus convicciones habían dado un giro de ciento ochenta grados. Ahora, incluso, se planteaba seguirle el juego a una loca egoísta y manipuladora.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Su mente procesaba los pros y los contras de las opciones que Lesley le había presentado, ninguna de las dos le convencía. Un sentimiento de tristeza le invadió al saber que tendría que dejar volar a su ángel.

A la mañana siguiente, Matthew despertó decidido a poner un punto final a esa locura. Nada bueno podía salir de una situación así. Después de ducharse y vestirse, se dirigió a la cocina para preparar su Nespresso. Mientras esperaba su espumoso café, aprovechó para dejarle un mensaje a Lesley:

«No voy a participar en esto. Si te queda algo de dignidad y quieres a tu amiga tanto como dices, espero que le cuentes la verdad».

«Ya está hecho, ahora tendré que encontrar una manera de sacarte de mi cabeza, Olivia», pensó con desazón. Era la segunda vez que se proponía olvidarla. Pero esta vez le dolía más que la anterior, porque sabía que no

habría una tercera.

En los dos días que llevaba viviendo en su nueva casa, Olivia ya había recorrido los alrededores y visitado los comercios cercanos. No podía estar más contenta a pesar de que, de vez en cuando, le entraba un bajón y su mente traicionera intentaba convencerla de que las palabras de Bryan eran ciertas: «Ningún hombre en su sano juicio podría querer a una mujer tan insignificante como tú, eres patética. No vales para nada más. Ni para follar...». Por suerte estos bajones duraban poco y cada día que pasaba estaba más segura de que estas palabras no eran ciertas.

El viernes había llegado y esa noche tocaba ponerse guapa. Olivia abrió su armario en busca de algo *sexy*. Nunca le había gustado vestirse provocativa, pero ahora lo necesitaba, necesitaba sentirse poderosa. Aunque había puesto su armario patas arriba no había encontrado nada que entrara en esa categoría. Estaba a punto de tirar la toalla cuando vio una bolsa con el logo del hotel Wynn. Dentro estaba un vestido que había comprado en una de las tiendas del hotel y que, debido a su precipitada vuelta, no había estrenado.

Olivia se lo probó y se miró en el espejo. El resultado era justo lo que ella quería proyectar: curvas y más curvas de seguridad y sensualidad.

Las chicas habían acordado ir en taxi, alcohol y conducción no eran una buena mezcla. Y esta noche prometía. Una amiga de Lesley, que era promotora de eventos, les había conseguido barra libre en el Lure Nightclub.

—¡Joder, esto está muy fuerte! ¿Qué diablos de bebida me has traído, Nicole? —preguntó Olivia tosiendo al sentir su garganta en llamas a medida que el infernal líquido se deslizaba hasta su estómago.

—No seas quejica. Con el segundo trago ya no notarás nada —añadió su amiga sorbiendo una buena dosis.

La miró con desconfianza, pero decidió probar. La sensación de ardor había desaparecido y pudo apreciar el sabor dulzón de la bebida. Unas horas después, Olivia no ya solo no sentía el ardor de la bebida —llevaba tres— sino que tampoco sentía otras partes de su cuerpo, era como si caminara por una nube. Debería dejar de beber, ella no estaba tan acostumbrada al alcohol como sus amigas.

—Chicas, venid, quiero presentaros a mi amiga Simone. Ella es nuestra hada madrina, gracias a ella tenemos acceso gratis a los mejores locales de Los Ángeles —comentó Lesley provocando que su amiga pusiera los ojos en blanco.

—Encantada de conocerlos, chicas, espero que estéis disfrutando de la noche —dijo con un acento extranjero que no pudieron identificar.

Las tres le correspondieron el saludo y se lo agradecieron entusiasmadas. Sin embargo, cuando Olivia pasó a su lado para deshacerse de su copa, perdió el equilibrio y vertió parte de su contenido en su brazo. La deslumbrante mujer pegó un salto y levantó la mano para evitar que el pegajoso líquido salpicara su vestido. Su acto reflejo fue acompañado de una sarta de palabras indescifrables. A Olivia no se le escapó la divertida fonética y las repitió en su mente para después expresarlas en voz alta. Antes le pidió disculpas y cogió de su bolso un paquete de pañuelos para que se pudiera secar.

—*Buceta cabiluda*. Has repetido esto varias veces. ¿Qué idioma es? ¿Qué significa? —preguntó inocente y muerta de curiosidad.

Como bien dice el dicho, la curiosidad mató el gato. Y la carcajada que soltó Lesley no presagiaba nada bueno.

—Es portugués, soy brasileña. Significa coño —dijo sin darle mucha importancia.

—Es como si dijera coño peludo, Olivia —dijo Lesley divirtiéndose con la reacción de su amiga. A ella nunca le habían gustado las palabras malsonantes.

Olivia la miró con los ojos desorbitados pero, pasados unos segundos, empezó a descojonarse de la risa.

—*Buceta cabiluda*, ja, ja, ja, *buceta cabiluda*, ja, ja, ja, me encanta. Ahora, cada vez que quiera a decir coño, diré *buceta cabiluda* —comentó poniéndose la mano en el costado para frenar el dolor que el ataque de risa le había provocado.

—¿De qué va vuestra amiga? —preguntó Simone sin entender el motivo de tanto alboroto por una simple palabrota.

—No te preocupes, es que vivía en una comunidad amish —dijo Lesley provocando otra tanda de risas.

—Pobrecita —dijo Simone participando en la broma—. Lo que necesita vuestra amiga es una buena *furunfada*.

A Olivia no le molestaba que le tomasen el pelo. Ella sabía que sus amigas no lo hacían con la intención de humillarla. Pero, una vez más, otra palabra pronunciada por la tal Simone le llamó la atención.

—¿Furunfa qué? —preguntó Olivia haciendo que todas volvieran a explotar en una sonora carcajada.

La media hora siguiente la pasaron riendo y descubriendo palabras obscenas en portugués. Olivia no sabía si sería capaz de hacer uso de alguna, pero lo intentaría, y la sola idea de decir a un hombre «¿quieres furunfar?», en lugar de «quieres follar», provocó que su cuerpo se doblara por la risa.

La noche estaba siendo estupenda. Hacía tiempo que Olivia no se divertía tanto. Ella siempre era la primera que se cansaba en las fiestas y tenía que implorar a sus amigas para que se fueran. Esta noche era diferente, ellas habían sido las que estaban pidiendo clemencia.

—Maldito el que inventó los tacones, seguro que era hombre —se quejó Cameron derrumbándose en el sillón del reservado. Nicole y Lesley fueron las siguientes en caer rendidas.

—No sé qué os pasa, chicas. Yo podría seguir bailando toda la noche —informó Olivia con una sonrisa pícaro. Sus pies también estarían molidos si no se hubiera puesto una plantilla de silicona y aplicado espray antifricción —. Voy al servicio mientras descansáis.

Ella zigzagueó entre la multitud hasta la zona de los aseos. A ratos miraba hacia atrás, en los últimos minutos la sensación de estar siendo seguida se había adueñado de ella. Serían cosas suyas, inseguridades contra las que todavía tendría que luchar para superarlas.

A las dos menos cuarto de la madrugada, prácticamente expulsadas del local por la hora de cierre, esperaban en la entrada la llegada de su taxi. Minutos después ponían rumbo a casa en un confortable monovolumen de siete plazas de color gris.

—Gracias, chicas. Me lo he pasado genial. Tenemos que repetir —dijo Olivia despidiendo a sus amigas, que acababan de bajarse. A ella todavía le quedaban unos quince minutos para estar en su casa.

Olivia entró en su casa, ajena al Cadillac Escalade que la había estado siguiendo desde la discoteca.

Capítulo 14

Matthew arrancó el coche al ver que Olivia estaba sana y salva. Él no había podido resistir la tentación de verla por última vez. Había estado toda la noche en una zona reservada del *nightclub*, observando embobado cómo ella bailaba con sensualidad. En muchos momentos había tenido que controlar las ganas de bajar y sacarla a hombros para tirarla sobre los sillones y hacerle el amor hasta que ambos quedasen exhaustos. Otras veces tuvo ganas de bajar para espantar a los babosos que se acercaban a ella. Estaba preciosa, incluso más de lo que recordaba. El aire de fragilidad que emanaba de ella cuando la conoció había desaparecido para dar lugar a una irresistible mezcla de curiosidad, inocencia y sensualidad, como si estuviera descubriendo el mundo y probando sus límites. Percatarse de esto lo estaba volviendo loco.

Cuando ella se apartó de sus amigas para ir al servicio no pudo resistirse y la siguió. Estuvo tan cerca que pudo impregnarse de su fragancia. Algo hizo que ella notara su presencia y faltó poco para que lo pillara. Matthew tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para no cogerla y saborearla como había hecho en Las Vegas. Cada célula de su cuerpo le imploraba que la hiciera suya. Era doloroso. Pero él sabía que era imposible, sus principios no le permitían aproximarse a ella sabiendo lo que sabía. Tendría que olvidarla.

Una vocecita en su interior le pedía que se fuera, pero había otra que hablaba más alto y no lo dejaba abandonar el local. Así que, después de casi ser pillado, volvió a su escondite. Y allí, entre las sombras, miró con anhelo a la mujer que jamás volvería a tener en sus brazos.

Tuvo suerte y ellas no tardaron en dar la noche por terminada. Una vez más se dejó llevar por la obsesión que sentía por ella y siguió el taxi que las trasladaba. En su fuero interno se convencía de que era por su seguridad, debía comprobar que llegaba a salvo a su casa.

«Dios mío, ¿qué estoy haciendo? Tengo que sacarme a esa mujer de la cabeza o me volveré loco, más de lo que ya estoy», dijo en voz alta mientras sofocaba los recuerdos de Las Vegas de su cerebro.

Arrancó el coche y, superando los límites de velocidad recomendados,

llegó a su ático.

«Se acabó pensar en Olivia. A partir de ahora concentraré mi energía en una nueva conquista. Eso es lo que necesito, alguien que me ilusione y que borre las huellas de esa bruja de mi cuerpo y de mi mente», pensó por última vez.

Estaba seguro de que solo podía ser una bruja, lo había hechizado.
Pero estaba dispuesto a romper ese hechizo sea como fuere.

Olivia pasó el sábado dormitando, su cuerpo ya no estaba acostumbrado a la noche. Bryan se limitaba a llevarla al cine, a cenar y nada más. Cuando ella insistía para que salieran por la noche con sus amigas, ellos acababan peleándose. Eso fue al principio de la relación. Después, Olivia dejó de insistir y se conformó con lo que tenía. Ella pensaba que como él estaba todo el tiempo pendiente de ella, la llevaba y la recogía en la universidad, siempre quería saber dónde y con quién estaba, la quería. Qué ilusa había sido. Lo único que quería era controlarla para que no se le escapara de las manos. No quería seguir pensando en eso, tenía miles de cosas que hacer y un millón por aprender. Tal vez fuera buena idea matricularse en algún curso. Podría aprender un nuevo idioma, sí, debería empezar por el portugués, tenía buena base —soltó una carcajada—, sabía una infinidad de palabrotas.

Habían pasado dos semanas y el mes de julio le daba la bienvenida. Se sentía mejor que nunca y cada día los recuerdos del pasado la atormentaban menos. Sus amigas seguían animándola y sacándola de fiesta. Pero sentía que era hora de frenar un poco y normalizar su vida, su naturaleza le pedía una rutina. Hoy había decidido retomar el deporte, empezaría por correr en la playa. Era un lujo estar tan cerca del mar y ella no pretendía desperdiciarlo.

Inició su ejercicio con tres kilómetros, una carrera entre el muelle de Santa Mónica y el rompeolas de Venice. Se avergonzaba de haber abandonado sus entrenamientos, cuando estaba en la universidad corría diez kilómetros en treinta y seis minutos. Pero, claro, Bryan siempre se estaba quejando de tener que esperarla en los entrenamientos y ella, poco a poco y sin darse cuenta, lo fue dejando.

Borró ese pensamiento de su mente y puso todo su empeño en conseguir su objetivo. Al final se quedó contenta con su resultado, cinco minutos por kilómetro y sin terminar ahogada. Con una tabla de entrenamiento semanal, en dos meses estaría como antes.

Siguió caminando hasta llegar a una zona ocupada por surfistas. Se sentó

en la arena y miró con envidia. Siempre le había gustado ese deporte, pero nunca había tenido el valor para practicarlo. Ni el valor, y sus padres jamás lo hubieran permitido. Ahora ya no tenía excusas, solo rendía cuentas ante ella misma.

Una chica enfundada en un traje de neopreno que salía del agua con su tabla bajo el brazo le llamó la atención. Con cada paso que daba, estaba más segura de que la conocía.

—¿Taylor? —gritó poniéndose de pie y acercándose a ella—. Eres tú, ¿verdad?

Empezaba a dudar, pero su compañera de universidad le sonrió y no le quedaron más dudas. Llevaba unos siete meses sin verla y no podía creerse el cambio que había experimentado. Por lo menos había adelgazado unos veinte kilos y se había hecho una reducción de pecho.

—Dios mío, estás increíble. Apenas te reconozco.

—Diecisiete kilos menos y pasar por quirófano cambia a cualquiera —dijo orgullosa de sí misma—. Y tú, ¿qué tal? Me enteré de que te habías casado.

Olivia se estremeció. Era la primera vez que tenía que enfrentarse a ese tipo de pregunta.

—Sí, me casé, pero llevo un mes separada —dijo sin ser capaz de mirarla a la cara.

—Bueno, ¿qué hacías ahí sentada? ¿Acaso estás interesada en lanzarte a las olas? —preguntó desviando el tema al ver la cara de desconcierto de Olivia.

Las dos se sentaron en la arena y Taylor empezó a explicarle que la zona era utilizada por los principiantes del surf, ya que el oleaje no era tan grande. Ellas se pusieron al día y, entre tema y tema, surgió la conversación sobre sus vidas laborales. Olivia le comentó que estaba viviendo por su cuenta y que tenía que encontrar un trabajo urgentemente.

—Creo que tengo algo para ti. Mi hermano trabaja en una empresa de material deportivo. Buscan a alguien en contabilidad, sería para nóminas y temas administrativos básicos. No es gran cosa, pero hay que empezar por algo. ¿Te interesa?

—Por supuesto que sí. ¿Crees que todavía lo necesitan? —indagó ilusionada.

—Colin me lo comentó ayer por la noche. Hablaré con él y después te llamo.

Olivia no podía creer en su suerte. Desde que había roto con Bryan y con su familia el universo parecía que se había puesto de su parte. Tanto era su entusiasmo que tras despedirse de su excompañera de universidad hizo el camino de vuelta hasta el muelle corriendo.

Cuando recibió la llamada de Taylor, lo primero que hizo Olivia fue telefonar a sus amigas para darles la gran noticia y, también, para pedirles que le hicieran otro inmenso favor. Desde la boda su coche seguía en la casa de sus padres. A pesar de que había sido un regalo de ellos, estaba a su nombre y no pensaba renunciar a él. Principalmente ahora que lo iba a necesitar para ir al trabajo. Era imposible moverse por Los Ángeles sin un vehículo.

—No veas la que se ha liado. Tu madre me había permitido sacarlo y, cuando ya estaba casi fuera, el troglodita de tu padre se puso delante y amenazó con llamar a la policía si no me bajaba. Por suerte, llegaron las cotillas de tus vecinas y tu padre no ha tenido más remedio que apartarse para que yo pudiera sacar el coche —comentó Cameron, que había sido la encargada de la misión.

—Deberías haber pasado por encima de ese idiota —fanfarroneó Lesley.

—Gracias. Sé que debería haber ido yo, pero os prometo que no fue por cobardía. Sabía que no me lo iban a poner fácil y el orgullo me hubiera impedido pelear. Ahora olvidemos el tema. Estoy muy feliz para permitir que mis padres me estropeen el día —dijo Olivia intentando mantener la sonrisa.

Sin embargo, la tristeza la corroía por dentro. Toda una vida de anulación, ¿para qué? Nunca les había importado lo más mínimo. Eran una causa perdida y tenía que acostumbrarse a vivir sin ellos.

Una vez sola recogió el estropicio que las chicas habían dejado en el salón y en la cocina, habían hecho guerra de comida. Lo más seguro es que la hubiera empezado Lesley pero, como siempre sucedía desde que eran niñas, todas acababan implicándose y disfrutando. Olivia no quería ni pensar qué sería de su vida sin ellas.

Preparó su vestuario para la entrevista y consultó en Google el mejor itinerario. La empresa de material deportivo Cleveland Sport se encontraba en The Grove, un exclusivo centro comercial al aire libre cuya arquitectura recordaba a las antiguas casas de principios del siglo XX. A Olivia le apasionaba patear sus grandes avenidas plagadas de tiendas de marca. Tendría que dejar su tarjeta en casa o, de lo contrario, no le sobraría ni un dólar de su

salario al final del mes.

Se fue a la cama con una sonrisa de oreja a oreja. Mañana sería un gran día y quería estar espectacular.

Habían pasado dos semanas y Matthew seguía intentando encontrar una mujer que le atrajera, ninguna lo conseguía. Todas tenían algún defecto ante sus ojos. Estaba jodido, muy jodido.

A media mañana, tras haber despejado su agenda con su secretaria, decidió acercarse a su empresa de material deportivo. Desde que había asumido la presidencia de la cadena aparecía por allí una o dos veces a la semana. No le fue difícil poner a alguien al mando. Su amigo Marck llevaba en la empresa desde sus inicios y la conocía a la perfección; además, estaba más que cualificado.

—Buenos días, Matthew. ¿Has venido a ver cómo multiplico tus ganancias?

—Más te vale. Para eso te he puesto al frente —contestó con una sonrisa amigable—. ¿Qué tal las cosas por aquí? ¿Alguna novedad de Nueva York?

—Ahí estamos. El cliente es un hueso duro de roer, pero le estamos haciendo frente. Estoy seguro de que cerraremos el trato con el margen de ganancia establecido —informó asumiendo una postura profesional.

—Bien —dijo y pasaron a mirar los gráficos de ventas.

Una vez comprobado que los números se mantenían en alza, Matthew echó una ojeada a los informes del departamento creativo. Le interesaba saber cómo iba el diseño de las nuevas prendas que estarían disponibles en el mercado la próxima temporada.

—¿Alguna novedad más? —preguntó refiriéndose a temas cotidianos.

—Acabo de enamorarme de nuestra nueva incorporación —dijo Marck recostándose en la silla y llevándose las manos a la nuca.

—¿Me estás diciendo que te has liado con alguien de la empresa? ¿Quién es? —inquirió curioso. La verdad es que a él no le importaba siempre y cuando no afectara el rendimiento en el trabajo.

—La acaban de contratar en contabilidad. Es preciosa, Matthew. Pero no es tu tipo, así que no pongas esa cara —dijo arrepintiéndose de haber abierto la boca.

—No pongo ninguna cara, solo quiero comprobar si no has perdido el buen gusto —añadió con una sonrisa divertida. En el fondo, su amigo no iba desencaminado, él llevaba un cartel de cazador puesto en la frente. Tenía que

sacar una diablesa con cara de ángel de su cabeza—. Dejemos la chica tranquila de momento. Antes de irme me pasaré por contabilidad para darle la bienvenida —concluyó y su empleado soltó un bufido.

Olivia no podía estar más contenta, el trabajo era suyo. La entrevista había sido un mero formalismo. Cuando Colin, el hermano de Taylor, la vio entrar por la puerta de su despacho lo único que hizo fue explicarle más a fondo las condiciones de la oferta y preguntarle si estaba de acuerdo. Al escuchar de su boca una respuesta tan entusiasta, él le explicó que el volumen de trabajo había aumentado de forma exponencial colapsando el departamento de contabilidad y que, debido a esta situación, necesitaba que se incorporara de inmediato. Ella no puso ninguna objeción y, una vez firmó el contrato, la llevó a su mesa y la puso a trabajar. Antes de dejarla con sus tareas le dio las gracias y le prometió que le presentaría al resto de la plantilla al día siguiente.

Por lo poco que Olivia había visto, las oficinas que estaban en la tercera planta deberían de tener unas ocho personas trabajando, nueve con ella. Sin embargo, en la lujosa tienda que ocupaba las dos primeras, habría al menos quince trabajadores. Ella no había entrado en el establecimiento, ya que su área tenía una entrada aparte, así que deseaba que Colin cumpliera su palabra y que incluyera esta zona en su recorrido.

Las explicaciones del contable fueron concisas y esperaba poder realizarlas sin problema. Justo estaba introduciendo la clave en el sistema cuando un hombre alto, rubio y con pinta de surfista entró en el departamento y clavó su mirada en ella. Colin se percató de su presencia y lo presentó en el acto. Se trataba de Marck, el gerente administrativo. A Olivia le incomodó su excesivo acercamiento y su mirada descarada. Empezó a ponerse nerviosa y no le quedó otra alternativa que mirar a Colin en busca de auxilio. El contable se dio cuenta de su malestar e intervino preguntándole a qué se debía su visita. Una vez atendida su demanda, Colin lo despachó con sutileza. Olivia prefirió hacer como si no hubiera pasado nada y volvió a concentrarse en su primer encargo.

La hora del almuerzo se aproximaba y Matthew aprovechó que su gerente estaba en medio de una negociación importante para ir al departamento de contabilidad. Era como si una fuerza invisible lo empujara en esa dirección. Era cierto que le gustaba pinchar a sus amigos, pero no a ese nivel. Marck lo había mirado enfurecido al verlo salir del despacho, sabía perfectamente cuál era su intención. «Ya le compensaría invitándolo a comer»,

se justificó para acallar la voz de su conciencia.

Matthew encontró la puerta medio abierta y entró sin llamar la atención. Su contable estaba sumergido en el informe que él había encargado esta misma mañana cuando había hablado por teléfono con Marck. Al mirar hacia el escritorio que estaba en la pared opuesta, casi se le paró el corazón. Sin pensarlo dos veces salió de la estancia con el mismo sigilo con el que había entrado.

«Eso tiene que ser una broma de mal gusto del destino, ¿no? No es posible que después de todo lo que me está costando mantenerme alejado de ti, vengas y empieces a trabajar para mí. Dios, no soy de hierro, esta vez no voy a dejarte marchar. Sé que iré al infierno, pero es la tercera vez que nuestros caminos se encuentran, y esta vez será la vencida. Eres mía, Olivia, y no te voy a dejar escapar».

Matthew no necesitó mucho tiempo para llegar a esta conclusión. Ella había venido a él, ella había tomado la decisión de permanecer en su vida y, ahora, ya no había vuelta atrás. Nada ni nadie se interpondría en su camino. Volvió a entrar. Sin embargo, esta vez dio dos toquecitos a la puerta con los nudillos para llamar la atención.

—Hola, Matthew, buenos días —lo saludó Colin.

—Buenos días. ¿Qué tal va el informe? —preguntó luchando con las ganas de acercarse a Olivia. Estaba deseando ver su reacción. Tal vez su presencia sacara a la luz la noche que ella, de forma inconsciente, había decidido olvidar.

«Esa voz, conozco esa voz», pensó Olivia mientras miraba de soslayo al hombre que estaba hablando con su jefe. Su altura, la anchura de su espalda y el color de su pelo, incluso el olor que había invadido sus fosas nasales cuando él había entrado le resultaban familiares. Le recordaba al clon de Thor, el que había conocido en Las Vegas.

Negó con un movimiento de cabeza por lo absurdo de sus pensamientos.

—Dame cinco minutos más y lo tendrás en tus manos —informó Colin con seguridad—. Antes, deja que te presente a Olivia, acaba de incorporarse al departamento. Olivia, ¿puedes acercarte un momento? Quiero presentarte a Matthew, él es el propietario de la empresa.

Olivia estaba atenta a las palabras de Colin, pero cuando su mirada colisionó con la de Matthew, todo su cuerpo tembló, como si un rayo la hubiera atravesado. El impacto fue tan fuerte que no fue capaz de moverse.

—¡Olivia, qué alegría volver a verte! —Se hizo el sorprendido y se

acercó a ella al ver que estaba paralizada. Una sensación de regocijo explotó en su interior. Eso significaba que, de alguna manera, su cuerpo reaccionaba al suyo.

—¿Thor? Hmm... quiero decir... Matthew. También me alegro de volver a verte. Bueno, de volver a verte y de trabajar para ti —balbuceó poniéndose de pie y extendiéndole la mano. Lo tuteó porque su jefe había hecho lo mismo.

Capítulo 15

Matthew le cogió la mano y la envolvió con delicadeza, disfrutando de su tacto. Necesitó hacer uso de todo su autocontrol para no abalanzarse sobre ella. Ella no se quedaba atrás. Tener su mano entre las de él le estaba provocando un hormigueo que se extendía por su brazo y le llegaba hasta el centro de su placer.

«Dios mío, ¿qué me está pasando? No es normal que reaccione así a un simple apretón de manos. Imagina si me toca en un sitio más íntimo, entraré en erupción. Joder, qué mierda estoy pensando».

Olivia intentó soltarse, pero Matthew no se lo permitió. Estaba disfrutando de la suavidad de su piel, de su calor. Y, sobre todo, estaba disfrutando con el hecho de que no le era indiferente.

—¿Ya os conocíais? —preguntó Colin acercándose sin querer perder detalle del extraño reencuentro.

—Sí, ya nos conocíamos —confirmó Matthew sin querer revelar nada más.

Olivia lo miró confundida, había estado a punto de decir que no lo conocía. No entendía por qué la estaba tratando así. Recordaba muy bien la última vez que se habían encontrado en la discoteca del hotel, él la miraba como si la odiara. Fue el recuerdo de esa mirada de desprecio lo que hizo que ella liberara su mano de la deliciosa tortura a la que él la estaba sometiendo.

Matthew observó el cambio en su expresión, como si se hubiera acordado de algo desagradable. Rememoró su último encuentro, antes de llevársela a la cama, pero allí solo encontró placer. De repente, se acordó de lo borde que había sido con ella: le había negado el saludo y le había dado la espalda delante de todos.

«Putá mierda. Piensa rápido, Matthew, esta puede ser su última oportunidad».

—Almuerza conmigo, permite que borre la mala impresión que te llevaste de mí en el reservado de la discoteca —pidió acercándose a ella con voz baja para evitar que Colin lo escuchara—. Di que sí, por favor.

Olivia lo miró hipnotizada. Había algo en él que anulaba su voluntad.

Era como si su cuerpo anhelara su contacto. «Esto es una locura, este hombre no es bueno para mi paz mental», pensó. Pero su respuesta fue por libre y por otro camino.

—Sí, almorzaré contigo —susurró.

Matthew le lanzó una sonrisa que le encogió el estómago. «Joder, estoy mal de la cabeza. ¿Cómo se me ocurre decir que sí? Acabo de salir de una relación y ni loca voy a meterme en otra. Tengo que tranquilizarme, es solo una comida en un restaurante lleno de gente».

—Gracias, te esperaré en la salida —dijo tan cerca de su cara que, por un instante, creyó que la iba a besar.

—¿Ya lo tienes? —preguntó Matthew al contable tras detenerse delante de su mesa.

Matthew recogió el informe de las manos de Colin y, antes de salir, le lanzó una mirada a Olivia que la dejó sin aliento.

—Lo siento, amigo, pero como te acerques a Olivia te rompo la cara. Llevo casi dos meses con ella metida en mi cabeza —amenazó Matthew irrumpiendo en el despacho de Marck.

—No me jodas. ¿La conoces? —indagó sin dar crédito a sus palabras.

—Sí, la conozco. Y lo digo en serio, Marck. No te acerques a ella. Es mía —volvió a decir Matthew con posesividad.

Le avergonzaba su comportamiento troglodita, nunca había actuado así. Pero su inseguridad se debía a la falta de memoria de Olivia y de las circunstancias que la llevaron a acostarse con él. Lo único que él quería era tener una oportunidad para conquistarla y que cuando volvieran a hacer el amor fuera real para los dos. Porque estaba seguro de que pasaría, la química que existía entre ellos era tangible y se podía tocar con los dedos. No era el producto de ninguna droga.

—Veo que te ha dado fuerte. ¿Dónde os conocisteis? —preguntó Marck resignado. Jamás traicionaría a un amigo.

—No te voy a contar los detalles. Ahora tengo que irme, la llevaré a comer —comentó con una sonrisa soñadora en la cara—. Mantén tus manos lejos de ella. No estoy bromeando, Marck.

Matthew salió de la empresa y esperó a Olivia en un lateral de la entrada, lejos de los ojos curiosos de los clientes y de los empleados de su tienda. Le gustaría llevarla a un sitio romántico y discreto pero, de momento, tendría que conformarse con algún restaurante de la zona. Cuanto más cerca estuviera, mejor, así más tiempo podría pasar con ella.

Mientras Matthew esperaba, Olivia se retocaba el maquillaje en el servicio de señoras de su planta. Y por más que una vocecita insistente gritara en su cabeza que no fuera, algo más fuerte que su voluntad la empujaba a ir.

Nada más puso el pie en la calle lo vio caminando a su encuentro. Su andar seguro unido a su porte fiero hizo que ella se sintiera como caperucita delante del lobo feroz, solo faltaba que le dijera:

«—Lobo feroz, ¡qué dientes tan grandes tienes!

—Son para comerte mejor, niña.

—Lobo feroz, ¡qué brazos tan grandes tienes!

—Son para abrazarte mejor, niña».

Madre mía, se le había ido la olla completamente. Tuvo que pensar en algo catastrófico para no soltar una carcajada.

—Hay un restaurante japonés aquí cerca. ¿Te parece bien? —preguntó Matthew al alcanzarla.

Él necesitó hacer uso de su autocontrol para no caer en la tentación de probar sus labios.

Olivia asintió con un movimiento de cabeza y lo siguió sin decir una sola palabra. Nunca un hombre la había puesto tan nerviosa.

El restaurante estaba cerca. Una vez dentro del establecimiento, Matthew escogió una mesa al fondo, apartada de los demás comensales. El silencio empezaba a ser molesto, por suerte se acercó el camarero y ambos hicieron su pedido.

Matthew la estudió con atención, se la veía incomoda. Le gustaría ser directo y poderle decir lo que sentía sin miedo. No obstante, sabía que tenía que ser prudente. Cualquier movimiento en falso la ahuyentaría. Lo primero sería mejorar su imagen. Por lo menos la que ella recordaba, porque la otra sabía que le encantaba.

—Al día siguiente de nuestro encuentro en la discoteca del hotel te busqué para disculparme. Pero ya no estabas.

«En realidad, te busqué porque quería desesperadamente repetir la noche anterior, tenerte bajo mi cuerpo fue la experiencia sexual más satisfactoria que he tenido en toda mi vida. Cada vez que cierro los ojos soy capaz de recrear cada pedacito de tu cuerpo», meditó con pesar.

Olivia se tragó el nudo que se había formado en su garganta. No quería contarle el motivo que la había llevado marcharse, porque eso implicaría tener que hablar de Bryan.

—Tuve que resolver un problema familiar —confesó y, antes de que él profundizara en el tema, le preguntó—: ¿Por qué me trataste con tanto desprecio?

Su pregunta lo dejó sin palabras. ¿Cómo decirle que la deseaba con locura y al que despreciaba era a él mismo por sentirse así por una chica tan joven? En aquel momento doce años le parecían toda una vida. Ahora le importaba una mierda, podrían ser veinte que le darían lo mismo.

—Siento de verdad que te diera esa impresión. Estaba enfrascado en mis problemas y no era consciente de lo que estaba haciendo —se justificó lanzándole una mirada suplicante—. Mi amigo Bruce fue el que me abrió los ojos al decirme que nadie era culpable de lo que me pasaba.

«Resumiendo, ángel. Tú no eras la culpable de lo que estabas provocando en mí».

—A veces es difícil ver las cosas con claridad —dijo pensando en sus propias penas—. Espero que tus problemas se hayan solucionado.

«No tienes ni idea, ángel. Mis problemas acaban de empezar», reflexionó.

La comida fue servida y el ambiente se relajó. Ambos se sentían a gusto y empezaron a compartir pequeñas cosas de sus respectivas vidas. Matthew se quedó impresionado con la madurez de Olivia. Nadie diría, por su manera de ver la vida, que solo tenía veintidós años. Desde luego él a esa edad estaba como una cabra.

—¿Cómo te has enterado de la oferta de trabajo? Tengo entendido que todavía no se había hecho pública —preguntó por curiosidad. Pero al ver que su pregunta le cambiaba la cara, rectificó—: No tomes a mal mi curiosidad, me encanta que estés trabajando en mi empresa.

Olivia respiró con alivio, por un momento había pensado que la estaba reprendiendo por ser una enchufada. Ella le comentó que el destino había movido sus hilos para tenerla en el lugar adecuado y en el momento oportuno.

Si Matthew tenía alguna duda de que el destino había intervenido para ponerla otra vez en su camino, ahora lo tenía claro. Además, con la información extra que ella le había facilitado, podría dar su próximo paso.

—El surf es un deporte apasionante, diría que más que un deporte es un estilo de vida. Y resulta que se me da muy bien, si quieres te puedo dar unas

clases —dijo con coquetería a la vez que cogía su mano entre la suya. No pensaba desperdiciar esta oportunidad. Si tuviera que usar la seducción para persuadirla, lo haría sin dudar.

—No creo que sea buena idea. —Olivia casi gimió al sentir el dedo pulgar de Matthew deslizarse por la palma de su mano.

—Claro que es buena idea. No seas miedica —replicó y el regocijo lo invadió al ver el brillo de deseo inundar sus preciosos ojos—. Anda, di que sí. Será divertido ver cómo besas la arena hasta que te mantengas sobre la tabla.

Matthew decidió aflojar la tensión sexual y poner un poco de humor. Nunca le había sido tan difícil conquistar a una mujer. Todo lo que decía podía ser usado en su contra.

—Eso no me parece nada divertido —contestó Olivia con una media sonrisa—. De acuerdo. Pero, como te rías de mí, me largo y no te vuelvo a hablar en la vida.

Olivia estaba asustada con lo rápido que estaban sucediendo las cosas con Matthew. De creer que no la soportaba, habían pasado a compartir el postre y a hacer planes para el fin de semana. Se sentía a gusto con él, era atento, divertido, la escuchaba y se interesaba por todo lo que le decía. Sin contar lo atractivo y guapo que era. Mirarlo le aceleraba el corazón. La asustaba sentirse así. Su cercanía le despertaba sensaciones que jamás había experimentado. Estos sentimientos no entraban en sus planes, principalmente después de todo lo que había vivido con Bryan. Sin embargo, no era capaz de evitarlos ni de apartarse.

—Gracias por aceptar mi invitación. He disfrutado cada segundo —dijo acercándose de forma peligrosa a ella.

«Dios, Olivia, qué ganas de tomarte en mis brazos y besarte hasta que te quedes sin aliento», pensó.

—Yo también me lo he pasado bien.

Matthew le cogió la mano y depositó un suave beso en el dorso. Por muy intenso que fuera su deseo de poseer su boca era consciente de que estaban delante de su empresa y lo último que quería era ponerla en evidencia. Además, ella todavía no estaba preparada para la pasión que lo consumía.

—Te recogeré el sábado a las diez. Te llamaré antes para confirmarlo —añadió al tiempo que le soltaba la mano.

—Supongo que conseguir mi dirección y el número de mi móvil supondrán un gran reto para ti —lo provocó Olivia.

—No te preocupes, soy un hombre con recursos... recursos humanos — dijo guiñándole un ojo.

«El número de tu móvil ya lo tengo, ángel, me lo facilitó tu amiga Lesley, y tu dirección la conozco porque te seguí».

Matthew perdió la sonrisa al pensar en el papelón que estaba teniendo que interpretar para acercarse a ella. Sabía que lo ético era decirle la verdad. Pero ¿cómo cojones le iba a contar que sus amigas la habían drogado —si es que se podía llamar a esas arpías amigas y que, debido a eso, no podía acordarse de que habían pasado la noche juntos?

Matthew entró en el coche y descargó su frustración contra el volante. Tenía que haber una manera de decirle la verdad sin perderla.

Olivia se sentó en su escritorio bajo la atenta mirada de Colin. Ella sabía que él estaba consumiéndose por saber qué había entre Matthew y ella. Y la sonrisa permanente que tenía en los labios echaba más leña al fuego. Intentó retomar sus quehaceres, era imposible, su cabeza era un hervidero.

Su lado prudente le decía que se mantuviera alejada, pero su lado rebelde le recordaba que había estado toda su vida haciendo lo correcto sin ser feliz. Ahora tocaba hacer lo que le diera la gana para intentar serlo. Ese era el camino, perderse para encontrarse a sí misma, para descubrir cuáles eran sus límites. Tenía muchas dudas y solo una certeza: era más fuerte de lo que jamás hubiera imaginado.

—Hemos terminado por hoy, Olivia. Lo has hecho muy bien, en pocos días te harás con la rutina.

—Gracias, Colin. El mérito también es tuyo, eres muy paciente enseñando —contestó Olivia con sinceridad. El contable le había hecho el día liviano, había tenido paciencia y no le había importado explicarle algunas cosas más de una vez.

Olivia tomó el ascensor y rezó para no encontrarse con el gerente. No le apetecía llevarse mal con nadie, pero si ese hombre creía que iba a aceptar cualquier insinuación por su parte solo para mantener el trabajo, podía prepararse, le arrancaría los ojos.

Por suerte, llegó a la calle sin toparse con nadie. El aparcamiento se encontraba cerca y el tráfico a esta hora era fluido, en media hora aparcaba en su casita. La había echado de menos, todavía estaba en la fase de enamoramiento. Se esmeraba para que todo estuviera impecable.

Al abrir la puerta, el olor a vainilla le inundó las fosas nasales y agradeció a Dios la suerte que había tenido al encontrar un sitio tan coqueto.

Se sentía pletórica, no necesitaba nada más en la vida para ser feliz, bueno, un poco de alegría al cuerpo no le vendría mal. Ese pensamiento la condujo a Matthew y no pudo dejar de preguntarse cómo sería hacer el amor con él. Seguramente sería como estar en medio de una tormenta: incontrolable, potente, feroz y devastador. Sería algo que la marcaría para siempre, de esto estaba segura. Apartó estos pensamientos de su cabeza, no quería vivir de fantasías, pasaría lo que tuviera que pasar.

Se acordó de sus amigas y abrió la aplicación de WhatsApp y empezó a llenarla de mensajes:

«Inmensamente feliz. Primer día de trabajo superado con notable alto».

«El gerente es un salido pero espero, por su bien, que se mantenga alejado».

«Tengo que contaros algo que no os vais a creer».

«He almorzado con un hombre guapo, *sexy*, inteligente... y que me pone cachonda perdida, je, je, je, je, je».

Las respuestas no se hicieron esperar. Sus amigas se volvieron locas; bueno, locas ya estaban, se desquiciaron.

«Ya os contaré cuando lleguéis. Traed algo de comer y beber que mi nevera está vacía».

Capítulo 16

Olivia dejó el móvil y fue directa a la ducha, no tenía mucho tiempo. Sus amigas pisarían a fondo el acelerador para llegar lo antes posible. La verdad era que estaba deseando ver sus caras cuando les contara quién era el dueño de la empresa y que el sábado irían a surfear juntos, se iban a quedar con la boca abierta. Lo de surfear eran palabras mayores, más bien besaría la arena como él había predicho.

Sus amigas llegaron justo cuando acababa de vestirse y, nada más abrir la puerta, se abalanzaron sobre ella. A Olivia le costó tranquilizarlas y solo lo consiguió porque amenazó con no contarles nada.

—¿Quién es ese hombre que ha conseguido que digas palabrotas? —preguntó Lesley expectante. Que su amiga hubiera admitido sentirse así por alguien era algo histórico y si, encima, usaba la palabra cachonda, era para tirar cohetes.

Olivia no se hizo de rogar y les soltó todo de golpe. Pero la reacción de sus amigas la dejó desconcertada. En vez de saltar de alegría como había imaginado, pusieron cara de velatorio. Cameron parecía que estaba a punto de desmayarse, blanca como el papel. Lesley fue la única que, tras unos instantes de reflexión, le dijo algo positivo:

—Me alegro por ti, Olivia. Matthew se ve un buen hombre. Además, está buenísimo. Joder, ¿será su polla es tan grande como él?

—Por Dios, Lesley, cállate —censuró Olivia. Sin embargo, pensar en esa parte de su anatomía hizo que se pusiera colorada como un tomate.

Lesley aprovechó que Olivia estaba abstraída recreando la entropierna de Matthew y, entre susurros y gestos, tranquilizó a las demás, más tarde las pondría al tanto.

El alboroto que produjeron a continuación liberó a Olivia de su ensimismamiento. A partir de ahí todo fueron risas y cachondeo. Principalmente cuando les contó que el sábado iba a aprender a surfear con él.

Las horas pasaron rápido y Olivia se vio obligada a echarlas de su casa. Tenía que acostarse pronto para estar presentable al día siguiente. Ahora que sabía que Matthew era el dueño de la empresa, quería dejarle claro que no era

una enchufada.

Sin embargo, sus esfuerzos para que Morfeo la llevara en sus brazos no fueron efectivos. Solo necesitaba cerrar los ojos para que unas escenas de alto voltaje le invadieran la mente. Eran imágenes de Matthew devorándole los pezones con un hambre atroz, Matthew poniéndola a cuatro patas y penetrándola por detrás con potentes embestidas, Matthew haciéndola gritar de placer. Eran tan vívidas que parecían reales.

«Jolines, tengo que controlar mis hormonas o no podré acercarme a él sin pedirle que me haga el amor. Le preguntaré si quiere dar una *furunfadinha*, ja, ja, ja, ja. Dios mío, no hay duda, estoy mal de la cabeza».

El cansancio, por fin, la venció, pero él siguió atormentándola en sus sueños.

Matthew se moría de ganas de ver a Olivia pero, justo en esos días, los problemas en el trabajo empezaron a multiplicarse como mala hierba, y le fue imposible dejar la cadena de televisión para hacerle una visita. Un programa tuvo que cancelarse por falta de audiencia y los accionistas estaban como aves rapaces sobre él, con sus picos y garras afilados esperando el momento adecuado para despedarlo. Su padre le había advertido que tuviera cuidado y que no se dejara amedrantar por ninguno, de lo contrario estaría muerto. Ahora más que nunca admiraba a su progenitor, esperaba algún día ser como él.

Horas más tarde había conseguido vencer la batalla e imponer su superioridad; sin embargo, se sentía devastado, como si hubiera luchado cuerpo a cuerpo. Necesitaba recuperarse, necesitaba algo que le devolviera la paz y la serenidad. En estos momentos solo una persona lo conseguiría. Sin pensarlo cogió el teléfono y marcó su número.

—Hola, ¿quién es?

Olivia llevaba tres días sin perder de vista su móvil. Esperaba con ansiedad la llamada de Matthew. En el momento que el aparato cobró vida lo cogió desesperada. Su corazón se aceleró al ver que era un número desconocido. A duras penas consiguió que su voz sonara normal.

—Soy yo, Olivia, Matthew. ¿Qué tal en el trabajo? ¿Te tratan bien allí?
—preguntó con voz suave.

—Hola. Me tratan muy bien y estoy encantada —contestó ocultando que estaría mucho más feliz si él estuviera allí todos los días.

Cada mañana se levantaba y se arreglaba con esmero con la esperanza

de que él apareciera por la empresa. Necesitaba verlo como necesitaba el aire que llenaba sus pulmones. Y esperar hasta el sábado le estaba suponiendo una tortura. Estos sentimientos eran ilógicos. ¿Cómo podía sentirse de esta forma por una persona que acababa de conocer? Sin embargo, las tres noches de sueños húmedos que había tenido con él la estaban volviendo loca, loca de deseo. Cada poro de su piel clamaba por él, como si ya conociera su tacto y lo anhelara. Tal vez fuera cierto eso de la reencarnación y en otra vida hubieran sido pareja, una pareja muy fogosa, porque las imágenes que se reproducían en su mente noche tras noche eran de un erotismo brutal.

—¿Te apetece quedar hoy después del trabajo? Podíamos ultimar los detalles del sábado —consiguió Matthew decir por fin. Nunca había estado tan inseguro.

Mientras las cosas no se aclarasen entre ellos esa sensación de estar al borde del abismo no le dejaría en paz. Estos tres días sin verla había estado dando vueltas y más vueltas, buscando una manera de contarle todo, pero era en vano, todos sus intentos terminaban con ella dejándolo para siempre.

—Claro. Estaría encantada —dijo sin poder esconder su entusiasmo.

—Perfecto. Te esperaré abajo.

Matthew se relajó en el asiento. No hubiera soportado recibir un no por respuesta. Saber que la vería esta tarde lo llenó de energía y le dio fuerzas para la siguiente reunión que tendría en media hora.

Su padre también había acudido y tras terminar lo felicitó y le dijo que ni él mismo lo habría hecho mejor. Había aprovechado la visita para saludar a sus trabajadores, era un hombre enérgico, pero justo y cercano, y todos le tenían muchísimo aprecio.

—¿Qué te pasa, hijo? Veo que estás ansioso para que me vaya.

Matthew pegó un brinco con las palabras de su padre. Había estado mirando el reloj cada minuto. No quería dejar a Olivia esperando.

—No es eso, papá. La empresa es tuya y siempre serás bienvenido.

Matthew pensó si era conveniente contarle a su padre que tenía una cita. Conociéndolo, podía iniciar los preparativos de la boda. Situación que en otro tiempo hubiera hecho que saliera corriendo. No obstante, en este momento esa idea provocaba que un amago de sonrisa se formara en las comisuras de su boca. Robert había esperado tanto tiempo por una noticia así que ahora no le podía ocultar que existía una pequeña posibilidad.

—Tengo una cita a las seis —dijo sin más.

—¿Con una mujer? Je, je, je, je. Quiero decir, una cita romántica.

—Sí, papá. No diría romántica, pero es con una mujer especial.

«Sí, una mujer con la que estuve follando toda la noche, pero que no se acuerda porque estaba drogada. A la que estoy intentando conquistar sin decirle la verdad. ¿Qué te parece?», pensó Matthew angustiado. No era capaz de dar un paso sin pensar en las consecuencias que tendrían sus actos.

—Pues vas tarde. A una dama no se le hace esperar.

Matthew sonrió a su padre al ver que se sentaba en su antiguo sillón. Imponía cuando estaba allí. Sin querer perder más tiempo le hizo una seña de despedida con la mano y salió disparado.

Mientras Matthew maldecía el tráfico, Olivia esperaba impaciente delante de la empresa. Había colocado su pelo de todas las formas posibles hasta apelmazarlo. Se vio obligada a hacerse una coleta para solucionar el problema. Y su blusa de algodón iba por el mismo camino, había estirado con tanta fuerza el bajo de la prenda que un lado estaba más largo que el otro. Como siguiera así terminaría hecha un desastre.

Respiró hondo e intentó tranquilizarse, justo en ese instante lo sintió llegar.

—Hola. Perdona el retraso.

Matthew se acercó a ella y depositó un suave beso cerca de la comisura de sus labios. El temblor de su cuerpo encendió el suyo. Cada minuto cerca de ella sin poder abrazarla y besarla suponía una tortura para él.

Olivia notó que su piel se erizaba a causa de la dulce y provocadora caricia.

Matthew le propuso ir caminando hasta Farmers Market, el mercado de agricultores, que estaba a solo unos pasos de distancia. A Olivia le pareció una idea perfecta, era un sitio con una gran variedad gastronómica y estaba abarrotado de gente. Así podría relajarse y disfrutar de su compañía sin que la tensión sexual la dominara y provocara que balbuceara palabras incoherentes.

Al entrar en el recinto, Matthew la cogió de la mano y Olivia notó que una reconfortante emoción le recorría todo su cuerpo, era como si llevara toda su vida esperando ese contacto. La asustaban esos sentimientos. Quería seguir con los pies en el suelo y no confundir pasión con amor. Se había prometido a sí misma que nunca más se dejaría llevar por una ilusión. Sus carencias y su deseo de ser amada no podían deslumbrarla.

Sin embargo, era difícil no dejarse encandilar. Matthew era divertido, cariñoso y tenía una sonrisa que emborrachaba sus neuronas. También le fascinaba su vitalidad y lo mucho que disfrutaba interactuando con los

tenderos. En la media hora que llevaban de puesto en puesto había comprado de todo: fruta, verduras, conservas, cereales, frutos secos, mantequilla de cacahuete recién molida y tofe de leche y chocolate recubierto con un crujiente de almendras trituradas. Estos dos últimos por sugerencia de Olivia.

—Pensaba que eras soltero y que vivías solo. Pero por la cantidad de alimento que estás comprando empiezo a sospechar que eres padre de familia numerosa —comentó con una sonrisa provocadora.

—Graciosilla —dijo atrapándola entre sus musculosos brazos y las bolsas de comestibles que llevaba en cada mano.

El aire se volvió electrizante y lo demás dejó de existir. Solo estaban los dos, frente a frente, mirándose, respirándose. Matthew ya no pudo controlarse y su boca buscó la suya, no era el beso que necesitaba. Fue suave y delicado, únicamente para aplacar la fiera que rugía dentro de él, que le exigía que la reclamara, que la marcara y que la hiciera suya. Era un sentimiento primitivo y desconocido que hacía que se sintiera como un completo salvaje.

—Si la mujer destinada a ser mi pareja quisiera, no me importaría llenar la casa de niños —declaró él a escasos centímetros de sus labios.

Las rodillas de Olivia temblaban por el beso y, al escuchar sus palabras, su corazón dio un vuelco. A ella tampoco le importaría tener la casa llena de mini-Matthews.

—¿Preparada para probar el mejor churrasco de Los Ángeles?

Olivia asintió con la cabeza. Su voz había quedado atrapada en el nudo que se había formado en su garganta. Otra vez la cogió de la mano y con habilidad fue sorteando el gentío hasta detenerse en un restaurante llamado Pampas Grill.

Olivia miraba todo con atención. El local era informal y a juzgar por la cantidad de gente haciendo cola la comida debía de ser buena. Matthew le comentó que siempre estaba concurrido, pero que la espera merecía la pena. A ella lo que le merecía la pena era tenerlo de compañía y si era con las manos entrelazadas, mucho mejor.

Mientras esperaban él la fue poniendo al tanto de las especialidades de la casa. A Olivia se le hizo agua la boca y cuando le tocó la vez surtió su plato con plátano frito, coles con ajo, pan de queso y dos cucharadas de harina de yuca salteada en mantequilla; todo esto acompañaría el churrasco de picaña que, según las explicaciones de Matthew, era el corte de carne de vacuno más popular y apreciado en Brasil. Una vez más, las casualidades los unían. No hacía mucho que Olivia había conocido a Simone, la brasileña que le había

enseñado un montón de palabras en portugués; bueno, en realidad habían sido palabrotas.

Los dos salieron del establecimiento con sus bandejas de comida debidamente abastecidas con servilletas, cubiertos y latas de soda de guaraná, una bebida también brasileña que contenía más cafeína que los granos de café. Decían que sus semillas solían ser utilizadas como afrodisíaco y para aumentar el rendimiento físico, como si ellos necesitaran algo más para potenciar el calentón que padecían.

Localizar un sitio para sentarse no fue tarea fácil pero, al final, encontraron una mesa bien situada que les permitía comer tranquilos y apreciar el movimiento del mercado.

—¡Madre mía, esto está buenísimo! —exclamó Olivia tras probar un bocado de la carne, estaba jugosa y la capa de grasa que la cubría le daba un sabor único. No pudo evitar cerrar los ojos de gozo.

Matthew sonrió mientras la miraba hipnotizado. No había nada más *sexy* que ver a una mujer disfrutar de la comida sin complejos. Y no era solo eso: su simplicidad, su naturalidad y su dulzura le tenían subyugado. Decidió que era el momento de avanzar otro paso, necesitaba saber cosas de ella, necesitaba que ella se abriera con él. Sin embargo, cambió de opinión cuando estaba a punto de abrir la boca. Prefirió esperar hasta el sábado, un sitio más íntimo sería más propicio para que ella se soltara y le contara cosas sobre su fallido matrimonio.

El camino de vuelta hasta The Grove lo hicieron de la misma forma, con las manos entrelazadas, a la vez que entablaban una entusiasta charla sobre surf, motivo que había servido de excusa para el encuentro y que hasta ahora no había sido mencionado. Matthew pensaba invitarla a un helado, a un trozo de tarta o, tal vez, a un café, lo que fuera con tal de retenerla un rato más a su lado.

—¿Qué te parece si compartimos el postre? —preguntó esperanzado.

—Me encantaría. Los postres son mi perdición. Pero te juro que hoy no me cabe ni una miga más. Tendré que pagar penitencia corriendo diez kilómetros para que todas estas calorías no se instalen en mi cuerpo.

Matthew sintió un tirón en la entrepierna. Él conocía una manera mucho más placentera de quemar el exceso de calorías; además, estaría encantado de ayudarla a pagar su penitencia.

—No te preocupes, te daré caña el sábado —dijo cargado de intenciones.

Olivia pasó la punta de la lengua por los labios de forma inconsciente y, de repente, su mente fue invadida por miles de imágenes sensuales de los dos. Seguro que así se perdían muchas más calorías que haciendo *footing*. Él no era el único, ella también estaba sucumbiendo a la intensa atracción sexual que había aflorado entre ellos.

A Matthew no le quedó más remedio que esperar hasta el fin de semana. Resignado, la siguió hasta el aparcamiento, hasta su coche. La despedida era inminente y él se negaba a dejarla ir sin sentir la calidez de sus labios una vez más. Con ese propósito en mente dejó las bolsas que llevaba en el suelo y, antes de que ella abriera la puerta, la acorraló contra el vehículo poniendo una mano a cada lado de su cabeza.

—Cada vez me gusta más el tiempo que paso contigo —susurró acercándose a sus labios—. Necesito besarte.

Capítulo 17

Ella le miró la boca con anhelo y ese gesto le sirvió como respuesta. Sin poder controlarse, invadió su boca con voracidad, su lengua se deslizó por sus dientes, por su paladar, poseyendo cada rincón. Olivia apoyó sus manos en su pecho y sintió en la punta de sus dedos que su corazón latía desbocado. Se movió, pegando su cuerpo al de él y, al hacerlo, sintió la dureza de su miembro a través de la tela. Gimió en su boca. Su pasión se igualó a la de Matthew. Sentía como si volara, como si sus pies no tocaran el suelo.

Él bajó la intensidad del beso y se dedicó a mordisquearle los labios a la vez que sus manos ascendían para acunar su rostro. Su pulgar se deslizó por su mejilla en una dulce caricia.

—Pierdo el control cuando te tengo cerca de mí —dijo separándose solo un milímetro de su boca. Y todavía con los ojos cerrados, apoyó su frente en la de ella para disfrutar de su cálido aliento.

Mientras tanto sus respiraciones, volvieron a acompasarse.

Olivia intentaba pensar con claridad, pero el intenso beso la había dejado atolondrada. Nunca hubiera pensado que un acto así pudiera ser tan demoledor. Era como si él hubiera despertado cada célula de su cuerpo. No quería ni imaginar cómo sería haciendo el amor, probablemente se desmayaría de placer en sus brazos.

—Creo que es mejor que me vaya. Estamos en un estacionamiento público —dijo Olivia con voz queda.

—Sí, no consigo pensar con claridad cuando te tengo así, tan cerca.

Matthew la soltó con pesar, a cada segundo que pasaba con ella más difícil le resultaba mantener las manos alejadas. Ahora que sabía que era real, que sabía que su deseo era tan intenso como el suyo. Había necesitado solo unos pocos encuentros para estar seguro de que quería todo con ella y lucharía con todas sus fuerzas para que el pasado no se interpusiera entre ellos.

Matthew vio cómo ella cerraba la puerta y se colocaba el cinturón de seguridad. Luego encendió el coche y le lanzó una sonrisa.

—Te veo el sábado. Adiós —le dijo Olivia.

Él le hizo una seña de despedida con la mano. En este momento se

percató de que las bolsas estaban esparcidas por el suelo. Las cogió y le gritó:

—Olivia, espera. Estas son para ti, para que pienses en mí mientras las disfrutas —dijo al tiempo que abría la puerta del copiloto y depositaba sobre el asiento dos de las cuatro bolsas que llevaba. Acto seguido se fue sin darle la oportunidad de darle las gracias o de rechazarlas.

Olivia arrancó el coche con una sonrisa de oreja a oreja. El muy tramposo sabía desde el principio que estaba comprando para los dos y no había dicho nada. Seguro que temía que ella rechazara sus obsequios. Y no iba mal encaminado, ella no hubiera permitido que le comprara tantas cosas. Sin embargo, se sentía maravillada, nunca nadie le había hecho un regalo tanpreciado. Matthew no solo era una cara bonita encima de un cuerpo de infarto, también era un ser humano excepcional.

Sus sentimientos por él empezaban a cruzar la línea de la atracción física.

Olivia llegó a su casa y depositó su compra con extremo cuidado sobre la encimera de la cocina. Quería que pensara en él, como si ya no lo hiciera cada segundo del día, incluso en sus sueños. Una vez lavadas y secadas las verduras y las frutas, guardó cada cosa en su sitio y se fue a la ducha. Hizo su rutina de belleza diaria y se metió en la cama con su anodino camisón de algodón.

Su mente iba a mil. Toda su vida pasaba por su retina y no conseguía encontrar ninguna etapa de su vida en la que se hubiera sentido así, plena y feliz. La anterior sensación de felicidad estaba motivada por su deseo de ser amada, sus momentos felices eran el resultado de algo a lo que había abdicado para complacer a sus padres y después a Bryan. Solo en ese instante escuchaba palabras de cariño. Por eso había moldeado su personalidad y por eso se negaba a romper con todo. Se había acostumbrado a conformarse con poco; en realidad, no sabía que necesitaba vivir de otra manera. Hasta que algo dentro de ella se rebeló, algo que le decía que merecía más, que era posible sentir más, amar más, ser amada sin tener que renunciar a su esencia.

Sus ojos se fueron cerrando lentamente y otra vez fue transportada a un mundo de placeres indescriptibles.

Matthew se encontraba de un humor excepcional. Su secretaria había sido la primera en preguntarle si le había tocado la lotería. Le sonrió sin hacer ningún comentario, su intimidad solo le pertenecía a él. Eso no era verdad, sus amigos y su padre eran concedores de lo que le estaba pasando. Todos habían

estado encima de él como unos perros hambrientos ante un buen trozo de carne. No le había quedado otro remedio que nutrirlos de información para apaciguarlos. Era curioso. Antes nunca había tenido reparo en compartir sus conquistas con sus amigos. Sin embargo, ahora era diferente, lo que sentía por Olivia era más fuerte que todo lo que había sentido antes. Y a partir de mañana todo sería más intenso, estaba seguro de que la relación se afianzaría este fin de semana. Era imposible seguir manteniendo la tensión sexual que había entre ellos sin entrar en erupción. Ambos ya no eran niños y, a pesar de la diferencia de edad, Olivia era una mujer de los pies a la cabeza.

Esta noche había quedado a cenar con su padre y con Meg. Su padre también estaba viviendo un momento dulce, su alegría era contagiosa. Su pareja era una mujer de mediana edad, bella e inteligente, y poseía una sencillez que lo había cautivado. Pensó en Olivia, ella encajaría a la perfección en su familia.

«Putá mierda, dos meses atrás me daba urticaria escuchar la palabra compromiso, y ahora estoy planeando presentar a Olivia a mi padre y a su pareja. Es de locos».

La jornada laboral había terminado y se dirigía a la casa de su padre. Por el camino decidió hacer una parada para comprar un detalle a Meg, quería que ella supiera que era bienvenida.

—Hola, Matthew, pasa. Tu padre está terminando de vestirse —comentó Meg con una sonrisa nerviosa. Era la primera cena familiar desde que estaban viviendo juntos.

—Estás muy guapa —le dijo y le entregó el ramo de flores.

—Son preciosas, gracias. Tu padre tiene que estar muy orgulloso de ti, eres un buen hijo.

Matthew le sonrió sin saber qué decir. Por suerte, su padre salvó la situación haciendo acto de presencia.

—Tienes buena cara. ¿Por qué no has traído a la muchacha para presentárnosla?

—Papá, todavía estamos conociéndonos.

De momento, Matthew la quería solo para él. El día que su padre la conociera se iba a quedar prendado y ya no tendría paz. Empezaría a planear la boda y a pedirle nietos.

—Eres demasiado lento. Tienes que seguir los pasos de tu padre.

Olivia se despertó por primera vez sin la ayuda de su torturador matinal,

el despertador. Estaba eufórica con el encuentro de hoy; además de ver a Matthew, iba a aprender un deporte que siempre le había llamado la atención. Él le había dicho el jueves que no tenía que preocuparse por nada, que llevaría todo lo necesario para la clase.

Después de un desayuno de campeones empezó a prepararse. Había comprado un bikini especial para hacer surf que le quedaba de muerte. Necesitaba todo su arsenal para que él no se riera de ella cuando la viera como un pato mareado sobre la tabla. Él, al contrario, estaría como un dios griego sobre las olas, estaba segura. Había sentido sus fuertes músculos cuando la envolvió con sus brazos, sabía lo que iba a encontrar bajo el traje.

Se puso un vestido playero de color azul y se calzó unas chanclas de cuero trenzadas estilo *hippie*. Justo en el momento en que terminaba, escuchó un timbre. Su corazón se aceleró y las mariposas revolotearon en su estómago. Con entusiasmo se dirigió a recibirlo.

«Joder, ¿lo invito a entrar o no? Estoy tan nerviosa que no sé cómo actuar. Dios, parezco idiota», pensó mientras vencía los últimos pasos.

Olivia abrió la puerta y la imagen que tenía delante de sus ojos le aturdió los sentidos por un instante. «Jolines, ¿cómo podía ser tan guapo?», se preguntó sin ser capaz de apartar la mirada de su cuerpo.

—Hola. ¿Preparada? —le preguntó Matthew conteniendo las ganas de cargarla sobre sus hombros y tirarla sobre la cama. Sobre todo, si seguía mirándolo así.

—Hola. ¡Hmmm! Sí... Espera, voy a por mis cosas.

Consiguió salir de su aturdimiento y fue a recoger su bolso, que estaba tirado sobre el sillón.

Matthew le preguntó si ya había desayunado y, tras conocer la respuesta, se dirigieron a la región de Malibú, que él consideraba que era el lugar idóneo para iniciarla en este deporte. Allí las olas eran muy largas y les permitirían a los dos disfrutar, él probando técnicas nuevas y ella dando sus primeros pasos en este deporte. Al contrario de lo que muchos pensaban, surfear no era tarea fácil, requería sacrificios, técnica y un gran conocimiento del entorno, que solía ser cambiante y algunas veces peligroso.

Él se relajó y le cogió la mano para depositar un suave beso en el dorso. Luego dejó caer la mano de ella sobre su muslo, justo por encima de la rodilla. No pudo evitar que su cuerpo reaccionara a su contacto. La miró y pudo apreciar el leve rubor que había teñido sus mejillas. No pensaba disculparse ni privarse de su contacto, lo necesitaba como el aire que

respiraba. Además, estaba preciosa así, con sus mejillas coloradas, con su respiración un pelín descontrolada, con su pelo recogido en una coleta dándole acceso a su esbelto cuello. Matthew se maldijo. La deseaba de una manera incontrolable, como jamás pensó que fuera posible desear a una mujer. Y no era solo su cuerpo lo que deseaba, deseaba hacerla sonreír a cada instante, deseaba ser parte de su vida, deseaba levantarse por las mañanas y tenerla a su lado, deseaba compartir todo con ella.

Olivia lo observó de reojo. Su mano seguía descansando en la mitad de su muslo y el calor que subía por su brazo le llegaba hasta la entrepierna. Pero, a pesar del deseo incontrolable que sentía por él, su corazón estaba en paz, era como si hubiera encontrado su otra mitad y por fin se sintiera completo. Todavía le costaba pensar en una relación de pareja, hacer planes y todo eso. Sin embargo, no conseguía contemplar su vida sin él. Solo esperaba no estar equivocándose, porque descubrir que todo esto no era real le destrozaría el alma.

—Te he traído un neopreno corto de verano. Espero haber acertado en la talla —le comentó tras abrir el maletero del coche que acababa de aparcar.

Olivia estiró el brazo y cogió la bolsa con el logo de su marca. Sacó la prenda con curiosidad y le pareció imposible que esa cosa pasara por sus caderas y por su culo. Sin querer parecer ingrata, se quitó el vestido y empezó a ponerse el traje. Matthew soltó un gemido, o fue un gruñido, no lo tenía claro.

«Seguro que está molesto por ver cómo estoy tratando la prenda. Mejor me apoyo en el coche antes de que me rompa la cresta. Es imposible, esa cosa no es de mi talla», pensó Olivia mientras seguía luchando por entrar en la ajustada vestimenta.

Matthew la miraba divertido. En realidad más excitado que divertido. La visión de ella en ese bikini, que debería de ser ilegal, hizo que soltara otro gemido. Estas clases serían una tortura para él. Decidió intervenir antes de que ella destrozara el neopreno.

—Deja que te ayude —dijo poniéndose de rodillas delante de ella—. Tienes que tirar desde abajo, no desde arriba como si fuera un mono de trabajo.

Olivia lo miraba embelesada. El dios nórdico estaba a sus pies. Tuvo que volver a apoyarse en el coche porque sus rodillas empezaban a sufrir una especie de metamorfosis y estaban convirtiéndose en gelatina. Y todo empeoró cuando sus manos alcanzaron la curvatura de sus nalgas, faltó poco para que

gritara.

—Ya está, ahora puedo sola —dijo con la voz enronquecida.

—Tenemos que resolver esto pronto, Olivia, o vamos a entrar en combustión espontánea —vaticinó. Le cogió la cara con ambas manos y, sin pedir permiso, atacó su boca con ímpetu.

Olivia aceptó el beso y se dejó consumir por la pasión. Su lengua danzó con la de él un baile sensual y aditivo.

Se mordisquearon. Se saborearon. Y cuando el aire parecía que iba a extinguirse se separaron con la respiración entrecortada. Ella se apoyó en el vehículo para no caerse. Matthew tenía razón, no podían seguir así, había que descargar tensión. Quizás después de las clases lo invitaría a conocer su casa.

El universo parecía que estaba de acuerdo, pues en este instante un coche aparcó al lado con *The Wolf* de The Spencer Lee Band sonando a tope.

*...Be my obsession, my possession
Baby, I got fine selection
This must be your lucky day, baby
I wanna jack it, smack it
You know the shit that turns you on? Ah
I wanna lick it, kiss it
I'll give you everything you want
Ooh, howling out your name
Ooh, red like champagne
Ooh, you're gonna feel the vibes
When the wolf comes out tonight
When the wolf comes out tonight
When the wolf comes out tonight (oh, yeah yeah)...*

Olivia lo miró y observó que hacía movimientos lobunos, como si fuera a aullar. No pudo contenerse y estalló en una sonora carcajada; él no tardó en acompañarla. «Dios, es tan adorable, me lo comería a besos ahora mismo», pensó mientras se dejaba llevar por la risa. Era tan serio cuando estaba en modo empresario despiadado que compartir estos momentos con él era mágico. En realidad, poseía dos lados muy marcados: uno, el amante de los deportes de aventura y, el otro, el empresario responsable y exitoso. Una combinación que le hacía irresistible.

Tras la risa, la tensión se diluyó y Olivia se puso a ayudarlo a sacar el material de la baca. Matthew aprovechó este instante para darle una lección sobre las tablas de surf. Apenas había empezado y la información le estaba

colapsando el cerebro.

Una vez en la playa él le informó que su entrenamiento empezaría en la arena. Le explicó la importancia de la remada y de la puesta en pie. Le hizo practicar muchísimas veces. Según él, cuantas veces más lo hiciera mejor sería su equilibrio sobre la tabla en el agua. También le comentó que debía de tener claro cuál era el pie que siempre llevaba por delante en todos sus movimientos: si era el izquierdo sería *regular*, y si era el derecho *goofy*. Así fue como ella casi besó la arena por primera vez, él la desestabilizó para saber cuál era su pie de apoyo. Les quedó claro a los dos que era *goofy*.

Él preparó todo y las prácticas comenzaron con ella siguiendo sus instrucciones paso a paso: «Túmbate boca abajo, brazos al pecho, sube un poco la cabeza, arquea la espalda como si tu cuerpo fuera a hacer una U. Ahora, pon el pie de atrás donde está la rodilla de la otra pierna y, a continuación, el pie de delante lo pones entre los brazos. Bien, perfecto. Suelta los brazos de la tabla y mantente así». Bla, bla, bla, Olivia estaba agobiada y ya no sabía cuál era el brazo derecho ni cuál era la pierna izquierda. Un poco más y se hacía un nudo con el cuerpo.

Matthew se percató de que algo no iba bien y le preguntó:

—Voy demasiado deprisa, ¿verdad?

—Un poco, ya no sé por dónde iba —contestó con una sonrisa tímida.

Matthew se acercó, depositó un suave beso en sus labios y le prometió ir más despacio. Tras varias repeticiones de la remada y de la puesta en pie, decidió llevarla al agua.

Olivia cogió su tabla y lo acompañó, pensaba que ya iba a coger la ola de su vida, pero nada más lejos de la realidad. Otra vez empezaron las instrucciones de la remada. Matthew le explicó que el remo debía de iniciarse en olas pequeñas y, si era posible, cuando el mar estuviera tranquilo. Según él, lo mejor era caminar con la tabla hasta que el agua le llegara a la cintura; después debería de inclinarse sobre la tabla y posar el cuerpo en la cubierta. Luego mantener el peso centrado en la mitad de la tabla y buscar la posición de equilibrio para que la tabla ofreciera la menor resistencia posible al remar. Hasta ahí todo bien, unas cuantas repeticiones y lo tenía dominado.

Capítulo 18

Olivia se sentía agotada, pero continuaba siguiendo sus instrucciones. No quería decepcionarlo.

El siguiente paso fue comenzar con el estilo libre, ahuecando las manos para remar y levantando el pecho para reducir el peso en la parte delantera de la tabla. En este momento Matthew le dijo que cuando consiguiera equilibrar ambos brazos, la cabeza y las piernas, estaría preparada para remar hacia la línea en busca de las primeras olas. «Pues yo para lo que estoy preparada en este momento es para una *furunfadinha*», pensó, y ese acto espontáneo provocó que perdiera el equilibrio y se cayera en el agua de manera desastrosa. No conseguía dar la vuelta, estaba en una posición de lo más rara, tenía el culo pegado en el fondo y las manos y los pies flotando a su alrededor; era como si tuviera un ancla en el trasero. Él tuvo que ayudarla para que no se ahogara.

—Preciosa, tal vez sea mejor que te enseñe a nadar primero —dijo sin poder controlar la risa. Cuando la vio caer no había hecho nada, la zona era poco profunda y estaba esperando que se diera la vuelta. Pero en vez de eso, sus brazos y sus piernas se elevaron fuera del agua.

—Ni se te ocurra reírte de mí. La culpa es tuya —protestó saltando sobre él y tirándole al agua. Quería que el tragara por lo menos la mitad del agua que ella había tragado. No lo consiguió, él se movía como un delfín y de un instante a otro ya no sabía dónde estaba. Hasta que algo tiró de su pie y provocó que otra vez fuera engullida por el mar.

Matthew salió del agua con ella a hombros y sujetándola por la cintura como si no pesara nada. La lanzó lejos. Ella emergió al instante con ansias de revancha, pero era imposible, él pesaba mucho más que ella y su cuerpo era una masa de músculos. Con su escasa fuerza no conseguiría moverle ni un milímetro. Sin embargo, había otras técnicas que no necesitaban esfuerzos. Se acercó a él poniendo cara de niña buena. Y una vez le tuvo delante, puso las manos en su musculoso pecho y se acercó como si lo fuera a besar. Él se relajó y ella aprovechó para pegarle un barrido con los pies. Su cuerpo se desplomó hacia atrás sin que pudiera remediarlo.

Olivia sabía que su victoria no duraría mucho, así que salió corriendo hacia la seguridad de la orilla. Su tabla se deslizaba de un lado a otro con el ir y venir de las olas. Pero no pensaba entrar para recogerla.

Sentada sobre una toalla, y a una distancia prudencial, observó cómo él salía del agua con las dos tablas. Debería ser ilegal estar tan bueno.

—Nunca debes de soltar tu tabla. La próxima vez te pongo una amarradera —dijo mirándola con intensidad—. Has hecho trampa.

—No me ha quedado otro remedio, no tenía ninguna posibilidad contigo.

Él se sentó a su lado y la miró con adoración. Había sido una alumna ejemplar hasta la caída. Algo la había desconcentrado, estaba seguro. Había escuchado una risa antes de que se sumergiera en el agua.

—Tienes todas las posibilidades conmigo, Olivia —pronunció con un susurro y se acercó hasta que su boca estuvo a escasos centímetros de la suya—. Ya son las dos y media, creo que ha sido suficiente por hoy. Deberíamos irnos a casa, estoy hambriento.

Olivia se revolucionó con el doble sentido de sus palabras. Ella también necesitaba las dos clases de alimento. Pero, como él, decidió respirar hondo y echar agua fría en el deseo. Estaban en un punto que cualquier palabra o toqueo provocaría un incendio.

Lo ayudó a recoger y después se dirigieron al coche, donde volvió a ayudarla con el neopreno, y mientras lo hacía le explicaba los cuidados que debería dedicarle tras su uso. Era una escuela de surf ambulante. Estaba claro que le encantaba este deporte y se lo tomaba en serio.

El camino de vuelta a casa lo hicieron escuchando música. En realidad, ella escuchaba, ya que si abriera la boca rompería todos los cristales, y él canturreaba; su timbre de voz era ronco y sensual, la tenía obnubilada. Ella deseaba pasar el resto de la tarde con él, tal vez debería invitarlo a comer; tenía empanada de carne y podía preparar una ensalada para acompañar. Sí, estaba decidido, era el momento de actuar y de tomar la iniciativa. Quería dar ese paso, quería tener sexo con él, la comida era solo una excusa.

En un futuro próximo esperaba decirlo con todas las letras.

Aprendería a coger lo que quería de la vida, sin miedos ni complejos.

En este momento, Matthew entró en su calle e instantes después aparcó delante de su casa. Había llegado el momento.

—¿Quieres quedarte a comer conmigo? Tengo empanada de carne y puedo preparar una ensalada. No tardaré nada.

Las palabras salieron trémulas y descontroladas de su boca. Hubiera

querido dejar claro cuál era su verdadera intención. Pero estaba tan nerviosa que no pudo mantenerle la mirada. En su mente todo era más fácil. De repente, la inseguridad la invadió. ¿Y si él decía que ya tenía otros planes?

A la vez que ella dudaba, Matthew se regocijaba de su surte. Y su alegría se multiplicaba por mil a medida que se percataba de que a ella le costaba muchísimo hacer esta invitación. Se notaba que no era algo habitual y eso significaba que ella estaba como él, desesperada por tenerlo cerca, por besarlo, por fundirse con él. Se acercó y le levantó la barbilla con la punta de los dedos, quería disfrutar de su reacción.

—No hay nada que me apetezca más —dijo con voz suave.

Olivia se tragó el nudo que se había formado en su garganta. Las palabras no le salieron en estos momentos, pero estaba preparada para lo que viniera a continuación. En realidad, lo deseaba con todas sus fuerzas.

Ella le dijo que tenía dos plazas de garaje y Matthew guio su coche hasta donde ella le indicaba. Estaba sorprendido por la zona en que vivía. El alquiler en aquel distrito no era barato, tenía que venir de una familia acaudalada o tener a su exmarido pagándole una pensión, eso ya le gustaba menos. Porque con lo que ganaba en su empresa no tenía suficiente para sufragar todos sus gastos. Su lado egoísta y posesivo, el que recientemente había salido a la luz y al que no le estaba haciendo ninguna gracia, prefería que fuera la primera opción, cuanto más lejos estuviera de su ex, mejor.

Una vez que el coche estuvo aparcado, ella recogió sus cosas y él su preciada mochila. En ella llevaba una muda de ropa, un neceser con sus productos de higiene personal y una caja de preservativos. En el fondo había albergado la esperanza de terminar en su casa. También sacó la bolsa con los neoprenos mojados, su cuidado era algo que tenía interiorizado. Ya dentro, Olivia le enseñó con orgullo su pequeña y acogedora casa, a él lo que más le había gustado era su enorme cama *king size*. Deseaba pasar la noche allí, amándola hasta la extenuación. Y si pudiera despertar a la mañana siguiente con ella acurrucada en sus brazos, sería el puto paraíso.

En este momento, Olivia tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para salir de la habitación. El deseo que vio impreso en sus ojos al mirar su cama la había incendiado. Después lo condujo hasta la lavandería para que pudiera atender a los dichosos neoprenos. Una vez quitada la sal bajo el agua corriente del grifo, los colgó en unas perchas y los dejó secándose a la sombra. Estaba claro que el de Olivia no tendría una vida muy larga, seguramente acabaría en la lavadora y se secaría como sus demás prendas.

Verlo en esta actitud tan casera llenó el corazón de Olivia de ternura y le hizo desear una vida con él. Por su mente desfilaron imágenes de los dos delante de la tele viendo una película y comiendo palomitas, de los dos preparando la cena, de los dos saliendo por la mañana juntos para ir al trabajo, de los dos teniendo sexo caliente por todos los rincones de su pequeña casa. Todo era tan perfecto con él que daba miedo que de un momento a otro todo desapareciera. Ese pensamiento le produjo pánico y lo apartó de su cabeza. Seguiría con los pies en el suelo, nada de fantasías absurdas.

Se dirigió a la cocina y empezó a preparar la comida, pero antes lo acompañó al baño para enseñarle dónde estaba todo lo que podría necesitar.

—Bueno, creo que tienes todo lo que necesitas. Ehmmm... Voy a preparar la comida.

Nada más decirlo salió corriendo. Y Matthew tuvo que controlar las ganas de reír. Le hubiera gustado contestar que la necesitaba en la ducha. Le encantaba ver cómo se ponía colorada. Se desnudó y dejó que el agua caliente se llevara la sal de su cuerpo, no podía dejar de pensar en dónde se encontraba. Compartir su ducha y estar rodeado por sus cosas era muy íntimo. Cogió su gel de baño y el olor a vainilla le invadió los sentidos, era el mismo olor que respiraba cuando estaba cerca de ella. Su miembro se sacudió y empezó a despertarse, necesitaba tranquilizarse. Sin dudarlo, cambió la temperatura del agua a fría e intentó pensar en otra cosa.

Al tiempo que él se duchaba Olivia sacaba la empanada del congelador y encendía el horno. Todavía tenía las pulsaciones aceleradas. Verlo en su baño, tan grande, tan masculino, fue demasiado para alguien como ella. Seguro que cualquiera de sus amigas se hubiera ofrecido para frotarle la espalda, entre otras cosas.

«Ya lo sé, soy idiota, no hace falta que me lo echés en cara», se dijo a sí misma a la vez que descargaba su frustración en las verduras.

El temporizador del horno sonó y la liberó de sus ensoñaciones. Justo estaba metiendo la empanada de carne en su interior cuando un delicioso olor inundó sus fosas nasales. Él se había acercado de forma silenciosa y ahora se encontraba a escasos centímetros de su espalda. Podía sentir su mirada, era como si la estuviera tocando. Respiró hondo, empapándose de su oscura fragancia, olía a menta, a pachulí, a cuero, a tormenta, a hombre en estado puro. Volvió a respirar hondo y se dio la vuelta, y tuvo que controlarse para no soltar un gemido. Era demasiado para cualquier mujer.

—Eh... Eso ya está en marcha —dijo Olivia apuntando hacia el horno

—. Me voy a duchar mientras. Si quieres, puedes ir poniendo la mesa.

Ella se apresuró en decirle dónde podía encontrar cada utensilio y, sin esperar respuesta, huyó despavorida.

«Madre mía, esa fragancia debería de venir con un aviso de seguridad: mantente alejada o perderás las bragas». Se rio de su ocurrencia mientras se quitaba la ropa y se metía en la ducha. Olía a él.

Se lavó a toda prisa, castigando su delicada piel con la esponja. Una vez fuera, se secó y se hidrató. Luego, con una enorme toalla envuelta en su cuerpo, se secó el pelo, se perfumó y escogió el conjunto de lencería más *sexy* que tenía. Se lo habían regalado para su luna de miel pero, por suerte, no había tenido tiempo de usarlo. Se puso un sencillo vestido camisero que ocultaba totalmente lo que había en su interior. Se echó brillo labial y se miró en el espejo, se veía diferente. Ahora conocía su potencial y pensaba explotarlo al máximo.

Se dirigió a la cocina y Matthew la recibió con la mesa puesta y con una sonrisa traviesa en los labios.

—Siéntese, que le voy a servir. ¿Qué le apetece de beber? Tenemos agua, vino, refresco *light* y cerveza.

Olivia se divertía con su actuación y entró en su juego.

—Agua estaría bien, gracias —dijo intentando controlar las ganas de reír.

—De primero tenemos ensalada con productos ecológicos y de segundo una exquisita empanada de carne hecha con mucho amor. Los corazones que están arriba lo corroboran.

Olivia ya no pudo más y estalló en una sonora carcajada.

—Creo que podría ganarme la vida así —afirmó sentándose a la mesa tras servirles.

«Por supuesto, principalmente si sonríes así a la clientela femenina. Podría servirles serrín, que no se quejarían», pensó Olivia mientras lo miraba con admiración. Su lado joven y desenfadado cada vez la tenía más encandilada.

El ambiente era distendido y ella empezó a hacerle preguntas personales. Deseaba conocerlo en todos los aspectos. Él le habló de su familia, de su madre fallecida, de lo duro que había sido para ellos su pérdida; también le contó que su padre, tras una enfermedad cardiaca, se había enamorado de la enfermera que lo había cuidado en el hospital y que, al poco tiempo, comenzaron a vivir juntos. Y, por último, le contó sus aventuras por el mundo y

le prometió enseñarle los documentales que había producido de esos viajes.

Ella escuchaba sin pestañear, fascinada con su vida, tan diferente de la de ella. Él había crecido con amor y libertad para cumplir sus sueños. Ella, sin afecto y manipulada para ser una persona que no era. Le habían cortado sus alas.

—Cuéntame cosas sobre ti, Olivia, sobre tu vida —pidió Matthew aprovechando la oportunidad que ella le había brindado. Desde el jueves esperaba el momento idóneo.

Olivia por poco se atraganta. ¿Qué le podía contar? Su vida anterior era patética, no había nada que la hiciera sentirse orgullosa.

—¿Quieres algo de postre? Tengo fruta o, si lo prefieres, puedo preparar un café —preguntó a la vez que empezaba a recoger la mesa. Necesitaba tiempo para pensar cómo le iba a explicar que su vida no había sido tan feliz como la suya, más bien todo lo contrario.

—Un café estaría bien —respondió Matthew intentando aparentar tranquilidad.

Era primordial para él descubrir por qué se había separado y si todavía sentía algo por el idiota ese. Le atormentaba pensar que tal vez pudieran reconciliarse. Lesley le había dado a entender que el miserable de su exmarido solo había mostrado su verdadera cara después de la boda. No le gustaba pensar lo que podría haber detrás de estas palabras. Debería darle un empujoncito para que se soltara.

—No te voy a juzgar, Olivia. Solo quiero conocerte —añadió escogiendo bien las palabras.

No era fácil dirigir las respuestas a donde él quería sin levantar sospechas. Cuando se le pide a una persona que estás conociendo que quieres saber algo de su vida, te estás refiriendo a su infancia, a sus *hobbies*, a sus gustos musicales... Pero él quería respuesta a una pregunta que no podía realizar.

Olivia procesó sus palabras. Era como si pudiera ver a través de ella, como si conociera lo débil que había sido durante toda su existencia. Lo miró y en su mirada no encontró ni pena ni curiosidad morbosa. Parecía realmente interesado en conocerla.

«No tengo nada de lo que avergonzarme. Que haya tenido una actitud pusilánime en el pasado no significa nada. Ahora soy una mujer diferente y estoy muy orgullosa de mí misma. No permitiré que nadie diga lo contrario. Si a él no le gusta, pues a tomar viento», reflexionó mientras terminaba de servir

los cafés.

Con las dos tazas en las manos, se dirigió a la mesa y volvió a ocupar su sitio.

—Cuando nos encontramos en Las Vegas estaba celebrando mi despedida de soltera. En aquel momento pensaba que era la mujer más feliz del mundo, porque iba a casarme con el hombre de mi vida. Pero cuando regresé a casa, todo cambió. O la que cambió fui yo, no estoy segura. Solo sé que el hombre que amaba se había convertido en un ser cruel y egoísta.

»Debería haber cancelado la boda, pero fui débil. Tuve miedo de enfrentarme a mi familia y seguí adelante. En el viaje de novios la cosa fue a peor, no podía seguir con un hombre así. En una semana estaba pidiéndole el divorcio —dijo con pesar, vergüenza, alivio y una serie de sentimientos encontrados que la dejaron al borde de las lágrimas.

Su respuesta lo calmó, pero todavía no era suficiente. Quería saber si él la había agredido; de ser así, daría caza a este desgraciado. Esperaba que, con el tiempo, confiara en él para decírselo. Ahora lo que ella necesitaba era apoyo y cariño.

—¡Hey!, eres una mujer increíble. No es fácil reconocer que uno se ha equivocado, y, menos aún, salir de una relación toxica. Es normal que sigieras con la boda. No eras solo tú la que estabas implicada; era tu familia, tus amigos, el tiempo invertido, los gastos financieros, los sueños depositados en esta unión... Demasiadas cosas, Olivia. —Se quedó en silencio durante un instante—. Lo importante es que tuviste la fuerza suficiente para poner fin a algo que te hacía daño. Tienes que estar muy orgullosa de ti misma.

Capítulo 19

Olivia se levantó emocionada por sus palabras. No quería llorar delante de él. Recogió las tazas y las llevó al fregadero. Él la siguió y pegó su cuerpo al suyo, pasando las manos por su cintura y girándola para tenerla frente a frente.

—Has hecho lo correcto. No te sientas culpable —dijo y pasó la mano por su pelo, poniéndolo detrás de su oreja. Luego siguió por el contorno de sus labios y el deseo que había estado en reposo mientras comían se despertó con intensidad. Se acercó lentamente y depositó un suave beso en sus labios.

—¿Quieres que me vaya? —inquirió con voz ronca. Rezaba con todas sus fuerzas para que ella dijera que no.

—No. Por favor, quédate —susurró y acercó su boca a la suya. El anhelo que sentía llegaba a ser doloroso.

Sus labios se encontraron y la pasión estalló como la pólvora. Él la envolvió por la cintura, la sentó en la encimera y se encajó entre sus piernas. Olivia gimió al sentir que su erección le presionaba el clítoris a través de la tela que los separaba. Matthew le devoró la boca con ímpetu. Mientras su lengua exploraba cada rincón sus manos bajaban los tirantes del vestido y dejaban sus pechos expuestos. El sujetador de encaje apenas escondía los pezones, que empezaban a despuntar. Él abandonó su boca y descendió por su mandíbula, dejando besos y mordiscos a su paso. Solo se detuvo cuando alcanzó su objetivo, sus pezones endurecidos por la excitación. Los mordisqueó por encima de la tela y se volvió loco cuando escuchó el gemido ahogado de Olivia. Ella enredó sus manos en su pelo y arqueó la espalda para darle total acceso.

—Eres preciosa —dijo con voz ronca a la vez que metía las manos en las copas del sujetador y liberaba sus senos.

Su boca hambrienta se alimentó de ellos. Mordió las puntas erectas con suavidad, las apretó entre los dientes hasta casi el punto del dolor, después las calmó con su lengua. Olivia gemía y se retorcía de placer.

—Matthew... —gimoteó enloquecida por la lujuria. Como él siguiera así se correría sin poder remediarlo.

Él decidió llevarla hasta la habitación. Después de tanto tiempo

esperando este momento necesitaba prolongarlo al máximo, necesitaba marcar su cuerpo para que ella jamás se olvidara de él.

—Sujétate fuerte, nena.

Olivia pasó las manos alrededor de su cuello y le rodeó las caderas con sus piernas. Él la cogió por el trasero y se sintió desfallecer cuando las puntas de sus dedos se colaron dentro de sus bragas. Estaban tan cerca, un pequeño movimiento y los sentiría en su carne sedosa y empapada por el deseo. Sus bocas volvieron a encontrarse, se lamieron, se mordisquearon, y sus lenguas se buscaron hambrientas, dispuestas a paladear cada recoveco. La pasión que él despertaba en ella le hacía sentir una mujer *sexy* y poderosa.

A trompicones llegaron a la habitación y Matthew la depositó a los pies de la cama. En este momento tuvieron que separarse y ambos gimieron por la pérdida. La necesidad de volver a sentir piel con piel provocó que él no perdiera tiempo y se deshiciera de su vestido. La prenda cayó al suelo dejando al descubierto su delicioso cuerpo. No se detuvo y la liberó del sujetador y de esa minúscula tela de encaje que apenas le cubría el sexo. Podía ver a través de la transparencia que su clítoris hinchado sobresalía entre sus labios vaginales.

«Putá mierda, ángel, me vas a matar. Quiero ir despacio, pero no sé si podré controlarme», se dijo a la vez que olía la diminuta prenda. Estaba húmeda e impregnada de su esencia.

Olivia lo miraba fascinada y, sin pensarlo, se sentó en la cama. Una vez que consiguió posicionar su cuerpo en el centro del colchón se apoyó en los antebrazos y, sin apartar su mirada de la de él, abrió ligeramente sus piernas, invitándolo a que hiciera con ella lo que estaba haciendo con su tanga. El fuego que ardía en el centro de su placer la estaba poseyendo.

—Por Dios, nena. ¿Quieres enloquecerme? —dijo con voz queda antes de empezar a desvestirse—. Tócate para mí, por favor...

Su voz estaba embargada por el deseo y apenas era audible, pero Olivia lo escuchó y, sin ningún pudor, atendió su petición. Cerró los ojos y deslizó la mano por su cuerpo de forma provocativa. Cuando sus dedos alcanzaron el objetivo no pudo evitar soltar un gemido al notar lo caliente y húmeda que estaba.

—Abre los ojos —demandó desesperado.

Olivia lo hizo y se quedó hipnotizada mirando su miembro, grueso, largo, potente. Se pasó la lengua por los labios. Deseaba tocarlo, probarlo...

—Sigue tocándote —pidió a la vez que sujetaba su pene con la mano y

empezaba a moverlo de arriba abajo, lento, muy lento.

Olivia le lanzó una sonrisa provocativa y abrió más las piernas para facilitar el acceso de su dedo, que entraba y salía de su resbaladizo sexo una y otra vez. Era lo más erótico que había hecho nunca. Se sentía tan conectada con él que era como si ambos estuvieran tocándose mutuamente. Con él todo era correcto, no había pudor ni complejos. Era su sueño hecho realidad.

Él dejó de tocarse y se puso a cuatro patas sobre la cama. Se acercó gateando hasta tener la boca a la altura de su entrepierna. Cerró los ojos e inhaló su esencia, era la misma que lo había convertido en adicto la primera vez que la sintió. Le mordisqueó entre los muslos y pasó la lengua por su clítoris. Olivia empezó a retirar su dedo, pero él se lo impidió y metió el suyo en su interior.

—¿Qué estás haciendo? —susurró con un hilo de voz a la vez que miraba fascinada cómo su dedo y el de él entraban y salían de su sexo.

«Me quemo. Me muero. Joder, sentir nuestros dedos juntos en lo más profundo de mis extrañas es brutal. No puedo aguantar más, es... es... demasiado».

—Matthew, por favor. Haz que me corra —le imploró mientras su cuerpo empezaba a temblar.

—Todavía no, Olivia —le respondió.

Sacó los dedos de ambos y, después, le sopló el sexo inflamado por la ardiente caricia. Olivia gimió de frustración, sin embargo, volvió a entrar en erupción al sentir su boca. Él usaba sus dientes y su lengua para torturarla; cuando pensaba que era imposible sentir más placer, él introdujo dos dedos en su interior. Entraban y salían de manera frenética, frotando con precisión ese punto secreto que la hacía volar a otra dimensión. El orgasmo explotó sin que pudiera remediarlo. Su cuerpo se contorsionaba sobre las sábanas mientras el éxtasis se expandía, apagando su mente y activando cada poro de su piel.

En este momento, Matthew sintió las contracciones de su clímax en sus dedos y por poco no se corrió como un adolescente. Se apartó de su entrepierna con los labios empapados de su dulzura y pasó la lengua sobre ellos paladeando su esencia. Ella permanecía inmóvil, con el cuerpo desmadejado. Si no hubiera sido por su respiración agitada cualquiera habría podido pensar que estaba desmayada.

«Pobrecita, apenas he empezado», pensó con una sonrisa de satisfacción en la cara. Luego depositó un beso en su vientre y se irguió sobre los brazos para cubrir su cuerpo con el suyo. Sus bocas quedaron a escasos centímetros.

—¿Todo bien? —preguntó con una sonrisa torcida.

Olivia, por fin, encontró fuerzas para abrir los ojos. Se sentía abrumada por el descomunal orgasmo. No tenía palabras para contestarle, simplemente hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Me alegro, nena, porque apenas hemos empezado —susurró a la vez que posicionaba el miembro en su sexo. Le rozó los pliegues con ansias, pero se detuvo—. No te muevas, voy a por preservativos. —Le mordisqueó el labio inferior y se levantó apresurado.

Olivia se estremeció por la anticipación. Por nada en el mundo pensaba moverse. Si lo de antes había sido bueno, no quería ni pensar cómo sería sentirlo dentro de ella. Todo era perfecto, estaba donde quería estar y su conciencia seguía silenciosa, sin reproches y sin culpas.

«Se habrá colapsado por el orgasmo, ja, ja, ja. Espero que se quede así por una buena temporada». Apenas había concluido sus pensamientos cuando Matthew ya estaba de vuelta y preparado para seguir donde lo había dejado.

—No tienes ni idea de cuánto he esperado este momento —susurró a medida que serpenteaba por el cuerpo de Olivia con la mirada prendida en sus ojos.

Se apoyó en el antebrazo para no aplastarla y tener acceso a su boca. Quería ver su reacción cuando entrara en ella, cuando estuviera enterrado en lo más profundo de sus entrañas.

—Sigue mirándome, nena —pidió con un susurro ronco.

Matthew esperó a que ella abriera los ojos, la espera hizo que cada musculo de su cuerpo se tensara. Controlar el impulso de entrar en ella con una sola embestida le estaba suponiendo un esfuerzo titánico. Cuando ella, por fin, los abrió, deslizó su pene por su apretado y resbaladizo sexo. Soltó un gruñido al sentir la estrechez de su canal y su miembro empezó a conquistar cada centímetro de su vagina, estirándola, adaptándola a su tamaño. En el momento en el que estaba ensartado en su interior, salió para volver a entrar, esta vez con una precisa y fuerte estocada. Olivia gritó su nombre y él invadió su boca con el mismo ardor con el que entraba y salía de ella.

La locura se desató entre los dos, ambos estaban absorbidos por la pasión. Nada estaba prohibido y lo único que importaba era el placer que ese baile primitivo había desatado entre ellos, llevándolos más allá de lo que jamás habían experimentado antes.

Olivia despertó horas después, estaba oscuro. No tenía ni idea de qué

día era. Se estiró y todos los músculos de su cuerpo protestaron con un dulce dolor, recordatorio de la pasión compartida con Matthew. Si cerrara los ojos sería capaz de reproducir cada instante, y lo que más le sorprendía era que se parecían mucho a los sueños que había tenido con él. ¿Cómo era posible que hubiera anticipado cómo serían sus encuentros sexuales? Había sido increíble, pensaba que ese tipo de entrega y placer solo existía en las novelas románticas, pero era real, muy real. Lo había sentido en cada caricia, en cada beso, en cada orgasmo.

Se dio la vuelta en la cama y allí estaba su dios nórdico, durmiendo profundamente al tiempo que soltaba un suave y gracioso ruidito. Se acercó a su calor y él gimió su nombre en sueños. Su corazón dio un vuelco y las mariposas revolotearon, todavía fuera de órbita, en su estómago. Se encajó en el hueco de sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho, la candencia de su respiración la relajó y la transportó otra vez al mundo de los sueños.

La mañana llegó y Matthew fue el primer en despertarse. Su corazón se llenó de ternura al sentir el cuerpo de Olivia enredado al suyo. La sonrisa brotó en sus labios. Lo que había sentido esta noche superaba con creces lo de Las Vegas. A pesar del error de esa primera vez, no podía dejar de sentirse agradecido. De no ser por la putada que le habían hecho sus amigas, lo más seguro era que no estuvieran juntos en este momento. La estrechó todavía más en sus brazos, necesitaba encontrar una forma de contarle lo que había ocurrido sin perderla. No lo soportaría.

Su estómago hizo un ruido escandaloso, no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado desde su última ingesta de alimentos. Miró el reloj que estaba en la mesita de noche en el lado de Olivia y se sorprendió al ver que eran las seis y media de la mañana. Habían pasado la tarde y parte de la noche haciendo el amor, alimentándose únicamente de sus besos y de un *tetrabrik* de zumo de frutos rojos que Olivia había cogido de la nevera en algún momento de la noche cuando estaban sedientos.

Se preparó para levantarse, pero el cuerpo desnudo de Olivia le hizo dudar.

—Joder, preciosa, nunca me saciaré de ti —dijo en voz baja para no despertarla.

Decidió que lo mejor era coger fuerzas. Pretendía pasar el día en la cama haciéndole el amor de todas las formas habidas y por haber. Con mucho cuidado apartó su cuerpo, le depositó un suave beso en la frente y la tapó con la sábana.

Su despensa estaba bien surtida y su nevera también. Le gustaba que su chica se alimentara bien y no fuera una adicta a las dietas de moda. Separó todos los ingredientes y preparó tostadas, huevos revueltos, beicon crujiente, zumo de naranja y café. Dispuso todo en una elegante bandeja de madera que había encontrado en uno de los cajones y, satisfecho con sus dotes culinarias, se fue a la habitación para sorprender a su ángel.

«Quién te ha visto y quién te ve, Matthew, solo faltan las flores y los corazones», pensó con una sonrisa ladeada en los labios.

Olivia seguía en la misma posición en la que la había dejado. Dejó la bandeja a los pies de la cama y se acercó a ella.

—Nena, despierta. He preparado el desayuno —pidió con tono suave a la vez que frotaba la nariz de forma perezosa por su maxilar y por el hueco detrás de su oreja—. ¡Anda, preciosa! Se va a enfriar.

Olivia se despertó con la deliciosa caricia y, al abrir los ojos, la mirada azul de Matthew la saludó. Su porte y su belleza la aturdieron por un instante. No estaba segura de si era real o si todavía estaba soñando.

—Buenos días. Te he traído el desayuno.

—Buenos días —pronunció en un susurro al tiempo que se desperezaba. En este momento su estómago gruñó. Al sentir el olor de la comida se incorporó de golpe y se acercó a la bandeja, no le importó su desnudez ni que él pensara que era una maleducada—. Eres mi héroe, me muero de hambre.

—Preciosa, como no te pongas algo de ropa el desayuno lo tomaremos a la hora del almuerzo —puntualizó con la mirada puesta en su delicioso cuerpo.

Olivia sintió el ardor de la vergüenza estamparse en su cara. Miró a un lado y otro en busca de algo para taparse y se agarró a la sábana que había apartado hacía solo un instante. La verdad era que no tenía mucho sentido su ataque de pudor, no después de todo lo que habían hecho.

El bochorno de ella y el deseo de él se quedaron relevados a un segundo plano por el hambre que los asolaba.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? ¿Te apetece que sigamos con las clases de surf o prefieres que pasemos el día follando como conejos? —preguntó con descaro sorprendiendo a Olivia.

A pesar de su sorpresa, tenía clara cuál era la respuesta.

—En casa... eh... follando —dijo al fin mirándolo a los ojos.

—Pues a reponer energías, nena —añadió pasándole una tostada.

La comida desapareció en un abrir y cerrar de ojos y, tras apurar hasta la última miga, la pasión volvió a apoderarse de ellos y acabaron en la ducha

amándose con desesperación bajo la cascada de agua caliente. Terminaron en el suelo consumidos por un deseo inagotable.

Por la tarde, después de haber pedido comida italiana para almorzar, se acurrucaron en el sillón con la intención de disfrutar de una sesión de cine. Olivia se había convertido en admiradora del director Guillermo del Toro tras ver *El laberinto del fauno*, por eso quiso compartir con Matthew su última película, *La forma del agua*. Ya la había visto en cine, pero cuando salió en Blu Ray no pudo resistirse y la compró. Ella desconfiaba de que a él este tipo de género le gustara; sin embargo, no dijo nada, aguantó estoicamente. Bueno, eso no era del todo cierto; había estado distrayéndola con tiernas caricias todo el tiempo.

La burbuja de felicidad explotó justo cuando Olivia apagaba el reproductor y guardaba el Blu Ray en su caja. En este instante, su móvil empezó a sonar. Matthew lo cogió y se lo pasó a la vez que le decía que era su madre. Ella no pudo evitar que un leve temblor le sacudiera la mano. Desde el día que le dieron la espalda en la casa de Lesley no había vuelto a saber nada de su familia.

—Mamá —dijo por fuerza del hábito.

—¿No tenías bastante con la vergüenza que nos hiciste pasar que, además, has terminado convirtiéndote en una fulana mantenida? ¿Es que has perdido la cabeza? Ahora tu padre no te perdonará en la vida.

Olivia escuchaba cada palabra y sentía como si unas dagas afiladas perforasen su corazón. Consiguió controlar las ganas de llorar e hizo frente a su madre.

—Roxana, ¿se puede saber que sandeces son estas que me estás diciendo? —inquirió sentándose en el sillón cuando notó que sus piernas empezaban a fallarle.

—Bryan le contó a su madre que tu amante te está manteniendo y ella me lo restregó por la cara en la casa de campo de los Stuarts, delante de todos nuestros amigos. Casi me muero de la vergüenza. Esos no son los valores que te hemos inculcado, Olivia.

Olivia no podía dar crédito. ¿Hasta dónde iba a llegar la maldad de su exmarido y la idiotez de sus padres?

—Es mentira, no entiendo cómo podéis creer a ese desgraciado. No tengo ningún amante ni soy la mantenida de nadie. Se lo ha inventado él para hacerme daño.

Olivia sintió que el sillón se hundía. Matthew se había sentado a su lado

y le sujetaba la mano con delicadeza. Sus miradas se cruzaron y se emocionó con lo que encontró en la suya. En las dos esferas azules había comprensión y apoyo incondicional. Parpadeó y volvió a la llamada.

—Nunca se te ocurrió preguntarme en qué gastaba el dinero que me regalabais en cada cumpleaños, en cada Navidad, cuando terminé la carrera. Pues ahí tienes la respuesta. Si coges la calculadora y haces cuentas, tendrás la respuesta. No dependo de nadie. Espero que te haya quedado claro, Roxana. Te pido que no vuelvas a llamarme más para acusarme de cosas que no son ciertas, principalmente si vienen de ese cabrón mentiroso.

Se hizo un largo silencio.

—Es verdad, nunca fuiste de derrochar. Lo siento, hija, siento no haberte escuchado. —Su madre volvió a quedarse en silencio durante unos segundos—. No te preocupes, hablaré con tu padre. Él te quiere, fue duro contigo porque quería que recapacitaras y volvieras con Bryan. Creíamos que estábamos haciendo lo mejor para ti. Lo arreglaremos, Olivia.

Su madre colgó y Olivia se quedó quieta mirando el aparato. No esperaba que fuera tan fácil convencer a su madre, ella tenía a Bryan en un pedestal. Sin embargo, eso no apaciguaba su dolor, habían sido muy crueles con ella. Mil preguntas rondaban por su cabeza y, por más que intentaba organizar las ideas, no lo conseguía. ¿Por qué su exmarido seguía haciéndole daño? No la quería. ¿Qué pensaría Matthew de ella y de su familia?

Unas gotas calientes salpicaron la pantalla del móvil y Olivia se estremeció al sentir que Matthew tiraba de ella para colocarla en su regazo. Él le secó las lágrimas con los labios y la acunó en sus brazos. Pasados unos minutos —o fueron horas, ella no estaba segura—, le preguntó con un tono suave:

—¿Quieres hablar de ello?

Olivia necesitaba desahogarse y aliviar el peso de su corazón.

Capítulo 20

—Mi exmarido le dijo a mi familia que yo era la culpable de nuestra separación, les contó que estaba con otro y mi familia se lo creyó. Mis padres me retiraron la palabra y el apoyo económico, querían que yo me arrepintiera de lo que suponían que había hecho. Creo que este era el plan de mi ex pero, como las cosas no salieron como él se imaginaba, fue otra vez a casa de mis padres a contarles más mentiras sobre mí. —Cerró los ojos por un instante y respiró hondo. Por más que su madre le hubiera pedido perdón no podía impedir que el rencor corroyera su corazón.

Matthew tuvo que controlarse para no pedirle la dirección del impresentable de su exmarido, deseaba partirle la cara. Y si ella le confirmaba lo que él había creído entender de la conversación que acababa de tener con su madre, no sabía si podría contenerse.

—¿Qué mentira se ha inventado tu exmarido ahora?

Olivia lo miró y se sintió aliviada de encontrar el mismo consuelo que antes.

—Les ha dicho a mis padres que soy la mantenida de un hombre casado. La verdad es que me importa muy poco lo que él diga, lo que me duele es que mis padres lo crean una vez más. Por lo menos ahora he podido dar mi versión, mi madre me ha creído y me ha pedido perdón.

—Espero que todo se arregle con tus padres. No es justo para ti que tu ex siga controlando y dañando vuestras vidas.

«Si tuviera a ese gusano delante le quitaría las ganas de seguir acosando a mi mujer. Sí, mi mujer. Mía».

—Necesitaré tiempo, fueron muy duros conmigo —confesó bajando la mirada avergonzada.

—Lo sé, preciosa, pero ahora te haré olvidar de todo eso. —La puso a horcajadas en su regazo y empezó a cubrir su rostro de besos.

A ella no le hizo falta nada más que sentir su miembro bajo su entrepierna para que el resto del mundo dejara de existir. La pasión los arrolló y en un segundo ya estaban desnudos en el sillón, amándose con desenfreno. Pero esta vez las riendas las llevó Olivia. Quería que él sintiera el mismo

placer enloquecedor que ella había experimentado, quería probar su esencia como él había probado la suya. No fue difícil conseguir su propósito y la recompensa había sido escucharlo gritar su nombre mientras el éxtasis le barría el cuerpo. Casi podía compararlo con tenerlo en lo más profundo de su ser. Casi...

La hora de la despedida llegó sin que ellos pudieran remediarlo. A pesar de que a Matthew le hubiera gustado pasar otra noche con ella, no podía. Necesitaba revisar un montón de documentos para la mañana siguiente; además, no tenía nada para ponerse. Había tenido que tomar prestado un albornoz de Olivia que apenas le cubría el trasero. En realidad, no tenía problema en desfilarse desnudo por su casa bajo su traviesa mirada. Sin embargo, a la hora de la comida era mejor que estuvieran tapaditos o se morirían de inanición.

—Echaré de menos dormir contigo en mis brazos —le dijo y la abrazó fuerte a la vez que respiraba hondo para empaparse de su fragancia.

—También te echaré de menos. Ha sido un fin de semana perfecto.

Olivia repitió su mismo gesto. Necesitaba impregnarse de él.

—No dudes en llamarme si precisas cualquier cosa. ¿De acuerdo? — dijo pensando en el cabrón de su ex.

Ese hijo de puta iba a dar problemas. Estaba seguro.

No pudo resistirse y otra vez se perdió en su boca, en su dulzura.

Olivia cerró la puerta y apoyó la espalda sobre la sólida madera. Su respiración era irregular y su corazón latía acelerado. Se llevó los dedos en los labios, estaban hinchados por sus besos. Todo su cuerpo estaba sensible, era capaz de sentirlo en cada rincón. No sabía precisar cuántas veces habían hecho el amor o cuántas habían follado, ahora era capaz de apreciar la diferencia. Con él podía dejar salir a flote la Olivia que tenía aprisionada debido a años de disciplina y reproches. La Olivia que siempre había querido ser.

Salió de su trance y empezó a recoger su casa a conciencia. Matthew no era muy organizado, vivir con él sería un reto para ella, que era casi una obsesa del orden. Cuando todo estuvo reluciente preparó la ropa que llevaría al día siguiente. Quería estar guapa por si él aparecía por la empresa.

En este momento se acordó de sus amigas y cogió su móvil para enviar un mensaje al grupo de WhatsApp que tenían. Nunca había estado tanto tiempo sin comunicarse.

«Sé que estáis enfadadas conmigo porque no he dado señales de vida, pero cuando os cuente lo que he estado haciendo todo el fin de semana me vais a perdonar».

Las respuestas no tardaron en llegar y sus amigas petaron su teléfono de preguntas. Olivia ocultó las escenas más picantes pero, debido a la escasa experiencia que tenía antes de que Matthew irrumpiera en su vida, sus amigas se quedaron con la boca abierta.

Cameron: «Jolines, qué suerte tienes».

Nicole: «¿No tendrá un hermano gemelo?».

Lesley: «Zorrón, mañana no podrás ni sentarte».

Los mensajes y el cachondeo siguieron. Olivia nunca había contestado a sus amigas con tanta naturalidad. Ni la manera promiscua de hablar de sexo de Lesley la cohibía. Se sentía libre para hacer lo que le daba la real gana. Las dudas que había tenido antes de liarse con él se desvanecieron. Su relación no suponía ningún impedimento en su propósito de conocerse a sí misma. Al revés, le daba la oportunidad de probar sus límites.

Nicole: «Tenemos que salir esta semana para conmemorar que Olivia ha dejado de ser una pringada. Ja, ja, ja, ja».

Lesley: «Hablaré con Simone, a ver si tiene algo para nosotras».

Olivia: «Perfecto, chicas. Tengo que dormir, si no mañana no soy persona».

Cameron: «Eso, descansa el chocho que mañana lo necesitarás a pleno rendimiento. Ja, ja, ja, ja».

Olivia apagó el móvil y se fue a la cama. No podía dejar de reírse de las ocurrencias de sus amigas. ¿Sería cierto algo de lo que le habían dicho para suavizar la picazón que tenía en su entrepierna? Tendría que probarlo, porque con la fogosidad con que se amaban su chocho, como decía su amiga Cameron, ardería en llamas.

Había olvidado comentar con sus amigas la llamada de su madre. Fliparían en colores cuando se enterasen de lo que había hecho Bryan. También se quedarían con la boca abierta al saber que su madre la había escuchado y estaba arrepentida. A Olivia le costaba entender la adoración que sus padres profesaban a su ex, principalmente su madre. Que ella estuviera ciega era comprensible, pues creía haber encontrado el amor de su vida. Pero ¿cómo era posible que él consiguiera que su madre le diera la razón en todo?

El sueño la venció y su mente se fue silenciando poco a poco.

Matthew había empezado la semana con la agenda saturada. Pasó el día de reunión en reunión; sin embargo, no conseguía dejar de pensar en su ángel. Sentía una euforia comparable con la que lo dominaba cuando estaba a punto de salir a una nueva expedición. No, no era comparable, era mil veces más poderosa.

Tenía la intención de llamarla al mediodía para que almorzaran juntos, pero le había surgido una comida de negocios de última hora y tuvo que posponer la llamada. Ahora se sentía como un tigre enjaulado a punto de saltar a la yugular del primer incauto que osase llevarle la contraria. En este momento una simple llamada tampoco serviría para saciar el hambre que sentía por ella, necesitaba verla. Sin pensarlo le pidió a su secretaria que cancelara su siguiente reunión y fue en busca de su panacea. Solo ella podía apaciguar la bestia que rugía dentro de él.

Olivia estaba en una situación parecida, los dos iban a la par en sus sentimientos. Ella había empezado el día con una sonrisa tonta en la cara, pero a medida que las agujas del reloj avanzaban, su humor se fue desinflando. Se sentía insegura, quizás el fin de semana había sido inolvidable solo para ella. Necesitaba salir de esa agonía, necesitaba escuchar su voz para saber que todo no había sido solo una ilusión.

—¿Va todo bien, Olivia? —le preguntó Colin preocupado. Se la veía tan feliz esta mañana y ahora parecía estar a punto de llorar—. ¿Por qué no descansas un ratito? He traído *brownies* de chocolate.

La hermana de Colin había adelgazado diecisiete kilos y desde entonces no probaba los dulces. Sin embargo, los seguía preparando con asiduidad y a él no le quedaba otra que llevarlos a la empresa para compartir con sus compañeros o, de lo contrario, los abdominales que tanto le había costado conseguir desaparecerían.

—Me parece que voy a aceptar tu sugerencia. Casi he terminado el

balance de mayo —dijo Olivia salvando su trabajo en el servidor.

Salió de la oficina dispuesta a ahogar su tristeza en un buen trozo de chocolate. Solo esperaba que todavía quedara algo. Conociendo el talento de Taylor en la repostería lo más probable era que no encontrara ni el envase.

Al entrar en la cocina se encontró con Valentina, la secretaria de Marck y su amante según las malas lenguas.

—Hola —la saludó Olivia.

—Hola, linda. Seguro que vienes a por un trocito de pecado —dijo soltando un gemido tras llevarse a la boca el último bocado—. Dios, esto está de muerte.

Olivia se acercó, abrió el táper y, como había previsto, solo quedaban unos pocos pedazos medio deshechos. Cogió uno bajo la mirada de codicia de Valentina.

—Me voy antes de caer en la tentación y coger otro trozo. *Bye, bye.*

Olivia le hizo una seña con la mano a la vez que daba el primer mordisco. Cuando iba por el segundo trozo, la voz que tanto deseaba oír se escuchó a su espalda.

—¿Escaqueándose en el horario laboral? Muy mal, señorita Young —dijo envolviéndola en sus brazos.

—Hola. Es por una buena causa. ¿Quieres un poco? —preguntó a la vez que se giraba y le ofrecía un trocito.

Su corazón se aceleró cuando sus ojos se cruzaron. Su mirada era tan intensa que el calor que transmitía le abrasó la piel. El deseo circuló por su sangre y le nubló el sentido.

—Sí... Quiero más que un trocito. Lo quiero todo —susurró y con el dedo índice le alzó la barbilla y pasó la lengua por sus labios. Olivia gimió y abrió la boca deseosa de sentir su lengua.

Matthew recorrió su cuerpo con las manos mientras su lengua bailaba con la suya en un ritmo enloquecedor. Necesitó usar todo su control para no desnudarla y tumbarla sobre la mesa para saborearla allí mismo, la deseaba de una manera desmesurada. Pero estaban en una zona común y cualquiera podría entrar de un momento a otro.

—Te he echado de menos —jadeó tras liberar el labio inferior de ella de entre sus dientes.

Olivia pasó la lengua por donde su mordisco había dejado un delicioso dolor, dolor que se conectaba directamente con su sexo.

—Yo también, mucho —dijo con la respiración entrecortada.

Matthew la atrajo a su cuerpo y Olivia sintió que su miembro semierecto le presionaba el vientre.

«Ni se te ocurra. Mantén tus manos quietecitas», se dijo a sí misma intentando controlar el deseo de dejarse llevar por las hormonas.

—Tengo que volver al trabajo, Colin se estará preguntando dónde me he metido.

—Lo sé preciosa, yo también estoy bastante liado. ¿Puedo pasar más tarde para acompañarte hasta tu casa? —inquirió esperanzado.

—Me encantaría.

Matthew le sonrió y volvió a besarla, esta vez con suavidad y cariño. Después la acompañó hasta su oficina y, para su completa sorpresa, se despidió depositando un piquito en sus labios.

Olivia cerró la puerta y agachó la cabeza. No era capaz de enfrentarse a la mirada de Colin.

—Así que estáis juntos... —afirmó sin rodeos.

—Hmmm, más o menos. Estamos conociéndonos. Ehm... —le imploró con la mirada sin poder decir ni una palabra más.

—Tranquila. No he visto nada. Cuando anunciéis la boda, me invitas. Ahora a trabajar —le dijo y le guiñó un ojo.

A Olivia las palabras de Colin le hicieron gracia. ¿Cómo podía estar pensando en boda si ella acababa de salir de una? Sería todo un récord, veintidós años, casi veintitrés, —en ese momento ese dato parecía relevante— y dos matrimonios. Apartó esa idea de su cabeza por lo absurda que era e intentó concentrarse en el trabajo.

Mientras lo hacía, Matthew volvía a la cadena de televisión y conseguía terminar su jornada sin ningún incidente. Su ángel le había devuelto la serenidad. Estaba tranquilo sabiendo que la vería dentro de poco. Sin embargo, más que acompañarla a su casa lo que deseaba era llevársela a la suya. Quería tener su olor impregnado en su cama.

La idea de tenerla allí se fue haciendo cada vez más potente. A la hora de recogerla no pudo controlarse y le pidió que pasara la noche con él, en su casa, en su cama. Olivia lo miró sorprendida pero, al instante, sus ojos brillaron de expectación, deseaba que esta relación avanzara y se consolidara. Decidieron pasar primero por la residencia de Olivia, para que ella cogiese todo lo necesario.

Ella estaba eufórica, todas sus decisiones estaban controladas por el deseo de estar con él. Su conciencia estaba silenciosa, nada de alertas o

reproches; se lanzaba a la piscina sin saber nadar, sin ponderar los pros y los contras. Simplemente dejaba que los acontecimientos siguieran su curso.

Una vez tuvieron todo listo, él intentó convencerla para que dejara su coche, quería llevarla al trabajo y recogerla. Pero Olivia se mantuvo firme, necesitaba sentir que tenía el control, precisaba ser independiente. Nadie la llevaría de un lado a otro como antes. A Matthew no le quedó más remedio que ceder y lanzarse al tráfico que, por suerte, a esa hora todavía era fluido.

Mientras él tenía la vista puesta en la carretera, ella miraba por la ventana el magnífico paisaje del alrededor. Sabía que él poseía un alto poder adquisitivo, pero cuando entró en el aparcamiento del lujoso edificio Remington —situado en el Corredor Wilshire, también conocido como la Milla del Millonario debido a que estaba rodeado por el triángulo dorado, formado por Beverly Hills, Bel Air y Holmby Hills—, se sintió un poco intimidada.

Sin embargo, la manera tan desenfadada y desprovista de pompa con la que la condujo a su hogar, la tranquilizó. Le enseñó cada rincón con la misma naturalidad con la que ella le había mostrado su acogedora casita. El apartamento era digno de un rey, pero lo que más impresionó a Olivia fue la terraza panorámica, quitaba el aliento. Se imaginó allí con él, haciendo el amor delante de la chimenea de leña, bajo las estrellas y con la ciudad a sus pies.

—Puedes utilizar este lado para poner tus cosas. —Le indicó con la mano un lado vacío del vestidor—. En el armario del baño encontrarás toallas.

—Gracias —dijo con voz trémula por la intimidad que estaban compartiendo. Podría decir que era mayor que la que habían tenido cuando hicieron el amor.

Matthew pretendía preparar la cena primero, pero tenerla allí lo estaba trastornando. Necesitaba tocarla, sentirla...

La habitación se volvió pequeña y la tensión sexual los atrapó de manera irremediable. Solo necesitaron una mirada para lanzarse el uno a los brazos del otro. El beso prendió la mecha y, dominados por el frenesí de la pasión, empezaron a deshacerse de las molestas prendas.

Capítulo 21

Cada pieza que caía al suelo avivaba el fuego que ardía en la entrepierna de Olivia. Cuando él empezó a desabotonarse los pantalones su boca se hizo agua y el deseo de saborearlo la dominó.

—Espera, déjame a mí —pidió dispuesta a dar rienda suelta a la lujuria.

Se puso de rodillas y se pasó la lengua por los labios; a continuación, llevó los dedos a la cinturilla de su pantalón. Matthew temblaba y eso la hacía sentirse poderosa. Cuando su miembro saltó imponente delante de su cara, tragó saliva y tomó su pene en la mano, disfrutando de su tacto, duro y aterciopelado a la vez. Lo sujetó con firmeza y lo apretó con suavidad, provocando que él soltara un gruñido gutural. Matthew deslizó la mano en su cabeza, enredando los dedos en su pelo, animándola a seguir adelante.

Ella se acercó y sacó su lengua, la pasó sobre el glande y fue bajando a lo largo del tronco, deteniéndose en los testículos. Los capturó con la boca y los lamió una y otra vez.

—Putá mierda, nena, me estás matando...

Olivia siguió con su traviesa lengua, disfrutando de cada lametazo antes de llevárselo hasta el fondo. Él se descontroló y su mano hizo más presión en su cabeza, quería saber si ella era capaz de albergarlo entero.

Ella siguió chupando y deslizando los labios por su eje, subiendo y bajando, llevándolo cada vez más adentro. Matthew temblaba, sus testículos estaban a punto de estallar.

—Para, Olivia, voy a correrme —jadeó soltándola para que ella pudiera retirarse.

Pero Olivia no estaba dispuesta a parar, esta vez iba disfrutar hasta el final. Clavó las uñas en sus nalgas para impedir que se apartara y siguió succionando con voracidad. Matthew volvió a enredar la mano en su pelo y la ayudó a encontrar el ritmo. El clímax no tardó en atravesarlo como un rayo, provocando que todo su cuerpo se estremeciera.

Matthew miraba extasiado cómo ella se tragaba todo, mientras los espasmos de su cuerpo se prolongaban por la imagen de ella arrodillada a sus pies. Cuando terminó, ella se pasó la lengua por los labios y lo miró con una

sonrisa victoriosa.

—Mmmm... me gusta. Sabes bien.

—Joder, preciosa. Eres mi sueño hecho realidad —susurró con voz enronquecida, la levantó y la acercó a su cuerpo. Su lengua entró en su boca sin contemplaciones y pudo apreciar su esencia; sin duda, la de ella sabía millones de veces mejor. Y ahora le tocaba a él disfrutar del festín. La iba romper en dos de placer.

Tras haberla hecho vibrar en sus manos se dirigieron a la ducha donde, una vez más, el éxtasis volvió a sacarlos de sus órbitas.

Saciados y con una sonrisa de felicidad en la cara se dirigieron a la cocina cogidos de las manos.

—¿Te parece bien un bocadillo de carne asada? —preguntó a la vez que le indicaba con la mano uno de los taburetes que rodeaban la isla de la cocina.

—Deja que te ayude.

—No, tú sentadita ahí. Tengo que lucir mis dotes culinarias —remató con una media sonrisa, esa que le alelaba las ideas.

—Se te da muy bien cortar la carne —dijo sin poder esconder la risa.

Matthew la miró con una falsa mueca de disgusto.

—Señorita Young, ¿está poniendo en entredicho mi pericia en los fogones? —preguntó al tiempo que se acercaba de forma peligrosa—. Tendré que castigarla por ese comportamiento irrespetuoso.

Olivia le sonrió y se mordió el labio inferior de forma inconsciente.

—Joder, preciosa, como sigas mordiéndote el labio así, adiós bocadillos —gruñó y le pasó la lengua sobre el labio inferior, sobre la pequeña marca que ella había dejado tras aprisionarlo entre sus dientes—. Pórtate bien, por favor.

«Me he portado bien durante mucho tiempo, ahora toca pecar y pecar. Madre mía, me he convertido en una ninfómana», pensó al tiempo que lo veía moverse con soltura por la cocina.

—¿Qué te apetece beber?

Olivia se decantó por una cerveza y él le sonrió por su acertada elección. A continuación, dispuso los manteles individuales y depositó sobre ellos dos enormes sándwiches.

—*Bon appétit* —dijo intentando imitar el acento francés, luego se sentó a su lado.

—Está muy bueno —comentó Olivia tras dar el primer bocado.

—Me lo ha preparado Rosario, trabaja para mi padre, pero he

conseguido convencerla para que me cocine y me limpie dos veces a la semana.

—Y yo que pensaba que, además de un profesor de surf, me llevaba también un chef —le provocó.

—Estás muy graciosa hoy —le respondió con una sonrisa torcida, esa que provocaba que ella perdiera las bragas—. Pero, para que conste, soy un cocinero de primera. —Se quedó un rato en silencio con los recuerdos de su madre revoloteando por su mente—. Mi madre estaba a favor de la igualdad de género y me enseñó desde pequeño a desempeñar todas las tareas del hogar. Según ella, uno nunca estaba seguro del día de mañana y tenía que estar preparado para cualquier eventualidad.

—Tu madre debió ser una gran mujer. Me hubiera gustado conocerla —dijo Olivia mirándolo con ternura.

—Y ella a ti, Olivia. Si estuviera viva me estaría implorando que te pusiera un anillo en el dedo.

Olivia se estremeció con solo escuchar esa palabra. Un pensamiento pasó por su cabeza y la curiosidad hizo que lo soltara.

—Tienes treinta y cuatro años, eres un empresario de éxito, eres guapo y estoy segura de que no faltarán mujeres dispuestas a echarte el lazo. ¿Nunca has estado tentado de pasar por el altar? —preguntó Olivia directa como una flecha.

—¿Me está llamando viejo, señorita Young? —protestó frunciendo el entrecejo, pero sin perder su característica sonrisa.

—Estás eludiendo mi pregunta.

«Sí, tienes toda la razón, ángel. Pero cómo te digo que era un jodido cabrón que huía del matrimonio como el diablo de la cruz», se dijo a sí mismo mientras la miraba con intensidad.

—No. Creo que la mujer apropiada es la que te hace pensar en ello, la que te hace quererlo todo.

Olivia tragó saliva ante su respuesta. La sola idea de que otra ocupara ese puesto le revolvió las tripas.

«Yo seré la mujer que te hará quererlo todo, solo yo», pensó dominada por un fuerte sentimiento de posesión.

Ajeno a lo que estaba pasando al otro lado de la ciudad, Bryan andaba de un lado a otro de su habitación, no soportaba saber que su exmujer era feliz con otro. Quería verla de rodillas pidiéndole perdón por haberlo dejado. Pero

la muy puta había conseguido salirse con la suya.

—Estás de muy mal humor. ¿Qué más te da con quién esté liada?

—Cállate. No te he pedido tu opinión. Sus padres la creyeron, pero yo no me trago eso de que tuviera dinero ahorrado. Esa mosquita muerta me ha estado poniendo los cuernos desde el principio.

—Eso no puedes asegurarlo. Olivia estaba enamorada de ti pero, por lo visto, ha abierto los ojos. Tal vez yo debería hacer igual —dijo cansada de estar discutiendo siempre por lo mismo.

Bryan se enfureció y le cruzó la cara con una sonora bofetada, luego la tiró sobre la cama y desahogó su frustración con su cuerpo. A ella le iba el sexo duro; sin embargo, esta vez no había sido solo eso. Él estaba cruzando la fina línea que separaba ambos mundos, empezaba a tenerle miedo. Su descontrol iba aumentando cada día.

Matthew se despertó a la mañana siguiente y lo primero que hizo fue tantear el colchón en busca de su ángel. La encontró boca abajo con una pierna medio doblada y ese culo que se moría por probar apuntando hacia él. La reacción de su cuerpo fue inmediata y su miembro se puso duro como una roca. Sin embargo, el deseo quedó relevado a un segundo plano cuando la emoción de despertar teniéndola a su lado lo invadió. Era tontería seguir negándolo, se había enamorado de ella. No había otra explicación para ese calor que sentía en el pecho cada vez que la miraba, que la tocaba, que le hacía el amor. Sentía ganas de protegerla, de hacerla reír, de darle el mundo entero.

Se acercó teniendo el cuidado de no despertarla y, con delicadeza, le echó el pelo a un lado para dejar su cuello al descubierto. Su cuerpo le pedía que la hiciera suya de manera inmediata, pero no tenían tiempo y tuvo que conformarse con dejar un reguero de besos que empezó en su cuello y fue bajando por su espalda, hasta culminar con un delicioso mordisco en su nalga.

—¡Auch! —se quejó Olivia despertándose y frotando la zona con la mano.

—Buenos días, nena —dijo a la vez que pasaba la lengua por la pequeña marca que sus dientes habían dejado impresa en su piel—. ¿Te gusta más así? —susurró y buscó su boca para besarla con pasión.

Después del beso tuvieron que separarse y con una frenética carrera contra el reloj se ducharon y se vistieron apresurados.

—Te llamo más tarde —le dijo Matthew tras darle un último beso.

Olivia salió del estacionamiento y se metió de lleno en el caótico tráfico. Siempre salía de casa antes de las siete de la mañana para evitar la hora punta, momento en el que el tránsito estaba en su punto álgido y las carreteras se colapsaban totalmente. Hoy estaba justo en el umbral, ahora solo le tocaba armarse de paciencia y cruzar los dedos para no llegar tarde.

Sus plegarias fueron atendidas y consiguió llegar a tiempo. Su jefe ya estaba a pleno rendimiento y nada más saludarla la puso a trabajar. Misión que era imposible, ya que su mente vagaba sin control por los recuerdos de Matthew, de su sonrisa torcida, de su cuerpo fuerte y musculoso, de su boca, de la manera tan intensa con la que le hacía el amor. Una sonrisa bobalicona se dibujó en sus labios y su jefe la pilló in fraganti, con mirada soñadora y suspirando ante la pantalla del ordenador.

—Te ha dado fuerte, ¡ehmmm!

Ni se preocupó en ocultar su sonrisa. ¿Para qué negar lo evidente? Lo que sentía por Matthew era demasiado fuerte, su corazón se aceleraba ante la idea de poner una etiqueta a sus sentimientos. Se estaba enamorando de él y lo más sorprendente era que esta constatación no la hacía sentirse vulnerable. Estaba tranquila, el tiempo se encargaría de determinar cuán sólidos eran sus sentimientos.

La jornada laboral casi llegaba a su fin cuando Olivia recibió la llamada que tanto esperaba. No obstante, no había ido como deseaba. Matthew la había llamado para decirle que tenía una reunión importante y que lo más probable era que se extendiera hasta tarde, así que no podía pasar por la empresa para verla. Su voz denotaba cansancio y tensión. Olivia se acordó de que él le había comentado que, tras la enfermedad de su padre, había tenido que hacerse cargo de sus negocios y, al parecer, no le estaba resultando fácil convencer a los demás de su valía. Él todavía no le había comentado cuál era la actividad de la empresa de su progenitor. Tendría que preguntárselo, pero era complicado porque cuando estaban juntos solo pensaban en sexo.

Era increíble cómo había cambiado su vida, con su exmarido nunca había hecho las cosas que hacía con Matthew. Con Bryan los encuentros sexuales eran rápidos y casi nunca llegaba al orgasmo. Nunca había tenido el valor de contarles su intimidad a sus amigas, pensaba que era normal y que el sexo no era lo más importante en la relación. Ahora se daba cuenta de lo equivocada que estaba. Y no era solo sexo. Para despojarse de sus inseguridades y entregarse a la lujuria como lo estaba haciendo en este momento había que tener confianza, admiración y respeto. Respeto por él y por

sí misma.

Sus reflexiones apenas la habían dejado concentrarse en el trabajo. Una vez fuera de la oficina respiró aliviada.

Ya llevaba un rato en su casa cuando el timbre de la puerta sonó. Su corazón estalló de felicidad y salió disparada para abrir. Estaba convencida de que era Matthew. Pero su sorpresa fue mayúscula al encontrarse allí a su madre.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—Visitar a mi hija. No sé por qué te sorprende tanto —dijo entrando sin ser invitada.

—Tal vez sea porque he dejado de ser vuestra hija. ¿Has olvidado que me desterrasteis?

Olivia no estaba dispuesta a ponerle las cosas fáciles. Le habían hecho mucho daño en el momento que ella más los necesitaba.

—Lo sé, hija, sé que fuimos duros contigo. Eres nuestra hija y te conocemos bien, deberíamos, por lo menos, haberte escuchado.

—Me dolió mucho que las mentiras de Bryan tuvieran más peso para vosotros que mi verdad.

—Espero que nos perdones. De verdad que lo sentimos. ¿Ahora me vas a contar lo que sucedió?

Deseaba que sufriera un poco. Su padre también se merecía su indiferencia, pero eran su familia, la única que tenía. Y, a su manera, la querían.

Olivia no quiso darle muchos detalles, solo le contó lo esencial. Con eso su madre tenía más que suficiente para ver quién era su exyerno. Ella también quería que su progenitora se diera cuenta de su cambio. Así que le dijo:

—Lo que ocurrió ya no importa, madre, lo importante es que he despertado, y no solo con relación a Bryan. Ahora sé quién soy y lo que deseo para mi vida. No permitiré que nadie más me pisotee. —Estas palabras también iban dirigidas a su familia, y Roxana había captado el mensaje porque, al escucharlas, agachó la cabeza—. Solo me queda una última duda para poner fin a este asunto. ¿Qué has visto en Bryan para defenderlo con tanto ardor? Nunca te has puesto de mi lado, siempre me has hecho sentir ridícula e inmadura cuando intentaba llevarle la contraria.

Su madre la miró durante unos minutos. Estaba sopesando su respuesta y Olivia sintió un nudo en el estómago.

—No lo entenderías —dijo y empezó a andar de un lado a otro—. La

vida no es un cuento de hadas como crees, nadie vive solo de amor. Tu padre cometió un error y no iba a permitir que eso nos pusiera en evidencia.

Capítulo 22

La cabeza de Olivia daba vueltas con las palabras de Roxana.

—¿Me estás queriendo decir que Bryan sabía algo de papá y que te amenazó con hacerlo público si no te posicionabas a su favor?

Ella no podía dar crédito. Su madre hubiera preferido mantener las apariencias antes que velar por su felicidad y por su seguridad. Una vez más, la decepción se adueñó de su corazón.

—No llegó a expresarlo con palabras, pero cuando me dijo que la infidelidad de tu padre se quedaría en la familia supe que, si no colaboraba con él, se lo contaría a su madre y esa bruja lo ventilaría a los cuatro vientos. No podía soportar que nuestro matrimonio estuviera en boca de todos. De verdad que lo siento, hija, te juro que pensaba que él te convenía y que tendrías un matrimonio sólido a su lado.

¡Sólido! Claro, cómo no, para ella el amor no importaba. Bryan era el prototipo de yerno ideal, guapo, inteligente, con una carrera prometedora, de buena familia, toda una joya de la que presumiría orgullosa delante de sus amigas.

—No todo es blanco o negro, Olivia. No me juzgues ni cuestiones el amor que siento por ti, que sentimos por ti. Tu padre también te quiere mucho y cuando sepa cómo te ha tratado Bryan, tomará represalias. —Se acercó a ella y le exigió que la mirara a los ojos—. Una cosa es que lo apoyáramos porque pensábamos que era bueno para ti y otra muy diferente es estar de acuerdo con ese trato vejatorio que ha tenido contigo; jamás aceptaríamos eso solo para protegernos. No te quepa duda de que tu padre le parará los pies.

Olivia no estaba muy segura de las palabras de su madre. Tal vez la quisiera de verdad. Pero había dejado claro cuáles eran sus prioridades y eso no iba a cambiar. Bryan se disculparía, les prometería guardar el secreto a cambio de que ellos no ensuciaran su buen nombre y todos felices.

Roxana se marchó con la promesa de regresar con su padre para que se disculpara y para que conociera su casa. Antes de irse intentó averiguar el nombre del chico con el que estaba saliendo; no obstante, Olivia se mantuvo firme y no soltó prenda. Nunca más les permitiría inmiscuirse en su vida.

Estaba saliendo de la ducha cuando escuchó su móvil sonar desde la habitación, pegó una carrera y patinó sobre el agua que se escurría de su cuerpo, por poco no se mata.

«Dios, como no sea Matthew me doy con la cabeza en la pared por tonta».

—Sí —contestó jadeando sin haber siquiera mirado el número.

—¿Estabas follando? Sigue con la faena, ya te llamo en otro momento.

—No, no cuelgues —gritó a su amiga Lesley—. Estoy sola, acabo de salir de la ducha.

—Has creído que era él y has salido como una loca para coger el teléfono. Ja, ja, ja, ja. No tengo polla, pero te puedo hacer disfrutar como nadie, nena.

—Estás loca —dijo sin poder evitar que las imágenes pasearan por su mente. No, definitivamente no.

—¿Qué tal las cosas con Thor? Espera, mejor por WhatsApp. Nicole me está petando el móvil de mensajes.

Las chicas intercambiaron confidencias, pero era la historia de Olivia la que tenía protagonismo en este momento. Sus amigas nunca la habían visto tan abierta y dispuesta a compartir su intimidad, así que aprovechaban para saciar su morbosa curiosidad. Ya estaban despidiéndose cuando Lesley se acordó del verdadero motivo de la llamada.

«Se me olvidaba. Simone nos ha conseguido una vez más entradas para el Lure este jueves».

Nicole: «¡Yujuuu, amo a esa chica!».

Cameron: «Mañana de compras, quiero estrenar modelito».

Olivia: «Me apunto. Salgo a las seis. ¿Quedamos en The Grove?».

Se pusieron de acuerdo y, tras despedirse de ellas, Olivia se dispuso a preparar una ensalada. La poca hambre que tenía la había perdido con la visita de su madre.

Los recuerdos de la noche anterior invadieron su mente. Lo echaba de menos y no podía evitar sentirse melancólica. En un impulso cogió su móvil para enviarle un mensaje. Necesitaba sentir que estaba conectada con él de alguna forma.

«¿Qué le digo? Te echo de menos y la casa está vacía sin ti. Sí, claro, y aprovecho también para contarle que estoy enamorada», pensó molesta consigo misma.

«Preparando una ensalada mientras expandes tu imperio. Espero que todo haya ido bien. Besos».

Se quedó un rato mirando la pantalla, esperando que el doble tic que aparecía al lado del mensaje se volviera azul. Sin éxito, todo seguía gris, como su estado de ánimo.

Olivia degustaba su cena, ajena a la batalla que Matthew estaba lidiando con el consejo de accionistas. Él intentaba convencerlos de que el nuevo formato del programa de deportes les reportaría el triple de beneficios; sin embargo, no se lo estaban poniendo nada fácil. Su padre ya le había advertido de que no mostrara debilidad, que cuando estuviera convencido de algo fuera implacable, y eso estaba haciendo. Se los estaba merendando a todos, pero empezaba a sentirse agotado y su deseo de ver a Olivia le estaba desconcentrando. Estaba a punto de tirar la toalla con tal de acabar con la puñetera reunión, sobre todo después de recibir su mensaje.

—Creo que lo mejor es que procedamos con la votación. Ya he dejado claro cada punto y los beneficios que aportará el nuevo formato están sobre la mesa. La pregunta es: ¿Queréis triplicar la facturación del canal de deportes o no?

Se hizo un silencio en la sala y los miembros de la junta, uno a uno, fueron aprobando su propuesta. Matthew escondió su satisfacción tras una máscara de indiferencia y frialdad. Lo único que quería era terminar con el protocolo y salir pitando a casa de Olivia. No pensaba irse a dormir sin darle un beso y, si tenía suerte, algo más que un beso.

Una vez en el coche volvió a leer el mensaje y se fijó en la hora. Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que lo había enviado. Todavía era pronto para que estuviera durmiendo, así que decidió pasar por su casa para darse una ducha rápida y, de paso, pillar una botella de su mejor champán. Pretendía conmemorar con ella su logro.

Prefirió no llamarla para decirle que estaba de camino, quería darle una sorpresa. Su corazón se aceleró al pensar en la sonrisa que pondría cuando lo

viera delante de su puerta. Cómo habían cambiado las cosas. Unos meses antes le parecía imposible pensar en la posibilidad de pasar el resto de sus días con una sola persona. Ahora ya no conseguía imaginar su vida sin ella.

Empezó a reír al pensar en su padre. Debería pedirle a Olivia que se fuera a vivir con él, como había hecho su padre con Meg. El viejo era un *crack*. Sin embargo, tendría que esperar. Ella acababa de salir de un matrimonio fallido. Además estaba el otro tema, tema que había olvidado en un rincón de su cerebro y que, tarde o temprano, explotaría en su cara.

Dejó a un lado estos pensamientos que tanto le angustiaban y aparcó el coche delante de su casa. Parecía un adolescente, a cada paso que daba su corazón se aceleraba. «Qué jodido es eso», pensó y tocó el timbre. Al segundo toque la puerta se abrió y su ángel se materializó delante de él, con la sonrisa que llevaba todo el día soñando. No sonaba muy varonil decir que sentía que las mariposas volaban en su estómago. Pero así era como se sentía: atontado, noqueado y enamorado hasta las trancas.

Las palabras sobraban y, tras cerrar la puerta, dejó la botella y las copas sobre el recibidor. Luego la tomó en sus brazos y la besó con pasión. Mientras sus lenguas seguían con su apasionado baile, sus manos bajaron por su espalda y se detuvieron en su trasero, lo estrujó y se deleitó con su redondez; bajó un poco y la incitó a que le rodeara la cintura con sus piernas. Sus sexos se rozaron y la locura se desató entre ellos.

El champán se quedó olvidado en la mesa, sudando y empapando la madera con sus tímidas gotas, mientras los amantes se saboreaban y perdían la cordura probando nuevas posturas. Posturas que dejarían a las amigas de Olivia ojipláticas.

Un par de horas más tarde, Matthew paseaba perezosamente sus dedos por la espalda de Olivia.

—Por la sonrisa que tienes estampada en la cara creo que sobra preguntar si estás bien —dijo con coquetería dándole un suave mordisco en el hombro.

—La verdad es que me siento muy bien, pero no tengo ni idea del porqué —contestó sin poder esconder la risa.

—Entonces tendré que repetirlo para que te quede claro. —La giró y la miró a los ojos con intensidad—. Estaba deseando que la reunión terminara para estar contigo. Te has metido bajo mi piel, Olivia.

Ella sintió que sus palabras le llegaban al alma. El calor que le invadió el pecho le recorrió todo el cuerpo.

—También estaba deseando verte. Desde que estamos juntos, quiero decir, desde que nos vimos...

—Estamos juntos, Olivia, somos pareja. Tú eres mía y yo soy todo tuyo, en exclusiva. ¿Te queda claro?

—Muy claro —dijo con voz queda.

—Bien. Ahora, sigue, porque me estaba gustando el rumbo que estaba tomando la conversación —añadió a la vez que le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Olivia le sonrió con timidez.

—Nada, ehmmm... Me siento completa cuando estoy contigo.

—Parece que estamos hechos el uno para el otro, preciosa —le dijo en un susurro y otra vez tomó posesión de su boca, de su cuerpo...

Pero como en la vida no todo son flores, la armonía que estaba disfrutando la pareja desde hacía casi dos semanas estalló el miércoles. Habían quedado para comer porque las amigas de Olivia pasarían a buscarla más tarde para ir de compras. Hasta ahí todo perfecto.

La cosa se torció cuando ella le comunicó sus planes para el día siguiente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó cabreada.

Bastante había tenido con sus padres toda la vida y con su ex hasta hacía poco para aceptar que nadie más la controlara.

—No sé por qué lo preguntas, ¿acaso he dicho algo? —intentó justificarse.

—Ni falta que hace, llevas enfurruñado desde que nos hemos sentado.

Matthew se desesperó por su falta de control. ¿Cómo podía decirle que no se fiaba de sus amigas? ¿Cómo iba a contarle que tenía miedo de que las locas esas la drogasen de nuevo con el pretexto de que él tampoco le convenía? Había que poner fin a esto, esa mentira destruiría su relación de una manera u otra.

—Perdona, Olivia. No sé qué me ha pasado. Te prometo que no tiene nada que ver con que te vayas de fiesta con tus amigas. Confío en ti —argumentó con medias verdades.

Olivia lo miró desconfiada. Jamás hubiera imaginado que él fuera del tipo celoso. Parecía muy seguro de sí mismo para esos ataques. Tal vez fuera verdad y estuviera rayado por otra cosa.

—¿Y a qué discoteca vais a ir? —preguntó con una sonrisa inocente.

—Al Lure. Lesley tiene una amiga que es promotora de eventos y siempre nos consigue pases libres.

—Bien, ¡qué suerte! Es un *nightclub* muy exclusivo.

—¿De verdad quieres seguir hablando de esto? —inquirió Olivia, que deseaba cambiar de tema. Presentía que si seguían por este camino acabarían peleándose de mala manera.

Matthew le brindó una sonrisa torcida y decidió darle una tregua.

—Mi amigo Bruce, el que estaba conmigo en Las Vegas, se casa este fin de semana y me encantaría que me acompañaras. La familia de la novia es escocesa y será una ceremonia celta.

Los ojos de Olivia brillaron de emoción, siempre había sentido fascinación por esa cultura. Escocia ocupaba el primer puesto de los lugares que quería visitar, sobre todo la región de los *highlanders*.

—¡Wow! Me encantaría asistir a una ceremonia así.

—Sabía que te gustaría. Además, mis amigos están locos por conocerte mejor.

El camino de vuelta a la empresa lo hicieron cogidos de las manos. Entre bromas y risas Matthew había conseguido despejar cualquier duda sobre su desafortunado comportamiento.

—Te llamo por la noche. Pásatelo bien —le dijo antes de sujetarle la cara con ambas manos y perderse en su boca.

Olivia le devolvió el beso con la misma avidez. No cabía duda de que él dominaba el arte de besar. Sus labios eran exigentes, agresivos, sedosos... No le importaría pasarse todo el día besándolo.

—Adiós, preciosa. Piensa en mí —añadió y le mordió el labio inferior dejando una pequeña marca. Su marquita, no era la primera vez que lo hacía.

Cómo no pensar en él. Olivia se llevó los dedos a los labios, se tragó el anhelo que sentía y entró en la oficina. Tenía que poner los pies en la tierra, porque le esperaba una ardua tarde de trabajo.

Al tiempo que Olivia se entretenía con los números, Matthew fue a saludar a su gerente y amigo Marck. La última vez que lo había visto le notó muy raro. Estaba distante y apenas prestaba atención a lo que él estaba diciendo.

—Hola, hombre, qué sorpresa. No te esperaba por aquí hoy.

—Solo he pasado para saludar. Estaba con Olivia.

—Veo que la cosa va en serio. Me alegro por ti. Se ve buena chica —dijo sin poder ocultar un matiz de tristeza en la voz.

—¿Va todo bien? —preguntó Matthew.

Marck giró el bolígrafo entre los dedos mientras sopesaba si contarle o no a su amigo que estaba liado con Valentina, su secretaria.

—No hay quien entienda a las mujeres, un día quieren una cosa y al día siguiente otra. Han venido a este mundo para enloquecernos.

—Ya, por lo visto no soy el único que está pillado —concluyó con una sonrisa solidaria—. Bueno, tengo que irme, me espera una tarde de cojones. Antes de que se me olvide, quiero una reunión con los diseñadores, no me gusta la propuesta de la nueva colección.

Marck asintió sin hacer ningún comentario. Sabía que los nuevos diseños eran una mierda, pero en su cabeza solo había lugar para una cosa: Valentina. Ella le estaba haciendo perder la razón y empezaba a ver que esa locura estaba repercutiendo en su trabajo. No podía seguir así. Tendría que cambiarla de departamento para recuperar su paz mental.

Olivia apagó el ordenador, recogió su bolso y se despidió de Colin. Al salir a la calle se reunió con sus amigas, que llevaban un buen rato esperándola. Se saludaron con entusiasmo y empezaron a parlotear una por encima de la otra.

—¿Por dónde empezamos, chicas? —preguntó Cameron y, por fin, se callaron.

—Zapatos —respondieron las tres al unísono.

Un buen rato después, las cuatro paseaban cargadas de bolsas, no había quedado tienda sin visitar ni ropa por probar. Las tarjetas de crédito echaban humo, porque The Grove no era para cualquier presupuesto. De las cuatro, Olivia fue la que menos gastó, le dolía pensar que cada prenda costaba la mitad de su sueldo. Lo mejor era huir de la tentación; además todo el ejercicio que hicieron, andando de un lado a otro, vistiéndose y desvistiéndose, le había abierto el apetito.

—¿Qué tal si nos sentamos para comer algo? Estoy famélica —pidió esperanzada.

—Todavía queda una última cosa —dijo Lesley apuntando con el dedo a la exclusiva tienda de lencería.

Olivia claudicó sin poder remediarlo. Los zapatos y los encajes eran su perdición. En su luna de miel Bryan había utilizado su pasión por este tipo de prenda para humillarla. Le había dicho que estaba tirando el dinero porque, se pusiera lo que se pusiera, jamás estaría *sexy*. Eso sucedió en su primera noche

en la isla, la noche que se suponía sería el prelude de un matrimonio feliz. Ella apartó los malos recuerdos y decidió mostrarse a sí misma que era capaz de volver a un hombre loco de deseo con una delicada y *sexy* prenda.

Con una sonrisa traviesa en los labios se dirigió al probador con dos minúsculos conjuntos de encaje, uno negro y otro rojo, medias de seda hasta medio muslo, varios corsés, un par de tangas a juego, un ligero y los zapatos de tacón que había comprado horas antes.

—Buscando un polvo efervescente, ¿ehm? —bromeó Lesley al ver las prendas que llevaba en la mano.

—Calla —dijo en voz baja.

Capítulo 23

Una vez en la cabina, cerró la puerta con el seguro. Su amiga era muy capaz de abrirla y exhibirla a todas las miradas.

No todo podía probarse, así que Olivia tuvo que pagar algunas piezas con antelación para podérselas llevar al probador. Estaba decidida a sorprender a Matthew y para ello escogió el conjunto de encaje negro, de todos era el más provocador. Tenía una tela suave al tacto y su roce despertaba su lado salvaje. Se sentía como una cortesana preparándose para entregarse a los placeres de la carne.

El resultado final la dejó con la boca abierta, parecía un ángel de Victoria's Secret.

Se giró delante del espejo para apreciar todos los ángulos, ajustó el ligero para que su culo pareciera todavía más respingón, se arregló el pelo, retocó su maquillaje y ensayó una pose *sexy*. Una vez contenta con el resultado cogió su móvil y se preparó para entrar en acción.

Antes de enviar las fotos, escribió:

«¿Te gusta mi modelito? Lo he escogido pensando en ti. Besossss».

Olivia sintió que su corazón se aceleraba y el calor que circulaba por su cuerpo comenzaba a abrasarla. Estar con Matthew la había liberado de cualquier prejuicio. Dejó el móvil a un lado y se preparó para probarse otro modelito. Y mientras ella seguía divirtiéndose, Matthew estaba tomando una cerveza en la terraza de su apartamento. Había salido del trabajo directo a casa, no estaba de humor para ver a nadie.

—¡Joderrrr! ¿Quieres acabar conmigo, Olivia? —gruñó mientras la cerveza le salía por todos los lados. Se había atragantado al ver las imágenes que ella le había enviado.

Volvió a mirar las fotos boquiabierto. Su ángel quería portarse mal, no podía creerse lo afortunado que era.

Le hizo una videollamada y le preguntó:

—¿Dónde estás?

—Hola. ¿Te ha gustado? —preguntó dejando a un lado el corsé que se iba a probar.

El bajó la cremallera de su pantalón y liberó del molesto calzoncillo su miembro, que se irguió duro como una roca.

—¿Gustarme? Compruébalo tú misma —dijo bajando el objetivo de la cámara para que ella no perdiera detalle.

Olivia no pudo evitar soltar un gemido y ese ruidito lo volvió loco.

—Dime dónde estás, Olivia —jadeó entre dientes.

—Estoy en el probador de una tienda. No puedes venir.

—Joder, preciosa. No puedes dejarme así. Tendrás que hacer algo. Enséñame tu coño.

—¿Qué?

—Por favor, Olivia. Tócate para mí... Quiero correrme y lo quiero hacer contigo.

Olivia siguió hipnotizada el movimiento de su mano y, sin pensarlo, se dejó llevar por las exigencias de su aterciopelada y envolvente voz. El placer era tan brutal que se vio obligada a sentarse para no caerse de rodillas.

—Así, preciosa. Mete otro dedo, sííí... así... más fuerte. Joder, estoy a punto.

Olivia sintió cómo el placer se acumulaba en su vientre, el orgasmo era inminente.

—Ahora, nena. Hazlo por mí. Córrete conmigo —gruñó y sus movimientos empezaron a ser frenéticos.

Su cuerpo obedeció complaciente y sintió cómo los músculos de su sexo se cernían sobre sus dedos. Susurró su nombre mientras los espasmos del placer se propagaban por cada partícula de su ser.

—Dios, Matthew. No me puedo creer que haya hecho esto —murmuró todavía embargada por la pasión.

—Eres increíble, Olivia. Me tienes fascinado.

—Olivia, ¿sigues viva? Están a punto de cerrar la tienda y, como no salgas ahora mismo, va a venir la dependienta a sacarte —dijo Lesley aporreando la puerta.

«Madre mía. Qué vergüenza. ¿Con qué cara voy a salir de aquí?», se preguntó mentalmente.

—Tengo que cortar. Van a cerrar la tienda. Adiós —dijo con voz baja para que su amiga no la escuchara.

—Por Dios, Olivia. Todavía estoy empalmado. Cuando te pille te voy a follar tan fuerte que vas a estar una semana sintiéndome dentro de ti —jadeó desesperado.

Olivia colgó el móvil y, todavía aturdida, se vistió como pudo. Al salir del probador se topó con tres pares de ojos curiosos y divertidos.

—¿Qué? —preguntó poniendo cara de niña buena.

—Si no lo veo con mis propios ojos, mejor dicho, con mis oídos, no me lo creo. ¿Estabas *siriricando*? —preguntó Lesley con la boca abierta.

—¡Siriri... qué! ¿Qué diablos es eso? —inquirió aguantando la risa. Conociéndola podía hacerse una idea de por dónde iban los tiros.

—Olivia no estaba en esa clase de palabrotas brasileñas —dijo Cameron partiéndose de la risa.

—Esa palabrita tan graciosa se refiere a la manipulación manual del clítoris, de la vagina o del ano, con el fin de...

—Por Dios, Nicole, no hace falta que me lo expliques con tantos detalles. Mejor voy a pagar esto. ¿No me habíais dicho que iba a venir la dependienta a echarnos? —preguntó intentando franquear a sus amigas.

—Era mentira. Estabas haciendo mucho ruido. Joder, zorri, te has lucido esta vez; ni yo lo hubiera hecho mejor.

Olivia se puso de color escarlata. Buena hora para ponerse pudorosa, había conseguido escandalizar a Lesley y eso eran palabras mayores. Su amiga era un ser hedonista que no conocía límites. Intentó hacerse la loca para zafarse del interrogatorio, sin éxito.

—Esperad que pague esto y os cuento qué ha pasado —claudicó.

Tras desembolsar cuatrocientos cincuenta dólares, salió con sus tesoros colgados del brazo. Nada más poner un pie en la calle la acribillaron a preguntas. Y no le quedó otra que contestar una a una.

—¡Jo, Olivia, qué envidia! Quiero un Matthew en mi vida —dijo Cameron poniendo ojitos soñadores.

Olivia puso mala cara y casi gruñó.

Sus amigas estallaron en una sonora carcajada. Les costaba creer que esta era su amiga de toda la vida. Su cambio era palpable e iba en aumento a cada día. Esto les aliviaba el peso que tenían en sus conciencias por lo que le habían hecho. Sin embargo, sabían que el ajuste de cuentas no tardaría en llegar.

El cansancio se había apoderado del grupo. Y decidieron irse directamente a casa.

Olivia tuvo que enfrentarse al atasco de la hora punta, era el segundo de esta semana. Y era desesperante, tenía ganas de abandonar el coche para ir caminando, estaba segura de que llegaría antes.

Cuando llegó a casa ya no le quedaban ganas de nada, dejó sus bolsas tiradas en el sillón y se fue a la ducha, y de allí a la cama, que estaba fría y solitaria. Daría lo que fuera por tener a Matthew con ella en ese momento. Dormir con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el latido de su corazón, era el puto paraíso.

A la mañana siguiente, Olivia se despertó con el timbre de la puerta. Pegó un salto de la cama y maldijo al universo por haberse dormido. Sin embargo, al mirar su despertador vio que eran las seis de la mañana. Pensando que podía ser Matthew quien había decidido madrugar para darle una sorpresa salió corriendo sin preocuparse por sus vestimentas. Al mirar por la mirilla no pudo ver quién era porque un ramo de rosas rojas se interponía en su campo de visión. Segura de que era su sueño hecho realidad, abrió la puerta sin pudor.

—Ehm... buenos días... ehm... Entrega para la señorita Olivia Young.

Olivia pegó un grito y cerró la puerta en la cara del chico. Luego la volvió a abrir teniendo el cuidado de esconderse detrás.

«Te estás luciendo, guapa. Ayer te masturbaste en un probador y hoy recibes a un desconocido desnuda».

El chico la miraba con los ojos desorbitados. No sucedía todos los días que una chica casi en pelotas le abriera la puerta a las seis de la mañana.

—Firma aquí —dijo con voz débil.

Olivia estampó su rúbrica y él le entregó un enorme ramo de rosas de tallo largo, doce en total. Con una sonrisa bobalicona en los labios cerró la puerta, cogió la tarjeta y la abrió ansiosa.

«Me ha encantado la sorpresa. Significa que eres mía.
Tuyo, Matthew».

—Muy tuya —dijo en voz alta a la vez que giraba sobre sí misma, con el ramo en una mano y la tarjeta en la otra.

¿Cómo no se iba a enamorar de él? Era perfecto. Olfateó las flores y después besó la tarjeta. Parecía una quinceañera, bueno, eso de quinceañera había quedado superado, como una chica de doce años recibiendo la primera notita del chico guay de la clase; eso tampoco, hoy en día se comunicaban de

otra forma. Cualquiera diría que había evolucionado.

Tras poner sus preciosas rosas en un jarrón, desayunó un bol de cereales con fruta y, mientras lo hacía, le escribió un mensaje:

«Son preciosas. Me encantan. Besossss. MUY TUYA».

Había perdido mucho tiempo contemplando su regalo y tuvo que pisar a fondo el acelerador para evitar el caos en las carreteras.

Como todos los días, su jefe la esperaba con la mesa repleta de trabajo y la verdad era que se lo agradecía, así tenía la mente ocupada y no se pasaba todo el día sonriendo como una idiota.

Mientras Olivia intentaba mantener a Matthew lejos de su pensamiento, él intentaba controlar las ganas de secuestrarla esta noche. No le hacía ninguna gracia que saliera con las locas de sus amigas, temía que le hicieran daño. Estaba desesperado, necesitaba encontrar una manera de protegerla sin que ella se enfadara o pensara que era un cabrón machista que la quería enjaular.

Matthew quedó para almorzar con Olivia e intentó por todos los medios persuadirla para que lo invitara a acompañarla a la discoteca, sin éxito. Ella eludió con ingenio cada intento suyo. Por fin se dio por vencido y tuvo que conformarse con la promesa de que ella lo llamaría a la salida y le permitiría llevarla a casa. Su ángel parecía frágil e indefensa, pero era cabezota. Cuando cruzaba los brazos como una niña pequeña no había quien la ablandara.

Al final de la tarde, Matthew estaba que se subía por las paredes. Había querido pasar por su empresa para dejar un buen recuerdo a su ángel, quería que ella no se olvidara de él en ningún momento de la noche. Pero, en el último instante, había cambiado de idea. Se estaba comportando como un troglodita y no podía dejarse llevar por sus inseguridades, inseguridades causadas por lo que había sucedido en Las Vegas. Tendría que encontrar el valor para poner fin a eso.

Su padre lo había llamado unos instantes antes de salir. Parecía feliz y decidió hacerle una visita. Desde que estaba con Olivia lo había dejado un poco de lado. Seguía llamándolo todos los días para preguntar cómo estaba y para tratar temas de la empresa, pero no era lo mismo que verlo en persona. Tampoco era que él lo echara de menos, su viejo estaba viviendo una auténtica luna de miel.

Al llegar a casa de Robert, Matthew se encontró con Meg, que salía hecha una furia. Estaba tan concentrada despotricando en contra de su progenitor que ni siquiera se detuvo a saludarlo.

—¡Uy, uy, uy! Me temo que hay problemas en el paraíso —dijo en voz alta mientras subía los escalones del pórtico.

La puerta se encontraba abierta, así que entró sin llamar. Desde que su padre tenía pareja evitaba entrar con su llave, no le apetecía presenciar situaciones que, probablemente, le dejarían traumatizado para el resto de su vida. Todo estaba en silencio y no había ni rastro de él. Lo llamó varias veces, pero en ninguna obtuvo respuesta. Estaba empezando a preocuparse, temía que hubiera sufrido un infarto tras discutir con Meg.

Después de buscar por la primera planta subió a la segunda y se dirigió a su habitación. Allí tampoco estaba. Volvió a llamarlo con un tono más energético y esta vez su padre le contestó. El sonido venía de su despacho. Apresuró el paso e irrumpió en la estancia. Lo encontró tras su escritorio.

—Hola, papá. ¿Va todo bien? Me he encontrado con Meg en la entrada y no parecía de muy buen humor.

—No hay dios que entienda a las mujeres —afirmó apurando el último trago de su *whisky* escocés.

Matthew tenía la sensación de estar viviendo un *déjà vu*, había escuchado estas mismas palabras no hacía mucho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sirviéndose una copa del mejor *scotch* de la bodega de su padre.

—Quería darle una sorpresa a Meg. Ella nunca ha salido de los Estados Unidos, así que contraté un viaje de dos meses para que pudiéramos visitar juntos las principales ciudades europeas —dijo cabizbajo—. Pensé que iba a dar saltos de alegría, pero lo que ha hecho es mandarme a la mierda.

Matthew conocía bien a su padre y lo más seguro era que no le estuviera contando toda la historia.

—Cuéntamelo desde el principio, papá.

Su padre pareció dudar por un instante, después le explicó lo sucedido.

—Le he dicho que tenía una sorpresa, pero que tendría que abandonar su trabajo. Ella ha entrado en cólera y me ha contestado que jamás lo dejaría.

—Por Dios, papá, ¿es que no te das cuenta?

Matthew no podía dar crédito. Su padre tenía fama de ser un hombre despiadado en los negocios; sin embargo, con la familia siempre había sido justo y considerado.

—Ella es la que tiene que darse cuenta de lo ingrata que ha sido conmigo. Lo he hecho con todo el cariño del mundo, pensando que le haría ilusión —concluyó enfurruñado—. ¿Sabes qué? Que se quede con su trabajo de mierda, me iré yo solo.

Matthew tuvo que controlarse para no reírse. El comportamiento de su padre era comparable al de un adolescente. Y él que venía en busca de consuelo.

—Papá, no estás siendo justo. Su trabajo es la única seguridad que tiene en la vida.

—Ahora me tiene a mí.

—¿Qué pasaría si mañana te despertaras y te dieras cuenta de que ya no la quieres?

—Eso no pasará nunca, la amo —dijo con seguridad.

—Sigues sin entenderlo, papá. El millonario eres tú, no ella.

Su padre se quedó mirándolo como si le hubieran salido cuernos. Pero, de repente, salió del despacho y lo dejó allí. Matthew lo siguió y lo vio bajando por las escaleras como si tuviera veinte años.

—Espera. ¿A dónde vas? —preguntó al ver que se dirigía a la cochera.

—A suplicar, hijo. A suplicar de rodillas si hace falta.

Su padre entró en el coche y salió pisando fuerte. Matthew sonrió, sabía que se iban a reconciliar.

A él también le tocaría suplicar el perdón de Olivia cuando le contara la verdad.

Capítulo 24

Olivia estaba un poco achispada, había tomado dos margaritas de fresa y necesitaba moverse un rato para bajar el alcohol.

—Chicas, voy a bailar, ¿alguien se apunta?

—Yo —dijo Cameron y las dos se fueron meneando las caderas al ritmo de la música.

Estaban dándolo todo en la pista y los admiradores no tardaron en arrimarse.

—No mires ahora, pero creo que Bryan se está acercando.

Olivia perdió la sonrisa y su cuerpo se paralizó. No había vuelto a verlo desde el día que le había pedido el divorcio en su oficina. Se había puesto en contacto con el abogado que llevaba los temas legales de su familia y él se estaba encargando de todo. De momento, el trámite avanzaba de forma amistosa, su ex había firmado sin protestar y era cuestión de tiempo que todo se acabara para siempre.

—Pero bueno, ¡qué sorpresa tenemos aquí! Mi exmujercita —pronunció en tono despectivo.

—¿Qué quieres, Bryan? Nosotros no tenemos nada de qué hablar —le hizo frente sin demostrar su miedo.

—Estás equivocada, tenemos mucho de lo que hablar.

—No me interesa escuchar nada que venga de ti. Piérdete de mi vista si no quieres que arme un escándalo.

—Qué guerrera. ¿Dónde está la cosita insignificante con la que me casé? —inquirió cogiéndola por el brazo.

Olivia reaccionó sin pensar y le dio un tortazo con toda su fuerza. Él la miró con ira y ella se apartó por temor a su represalia. En ese momento se acercaron varias personas, incluidas sus amigas.

—Tranquilizaos, ha sido un malentendido. Ya me iba —declaró con una falsa sonrisa elevando las manos en señal de rendición.

Los curiosos se dispersaron y él se fue de rositas, dejando a Olivia temblando de los pies a cabeza.

—Dios mío, he llegado a pensar que me iba a pegar un puñetazo —dijo

frotándose la palma de la mano, que le escocía por el fuerte bofetón que le había propinado—. No sé qué me ha pasado. Cuando me quise dar cuenta ya lo había abofeteado.

—Poco has hecho, yo le hubiera pateado los huevos —gritó Lesley enfurecida.

—Debes de tener cuidado, Olivia. Tenía una mirada que ponía los pelos de punta —advirtió Cameron realmente preocupada.

—No vamos a dejar que este inútil nos fastidie la noche. Brindemos por el golpe que Olivia le ha dado. Has estado fantástica —dijo Nicole orgullosa de su comportamiento. En otro tiempo no le hubiera plantado cara.

Olivia intentó remontar la noche, pero su estado de ánimo no le permitía seguir disfrutando. Su mente reproducía una y otra vez las palabras de Bryan. Según él, tenían asuntos pendientes y eso le daba mala espina.

De repente sintió una necesidad imperiosa de estar en los brazos de Matthew.

—Me voy, chicas, lo siento.

—Nooo, no te vamos a dejar irte —dijeron Nicole y Cameron a la vez.

—Quédate un poco más. No permitas que él gane —pidió Lesley.

—No puedo, tengo que irme —dijo con firmeza—. Acabo de enviarle un mensaje a Matthew para que me recoja. Estad atentas por si lo veis llegar, me voy al baño.

Olivia quería retocarse el maquillaje para ocultar su malestar, no iba a permitir que su exmarido se inmiscuyera en su relación. Su móvil vibró. Era Matthew diciéndole que tardaría diez minutos en llegar. Ella sonrió, ni volando llegaría tan rápido.

Estaba poniéndose un poco de brillo labial cuando sintió que alguien cerraba la puerta de los aseos. Se quedó paralizada al ver quién era.

—¿Dónde está el idiota que te mantiene?

—No necesito que nadie me mantenga —contestó e intentó acercarse a la puerta. Pero Bryan avanzó peligrosamente y ella a retrocedió.

—Crees que soy tan idiota como tus padres. Yo no me he tragado el cuento del dinero ahorrado. ¿Desde cuándo me estabas poniendo los cuernos?

—Estás loco. Déjame salir —gritó e intentó empujarlo para alcanzar la salida.

—Te ha dejado él, ¿verdad? ¿Por esto has venido sola? Ja, ja, ja, ja. No me extraña con lo patética que eres en la cama —dijo con desdén.

—El patético eres tú. No le llegas ni a la suela de los zapatos. Y, para

que te enteres, nunca había disfrutado tanto del sexo como lo hago con él.

En el mismo instante en el que pronunció estas palabras, Olivia se arrepintió, pero ya era tarde. No tuvo tiempo de zafarse de la violenta bofetada que él le propinó.

—Era eso que querías, ¿verdad? ¿Cómo no lo he visto antes? Pero no te preocupes, eso es fácil de remediar.

Olivia lo miraba a través de las lágrimas. La cara le dolía horrores y su ojo izquierdo empezaba a cerrarse. Sintió miedo cuando vio en su mirada que le iba a pegar, pero ahora lo que veía en sus ojos le provocaba pánico. Su instinto de supervivencia entró en acción y empezó a gritar con todas sus fuerzas. Sin embargo, antes de que él la alcanzara alguien pegó una patada en la puerta y rompió la cerradura.

Matthew entró como un tornado en los aseos y se quedó en *shock* al ver la cara de Bryan, su empleado. Él era el exmarido de Olivia. No podía creer que durante todo este tiempo lo hubiera tenido tan cerca.

Había llegado a la discoteca veinte minutos antes, pero Olivia no estaba con sus amigas, había ido al servicio. El tiempo fue pasando y ella no regresaba. Impaciente, comentó con sus amigas que su tardanza no era normal. Ellas se pusieron nerviosas y le contaron que su exmarido se encontraba allí y que se había acercado a ella para insultarla. Su corazón dio un vuelco y salió desesperado en su busca. Al acercarse a la zona de los aseos había escuchado los gritos de Olivia, la puerta estaba cerrada y, sin pensarlo, la tiró abajo.

—Tú, pedazo de mierda, te voy a matar —gritó a la vez que le propinaba un fuerte puñetazo en la cara con tanta fuerza que lo tumbó. Pero Matthew no pensaba detenerse. La ira lo cegaba y solo quería molerlo a golpes.

—Matthew, detente, por favor —pidió Olivia al ver que su novio iba a seguir pegándole tras haberle tirado al suelo—. No merece la pena ensuciarse las manos con él —añadió y lo abrazó por la espalda. Su cuerpo parecía un bloque de mármol, cada músculo estaba en tensión.

—No os quedéis ahí mirando, llamad a los de seguridad —demandó Olivia a sus amigas, que miraban impávidas como su ex sangraba a borbotones por la nariz, mientras Matthew esperaba a que se levantara para seguir pegándole.

—Ese gusano se merece una paliza —comentó Lesley.

—Por favor, Lesley. Vete. Ahora —gritó Olivia al ver que Bryan intentaba incorporarse.

—Hijo de puta, me has roto la nariz —se quejó y lanzó una mirada de odio a Matthew.

—Eso no es nada comparado con lo que te voy a hacer como te acerques nuevamente a mi mujer —dijo entre dientes a la vez que cerraba los puños.

Olivia se temía lo peor e imploró a Matthew que no hiciera nada. Todavía seguía abrazada a él, pegada a su espalda, intentando tranquilizarlo.

—¡Su mujer! Ja, ja, ja. No me extraña, solo un monigote como tú podría querer algo con esa zorra inútil.

El caos estalló alrededor de Olivia. Justo cuando Matthew se iba a lanzar sobre Bryan, llegaron los de seguridad y los detuvieron.

—Suéltame —gritó Matthew al tiempo que forcejaba con el gorila que lo sujetaba.

Un hombre trajeado y elegante entró en este momento y se identificó como el gerente de la discoteca. En cuanto reconoció a Matthew, ordenó que lo soltaran. Luego pidió al fornido seguridad que despejara la zona para que pudieran salir con normalidad.

—Vete con tu novia. Yo me encargo de todo.

Matthew apenas escuchaba lo que le estaba diciendo el gerente del local, lo único que quería era llegar hasta Olivia. Cuando se acercó a ella todo su cuerpo temblaba. El muy desgraciado la había golpeado en la cara y era visible el daño. El miedo que sintió ante la posibilidad de que algo más grave pudiera haber pasado de no haber estado allí, lo dejó sin respiración por un instante.

—Olivia, amor. Por Dios ¿Qué te ha hecho ese desgraciado? —preguntó pasando la punta de los dedos con suma delicadeza por el lado sano de su rostro.

—Me ha pegado una bofetada, pero estoy bien. Solo quiero irme. Por favor, Matthew, sácame de aquí.

Él la acercó a su cuerpo con extremado cuidado y, arropándola con sus brazos, la guio hasta la salida que los de seguridad le habían indicado. Tenía que agradecerle al gerente que hubiera conseguido quitarle de encima las miradas curiosas y que hubiesen podido llegar hasta el coche sin problemas. De Bryan ya se encargaría más tarde.

Matthew puso el coche en marcha y se dirigió a Merlose Avenue.

—¿Por qué has tomado esta dirección? —preguntó Olivia

—Vamos al Hollywood Urgent Care, quiero que te vea un médico.

—No quiero ir al hospital, estoy bien. Se ve más aparatoso de lo que es,

un poco de hielo y mañana estoy perfecta.

—Olivia, no estás bien. Tienes el ojo un poco hinchado y quiero que lo revisen —dijo en tono serio, no pensaba discutir, era un tema innegociable.

Por suerte el hospital estaba a solo seis minutos y cuando Olivia quiso abrir la boca para protestar ya estaban en el aparcamiento. La atención fue rápida y tras la exploración le dieron el alta; los daños solo eran superficiales y no afectaban a la vista, que era lo que a él le preocupaba. Además, al tratarse de una agresión quedaría reflejada en el informe médico. Podría ser útil si ella decidiera denunciarlo o serviría como un agravante en el caso de que su ex volviera a acercarse. Aunque esto no iba a pasar, no lo iba a consentir. Bryan había cavado su tumba y se arrepentiría amargamente de haberle hecho daño.

La enfermera que le había curado la herida del labio se marchó y él se sentó en la cama a su lado. Le retiró el pelo de la frente con suavidad y se lo colocó detrás de la oreja.

—¿Te duele mucho? —preguntó aguantando las ganas de acunarla en sus brazos.

—Ya no, el analgésico empieza a hacer efecto. Dios, Matthew, he sentido tanto miedo. Bryan está como una puta cabra —dijo tragándose las lágrimas.

—Ya ha pasado, amor. Todo va a ir bien. Me aseguraré de que él no se acerque más a ti.

Los dos salieron del hospital. Matthew la trataba como si fuera de cristal.

—Matthew, no me voy a romper. De verdad que me encuentro bien.

—Lo sé, preciosa, es que todavía tengo el susto metido en el cuerpo.

Olivia le lanzó una sonrisa para tranquilizarlo. No le estaba echando la bronca. Solo quería que él se relajara y dejara de sujetarla como si fuera una inválida.

—Mis amigas estarán preocupadas. Tengo que llamarlas —dijo y en ese momento se dio cuenta de que no tenía sus cosas—. No tengo mi móvil ni mi bolso, se quedaron en el aseo.

—No te preocupes, seguro que el personal del local lo ha recuperado. Usa el mío para llamarlas.

Olivia decidió llamar a Lesley, era como la cabecilla del grupo, y desde pequeña siempre se dirigían a ella primero.

—¡Matthew! ¿Dónde está Olivia? ¿Está bien?

—Soy yo, Lesley. No tengo mi móvil ni mis cosas, creo que están en el Lure.

—Joder. ¿Dónde diablos estás? No os hemos visto salir y aquí es como si no hubiera pasado nada. Tampoco hemos visto al gilipollas de Bryan.

De su ex no quería saber nada, ojalá los gorilas de la discoteca le dieran una buena paliza.

—Estoy bien, hemos salido por una puerta privada y Matthew me ha traído al hospital para que me mirasen el ojo. Lo tengo un poco hinchado, pero no es nada grave. Y vosotras, ¿qué tal estáis?

Su amiga le contestó que estaban bien y, tras hablar un rato Olivia, se despidió. Estaba muy cansada y ya no conseguía prestar atención a lo que le estaba diciendo.

—*Ok*. Cuídate. Por la tarde pasamos por tu casa.

Olivia colgó el teléfono y se dio cuenta de que Matthew no se dirigía a su casa. Lo miró y él le contestó antes de que ella formulara la pregunta.

—Mi casa está más cerca.

Tras la respuesta le sonrió y le depositó un suave beso en el dorso de la mano. No había nada que Olivia pudiera hacer. Con una sonrisa así lo seguiría hasta la luna.

Una vez en la casa de Matthew se dieron una ducha juntos, él no quería despegarse de ella. Se quedaron abrazados un buen rato bajo el agua caliente, mientras esta los reconfortaba. Después, agotados, se metieron en la cama. Él tenía muchas cosas que decirle pero, al ver que ella no podía mantener los ojos abiertos, la acurrucó en sus brazos y dejó que el sueño la envolviera.

Él también necesitaba descansar, el día siguiente no sería fácil. Tendría que hablar con su padre de lo sucedido, se llevaría una gran decepción. Pero estaba seguro de que lo apoyaría en la decisión que había tomado. Bryan se arrepentiría para el resto de su vida. Con este pensamiento y la suave candencia de la respiración de su ángel se quedó dormido.

Capítulo 25

Matthew fue el primer en despertarse y, al sentir el cuerpo de Olivia pegado al suyo, otra parte de su anatomía también se despertó. Sin embargo, bastó una mirada a su magullado rostro para que el deseo físico diera paso al deseo de cuidarla y de protegerla. Daría lo que fuera para tenerla así, enredada a él, el resto de su vida.

Lo que Matthew no sabía era que Olivia ya se había despertado y pensaba lo mismo que él.

—Buenos días —dijo con voz dulce al sentir que los dedos de él se deslizaban por su espalda.

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, muy bien —respondió haciendo referencia a la deliciosa sensación de estar en sus brazos.

—¿Quieres hablar de lo ocurrido?

Olivia no estaba segura de si quería hablar de Bryan, pero entendía que Matthew quisiera saber si estaba traumatizada por lo que había sucedido. La verdad era que, psicológicamente, se encontraba bien. A pesar de que había llegado a pensar que la mataría o la violaría, en el fondo no creía que volviera a acercarse a ella. Era demasiado ambicioso para poner en juego su carrera por una mujer que no significaba nada para él.

—No hay mucho de lo que hablar. Él quería saber desde cuándo estábamos juntos. Pensaba que lo engañaba contigo. Discutimos, me ofendió, y yo le planté cara diciéndole lo que pensaba de él. En este momento se puso furioso y me golpeó en la cara. Lo demás ya lo sabes.

En realidad, la habían engañado, aunque ella no se acordaba. Dios mío, eso se complicaba cada vez más. Sin querer, sus caminos estaban entrelazados desde el principio.

—No te preocupes, ese hijo de puta no se acercará más a ti —aseguró tensando todo su cuerpo.

—¿Qué quieres decir con eso? No quiero que te metas en problemas. Bryan es un cobarde al que lo único que le importa es su carrera y su estatus social. Estoy segura de que no va a poner en peligro ninguna de las dos cosas.

—De eso se va a encargar el abogado de la empresa. Voy a poner a Bryan de patitas en la calle y, como vuelva a acercarse a ti, destruiré su carrera de tal manera que tendrá que buscar trabajo en otro planeta.

Olivia se liberó de sus brazos y se sentó de golpe en la cama.

—Espera, ¿me estás diciendo que Bryan trabaja en tu empresa? Pero eso no es posible. Me habías dicho que tu padre se llamaba Robert. Conocí al dueño de la cadena de televisión y se llamaba William. Estaba en mi boda, hablé con él —soltó todo de golpe.

Estaba confusa, nada cuadraba, ni los nombres ni los apellidos. Matthew era Cleveland y el dueño de la cadena se llamaba William Ford. «¿Qué diablos estaba pasando allí?», pensó al tiempo que lo miraba de forma inquisitiva.

—Tranquila, amor, mucha gente se confunde. Cleveland viene por parte de mi madre y desde que murió lo uso como mi primer apellido. El nombre completo de mi padre es Robert William Ford, pero solo la familia lo conoce por Robert —explicó.

—Madre mía, esto es de locos.

«Ahora sí, que Bryan me va a querer matar, se creará que todo es culpa mía», pensó preocupada.

—He estado a punto de preguntarte varias veces a qué se dedicaba la empresa de tu padre, pero siempre estábamos entretenidos con otras cosas —dijo Olivia con la cabeza dándole mil vueltas. Recordaba al señor William y, ahora que lo pensaba con detenimiento, sabía de quién había heredado Matthew ese porte de dios nórdico. En este momento recordó las palabras que le había dicho.

«Madre mía, ¿qué pensará de mí cuando me vea con su hijo? Mi broma se ha convertido en realidad; bueno, casi, no me había casado con su hijo, pero lo amaba y deseaba pasar toda mi vida a su lado».

—Deliciosamente entretenidos, nena —dijo Matthew poniendo esa sonrisa que la dejaba atolondrada—. La verdad es que todavía me cuesta asumir que soy el presidente de la empresa de mi padre. Tú tampoco has pronunciado nunca el nombre de tu ex.

—No me apetecía meterlo en nuestra relación. Ya no significaba nada para mí y quería olvidar que algún día formó parte de mi vida.

—Y lo olvidarás, amor. Me aseguraré de que no tengas que preocuparte más por ese insecto.

—Vas a tener cuidado, ¿verdad? Si Bryan pierde las cosas que más

ambiciosa puede llegar a ser peligroso.

—Lo sé, amor, conozco a esa rata. Te prometo que todo va a salir bien.
—Selló su promesa con un suave beso en los labios.

La temperatura empezó a subir y Matthew decidió levantarse. Su deseo tendría que esperar hasta que ella se recuperara.

—Quédate aquí, voy a preparar el desayuno.

Ella intentó seguirlo; sin embargo, la amenazó con atarla a la cama si se levantaba. Ella sonrió porque esa idea no le desagradaba del todo.

No lo siguió, pero necesitaba levantarse para hacer sus necesidades y ver su cara. Al hacerlo se deprimió. El moretón que apenas se veía había alcanzado un intenso tono morado. «Ni el mejor maquillaje del mundo puede ocultar esto», pensó al acordarse de que la boda del amigo de Matthew sería al día siguiente y no podría asistir. La tristeza la embargó y no pudo evitar que las lágrimas surcaran sus mejillas.

«Es solo una boda, Olivia, lo importante es que no te ocurrió nada grave», le dijo a la imagen reflejada en el espejo. Después se echó agua fría en la cara y borró cualquier vestigio de su debilidad. Con las emociones bajo control se dirigió a la cocina. Al entrar el olor a beicon frito inundó sus fosas nasales y su estómago rugió de manera escandalosa. Se acercó a él y lo abrazó por la cintura.

—Huele que alimenta —manifestó con doble sentido tras pasar la nariz por su espalda desnuda.

Él posó su mano sobre la de ella y disfrutó de la caricia. Si la situación fuera otra, la estiraría sobre la mesa de la cocina y se daría un festín. Casi gimió al sentir la suavidad de sus labios en la piel. Los próximos días serían un putito infierno.

Matthew no se equivocaba. El putito infierno se había cernido sobre ellos, y no por las ganas que tenía de hacerle el amor hasta la extenuación, sino por las situaciones que se habían ido presentando a lo largo del día. Tras el desayuno tuvo que hablar con su abogado sobre lo que tenía pensado hacer con Bryan; lo escuchó y le aconsejó de forma extraoficial, nada de lo que le iba a proponer se podía plasmar en un documento.

Sin embargo, a Matthew eso no le preocupaba, al reportero no le quedaría otra que seguir sus instrucciones. Primero debería de aceptar pedir la baja voluntaria y comprometerse a no acercarse a Olivia en lo que le quedaba de vida; a cambio, él no usaría la prensa para acabar con su carrera y su reputación, y, de paso, con la de su familia. Si aceptara el trato tendría la

oportunidad de empezar en otra cadena, lejos de Los Ángeles, porque allí no encontraría ninguna puerta abierta, se las cerraría todas. Esperaba que fuera listo y tomase su oferta.

A media mañana los padres de Olivia la llamaron. Se habían enterado por alguna de sus amigas que su exmarido le había pegado en la discoteca, así que deseaban verla. Y tras conseguir la dirección de la casa de Matthew, se presentaron allí. Estaba acostumbrado a los aduladores, pero sus progenitores se llevaban la palma. Tuvo que inventar una excusa para ausentarse o les diría en la cara lo que pensaba de ellos.

Después del almuerzo, Matthew estaba deseando que Olivia descansara un rato, se la veía agotada, una vez más tuvo que resignarse. Las revoltosas de sus amigas acababan de llegar. Y a él no le quedó otra que poner buena cara y actuar como un perfecto anfitrión.

Olivia, al contrario, se alegró muchísimo con la visita de las tres, principalmente después del mal rato que había pasado con sus padres. Además, tenía tantas cosas que contarles. Mientras las amigas cotilleaban, Matthew aprovechaba para hablar con Robert.

—Hola, papá. ¿Qué tal las cosas con Meg?

—Hola, hijo. Tuve que usar todo mi repertorio pero, al final, hemos conseguido solucionar nuestras diferencias.

—Me alegro por vosotros. —Pensó un rato antes de abordar el tema—: Me gustaría tratar un asunto contigo.

—Claro, hijo, te escucho.

Matthew le relató todo lo ocurrido, incluso la conversación que había escuchado entre Bryan y su amante, en la que dejaba claro lo que le había motivado a contraer matrimonio. Su padre se quedó sin palabras por un instante, digiriendo la traición, luego reaccionó pidiendo su cabeza. Matthew le comentó las maniobras que había tenido que hacer para proteger a Olivia y para impedir que su nombre y el de la compañía formaran parte de la prensa sensacionalista.

—Has actuado bien, hijo, espero que ese idiota acepte tu trato porque, si no, yo mismo me encargaré de destrozarle la vida.

—Creo que no nos causará problemas, no es tonto y sabe que si movemos los hilos no encontrará trabajo en ningún medio de comunicación de los Estados Unidos.

—¿Y qué tal se encuentra Olivia? —preguntó con cariño.

—Con la cara magullada, pero psicológicamente está bien, es muy

fuerte.

—Gracias a Dios que llegaste a tiempo. ¿Sabes que el día de su boda le pregunté si tenía una hermana gemela para ti? Ja, ja, ja, ja. Quién lo iba a decir.

—No sé por qué no me extraña. ¿Y qué te contestó? —inquirió curioso.

—Me respondió que si mi hijo se parecía a mí, ella misma se casaría con él. Es encantadora. No la dejes escapar.

Matthew no pudo evitar que una sonrisa soñadora se dibujara en su cara. Le costaba creer que Olivia hubiera coqueteado con su progenitor. Al parecer, el destino se había empeñado en hacer que sus caminos se cruzaran.

—No pretendo hacerlo.

Tras hablar con su padre, Matthew empezó a ejecutar su plan. Necesitaba tener todo bien atado para que Bryan no tuviera salida. Había perdido la noción del tiempo y no se había percatado que el silencio reinaba en su apartamento. Preocupado por su ángel, se levantó y salió en su busca.

Ella había pasado un buen rato con sus amigas; no obstante, el cansancio empezó a mermar sus fuerzas. Y sus compañeras, conscientes de que apenas podía mantener los ojos abiertos, decidieron irse. Estaba tan cansada que no tuvo disposición para levantarse y se había quedado profundamente dormida en el comfortable sillón. Así la encontró Matthew. Estaba tan guapa que no pudo resistir la tentación de repasar cada pedacito de su cuerpo; sus labios estaban entreabiertos y con cada respiración soltaba un ruidito de lo más mono, su pecho acompañaba el movimiento con una cadencia hipnotizante.

El espantoso moretón seguía allí, pero la inflamación de su ojo ya había bajado. En unos días solo sería un mal recuerdo.

«Dios, ángel, siento tantas cosas por ti que no sé si podría describir las con palabras», pensó mientras se acercaba.

Olivia sintió un cosquilleo en los labios, se despertó y se encontró con la mirada incandescente de Matthew. Pudo leer en sus ojos las palabras que le dijo a continuación:

—Me he enamorado de ti, Olivia —confesó. Sus sentimientos lo desbordaban y ya no podía mantenerlos encerrados.

El corazón de Olivia dio un vuelco y una emoción abrumadora se propagó por cada poro de su piel. Nunca imaginó que fuera posible sentir lo que sentía por él en tan poco tiempo, pero lo cierto era que no había nada escrito sobre cuántos días tenían que transcurrir para que una persona se enamorara. Podrían ser solo unos segundos o toda una vida. A ella le habían

bastado unas pocas semanas. Había estado tres años con Bryan creyendo que lo amaba y en realidad estaba enamorada de la idea del amor. Ahora era diferente, era real.

—Matthew...

—No pasa nada, sé que todavía es pronto. Haré que te enamores de mí.

«Dios, qué patético y ñoño suena eso. Pero da igual, no descansaré hasta que ella sienta lo mismo por mí. Sé que en el fondo me quiere, tal vez solo necesita tiempo para asimilarlo. El karma me lo está restregando por las narices, he renegado del amor como si fuera la peste y ahora estoy poseído por él hasta la médula», pensó mientras apartaba la mirada.

—No hace falta, Matthew. Ya lo estoy. También me he enamorado de ti —confesó y le sujetó el rostro con ambas manos. Sus miradas volvieron a conectarse.

—Hazme el amor —susurró con voz apenas audible.

No hizo falta que se lo dijera dos veces, la cogió en brazos y se la llevó a la habitación. La besó con dulzura, con una ternura nueva, teniendo cuidado para no lastimarla. La desvistió mientras disfrutaba de cada rincón de su cuerpo y usó su boca y sus hábiles dedos para conducirla al orgasmo. Todavía no se había recuperado cuando la penetró con extrema lentitud. Se estaba conteniendo, hoy no se trataba de su placer sino del de ella. Mantuvo el ritmo, lento y enloquecedor, provocando que Olivia fuera alcanzada una vez más por la vorágine del placer. Ella le rodeó la cintura con las piernas y elevó las caderas, necesitaba más, necesitaba sentirlo más hondo.

Matthew sentía que el punto álgido se acercaba y empezó a rotar las caderas, cambiando el ángulo. Ella gemía y se retorció bajo su cuerpo, y eso le lanzó directo al abismo.

—Joder, nena. Déjate llevar... Córrrete conmigo —gruñó en su oído.

El clímax los golpeó con la fuerza de un volcán, arrasando y quemando todo a su paso, conduciéndolos a una entrega sexual absoluta. Cuerpo y alma fundidos en uno solo.

Instantes más tarde, cuando yacían inmóviles recuperándose del esfuerzo, él le pasó un dedo por la mejilla magullada y preguntó en voz baja:

—¿Qué tal estás? ¿Te duele?

—Estoy bien, con las pastillas ya no me duele. Y la inflamación está bajando. ¿Has sabido algo de Bryan?

Esa tarde había llamado al gerente del Lure para saber qué había hecho con el reportero. Le había comentado que, tras prohibirle la entrada en el

local, uno de sus porteros lo había llevado a urgencias porque tenía una hemorragia nasal.

—Lo llevaron al hospital, sangraba mucho por la nariz. No pienses más en eso, amor. Todo se va a solucionar.

Se quedaron un rato acurrucados en la cama, hablando de sus sentimientos y haciendo planes de futuro. Después se ducharon y prepararon la cena. Una vez saciados decidieron ver una película. En esta ocasión la escogió él y no le sorprendió que hubiera tiros, muertes y explosiones. Minutos después, Olivia se quedó dormida. Matthew sonrió y esa emoción que le calentaba el pecho se propagó por todo su cuerpo, no había felicidad mayor en el mundo que tenerla en sus brazos. También estaba agotado, así que apagó la tele y la llevó a la cama. En nada se unió a ella y cayó rendido en los brazos de Morfeo.

Durmieron a pierna suelta y a la mañana siguiente se despertaron a las doce con la llamada del padre de Matthew. Robert quería saber a qué hora saldrían para la boda, porque iban a ir juntos. Olivia escuchó con atención la conversación y su corazón se encogió, tenía muchas ganas de ir a esa ceremonia.

Debido a lo tarde que se habían levantado, el gran momento no tardó en llegar. Matthew estaba espectacular enfundado en su traje italiano hecho a medida.

—No quiero dejarte sola —dijo Matthew con pesar y rabia a la vez. Por culpa del desgraciado de Bryan, Olivia no lo acompañaría a la boda de su amigo.

—No te preocupes, estoy bien, voy a estar bien. Anda, vete o llegarás tarde.

—Estaré atento al teléfono, cualquier cosa me llamas —añadió y volvió a depositar un suave beso en sus labios.

—No quiero que estés pendiente del móvil, quiero que te diviertas —replicó.

Olivia vio cómo la puerta se cerraba tras la salida de Matthew y la máscara que llevaba puesta se resquebrajó. Estaba muy ilusionada por participar en la ceremonia, pero con la cara así era imposible.

Se había mantenido fuerte hasta ese momento; sin embargo, la soledad sacó a flote los sentimientos que había encerrado, tras la agresión, en un rincón oculto de su mente. Era duro de digerir que, a pesar de su fortaleza, su capacidad física no podía equipararse con la de él. Si así fuera, le hubiera

dado su merecido.

Aprovechó la tarde para hablar con sus amigas y con su hermano. Llevaban sin hablar desde su fatídica boda. No es que estuvieran muy unidos, pero se interesaban el uno por el otro. Por eso le había dolido que él no la hubiera llamado después de la separación, y ahora se enteraba de que sus padres no le habían comentado nada. Por más que viviera, nunca sería capaz de entenderlos.

Capítulo 26

Horas más tarde, su móvil empezó a pitar como un loco, eran notificaciones de WhatsApp. Las abrió y la sonrisa se dibujó en sus labios. Matthew le había enviado varias fotografías de la boda. La novia era preciosa y el vestido de ensueño, parecía una princesa medieval. Olivia se emocionó. Había tanto amor en aquella pareja.

También había enviado un mensaje:

«Un trocito de la boda para ti. No tardaré. Te quiero».

Olivia le respondió al instante:

«Gracias, me ha encantado. Se les ve muy enamorados. Disfruta con tus amigos de este momento tan especial. Yo te quiero más».

Olivia siguió descargando las fotografías, no dejaban de llegar. Se sentía como si estuviera allí. Matthew incluso le había enviado un video de la unión de manos o *handfasting*. Según lo que había leído, los contrayentes entrelazaban sus manos formando el símbolo del infinito y las rodeaban con una cuerda. Un matrimonio de estas características no implicaba simplemente la convergencia de dos personas, sino la fusión de dos almas que prometían acompañarse, complementarse y aprender la una de la otra. De hecho, la posición de las manos representaba, además de la eternidad, el equilibrio entre el sol y la luna; el hombre y la mujer, también como estos opuestos, gozaban de igualdad y armonía. Olivia se había informado a conciencia sobre este ritual, y el detalle que había tenido su novio al retransmitirlo había mitigado su pesar de no poder vivirlo en persona.

Estaba sentada en la terraza apreciando cómo el sol empezaba a

escondese en el horizonte. Matthew no tardaría en llegar, así que decidió ducharse y ponerse *sexy* para esperarlo. No podía hacer mucho, había pedido a sus amigas que le trajeran algunas cosas de su casa, pero lo que necesitaba en ese momento no estaba en la lista. De todas formas, podía esperarlo desnuda o... Una idea pasó por su mente. Cogería un taxi e iría a su casa a por la lencería que había comprado. Sin perder tiempo abrió la aplicación del móvil y, *voilà*, en unos minutos estarían esperándola abajo. Se calzó las Converse, cogió su bolso y las llaves de repuesto del apartamento que Matthew le había dejado por si acaso le apetecía salir a la calle, aunque no lo había hecho, le enfurecía que la miraran con pena.

Un rato después, Olivia ya estaba de vuelta, no tenía mucho tiempo. Matthew le había enviado un mensaje diciendo que había ido a llevar su padre a casa y que no tardaría en llegar.

Tras arreglarse se miró en el espejo. El resultado era incluso mejor que la vez anterior. En realidad eso no era del todo cierto, había que mirar solo del cuello para abajo. Si hubiera tenido más tiempo hubiera comprado un antifaz. Esperaba que él concentrara su atención en otras partes, no quería que su magulladura le frenara. El día anterior había sido tierno y cariñoso, hoy quería que fuera duro y salvaje.

Se estaba echando unas gotas de perfume cuando él llegó.

—Olivia, amor. ¿Dónde estás?

Ella sonrió y, sin perder tiempo, bajó la intensidad de la luz y se colocó de forma sensual en el diván de estilo francés que estaba en un rincón de la habitación. A lo lejos le oía llamarla y por el eco del sonido dedujo que había subido a la terraza. Se estaba impacientando y las ganas de responderle la estaban dominando.

Se humedeció los labios cuando por fin escuchó sus pasos en el pasillo.

Matthew empezaba a ponerse nervioso, no la encontraba por ningún lado. Le aterraba que Bryan intentara algo antes de que él pudiera ponerle contra las cuerdas.

Cuando cruzó el umbral de la puerta de su habitación se detuvo de golpe, no estaba preparado para lo que se encontró.

—¿Te gusta lo que ves? —indagó Olivia con una sonrisa de satisfacción en la cara al ver la sorpresa y el deseo impresos en su profunda mirada azul.

—Joder, ángel. He soñado con verte así —contestó comiéndosela con la mirada. Era perfecta y estaba jodidamente *sexy* con la lencería de encaje. Le bastó con imaginársela a cuatro patas, con el ligero y los tacones puestos,

para que la sangre se concentrara en su entrepierna.

«A la mierda con el control, hoy la follaré de todas las maneras posibles», pensó mientras se desnudaba.

Olivia yacía lívida en los brazos de Matthew. Él había cumplido su promesa, la había follado de todas las formas posibles.

—Gracias por enviarme las fotos. Me he sentido como si estuviera allí —comentó Olivia al tiempo que deslizaba la punta de los dedos por su torso.

—Esa era la intención, nena. Todos te envían un abrazo. Nimue me pidió que te dijera dos cosas: la primera es que, cuando vuelva de la luna de miel, hará una reunión en su casa para que os podáis conocer mejor; y la segunda es que con lo grande que es su familia no te faltarán ceremonias como esta para asistir.

—¿Ellos saben por qué no fui? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, y también mi padre. Pero no te preocupes, nadie te pondrá en una situación embarazosa. No tienes por qué hablar de eso si no quieres.

Olivia se estremeció, quería olvidar de una vez por todas que Bryan algún día había formado parte de su vida.

—Quiero que esto se acabe de una vez por todas.

—Lo sé, preciosa. Olvídalo, lo tengo todo controlado.

Ella sabía que era verdad, dirigir una cadena de televisión importante era algo que daba mucho poder y estaba segura de que él haría uso de esa ventaja. Tal vez fuera la hora de volver a la normalidad. No podía continuar en su casa por mucho que le apeteciera.

—Tengo que volver a casa —le comunicó sin más y él se tensó al oír sus palabras.

—No estoy preparado para hablar de esto, no quiero que te vayas —dijo y la acercó más a su cuerpo.

A la mañana siguiente, Matthew intentó usar sus encantos para persuadirla, sin embargo, Olivia se mantuvo firme. Ella necesitaba un tiempo sola para procesar todo lo que había pasado. Y no era solo eso, había luchado mucho por ser independiente, por tener su casita y, por más que quisiera a Matthew, no iba renunciar a su libertad. Además, los dos tenían muchas cosas que pulir en su relación. Era cierto que se amaban y que se deseaban con locura, pero tenían que tener el cuidado de no asfixiarse el uno al otro. Olivia conocía ese sentimiento y no permitiría que formara parte de su vida nunca

más.

Una semana después, Olivia volvía al trabajo, no sin antes lidiar una auténtica batalla campal con Matthew. Él opinaba que debería de permanecer otra semana más en su casa, pero ella ya no soportaba mirar las paredes ni estar estirada en el sillón leyendo, por mucho que le gustara leer. Era hora de que su vida volviera a la normalidad.

—Bienvenida otra vez, Olivia. Espero que te hayas recuperado de la gripe —le dijo Colin al verla entrar en la oficina. Esa fue la excusa que Matthew había usado para justificar su ausencia.

—Estoy muy bien. Gracias. ¿Y qué tal las cosas por aquí? ¿Mucho trabajo esperándome?

—Me gustaría decirte que no, pero te estaría mintiendo. Nos espera una semana intensa, prepárate.

Su jefe no le mentía, había pasado media mañana clasificando el trabajo en urgente, importante, prioritario y en cotidiano. Cuando la hora de la comida llegó, tuvo que conformarse con comer un sándwich de pollo sentada delante del ordenador. Matthew no estaría contento con esto, se había enfadado la última vez que le dijo que no había podido parar para almorzar. A veces se le olvidaba que era su jefe.

Tendría que tener más cuidado, principalmente esta semana. Estaba irascible por el tema de Bryan. El lunes pasado había presentado una baja laboral de diez días y nadie sabía dónde encontrarlo. Según el parte, en dos días tendría que incorporarse. Y esta situación obligó a que Olivia, muy a su pesar, aceptara que Matthew fuera su chófer hasta que su ex estuviera localizado y ya no representara ningún peligro. Era implacable negociando.

Ella estaba conociendo otra faceta de su carácter, era extremadamente protector, y no era solo con ella, con su padre también tenía esa actitud. Había visto cómo vigilaba su tratamiento, y eso que Meg era enfermera y se encargaba de que Robert cumpliera a rajatabla todas las indicaciones de los médicos. A ella no le importaba que se preocupara por su bienestar, mientras no intentara controlar otras áreas de su vida todo estaría bien. Había aprendido la lección y jamás volvería a tomar ese camino, nadie estaría por encima de su libertad.

Por la tarde Colin la obligó a parar para tomar un café y, de paso, disfrutar del dulce que había traído este lunes. Según los comentarios que pululaban por los pasillos, estaba de muerte.

Cuando entró en la cocina con la intención de comprobar si los rumores eran ciertos, encontró a Valentina con los ojos cerrados y la boca llena. Le caía bien esta tía, era espontánea y siempre tenía una sonrisa en los labios.

—Por lo que veo no estaban exagerando —comentó sacándola de su gozo.

—Hola, linda —dijo con dificultad y, tras tragar, siguió hablando—. Esto está de vicio, la hermana de Colin debería dedicarse a la pastelería. Se iba a hacer millonaria.

Olivia se acercó para coger un trozo, pero la intensa mirada de Valentina la hizo recular. Parecía que le estaba mirando la cara, justo en el lado del golpe.

—Me he enterado de que has estado enferma. ¿Ya te encuentras mejor? —preguntó sin apartar la mirada.

—Sí, solo ha sido un resfriado. Gracias, por preguntar —respondió con un hilo de voz sin poder mirarla a los ojos. Sentía que era capaz de leer la verdad en ellos.

Olivia ya no sabía a dónde mirar. Seguía allí de pie, evaluándola, como si estuviera sopesando algo.

—Tengo que irme o Marck me va a despellejar viva. Si necesitas cualquier cosa solo tienes que decírmelo.

«¿Qué significaba eso?», se preguntó sin encontrar respuesta, era lo más raro que había visto. Olivia decidió no darle más vueltas al asunto y centró su atención en el turrón de cacahuete que tenía en las manos, realmente estaba para chuparse los dedos. Cogió tres trozos y los guardó en una servilleta, los iba a compartir con Matthew más tarde.

«Joder, estar enamorada es una mierda. ¿Podré algún día hacer algo sin pensar en él?». Ella sabía que la respuesta era un no rotundo y, con una sonrisa de aceptación en los labios, volvió a la oficina.

A las seis en punto, Matthew entraba en el departamento de contabilidad para recogerla.

—Hola, Colin. Espero que no la hayas cargado de tareas —dijo en tono acusatorio y Olivia, al ver la cara desencajada de su jefe, salió en su auxilio.

—No le tortures. ¡Anda, vámonos!

Lo tomó del brazo y le lanzó su mejor sonrisa. Luego se despidió de Colin y le guiñó un ojo.

Olivia le contó con detalles su encuentro con Valentina mientras saboreaban el dulce que ella le había guardado. Ver su cara de satisfacción

compensó la actitud cursi que había tenido.

—No es mala chica. Le habrás caído bien —dijo zanjando el tema—. Mi padre nos ha invitado para cenar. ¿Te apetece ir?

Olivia sintió que su corazón se revolucionaba. Le daba miedo que él no la considerara buena para su hijo. Tenía todas las papeletas para no gustarle: era doce años más joven que su vástago; se había casado y separado en una semana; y, lo peor, su ex era un cabronazo que podía llevarlos a los tabloides sensacionalistas.

—Sí. Tu padre ha sido muy simpático conmigo —contestó ocultando sus temores.

—Ya, me he enterado de vuestro coloquio en la boda —dijo en tono travieso lanzándole una sonrisa torcida.

—Nooo, qué vergüenza. No sé dónde tenía la cabeza para decirle aquello. ¿Con qué cara lo voy a mirar ahora? Mejor lo dejamos para otro día.

—No seas cobarde. Además, tu reacción es normal, los hombres de esta familia somos irresistibles —concluyó envolviéndola en sus brazos y besándola hasta dejarla sin aliento.

—Eso ha sonado un poco presuntuoso —le respondió con voz entrecortada.

Él volvió a besarla con intensidad y a punto estuvo de decirle que tenía razón.

Una vez en su casa tuvo que apresurarse para arreglarse, iban contra reloj y, según Matthew, su padre se ponía de un humor especial cuando le hacían esperar. Era un hombre con mucho poder y estaba acostumbrado a que los demás le rindieran pleitesía.

Ella había optado por un vestido de punto, de manga larga, con escote redondo y cruzado delantero, en color mostaza, acompañado por unos botines de piel de tacones anchos en color negro con cierre de cremallera en la parte trasera y puntera fina. Como complemento llevaba unos pendientes de aro en oro blanco y diamantes que le habían regalado sus padres en su decimoctavo cumpleaños.

A medida que se aproximaban a la casa, Olivia empezó a ponerse nerviosa, le sudaban las manos y Matthew percibió que estaba inquieta.

—Relájate, ángel. Todo va a ir bien —la tranquilizó en el momento en que el coche se adentraba en la propiedad.

Olivia le sonrió sintiéndose reconfortada por sus palabras; sin embargo, su corazón seguía latiendo como si fuera a salirse por la boca.

Él la cogió de la mano y juntos subieron los escalones que llevaban al pórtico. Antes de que hubieran alcanzado el último peldaño, una hermosa mujer de unos cincuenta años los recibió en la puerta. Se presentó como Meg, era muy simpática y espontánea; al percibir que ella estaba a punto de sufrir un infarto, la cogió del brazo y la escoltó hasta el salón donde los esperaba el padre de Matthew. Mientras hacía el corto recorrido le fue contando anécdotas de Robert.

—Hola, papá. —Se acercó y le dio dos besos—. Creo que ya conoces a mi novia, Olivia.

—Buenas noches, señor Robert.

—Nada de señor, solo Robert. Ven, dame un abrazo —añadió acercándose a ella como había hecho con su hijo—. Estoy muy contento de que estés con mi chico.

Matthew guiñó un ojo a Olivia y ella sintió que toda la tensión abandonaba su cuerpo. Su padre seguía siendo como ella recordaba, agradable y cercano.

La cena transcurrió en un ambiente relajado y divertido. El padre de Matthew era muy hablador y no se mordía la lengua a la hora de contar detalles de su vida amorosa. Jamás hubiera imaginado que un hombre de negocios tan importante como él fuera capaz de pedirle una cita a una enfermera mientras le realizaban una angioplastia. También le reveló secretos sobre la infancia de su novio, cosa que a él no le hizo mucha gracia, pero que a ella la estaba fascinando.

—Cuando nos reunamos con tus padres querré la revancha —comentó Matthew en voz baja para que solo ella lo escuchara.

Una sombra de tristeza cayó sobre Olivia. Eso jamás sería posible. Sus padres nunca abrirían la boca para alabarla y, mucho menos, para contar sus travesuras. Él se mordió la lengua arrepentido al ver que la sonrisa se apagaba de sus labios. Había olvidado lo desagradables que eran sus progenitores.

Por suerte, el padre de Matthew volvió a ser el centro de atención y les brindó más historias divertidas, esa vez sobre algunas caras conocidas del panorama televisivo.

Capítulo 27

Un prolongado silencio se había instalado sobre los presentes, era como si todos hubiesen pensado lo mismo y no supieran cómo abordar el tema. Ella había temido este instante, pero entendía que era inevitable y deseaba que alguien diera el primer paso para liberarla de esa agonía. Lo hizo Robert y la conmovió lo apenado que estaba por lo que había sucedido. Le prometió que todo se solucionaría dentro de unos días y que Bryan jamás volvería a hacerle daño. Él también se sentía estafado con su ex, le asqueaba que la hubiera utilizado para conseguir un ascenso en su empresa.

Matthew prefirió no hablar mucho, ese tema le enfurecía y temía caldear más el ambiente.

Por suerte, Meg recondujo la conversación y la armonía volvió a reinar en la mesa.

Un rato después la velada llegaba a su fin y la pareja anfitriona los acompañaba hasta el pórtico. Mientras bajaban las escaleras, escuchó lo que decían.

—¿Puedes imaginar los nietos tan guapos que nos van a dar estos dos?

—Sí, con este material genético van a salir unos bebés adorables —añadió Meg soltando una risita divertida al ver que los tortolitos casi se rompen la crisma al descender los escalones.

Matthew tuvo que sujetar a Olivia por la cintura para impedir que se cayera.

—¿Tanto te asusta la idea de tener un hijo mío?

Otra vez las piernas de Olivia se convirtieron en gelatina. No sabía decir si lo que más la impresionaba era lo que había dicho Robert o la pregunta que él le acababa de hacer. Y la verdad es que no tenía clara su respuesta.

—No me asusta, es que me ha pillado desprevenida. ¿Tú quieres tener hijos?

—Tres o cuatro. —Se rio de su cara de espanto—. Sin embargo, creo de debemos practicar mucho antes de tenerlos. ¿No te parece?

—Sí, la idea de practicar me gusta muchísimo —contestó con voz ronca,

el deseo ya corría por su sangre como la pólvora.

Matthew la miró con pasión y la arrastró a la parte cubierta de la cochera. Una vez protegidos de las miradas indiscretas, la atrapó entre sus brazos y le devoró la boca. Al tiempo que su lengua y sus dientes la hacían perder el sentido, su mano se colaba por el dobladillo del vestido y subía lentamente entre sus muslos, deteniéndose en el borde de sus bragas.

—No podemos —jadeó Olivia mientras su cuerpo se estremecía al sentir el tacto de sus dedos en su clítoris—. Por favor, paaaaaara, nos pueden ver.

—Chsss, no nos van a ver. Pero si gritas, nos escucharán —dijo a la vez que introducía un dedo en su interior. Olivia tuvo que morderle el hombro para ahogar su gemido.

—Joder, nena, me pone a mil cómo respondes a mis caricias.

Los dos se perdieron en la pasión, y de pie, con la espalda de ella pegada en la pared, la penetró con profundas y desgarradoras estocadas, una y otra vez, sin darle tregua. Olivia no podía hacer nada, excepto agarrarse a él y besarlo para ahogar sus gritos.

El encuentro fue rápido y demoledor para ambos, apenas se podían mantener de pie.

—Dios mío, no me puedo creer que hayamos follado aquí —comentó Olivia entre risas.

—Vámonos, preciosa, ya hemos tentado demasiado a la suerte —dijo y la cogió de la mano para guiarla hasta su coche.

Olivia bajó su vestido y se dio cuenta de que estaba sin bragas. Las buscó por el suelo y no las vio por ninguna parte.

—No encuentro mis bragas.

—No pasa nada, amor. Te compraré una docena más y las romperé todas.

Su voz estaba cargada de sensualidad y lujuria, pero en ese momento a Olivia solo le interesaba recuperar su ropa interior. No podía irse sin ella, el padre de Matthew podría encontrarla y estaba segura de que sabría que eran suyas.

—No me voy de aquí sin mi tanga. Imagínate si tu padre o Meg lo encuentran.

Matthew soltó una carcajada al entender por qué ella estaba tan obsesionada por encontrar algo que ya era inservible. Intentó recordar que era lo que había pasado y, al hacerlo, puso una sonrisa de satisfacción en los

labios. Se dirigió a la carrocera de la camioneta de su padre para recuperar su trofeo. Al final su ángel tenía razón, su padre sería el que encontraría la prueba del crimen.

—Lo tengo, amor. Salgamos de aquí.

Olivia miraba aliviada cómo Matthew giraba su prenda interior con el dedo, luego la olió y se la metió en el bolsillo del pantalón. Ella sonrió y se acercó a él, y entre risas, como dos niños pequeños que huyen tras hacer una travesura, se dirigieron al coche.

Mientras la pareja se dirigía hacia la casa de Olivia con la intención de seguir con sus juegos amorosos, Bryan se encontraba con su amante.

—¿Qué vas a hacer pasado mañana? —preguntó la chica.

—¿Qué puedo hacer? Me presentaré en la empresa y aceptaré las condiciones del desgraciado de Matthew.

—No entiendo cómo fuiste capaz de pegarle.

—El problema no es que le haya dado una bofetada, se la merecía. El problema es que la zorra está liada con Matthew. Es increíble, con tantas mujeres en Los Ángeles, tenía que escoger a esa insulsa. Pero él está muy equivocado si cree que voy a aceptar que me pise y que me humille.

—No seas tonto, no puedes luchar contra Matthew, te aplastará como una cucaracha.

—¿Crees que no lo sé? Por eso voy a aceptar la oferta de la cadena de Nueva York. Matthew se confiará pensando que me ha ganado y, cuando se descuide, le daré su merecido.

—No te puedes ir a Nueva York. ¿Qué pasará con nosotros?

—No me vegas con esas, nunca hubo un nosotros.

—¿Cómo que no? Llevamos cuatro años juntos.

—No, querida, llevamos cuatro años follando duro.

—No me puedes hacer esto. He hecho todo lo que me has pedido, he permitido que me hicieras cosas atroces solo para que siguiéramos juntos — dijo al borde del llanto.

—Por favor, no seas ridícula. Has disfrutado en todo momento tanto como yo. ¿Se te ha olvidado que nos conocimos en un club de sado?

—¿Qué puedo hacer para que no te vayas?

Bryan la miró con desprecio, no soportaba la gente endeble. Pensaba que ella tenía su misma naturaleza pero, una vez más, se había equivocado, como lo había hecho con su ex. Olivia había mostrado tener más agallas, tal vez por eso cada vez que pensaba en ella su polla se ponía dura. No obstante, tendría

que ser cauteloso y saber esperar el momento idóneo para atacar. Su carrera y su prestigio eran más importantes que cualquier otra cosa.

—Nada, ya he tomado mi decisión.

Bryan cogió las llaves de su coche y se fue sin mirar atrás. Ella contemplaba impotente cómo la puerta se cerraba y sentía que su corazón sangraba. Todo lo que había hecho por él, todo lo que había aguantado para estar a su lado, y él la tiraba a la basura como si fuera un trapo viejo. Sabía que debería estar contenta, por fin iba a poder sacarlo de vida.

El ansiado día había llegado y Matthew se presentó en la cadena más temprano de lo habitual. Deseaba reunirse con su abogado antes de que Bryan llegara. Por suerte, el reportero llegó a su hora y fue escoltado por los de seguridad hasta su despacho.

—Creo que ya te imaginas por qué te hemos conducido hasta aquí —dijo nada más lo tuvo delante.

Se alegró de ver el estrago que había hecho en su cara.

—Sí, y no pondré ninguna objeción. Me han hecho una excelente oferta en Nueva York y pienso aceptarla. Allí tendré más posibilidades de mostrar mi talento —dijo con aires de superioridad.

Matthew tuvo que contar hasta diez. Era idiota, ¿Cómo podía actuar con esa arrogancia después de lo que había hecho?

—Me parece muy bien. Pero no te creas que te vas a ir así sin más. Has engañado a mi padre, has hecho daño a la mujer que amo. Así que te seré bien claro: o aceptas mi oferta o atente a las consecuencias.

Le comunicó lo que había dispuesto y le entregó la baja voluntaria, que era lo único que podía estar en el papel.

A medida que Bryan escuchaba la amenaza y el chantaje que le estaba haciendo —porque ese era el nombre, amenaza y chantaje—, su ira fue en aumento. Sabía que lo echarían, pero nunca hubiera imaginado que Matthew usaría la empresa de su padre para proteger a la zorra de su exmujer. Le habían ganado la batalla y de momento estaba con las manos atadas. Así que estampó su firma en el documento y salió pegando un portazo.

Matthew llamó a su padre y le contó cómo había sido el encuentro.

—¿Crees que se dará por vencido?

—Estoy seguro de que sí, papa. No es tonto y sabe que podemos acabar con él en un abrir y cerrar de ojos.

Después de hablar con su padre llamó a Olivia para contarle que Bryan

había aparecido por la cadena y que todo se había solucionado. A pesar de lo que les había contado a ellos, no pensaba bajar la guardia. Estaría esperando un movimiento en falso del reportero para usar las acciones que había comprado de la empresa de su familia y dejarlos en la miseria.

A pesar de que su padre no había hecho ningún comentario, él estaba seguro de que no había conseguido convencerlo; sin embargo, a Olivia sí, ella daba por cerrada esta etapa de su vida. Su efusiva alegría hizo que él apartara sus miedos a un lado y centrara su atención en ella y en afianzar su relación. Quería que el vínculo que existía entre ellos fuera irrompible para que cuando le revelara lo de Las Vegas pudiera perdonarlo.

En los siguientes días establecieron una rutina. A pesar de que ya no la llevaba al trabajo, almorzaban juntos siempre que su agenda lo permitía, y por la tarde, al final de la jornada, él la acompañaba a su casa o ella iba a la suya. Una vez dentro de las cuatro paredes, se duchaban juntos, follaban, cenaban, hacían el amor o, al revés, intercambiaban palabras de amor, veían películas o salían a pasear por la zona. Daba miedo tanta perfección.

Llevaban así una semana y sus amigas ya estaban celosas, así que cuando llegó el viernes las invitó a ir a la playa. Aprovecharía para verlas y seguir con sus clases de surf. También había llamado a Taylor, llevaba tiempo sin saber nada de ella; bueno, sabía que seguía teniendo buena mano para los dulces.

El encuentro había sido efusivo, pero no tan divertido como ella se imaginaba, porque sus amigas se sentaron en la orilla para reírse a su costa.

Llevaba una hora siguiendo las instrucciones de Matthew, había practicado la remada y la puesta en pie en la arena. Ahora estaba situada en la zona de espuma poniendo en práctica, con las pequeñas olas que allí rompían, lo que había aprendido.

—Tienes que estar muy atenta, amor. Cuando veas la ola, te das media vuelta, te tumbas en la tabla y remas normal. A medida que se acerque, empiezas con la remada explosiva. Y al notar que te deslizas sin necesidad de remar, te pones de pie siguiendo lo que hemos practicado en la arena. ¡Ah! No te olvides de que tus manos tienen que tocar la guía que hicimos en la tabla. ¿De acuerdo?

—Hablar es fácil y cuando lo haces tú parece más fácil todavía, pero esto es un infierno. Creo que el surf no es para mí —se desahogó Olivia con impotencia. Nada salía como ella se imaginaba.

Matthew sabía lo duro que era ese deporte, había que tener mucha

determinación para aprenderlo. Él había necesitado horas y horas de práctica para conseguir que las maniobras le salieran perfectas.

—No te desanimes, nena. Lo estás haciendo fenomenal. Me pondré junto a ti y practicaremos el movimiento juntos. ¿De acuerdo? —dijo con suavidad ocultando su deseo. Era tan adorable cuando se enfadaba que tenía que hacer un esfuerzo titánico para no sacarla en hombros del agua y llevarla a casa para amarla hasta la extenuación.

Olivia le sonrió y continuó con su sesión de entrenamiento. Veinte intentos después, consiguió ponerse de pie y deslizarse sobre la pequeña ola sin caerse.

—¡Yujuuuu! ¿Has visto? Lo he conseguido —gritó Olivia y se tiró a Matthew, que la esperaba con los brazos abiertos.

—¡Así se hace, preciosa! Estoy orgulloso de ti —la felicitó y la besó con pasión.

Un carraspeo ininterrumpió el beso.

—Hola, chicos. ¡Felicidades, Olivia!

—Hola, Taylor. ¿Lo has visto? Por fin lo he conseguido.

—Acababa de llegar y he podido presenciarlo, lo has hecho muy bien.

—Es que tengo el mejor profesor del mundo —dijo eufórica mirando a Matthew y, sin poder controlar su entusiasmo, le llenó la cara de besos.

—Dios, me voy. Sois más empalagosos que mis dulces.

Ellos no escuchaban ni veían nada. Estaban otra vez atrapados el uno en el otro.

Horas más tarde, después de varias repeticiones exitosas, Matthew dio por terminadas las clases. Estaba orgulloso de su chica.

Habían decidido comer algo rápido en los puestecitos de comida que estaban al pie de la playa, hacía un día estupendo y querían aprovecharlo al máximo. Avanzada la tarde, el cuerpo empezaba a dar señales de cansancio. En ese momento todos estaban tirados en la arena disfrutando de los últimos rayos de sol, cuando Nicole, sin querer, soltó la bomba que podría separarlos para siempre.

—Y pensar que si no fuera por nosotras no estaríais juntos.

Las palabras de Nicole pillaron a todos por sorpresa, provocando que un silencio sepulcral cayera sobre el ambiente. Matthew estaba paralizado por el miedo. El momento de la verdad había llegado de la peor manera posible. Era él quien debería de haberle contado lo que había sucedido. Si Olivia se enteraba de la historia de esa manera sus posibilidades de conseguir su perdón

serían casi nulas. Desesperado, lanzó una mirada suplicante a Lesley. Necesitaba que ella recondujera la situación.

—No, guapa, la idea de ir a Las Vegas fue mía, y tuve que rogaros para que me ayudaseis a convencer a Olivia.

Todos se relajaron y Matthew respiró aliviado; sin embargo, sabía que la situación había llegado a su fin. Un miedo atroz lo invadió, no podía soportar la idea de perderla.

—Pues os lo agradezco a todas. Jamás he sido tan feliz en toda mi vida.

Olivia buscó complicidad en la mirada de Matthew, pero lo que encontró fue una desolación y un dolor tan profundo que la dejaron paralizada. Él se dio cuenta de que ella había leído su alma, y lo que reflejaba en este momento la llevaría a pensar cosas que no eran. Así que apartó de su corazón el pánico que sentía y con una sonrisa dibujada en los labios se acercó a ella y le demostró con un beso todo lo que sentía.

Las chicas se quedaron conmovidas por el amor que se profesaban, pero sus conciencias no las dejaban que disfrutaran del momento como era de esperar.

Se habían dado cuenta de la desolación de Matthew y estaban seguras de que él revelaría su oscuro secreto.

Sabían que eso significaría el fin de su amistad.

Olivia jamás las perdonaría, y ellas tampoco, por haber sido tan inconscientes.

Llevarían esa carga durante todas sus vidas.

Capítulo 28

El camino de vuelta a casa lo hicieron en un extraño silencio. Olivia sentía que algo no iba bien con Matthew, estaba totalmente abstraído. Tal vez fuera el cansancio, habían pasado todo el día en la playa, ejercitándose la mayor parte del tiempo. Surfear exigía mucho esfuerzo físico. «Sí, seguro que es eso», pensó ella, que también se encontraba rendida y lo único que quería hacer al llegar a casa era darse una ducha caliente y caer redonda en la cama; con él, por supuesto.

Llegaron a su residencia y sus deseos se cumplieron aún más allá de lo que esperaba. Se ducharon juntos y, después de una cena ligera, se metieron en la cama, donde se amaron con tal entrega que Olivia terminó con lágrimas en los ojos. Se quedó frita al instante y el sueño impidió que ella analizara lo sucedido.

Matthew, al ver que estaba dormida, la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza. Como si así pudiera impedir que se apartara de él cuando le contara la verdad.

Eran las cinco de la madrugada y él apenas había pegado ojo en toda la noche. La angustia le estaba corroyendo por dentro. Tenía que ponerle fin en este momento o ya no sería capaz de hacerlo nunca más. A duras penas esperó que el reloj marcara las siete de la mañana y, cuando lo hizo, la despertó con un suave beso en los labios.

—Buenos días, amor.

—Hmmm... Buenos días. —Se desperezó estirando todo el cuerpo. Tenía agujetas hasta en las uñas.

A Olivia le extrañaba que él todavía no la hubiera tocado, nunca tenía las manos quietas, no se lo reprochaba, a ella le encantaba. Consiguió salir de la somnolencia y lo miró con atención. Lo que vio la alarmó. Algo le pasaba. Su corazón se disparó y con voz dubitativa preguntó:

—¿Va todo bien?

—Tenemos que hablar. ¿Te acuerdas de la noche que nos encontramos en la discoteca de Las Vegas?

El tono de su voz hizo que se incorporara en la cama.

—Sí, la que fuiste borde conmigo —dijo sin entender a dónde quería llegar.

—No solo fui borde contigo. Esa noche nos acostamos —confesó sin rodeos y al ver la confusión en su mirada su corazón se rompió.

—Deja de decir tonterías. ¿Qué clase de broma es esta?

Olivia se levantó de la cama nerviosa. No podía creer que él estuviera jugando con algo así. Era imposible que se hubiesen acostado, lo recordaría. Claro que lo recordaría.

—No es una broma, Olivia. Cuando te contesté de forma brusca me fui a la barra a por una copa. Había decidido emborracharme para olvidarme de ti, pero cuando te vi bailando de forma provocativa con otro me volví loco y lo aparté de tu lado. Te abracé por la cintura y pegué mi cuerpo al tuyo, empezamos a movernos al ritmo de la música, nos besamos y fue como una explosión de fuegos artificiales. Todo a nuestro alrededor dejó de existir. Solo importaba el placer que estábamos sintiendo...

—¡Calla! Cállate de una puta vez. ¿Por qué me estás haciendo esto? Tendría que estar loca o borracha para no acordarme de nada —dijo y empezó a llorar. Su cabeza daba mil vueltas y, de repente, imágenes de lo que había pensado que era un sueño empezaron a bombardear su mente.

Matthew no podía soportar verla así. Intentó abrazarla, pero ella lo rechazó. Para él fue como le clavaran un puñal en el pecho. Pero sea como fuere, tenía que seguir.

—Al día siguiente te busqué, pero ya no estabas. Me enfadé mucho y a pesar de tener la posibilidad de contactar contigo, mi orgullo me lo impidió. El tiempo pasó y no conseguía arrancarte de mi pensamiento. Entonces decidí que era hora de buscarte, sin embargo, justo en esa semana, mi padre se puso enfermo. Dejé pasar un tiempo hasta que estuviera fuera de peligro y llamé a tu amiga Lesley. Bruce tenía su número.

Matthew hizo una pausa para que ella tuviera tiempo de ir asimilando todo. El dolor que veía en su mirada cada vez se hacía más grande. Estaba empezando a tener claro que él decía la verdad y, por consiguiente, se estaba dando cuenta de que él le había mentado cuando se reencontraron. La iba a perder, lo sentía en lo más profundo de su ser. Pero debía de hacer lo correcto. En realidad, debería de haberlo hecho desde el principio.

—Llamé a tu amiga Lesley para pedirle tu teléfono y ella no quiso dármelo. Tuve que amenazarla con ponerte un detective para que accediera a ayudarme. Conseguí que se reuniera conmigo.

—Dios, esto es una pesadilla. No puede ser real, me despertaré en cualquier instante.

No podía aceptar que todo había sido una mentira, una mentira en la que sus amigas también estaban implicadas. Dolía demasiado, no iba a poder sobrevivir a esto, estaba segura.

Matthew cerró los ojos, respiró hondo y pidió a Dios que se compadeciera de él. Nunca había rezado, pero en ese momento estaba dispuesto a orar por lo que hiciera falta con tal de que ella lo perdonara.

—Estaba ilusionado, por fin iba a poder escuchar tu voz. Sin embargo, Lesley destrozó mis planes al decirme que tú no te acordabas de nada. No podía dar crédito. Me sentí furioso, desolado, impotente. ¿Cómo era posible que no te acordaras de la noche que habíamos pasado juntos? Fue increíble, Olivia, desde el primer instante conectamos de una forma indescriptible.

—¿Cómo es posible que no recuerde nada? —inquirió y al instante le vino a la memoria el día después. Se había levantado sedienta y con un dolor de cabeza de mil demonios, también tenía agujetas por todo el cuerpo. Dios mío, él se había acostado con una chica completamente ebria. ¿Cómo había podido hacer eso? De repente sintió asco, de él, de ella.

—Sé que lo que te voy a decir ahora te va a destrozar, pero es la verdad. Tus amigas te drogaron, querían impedir tu boda con Bryan a toda costa. Cuando me lo dijo me volví loco, quería ir a la policía a denunciarlas, quería buscarte para contarte lo que te habían hecho. Pero Lesley me imploró que no hiciera nada, me contó que acababas de separarte y que eso te destruiría. Le exigí que te contara la verdad y me aparté. No tenía salida, hiciera lo que hiciera no me aceptarías.

Olivia estaba paralizada escuchando cada palabra. La habían drogado. Sus propias amigas, a las que consideraba su familia, a las que hubiera confiado su vida. Todo había sido una ilusión.

Otra vez las personas que amaba, o creyó amar, la habían traicionado y manipulado a su conveniencia.

Una pequeña parte de su corazón, la que necesitaba una esperanza para no romperse en mil pedazos, hizo la pregunta que podría abocarla al abismo.

—¿No te diste cuenta de que no estaba en mis plenas facultades?

La pregunta le cayó como un puñetazo en la cara. Eso significaba que lo consideraba tan culpable como a sus amigas. No podía soportarlo, le estaba empezando a faltar el aire.

—Joder, Olivia. ¡Claro que no! Jamás me hubiera acostado contigo, ni

con nadie, si hubiera visto algún síntoma que pudiera indicar que estuvieras bajo el efecto de las drogas o de cualquier otra sustancia —dijo y la miró en busca de su reacción—. Por favor, nena, no me mires así. Sé que debería haberte contado todo antes, pero no quería perderte. Cuando tomé la decisión de apartarme fue muy duro, sin embargo, el destino te puso en mi camino, y en el momento que te vi trabajando en mi empresa lo tomé como una señal, estábamos destinados a estar juntos. Lo que siento por ti es real, Olivia. ¡Te amo, carajo! Te amo con toda mi alma.

Olivia no creía en sus palabras, eso no era amor. Si la amara de verdad no la hubiera engañado. Él era como todos los demás que habían pasado por su vida, unos egoístas que solo pensaban en sí mismos. No soportaba mirarlo a la cara, quería que se fuera.

—Por favor, Olivia, dime algo. Me estás matando —imploró con la voz embargada por la emoción.

—¡Que te jodan! Eres un puto mentiroso. Quiero que te vayas. No necesito esa clase de amor.

—No me hagas esto, nena. Sé que me amas. Podemos arreglarlo.

Se acercó a ella e intentó levantarle la barbilla, necesitaba conectar sus miradas. Pero ella cerró los ojos.

—Vete. Vete de mi casa —al decirlo sintió que su corazón se rompía en mil trocitos. No solo lo estaba echando de su casa, lo estaba desterrando de su vida—. Si de verdad sientes algo por mí, vete de una puñetera vez.

Matthew la miró con el corazón en la mano. En el fondo, la entendía. Solo esperaba que lo amara lo suficiente para perdonarlo.

—Me voy para que puedas procesar todo lo que te he contado. Pero no voy a permitir que me apartes de tu vida, Olivia. Te amo demasiado.

Ella siguió con los ojos cerrados, todo su cuerpo temblaba. Cuando sintió el suave tacto de sus labios contra los suyos no pudo aguantar más y un llanto desconsolado brotó de su alma. Se sentó en la cama sin fuerza y se tapó la cara con las manos. Le dolía demasiado mirar cómo se vestía para marcharse y nunca más volver.

Matthew salió de su casa como un alma en pena. Dejarla sola y destrozada había sido lo más difícil que había hecho nunca. El dolor que sentía era tan profundo que le impedía respirar con normalidad. No sabía qué sería de su vida si ella no lo perdonara.

Estuvo conduciendo sin rumbo fijo un par de horas, se sentía perdido. Necesitaba desahogarse con alguien, pero Bruce estaba de viaje de novios y

Steve, seguramente, recuperándose de la noche en vela que le habría dado su hijo de cinco meses; la criatura había decidido cambiar la noche por el día y sus padres ya empezaban a parecer unos zombis. Empezó a reírse. Unos meses atrás esa situación le hubiera provocado pánico. Ahora sentía pánico de no poder vivirla con Olivia. Cuando había escuchado a su padre hablar de bebés notó que su instinto paternal afloraba, y deseó dejarla embarazada aquella misma noche. No iba a perderla, encontraría la forma de conseguir su perdón.

Mientras Matthew conducía sin dirección, Olivia intentaba encontrar fuerzas para levantarse de la cama. Seguía paralizada en la misma posición, mirando a la nada, desde que él se había marchado. No entendía cómo sus amigas habían sido capaces de jugar con su vida de esa manera. Podía haber ido parar a la cama de un perverso o de un psicópata, o haber contraído una enfermedad por no usar preservativo. Una duda pasó por su cabeza, ¿se habría ido a la cama con otro o solo lo hizo porque en aquel momento él le atraía por su parecido con Thor? Nunca lo sabría.

Pensar en él hizo que la herida volviera a sangrar. ¿Cómo había podido volver a acostarse con ella y fingir que era la primera vez? ¿Cómo había podido ocultarle algo tan grave? Confió en él, le entregó su corazón y él la había traicionado. No es que lo culpara de lo que había pasado, pero que hubiera fingido que no sabía de nada era demasiado. Creía que nunca sería capaz de perdonarlo, y mucho menos a sus amigas. Las tres estaban muertas y enterradas para ella.

Olivia empezó a sentirse débil, su mente había colapsado y se dejó llevar por la somnolencia. Era su único consuelo en ese momento, dormir y olvidar todo el dolor que le corroía el alma.

A la vez que ella se evadía de su sufrimiento desconectándose del mundo, él lo hacía en el alcohol.

—¿Es usted el padre de Matthew Cleveland?

A Robert casi le da un paro cardíaco al atender la llamada de un desconocido preguntándole por su hijo.

—Sí. ¿Quién es? ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

—Su hijo ha estado toda la mañana bebiendo en mi establecimiento y ya no podía mantenerse de pie. Le dije que iba a llamar a un taxi, pero se ha negado y ha querido coger su coche. No me ha quedado más remedio que dejarle fuera de combate, era eso o llamar a la policía. Y conociendo a su hijo como lo conozco, sé que preferiría mi puño que ser llevado al trullo o a la morgue.

El padre de Matthew no podía dar crédito. Su hijo era un hombre responsable y la etapa de desmadres y locuras ya había pasado hacía mucho tiempo. Algo muy grave había tenido que ocurrir para que su chico se refugiara en la bebida. Y por lo enamorado que estaba, solo podía estar relacionado con Olivia.

Meg lo acompañó y cuando llegaron a la dirección que le había facilitado el gerente, encontró a su hijo durmiendo la mona en el sillón del despacho del propietario. Se acercó a él y lo sacudió con determinación para despertarlo.

—Levántate, hijo. Vámonos a casa. ¡Anda!

—Mmmm... Olivia, amor, no me dejes.

—Matthew, deja de hacer el ridículo y levántate. Pórtate como un hombre.

Él apenas podía ponerse de pie. Necesitó la ayuda de Meg y Robert para llegar hasta la salida y meterse en el coche, y mientras lo hacía balbuceaba palabras ininteligibles.

—Parecían tan enamorados, Robert. ¿Qué les habrá pasado?

—No tengo ni idea. Pensaba que se habían puesto manos a la obra para convertirme en abuelo pero, por el estado de mi hijo, todo indica que han roto.

Una vez en su casa, Robert tuvo que llamar al chófer para que lo ayudara a sacar a su hijo del coche. Sentía unas ganas tremendas de quitarse el cinturón y darle una azotaina.

Después de desvestir a su hijo, lo metió en la ducha, fría, para que se espabilara. En el momento que sintió el agua en la cara Matthew tomó conciencia de que estaba desnudo y que su padre le estaba echando una bronca monumental. Parecía que había retrocedido en el tiempo y que volvía a tener veinte años.

—Ya puedo solo —le dijo a su padre.

—Ponte presentable. Te estaré esperando en mi despacho —añadió en tono ríspido.

Matthew sentía que la cabeza le iba a explotar y no era lo único que le molestaba. Le dolía la mandíbula, parecía que alguien le había pegado un puñetazo. Tal vez había sido así, no se acordaba de nada; nunca había bebido tanto en tan corto espacio de tiempo. Cuando salió de la casa de Olivia estaba devastado y lo único que quería era borrar de su mente la desolación que vio en sus ojos al contarle lo sucedido. Ahora se daba cuenta de lo imbécil que había sido, no le extrañaba que ella no lo quisiera ver ni en pintura.

El dolor volvió a ser insoportable, pero consiguió mantener la calma. Hacer tonterías como la de esta mañana no ayudaría a recuperarla, porque estaba seguro de que la iba a recuperar. No podía ser de otra manera, se pertenecían el uno al otro. Un poco más animado y con la mente despejada se vistió con esmero para enfrentarse a su padre.

El encuentro no fue fácil, su progenitor le reprochó su comportamiento. Era un directivo de una importante cadena de televisión y tenía una imagen que preservar, un escándalo así podría poner a todo el consejo en su contra. Matthew no tuvo excusas para la reprimenda de Robert. Él era un hombre de negocios respetable, no un crío sin control que resolvía sus problemas con una borrachera, merecía escuchar cada palabra.

—Me puedes explicar ahora qué ha pasado para que te comportes como un idiota.

Era hora de lucirse a lo grande. Idiota sería lo más bonito que le diría su padre. Matthew tomó aire y le relató toda la historia.

—No me extraña que hayas bebido hasta perder la conciencia. Joder, hijo, ¿cómo se te ocurre ocultarle algo así?

—Porque imaginé que no me daría ninguna oportunidad si supiera la verdad. Pensé que tenía más posibilidades si se enamoraba de mí antes de conocer los hechos —confesó en tono melancólico—. No hace falta que me digas nada, sé que he metido la pata.

—Suele pasarles a los hombres de esta familia, cuando están enamorados no son muy objetivos.

La respuesta de su padre le sorprendió, estaba esperando otro rapapolvo. Sin embargo, lo que recibió fue consejos para recuperarla. Consejos que iban desde enviarle flores cada hora o algunos más radicales, que en el fondo tenían la intención de sacarle una sonrisa, como, por ejemplo, secuestrarla y llevarla a una isla desierta hasta que lo perdonara. Opción que no descartaba, solo esperaba no tener que hacer algo tan extremo, porque estaba claro que haría cualquier cosa para tenerla otra vez en su vida.

Capítulo 29

Mientras la pareja sufría, cada uno por su lado, Lesley empezaba a ponerse nerviosa. Intuía que Matthew le había contado la verdad a Olivia. La había llamado cuatro veces a lo largo de la tarde sin obtener respuesta, pero lo que más le preocupaba era que había salido del grupo de WhatsApp. Si pudiera volver atrás en el tiempo jamás hubiera hecho lo que hizo. Estaba segura de que su amiga no la perdonaría, ni a ella ni a las demás, sería el fin del grupo. Diecinueve años de amistad tirados a la basura por su culpa.

Volvió a llamar, no descansaría hasta hablar con ella.

—Con lo lista que eres pensaba que habías captado la indirecta —contestó Olivia después del tercer toque.

—No sabes cómo me arrepiento. Solo espero que algún día puedas perdonarnos.

—Pues esperad sentadas. Lo que me habéis hecho no tiene perdón. Confiaba en vosotras, joder, erais mi familia. Pero no solo me la jugasteis en Las Vegas, volvisteis a hacerlo involucrando a Matthew, y eso no os lo perdonaré jamás —dijo con la voz embargada por las lágrimas—. No me llaméis más, no quiero saber nada de vosotras, estáis muertas para mí.

Olivia colgó el móvil y se dejó caer en el suelo, se abrazó las rodillas y lloró hasta quedarse sin lágrimas. Solo salió de su letargo cuando su estómago protestó, llevaba todo el día sin probar bocado. Se tomó un yogur, se duchó y se dejó caer en la cama. A pesar de su agotamiento, no conseguía conciliar el sueño. No podía dejar de pensar que al día siguiente entregaría su renuncia a Colin; además de perder al amor de su vida, también perdería el trabajo que tanto adoraba. No le quedaba otra opción, no quería correr el riesgo de encontrarse con Matthew.

Después de dar vueltas y más vueltas en la cama, su cuerpo se rindió al cansancio, pero su subconsciente seguía atormentándola con los recuerdos del hombre que amaba y que continuaría amando el resto de su existencia.

A la mañana siguiente, Matthew se adelantó a Olivia. Él sabía que ella no seguiría trabajando en su empresa, así que se puso en contacto con Colin para exigirle que no aceptara su carta de despido. Dejó en sus manos la misión

de retenerla el mayor tiempo posible. Al principio el contable no estaba por la labor, pero su jefe sabía ser persuasivo y no le quedó más remedio que acatar sus órdenes.

Cuando Olivia llegó a la empresa, Colin ya estaba preparado para actuar sin que ella se diera cuenta de la jugada.

—Buenos días, Colin —dijo y se detuvo delante de su mesa—. Necesito comentarte algo.

—Hola. No tienes buena cara. ¿Estás otra vez enferma?

—No he dormido bien. Ehm... Te agradezco la oportunidad que me diste de trabajar para ti, pero no puedo seguir. He venido solo para presentar mi renuncia —comunicó con voz pesadosa.

—Sé que te gusta tu trabajo y también sé que estas a gusto aquí. ¿Te puedo preguntar por qué quieres irte?

Olivia pensó durante unos segundos, era tontería esconderle la verdad. Se iba a enterar de todas formas.

—He roto con Matthew y seguir trabajando para él me resulta muy incómodo.

—Siento vuestra ruptura. Pero ese no es motivo para que te vayas. Si trabajaras directamente con él, podría entenderlo, pero trabajas para mí. No tienes que verlo si no quieres.

—Eso es imposible, siempre está por aquí.

—No, eso no es verdad. Antes de que tú trabajaras aquí apenas lo veía. Empezó a venir por ti, para verte. Y conociendo a Matthew como lo conozco, sé que no te molestará, te respetará y te dará el espacio que necesitas.

Olivia no lo tenía claro. Matthew le había dicho que no iba a tirar la toalla y que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para recuperarla.

—No estoy tan segura.

—No te precipites, Olivia. Tienes un buen trabajo y no vas a encontrar a nadie que te contrate con la poca experiencia que tienes. Tú sabes cómo es este mundillo, la formación es importante, pero la experiencia es obligatoria. Te digo esto como amigo, dale tiempo al tiempo.

Olivia lo miró pensativa. Él tenía razón, nadie la contrataría para hacer lo que estaba haciendo sin, por lo menos, dos años de experiencia. Además, necesitaba el dinero, tal vez lo más inteligente fuera no anticipar acontecimientos.

—De acuerdo, esperaré a ver qué pasa.

—Chica lista, ahora a trabajar, que vamos con retraso. —Le guiñó un

ojo, se puso sus gafas de cerca y se perdió en el papeleo.

Olivia siguió con su trabajo, con su tabla de salvación, lo único que la mantenía cuerda en esos momentos.

Los días fueron pasando y todo seguía igual. Apenas dormía, no tenía apetito, había adelgazado y su corazón seguía sangrando como el primer día. Anhelaba estar con Matthew, anhelaba su sonrisa, sus besos, el calor de su piel, sus palabras de amor. Empezaba a desear que entrara en la oficina. Los dos primeros días cada vez que la puerta se abría su cuerpo se tensaba, temía verlo. Pero ahora deseaba que se acercara, deseaba tenerlo cerca aunque fuera un instante.

«¿Así es como piensas recuperarme? Maldito mentiroso», pensó y se enfureció consigo misma por ser tan débil. No había pasado ni una semana y su corazón ya se estaba ablandando. Sí, su corazón podía ablandarse todo lo que quisiera, pero en estos momentos era su cerebro el que tomaba las decisiones, y había decidido que estaba mejor sola que rodeada de falsedad.

Lo que Olivia desconocía era que Matthew estaba sufriendo tanto o más que ella, y que su decisión de obtener su perdón era inamovible. Estaba respetando la promesa que le había hecho, aunque eso no significaba que no estuviera al corriente de lo que le pasaba. Colin era su informante, lo llamaba dos veces al día, el pobre hombre ya no podía ni escuchar su voz.

Solo deseaba que los días pasaran de forma veloz para que pudiera mover ficha. El primer encuentro sería el martes de la siguiente semana, la acompañaría a los juzgados. En realidad, la sorprendería allí. Había hablado con su abogado cuando Bryan le pegó en la discoteca y él le había comentado que la sentencia del divorcio no tardaría en salir, así que tuvo que mover sus hilos para averiguar el día. Era curioso lo que se conseguía con dinero y poder, los demás mortales no tenían la menor posibilidad. Por eso su padre siempre le había inculcado unos sólidos valores, sabía que con su posición era muy fácil caer en la tentación.

Mientras tanto le tocaba recrearse en su recuerdo, la echaba tanto de menos que había momentos en los que creía que iba a perder la cabeza.

El fin de semana llegó y cada uno lo pasó como mejor pudo, Matthew refugiándose en sus amigos y Olivia con Taylor en la playa, poniendo en práctica las maniobras de surf que había aprendido y las que le quedaban por aprender. Se estaba aferrando a ella como una tabla de salvación, en estos momentos era lo más cercano a una amiga que tenía.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Taylor cuando estaban

recogiendo. Llevaba toda la tarde esperando que ella hiciera algún comentario.

—He roto con Matthew —contestó tras tragarse el nudo que se había formado en su garganta.

Después de unos minutos de silencio, Olivia decidió abrirle su corazón. Necesitaba que alguien la escuchara y la entendiera.

—Hijas de putas. No me lo puedo creer. Pero ¿qué clase de amigas hacen algo así?

—Las que no son tus amigas de verdad —dijo con la voz estrangulada por la emoción. Lo que ellas le habían hecho era incomprensible y por más que se disculparan, porque no dejaban de llamarla para pedirle perdón, jamás las perdonaría.

—¡Joder! Es para matarlas.

—Me han jodido la vida —se desahogó entre lágrimas.

—No soy quién para darte consejos, pero no seas demasiado dura con Matthew, él también ha sido víctima de esas perras que tenías por amigas. Imagínate cómo se debió sentir cuando se enteró de que la chica con la que había pasado la noche no se acordaba de nada porque estaba bajo el efecto de alguna droga.

Las palabras de Taylor dejaron a Olivia pensativa el resto de la tarde. A pesar de saber que no tenía la culpa no lo había visto como una víctima. Pero, por más vueltas que le daba, esa nueva perspectiva no conseguía extirpar de su corazón el dolor que había sentido al saber que él también la había engañado.

Más rápido de lo que Olivia hubiera deseado llegó el día en el que debería presentarse en el juzgado por el tema del divorcio. En unos minutos ella y Bryan se verían las caras, esperaba que fuera la última.

Una vez allí, pasó por los controles pertinentes y se dirigió a la sala donde se realizaría la audiencia de conciliación. Su abogado la estaría esperando en el pasillo. Al acercarse, su corazón se detuvo. Matthew estaba hablando con el letrado. No estaba preparada para verlo, no en ese momento, no en ese lugar. Sus miradas conectaron y el tiempo se detuvo, pudo apreciar la tristeza en sus ojos y su dolor se mezcló con el suyo.

Matthew la recibió con una media sonrisa y ella sintió que la emoción inundaba su pecho, lo que sentía por él era demasiado intenso. Necesitaría toda su existencia para olvidar un amor así.

El carraspeo del jurista la liberó de su embrujo y con paso lento se

aproximó y los saludó con voz trémula. Matthew seguía con la mirada puesta en ella. Al tenerla a su lado no pudo resistir la tentación de tocarla y la cogió de la mano. Se volvieron a mirar y Olivia se quedó sin reacción al ver la súplica en sus ojos, y se dejó reconfortar. Anhelaba sentir su tacto.

—Bryan acaba de llegar. Esté tranquila, esto es solo un último trámite necesario —dijo su abogado.

Su exmarido les lanzó una mirada de odio, mirada que provocó que el cuerpo de Olivia se tensara. El letrado volvió a tranquilizarla y le comunicó que ya estaban a punto de entrar, y así fue. Como le había garantizado unos minutos antes, todo salió según lo previsto y en nada estaban fuera, donde Matthew los esperaba.

El abogado se despidió y Olivia permitió que Matthew volviera a cogerla de la mano y la acompañara hasta la salida. Ella lo tomó como una panacea para mitigar el dolor que su ausencia le causaba y él lo hizo en silencio por miedo a que ella saliera corriendo, porque sentía que estaba incómoda y que deseaba liberar su mano. Pero no pensaba soltarla, necesitaba sentir su contacto más que el aire que respiraba.

—Te he echado mucho de menos —le dijo cuando ella se detuvo delante de su coche.

Olivia cerró los ojos para detener las lágrimas. También lo echaba muchísimo de menos; sin embargo, no estaba preparada para olvidar.

—Tengo que volver al trabajo. Adiós, Matthew.

—No te vayas. Almuerza conmigo —pidió con voz suave. No podía dejarla marchar. Sabía que lo amaba, lo veía en su mirada.

—Mejor no, tengo que irme.

Sus palabras entraron en su corazón como un cuchillo afilado, estaba mintiendo. Le había dicho a Colin que le diera el día libre. Un cóctel de sentimientos contradictorios lo invadió y, movido por la frustración y el deseo contenido, la cogió por la cintura y pegó su cuerpo al suyo con fuerza.

—¿Qué haces? Suéltame, nos están mirando —suplicó con un susurro.

—No voy a permitir que me apartes de tu vida —sentenció con firmeza y la besó con pasión. Su lengua entró en su boca con osadía, con posesión, saboreándola, devorándola...

Olivia luchaba por liberarse, pero su resistencia provocaba que él intensificara aún más el beso. No se dio por vencido hasta que ella lo abrazó y se entregó por completo a él, a su boca.

—Buscaos un hotel —gritó alguien a lo lejos provocando que ambos se

separasen.

Matthew tenía ganas de gritarle al que los había interrumpido que se fuera a la mierda. Había roto la conexión y volvía a sentir la tensión en su cuerpo. La iba a besar nuevamente, pero ella fue más rápida, se escabulló de sus brazos y se refugió en el coche. Podía ver por el cristal de la ventana que su respiración era entrecortada y que le costaba meter la llave en el contacto.

Intentó abrir la puerta, pero ella había puesto el seguro. Así que no le quedó otra que verla marchar. Antes de que arrancara el vehículo, sus miradas se cruzaron una última vez, y pudo comprobar que estaba confusa y dolida. Solo esperaba que pudiera superarlo pronto, porque no sabía cuánto tiempo aguantaría sin cometer una locura.

Empezaba a pensar en las sugerencias de su padre.

A la vez que Matthew ideaba estrategias para reconquistarla, ella lo miraba por el retrovisor mientras esperaba un hueco para incorporarse al tráfico, la generosidad entre los conductores era algo cada vez más escaso.

Olivia tuvo que controlarse para no salir del coche y tirarse en sus brazos, su cuerpo estaba en llamas y de forma involuntaria se llevó los dedos a los labios, estaban hinchados y sensibles por sus besos. Dios, lo amaba tanto que le rompía el corazón verlo así, tan triste y decaído. No obstante, necesitaba deshacerse de ese resentimiento que le corroía el alma para volver con él; de lo contrario, su relación no sobreviviría.

El resto de la semana la pasó sumida en la melancolía, cada día la ausencia de Matthew era más insoportable. Deseaba verlo, tocarlo, escuchar su voz, su risa. Tenía la esperanza de que apareciera por la empresa o que la llamara para preguntarle cómo estaba, sin éxito, nada, ni una sola palabra. Tal vez se había dado por vencido. Ese pensamiento la enfureció y la impulsó a levantarse de la cama. No iba a pasarse todo el fin de semana enfurruñada en su casa llorando por las esquinas.

Antes de prepararse llamó a Taylor, pero como no le contestaba le envió un mensaje, esperaba que lo viera. Surfear con ella le daba más seguridad. Sin perder más tiempo se arregló y con su tabla de surf bien atada en la baca que le había instalado Matthew, se dirigió a la playa.

Hacía muchísimo aire y el oleaje estaba más fuerte de lo habitual, tampoco había muchos surfistas en el agua. Mejor, así nadie se reiría de las caídas que estaba a punto de protagonizar, eran inevitables y formaban parte del aprendizaje. Además, Matthew la había instruido para que las hiciera de manera correcta.

Se armó de valor y fue en busca de una ola más grande, la zona de espuma ya no le suponía ningún reto.

Lo estaba haciendo realmente bien y el entusiasmo la llevó a atreverse cada vez más. Se preparaba para coger la siguiente ola cuando esta se transformó en un monstruo delante de sus ojos, no iba a llegar. Intentó tranquilizarse y, tras un par de remadas, hundió la punta de la tabla por debajo de la línea que marcaba el impacto inicial; luego usó la turbulencia para sumergirse todo lo que le permitía la espiral de aire, mientras esperaba que la pared de agua pasara por encima de ella.

Su corazón iba a explotar. Por un momento pensó que no iba a conseguir hacer *la cuchara*. Pero cuando emergió, otra ola se preparaba para romperse encima de ella, se quedó paralizada y no pudo reaccionar a tiempo. Lo único que le vino a la cabeza en ese momento fueron las palabras de Matthew: «Te amo con toda mi alma».

Ola tras ola se las fue comiendo todas, apenas le daba tiempo para tomar una bocanada de aire cuando otra vez era lanzada a la trituradora. Empezaba a no tener fuerzas y el pánico no la dejaba pensar con claridad, sentía que el mar estaba dispuesto a acabar con su existencia. En este instante, su vida empezó a pasar delante de sus ojos, no quería morir así, de forma tan estúpida, todavía le quedaban muchas cosas por vivir. Tenía que salir de esa lavadora como fuese.

Mientras Olivia intentaba mantenerse a flote, Matthew corría para llegar a la zona donde ella solía practicar.

Cuando Taylor lo había llamado hacía un rato para contarle que había recibido un mensaje de Olivia donde le decía que iba a coger olas en Venice, se volvió loco. Había consultado el parte de olas y el boletín de surf para este fin de semana y no estaba para principiantes. Por eso lo había llamado la hermana de Colin, ella era conocedora de los peligros a los que podría enfrentarse su amiga, y al no estar en Santa Mónica no podía avisarla ni ayudarla.

Una vez en la orilla se quedó impresionado con el dispositivo de salvamento que había encontrado. Por lo visto Olivia no era la única inconsciente que se hallaba en peligro. Habían rescatado a una veintena de bañistas y a unos pocos surfistas, aunque ella no estaba entre ellos.

Después de indagar entre todos los que estaban contemplando el espectáculo, empezó a desesperarse. Nadie se acordaba de haber visto a una chica con una tabla de color naranja y azul. Desconsolado volvió a barrer el

mar con la mirada, ya no quedaba nadie en el agua y habían cambiado la bandera amarilla por una roja. Un escalofrío le cruzó el cuerpo al pensar que Olivia había sido capaz de meterse en el agua. El mar estaba enfurecido y las olas rompían con virulencia una tras otra.

Sin saber qué hacer y a punto de perder los nervios, la llamó nuevamente al móvil y, una vez más, la llamada se desvió al buzón. Si no fuera por la foto que ella había enviado a Taylor minutos antes de meterse en el agua, pensaría que no había estado allí. De repente se acordó de su coche y salió corriendo para comprobar si estaba aparcado en el sitio de siempre. Al no verlo allí una sensación de alivio lo invadió. Eso significaba que se había ido a casa o a otra playa. Decidió comprobar la primera opción.

«¡Ay, Olivia! Cuando te pille, me vas a escuchar», dijo en voz alta al comprobar que su Ford Fiesta se encontraba en la cochera.

Estaba tan cabreado que prefirió buscar la llave de repuesto que ella guardaba en un escondite secreto, la quería coger desprevenida. Estaba furioso, tenía ganas de echarle la bronca del siglo. Luego la follaría duro y no pararía hasta que no le pidiera clemencia. Le había hecho pasar un auténtico infierno.

Totalmente ajena a las intenciones de Matthew, Olivia se encontraba en la ducha bajo un chorro humeante tratando de eliminar el miedo que tenía metido en los huesos. Había sido la experiencia más terrorífica que había vivido jamás. Hubo un instante en el que pensó que no saldría para contarlo y, en realidad, no lo hubiera conseguido si uno de los surfistas que estaban por allí no la hubiera ayudado.

Todavía no entendía lo que había sucedido. Cuando había llegado el mar estaba un poco agitado, pero nada comparado con el monstruo en que se convirtió de un rato a otro. Había quedado traumatizada de por vida, estaba segura de que no podría volver a ponerse sobre una tabla. Bueno, se dedicaría a coger espuma. Sí, estaba decidido, de esta zona no pasaría.

Se dio la vuelta y cerró los ojos, luego apoyó las manos en la pared y dejó que la cascada de agua le masajeara los hombros. Minutos después creyó haber escuchado ruidos en su habitación, pero era imposible. Sería la muerte que aún la estaba rondando.

Todo su cuerpo se estremeció y en ese instante sintió que no estaba sola.

Capítulo 30

—¿Me puedes decir qué carajo ha pasado? Casi me vuelvo loco sin saber si te habías metido en el agua o no —dijo con voz enérgica al tiempo que abría la mampara y entraba en la ducha.

Olivia lo miró con la boca abierta y su corazón dio un vuelco al verlo como Dios le trajo al mundo. Tenerlo delante de ella hizo que todo saliera a flote: su engaño, la ruptura, el dolor que su ausencia le había causado y el incidente de esa mañana. La emoción la embargó y, sin fuerzas ni ganas para pelear, le dijo:

—No me digas nada ahora, por favor. Solo necesito que me abracés.

—¡Dios mío, Olivia! No sé si besarte o castigarte. No lo tengo claro —añadió con voz queda.

—Bésame.

—Voy a hacer más que besarte. Se acabó el tiempo muerto —sentenció a la vez que la cogía por la cintura y la pegaba contra la pared.

Olivia gimió al sentir el frío contacto de las baldosas con su piel. A continuación, él enredó los dedos en su pelo y tiró hacia atrás con firmeza, dejando su cuello expuesto a sus caricias. Tras dejar un reguero de besos, su lengua invadió su boca con ímpetu, y mientras la saboreaba sus manos bajaban hasta su trasero, lo asió con firmeza y la invitó a que le rodeara la cintura con las piernas. Estaba tan fuera de control que entró en ella con una fuerte estocada. Ambos gimieron.

La pasión estalló entre ellos, ardiente y voraz como un tornado de fuego. El tiempo que habían estado separados y el miedo a la pérdida provocó que sus movimientos estuvieran controlados por una primitiva urgencia, como si temieran que algo los pudiera separar de un momento a otro.

—Dime que has podido perdonarme, Olivia. Necesito escucharlo —imploró con voz jadeante.

—Quiero estar contigo, Matthew, lo que siento por ti es más fuerte que lo que sucedió.

—¡Dios, Olivia! Te amo, te deseo, te necesito —susurró y aceleró las embestidas, introduciéndose cada vez más hondo, castigándola con cada

estocada.

Ella lo abrazó y le clavó las uñas en la espalda. Todo su cuerpo se tensó. El orgasmo se estaba formando en sus entrañas y no tardaría en alcanzarla con ferocidad.

—Me encanta estar dentro de ti, me encanta cómo me atrapas cuando te corres —jadeó y la besó con ansia. Un par de embestidas después echó la cabeza hacia atrás y gritó acompañándola en el clímax.

La sacó de la ducha sin salir de su interior y, una vez la depositó en la cama, volvió a hacerle el amor, esta vez sin prisa, deteniéndose en cada trocito de su piel.

Un rato después, lánguidos y saciados, intercambiaban suaves caricias uno en los brazos del otro.

—¿Me puedes contar ahora qué ha ocurrido esta mañana?

Olivia prefería olvidar el tema, sabía que Matthew se alteraría.

—¿Cómo te has enterado?

—Me ha llamado Taylor. Ella estaba en Riverside y cuando ha visto tu mensaje me ha llamado para que te advirtiera que el parte de olas no era favorable. ¿Cómo has podido salir a surfear sin consultarlo? —preguntó tensando el cuerpo y poniéndose parcialmente sobre ella.

—Se me olvidó, lo siento. Pero te juro que cuando entré el mar no representaba ningún peligro.

—Por Dios, Olivia, cuando pienso lo que podía haberte pasado. ¿Cómo has conseguido salir?

—Me ayudó un surfista que estaba allí, me dijo que te conocía. Creo que se llamaba Fredy o algo así.

—¡Joder! ¿Me estás diciendo que, si él no te hubiera ayudado, no hubieras podido salir para contarlo?

Su cuerpo se tensó al escuchar sus palabras, lo más seguro es que no lo hubiera logrado. El pánico la había bloqueado y estaba a punto de perder la consciencia cuando la rescató. Pero ese detalle era mejor que él no lo supiera.

—No quiero seguir hablando del tema. Lo importante es que no me ha pasado nada y ni me va a volver a pasar, porque ya no iré más allá de la zona de espuma —dijo poniendo una sonrisa encantadora en los labios. Deseaba eliminar esa mirada de pánico de sus ojos.

—En eso tienes razón, de la orilla no volverás a pasar —refunfuñó y la envolvió con sus brazos—. Casi me da algo, amor, creo que me has hecho envejecer unos diez años.

Olivia le sonrió con cariño a la vez que le borraba con la punta de los dedos las pequeñas arrugas que se habían formado en su entrecejo. Después siguió con la caricia, enredando los dedos en su pelo. Al hacerlo se percató de que, perdida entre los mechones, había una solitaria cana. Sin pensarlo, se la quitó.

—¡Ay! ¿Me has tirado del pelo?

—No, solo estaba eliminando la prueba de mi culpabilidad —respondió con una sonrisa traviesa mientras movía el pelo blanquecino entre los dedos.

—Me lo has puesto en bandeja, nena —le dijo y con un movimiento ágil la puso bocabajo, después le propinó tres fuertes azotes en el culo. Olivia gimió al sentir el picante y placentero dolor.

—No tienes ni idea de lo mucho que deseaba hacer esto —añadió con voz ronca y volvió a girarla—. Nunca más vuelvas a darme un susto así.

Le tomó la cara entre las manos y la besó con pasión. Le mordisqueó con ternura el labio inferior provocando que ella gimiera en su boca.

—Creo que tenemos que hablar sobre lo que sucedió en Las Vegas. Nunca quise hacerte daño. Si pudiera volver atrás...

—Fue muy duro descubrir lo que me habían hecho mis amigas, eran mi familia, confiaba en ellas, pero saber que tú conocías la verdad y que te acercaste a mí con engaños, me dolió mil veces más. He crecido con unos padres manipuladores, luego me casé con el mayor manipulador de todos. —Cerró los ojos un instante—. Cuando conseguí romper este ciclo vicioso y pensaba que, por fin, tenía el control de mi vida, vienes tú y tiras mi mundo abajo nuevamente.

—Dios, Olivia. No sabes cuánto me he maldecido por haber aceptado el chantaje emocional de Lesley, tendría que haberte contado la verdad en aquel momento. Pero estaba confuso y me dejé llevar por mi egoísmo, por lo que sentía por ti. No habrá un solo día en el que no me arrepienta de haber actuado así.

—Lo sé, y por eso te he perdonado. No planeaste ni tuviste la culpa de lo que pasó, fuimos víctimas de las artimañas de mis amigas, y del destino por empeñarse en cruzar nuestros caminos una y otra vez.

—Haré que merezca la pena —pronunció y la besó con desesperación—. Deseo pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo? —murmuró casi sin aliento.

Olivia se apartó y lo miró boquiabierta. Casarse no entraba en sus planes, por lo menos de momento. Su última boda no le había traído buena

suerte. Tenía miedo de dejarse llevar por sus sueños de niña romántica. Amaba a Matthew, de eso estaba totalmente segura, pero el amor también necesitaba su tiempo para madurar y perdurar. Esta vez iba a hacer las cosas bien.

—No digo que nos casemos mañana. Solo quiero saber que tenemos un para siempre.

Ella lo miró con intensidad y pasó los dedos por el contorno de su cara. Eso lo podía hacer.

—Siempre es poco tiempo contigo...

Él sintió que la emoción explotaba en su corazón.

Nunca hubiera podido imaginar que el amor era un sentimiento tan poderoso.

Un mes después...

Había pasado un mes desde que volvieron a estar juntos. Y ahora que ya no había mentiras entre ellos, la relación fluía mucho más. Después de la reconciliación habían dado por zanjado el tema, solo querían disfrutar de su felicidad y construir un futuro juntos.

Pero no era tan fácil. Sus amigas seguían intentando disculparse con ella, la llamaban, le enviaban cartas porque había cerrado todas sus cuentas en las redes sociales; incluso planeaba cambiar su número de teléfono, no quería verlas ni en pintura. Su corazón no estaba preparado para perdonarlas y tal vez nunca lo estuviera.

Hacía unos días se había enterado a través de su madre que Lesley había decidido tomarse un año sabático. Sí, la pesada de su madre, que la llamaba una vez a la semana, pero no para saber de ella, lo único que pretendía era incluir a Matthew en su círculo de amistades. Había cosas que nunca cambiarían. Pues bien, se había enterado por su progenitora que Lesley iba a dar la vuelta al mundo en plan mochilero. Olivia no le deseaba nada malo, ni a ella ni a las demás, solo esperaba que lo que sucedió sirviera para que madurasen de una puñetera vez.

Con el padre de Matthew y su pareja la cosa no podría ir mejor, los adoraba y ellos hacían todo lo posible para dejar claro que el sentimiento era mutuo. Además, Robert era un liante y tenía más peligro que un ludópata en Las Vegas. Había conseguido convencer a Meg para que dejara su trabajo y se fuese con él de viaje durante tres meses por Europa. Ahora que se había

enterado de que su hijo la había pedido en matrimonio, su atención estaba puesta en ella, no descansaría hasta que ella diera el sí, quiero. Pero Olivia no pensaba caer tan fácilmente en su labia, deseaba compartir muchas cosas con Matthew antes de dar este paso.

—Mejor que pares para tomar un café, no quiero que Matthew me acuse de negrero —sugirió Colin, tendría que andar con cuidado o Matthew le bajaría el sueldo como había prometido.

—Es muy protector, no le hagas caso —le contestó antes de salir de la oficina.

Le encantaba su trabajo y no le importaba estar horas y horas sentada delante del ordenador, pero para no poner a Colin en un aprieto, porque sabía lo pesado que era su novio, se tomaba un receso de veinte minutos todas las tardes a la misma hora.

Al entrar en la salita que tenían reservada se extrañó al no encontrar a Valentina. Desde aquel raro encuentro en que la había mirado con escrutinio, como si supiera que su ex le había pegado, coincidían a diario. Empezaba a cogerle cariño y le dolía ver lo alicaída que estaba, se había marchitado como una flor sin agua. Ya no sabía qué hacer para que recuperara la sonrisa.

Al tiempo que Olivia disfrutaba de su Nespresso, Marck llamaba a Matthew para comunicarle algo de suma importancia.

—Necesito que pases por aquí, tengo algo urgente que contarte.

—¿Qué pasa? ¿Olivia está bien?

—Olivia está perfecta, cada día más guapa —dijo para provocarle y para que no siguiera preguntando.

—Me parece que no valoras tu puesto de trabajo —le contestó, y le colgó de forma brusca.

Le irritaba que su amigo le hiciera ese tipo de comentarios, no porque pensara que fuera capaz de tirarle los tejos o que ella le fuera a engañar, sino porque sabía que ella le atraía sexualmente.

No tardó en presentarse en la oficina. Había pasado antes por contabilidad para saludar a su ángel, pero estaba en su hora de descanso y no había querido caer en la tentación de buscarla. La última vez que la había pillado a solas acabaron follando sobre la mesa. Menos mal que no trabajaban juntos.

—Hola. ¿Qué es eso tan importante que querías contarme? —dijo nada más cruzó la puerta.

—Mejor que te sientes.

Marck estaba destrozado, acababa de descubrir que Valentina tenía un lío con el exmarido de Olivia. Sabía que no era su único amante, ella le había confesado que estaba con un hombre comprometido. Al principio no le importó compartirla, sin embargo, con el paso del tiempo empezó a ponerse celoso y las peleas empezaron a ser inevitables y continuas. Como la de hoy, que había provocado que ella le confesara una parte de su vida que él jamás hubiera podido sospechar.

—Valentina era la amante del exmarido de Olivia.

—No me jodas. Estás de broma, ¿no?

—No, me lo ha dicho ella. Llevábamos tiempo liados y estaba cansado de esa relación clandestina. Hoy había decidido poner fin a lo nuestro y ella se ha venido abajo y me lo contado todo. Matthew, ese tío es un perturbado, la tenía sometida.

Ella también le había explicado que lo había conocido en un club de sado y que, debido a esas preferencias sexuales, había desarrollado una dependencia hacia él: lo odiaba y, sin embargo, necesitaba las cosas que le hacía, cosas que él prefirió no preguntar, pero que la estaban consumiendo por dentro. No iba a dejarla sola en esto, la ayudaría a sacar a ese hijo de puta de su vida. Esa información se la guardaría para sí mismo, su jefe no tenía por qué saberlo.

—Espero que la hayas puesto de patitas en la calle, no la quiero cerca de Olivia. Respecto a Bryan, no te preocupes, lo tengo bajo control.

—Descuida, ha renunciado. Hoy es su último día —dijo sin poder esconder la tristeza—. No es mala chica, Matthew, es otra víctima más de ese hijo de puta. Pero no estés tan seguro de Bryan. Antes de dejarla le confesó que no descansaría hasta destruirte, le dijo que esperaría a que bajaras la guardia para atacar.

A Matthew no le sorprendían las palabras de Marck, nunca había creído en la rendición del reportero. Tampoco le daba pena Valentina, ella había sido su cómplice, había estado riéndose de Olivia durante mucho tiempo, no se lo perdonaría.

De Bryan se encargaría más tarde, no pensaba dejar pasar por alto esta afrenta. Nueva York era una opción demasiado buena para él, podía ir despidiéndose de su preciado cargo de segundo presentador. No quería seguir pensando en estos impresentables, tenía planes para esta noche y no iba a permitir que nadie los estropeará.

Olivia aún estaba sorprendida con lo que le había contado Matthew sobre Valentina. Jamás pensó que conocería a la amante de su exmarido y, menos aún, que le cayera bien. Le había cogido cariño y solo esperaba que pudiera rehacer su vida lejos de la influencia dañina de Bryan. Había cerrado ese capítulo de su vida y ahora lo único que quería era disfrutar cada segundo junto al hombre que amaba.

—¿Qué estás planeando? Estás muy misterioso esta noche —preguntó Olivia mientras encendía la chimenea. Había fantaseado con ese momento la primera vez que estuvo en su casa.

—Ven, siéntate aquí —dijo palmeando las rodillas para que ella se sentara en su regazo.

Su mirada era tan intensa que provocaba que cada nervio de su cuerpo se activara. Cuando estaba solo a un paso, él alargó la mano y la atrapó en sus brazos.

—Faltaba algo para que sellásemos nuestro para siempre —dijo a la vez que le ponía una cajita de madera con símbolos celtas en la palma de su mano.

El corazón de Olivia empezó a dar saltos. Le iba a pedir matrimonio otra vez.

—¿Quieres casarte conmigo?

—No vas a desistir, ¿verdad? —contestó dando vueltas a la caja sin abrirla.

—No —respondió y le lanzó esa sonrisa que le anulaba el sentido común—. Solo di que sí —concluyó sin perder la sonrisa y acto seguido abrió el estuche.

Olivia miró el contenido emocionada. Había un anillo de platino con nudos celtas de amor eterno y una tanzanita de considerable tamaño en el centro. ¿Cómo resistirse a eso?

—Sí, me casaré contigo. Pero la fecha la pondré yo, y no hablaremos más del tema hasta que yo diga lo contrario —le comunicó con aparente firmeza y le extendió la mano para que le pusiera el anillo.

—De acuerdo. Puedo vivir con eso. —Sonrió y le deslizó la joya por su dedo.

Iba a aceptar su condición, pero ya encontraría una manera para hacer que cambiara de opinión. De momento su prioridad era convencerla para que se fuera a vivir con él. En realidad, prácticamente ya lo estaba haciendo, ahora solo faltaba que ella se diera cuenta para que pudiera trasladar todas sus cosas. Deseaba compartir cada instante de su vida con ella.

Intercambiaron palabras de amor y se dejaron llevar por la pasión como había imaginado Olivia, sobre la mullida alfombra, escuchando el crepitar del fuego y bajo el cielo estrellado.

Epílogo

Un año después...

Matthew estaba viviendo la mejor etapa de su vida, tanto a nivel profesional como personal. Había conseguido ganarse el respeto del consejo de accionistas al situar la cadena de televisión doce puntos por encima en relación al año anterior. Con Olivia no podía estar más feliz, ella le complementaba, lo motivaba, lo desafiaba, le hacía sentir vivo. Y hablando de desafíos, había conseguido superarlos: el primero, hacía seis meses, cuando había logrado que ella se fuera a vivir con él de forma definitiva; y el segundo, hacía un mes, con la fecha de la boda. Sí, por fin, dentro de una semana se casaban.

No iba a ser una boda usual, por supuesto que no, iba a ser una doble boda celta, su padre también se había subido al carro, se casaba con Meg. Él todavía no lo tenía claro, le parecía raro compartir altar con su progenitor. Pero le había sido imposible frenar a Olivia y Nimue. Esta última en realidad era la culpable, entre ellas habían forjado una fuerte amistad. No solo entre las dos, también había congeniado con todos sus amigos, y eso le alegraba, ya que ella, a pesar de no comentarlo nunca, echaba de menos a las delincuentes de sus amigas.

El vínculo con Nimue no era solo por sus raíces celtas. Olivia estaba enamorada de su bebé. Sus amigos habían tenido una niña preciosa, pelirroja como la madre y con unos enormes ojos verdes heredados de Bruce, que estaba que se le caía la baba. Matthew sospechaba que su decisión de poner fecha a la boda se debía a su inconsciente deseo de ser madre, a él le encantaba la idea y se sentía preparado para emprender esa aventura. Sin embargo, ella todavía era muy joven y la maternidad era un paso muy importante, así que no la presionaría y dejaría que la naturaleza siguiera su curso.

No había invitado a Marck a su enlace. Él seguía con Valentina y no la quería cerca de Olivia, porque ella representaba una etapa en la vida de su prometida que deseaba borrar de su mente; además, tampoco estaba muy

convencido de su inocencia.

Estaba preparado para decirle a su amigo que la invitación no era extensiva a su pareja, pero se le adelantó y le preguntó sin rodeos si su novia podía acompañarlo. A Matthew no le quedó otra que decirle que no se sentía cómodo en su presencia. Fue una situación muy desagradable y le dolió ver cómo su amistad con Marck se rompía. Esperaba que con el tiempo aceptara la situación y no forzara las cosas.

Principalmente ahora que Bryan ya no representaba ningún peligro. Le había dejado bien claro que su amenaza no era ningún farol. Una vez que había conocido cuál era su verdadera intención, había movido los hilos para que perdiera su trabajo en Nueva York. También le había hecho saber que si seguía tocándole los cojones no dudaría en llevar a su familia a la ruina. Por fin había aceptado su derrota y se había marchado a México.

Seguiría haciendo todo lo necesario para que Olivia se sintiera segura y feliz, aunque esto significara perder la amistad de su amigo.

Era protector por naturaleza; sin embargo, con Olivia esa faceta de su carácter se acentuaba. Por eso, y en contra de lo que cualquier surfista experimentado hubiera hecho, no volvió a incentivarla a coger una ola. Sabía que no actuaba bien, incluso llegó a discutir con Taylor por eso. Las dos seguían siendo amigas y siempre que podía ella la invitaba a surfear. Y él agradecía cada vez que rechazaba la invitación. No podía soportarlo.

El pitido del ascensor lo sacó de sus cavilaciones. Hoy llegaba más tarde y deseaba encontrar a su amor esperándolo con uno de esos conjuntitos de lencería *sexy*. Nunca sabía cuándo iba a pasar y eso le mantenía expectante. Tal vez hoy fuera su día de suerte.

Dejó su maletín y las llaves sobre la mesita del recibidor y comenzó a deshacer el nudo de la corbata mientras se dirigía al salón. El silencio reinaba en la estancia y una agradable fragancia flotaba en el aire. Eso renovó sus esperanzas. Se la imaginaba en la habitación, estirada sobre las sábanas, esperándolo con una sonrisa provocadora en los labios.

Estaba a punto de alcanzar el pasillo cuando algo en el suelo le llamó la atención. Lo cogió de mala gana y vio que era un postal de Lesley. Ella había emprendido un viaje alrededor del mundo y por lo visto ahora estaba en Argentina, en Córdoba, para ser más exactos. Le dio la vuelta para leer su contenido y lo primero que le sorprendió fue la fecha. Era de varios meses atrás, seguramente de cuando había iniciado su itinerario.

«Estoy dando la vuelta al mundo y, desde cada sitio nuevo en el que me detenga, te enviaré una postal suplicando tu perdón. Espero que, con el tiempo, puedas perdonarme. Me arrepiento muchísimo de lo que te hice. Si pudiera volver atrás en el tiempo, antes de traicionarte hubiera eliminado a Bryan.

Te llevaré en mi corazón allá donde vaya.

Te quiero y te querré siempre.

Tu hermana del alma, Lesley».

Tal vez iba siendo hora de que Olivia las perdonara. No porque se merecían su perdón, sino para poder vivir en paz. Dejó la postal en la isla de la cocina y siguió su camino. Ya no estaba tan seguro de lo que iba a encontrarse, necesitaba un milagro para que su fantasía se hiciera realidad.

Al abrir la puerta de su habitación, una sonrisa pecaminosa se dibujó en sus labios.

—Bienvenido a casa, amor. Te he echado de menos.

Fin

Saludos, querido lector:

Si has llegado hasta aquí, espero que sea porque has leído la historia y, lo más importante, que te haya gustado y disfrutado con ella. Por eso me atrevo a pedirte que no te vayas sin dejar una breve reseña en Amazon o en el medio que estés acostumbrado. No te llevará ni dos minutos y así ayudarás a que otros lectores se interesen por la novela. Te lo agradezco de corazón y te espero en mi siguiente aventura. Un abrazo grande.

A.M. Silva

Biografía

A.M. Silva nació en Brasil y hace más de catorce años que reside en España. Cuando vivía en Brasil trabajaba en atención al cliente en Correos. A pesar de que la escritura formaba parte de su vida, por motivos diversos tuvo que posponer su sueño de ser escritora. No fue hasta hace poco que decidió sacar de ese cajón olvidado sus fantasías, y el resultado de esta aventura fue *Cuando dejes de huir*, primera novela de la serie «Amores a flor de piel». Luego siguieron *El amor no pide permiso* y *Tal para cual*.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

cuandodejesdehuir@gmail.com

<http://amsilvacuandodejesdehuir.blogspot.com.es>

<https://www.facebook.com/alexamsilva>

<https://twitter.com/amsilva15>

Serie Amores a flor de piel

[?? Cuando Dejes de Huir \(Vol.1: La historia de Alicia y Héctor\)](#)

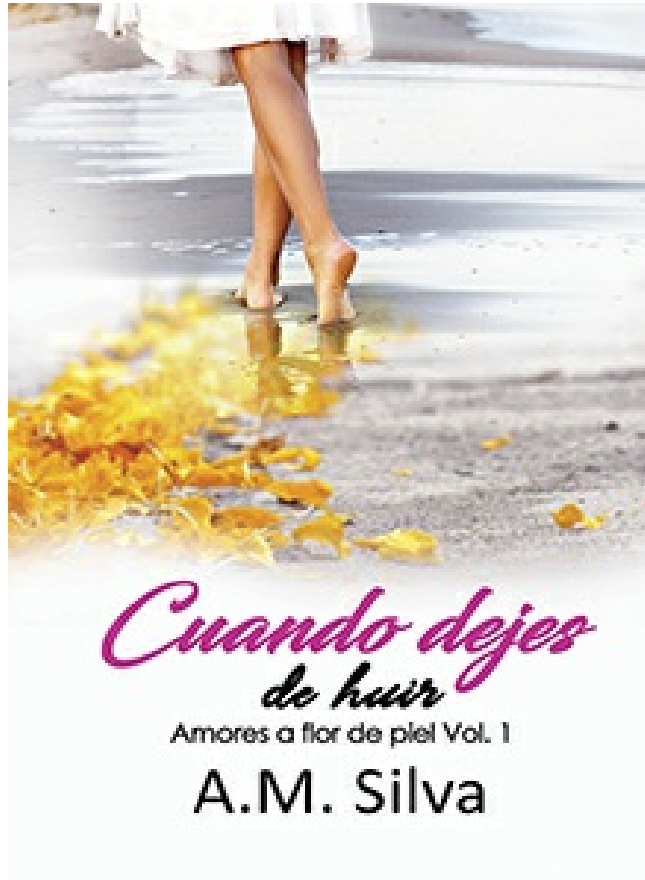
[?? El amor no pide permiso \(Vol.2: La historia de Helena y José\)](#)

[?? Tal para cual \(Vol.3: La historia de Raquel y Bastian Drake\)](#)

Trilogía completa por un precio especial

<https://www.amazon.es/dp/B07B6TTRCY>

[Cuando dejes de huir \(Amores a flor de piel nº 1\)](#)



El amor no pide permiso (Amores a flor de piel nº 2)



Tal para Cual (Amores a flor de piel nº 3)



[Amores a flor de piel \(Trilogía completa\)](#)

